This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 298 596

BIBLIOTECA
DE
NOVELISTAS

GIFT OF
de Laveaga Estate

789
C111

EL

COMERCIANTE

DE PERLAS

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON Y COMP., CALLE DE ERFURTH, 1.

UNIV. OF CALIFORNIA

EL

COMERCIANTE

DE PERLAS

NOVELA AMERICANA

ESCRITA POR

J. T. DE C.

4/21/22

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1869

Propiedad de los editores.

UNIV. OF
CALIFORNIA

UNIV. OF CALIFORNIA

PRÓLOGO

En la época del descubrimiento de las minas de oro de California uno de los buques de vela, que hacian el servicio entre Panamá y San Francisco, se encontraba frente á las playas de Costa-Rica siguiendo magestuosamente su ruta con un tiempo magnífico y una mar tranquila.

Los pasajeros estaban reunidos á la mesa; ya se habian vaciado algunos vasos de Champaña y de Jerez y por consiguiente la conversacion era animadísima.

Un inglés, de unos cuarenta años, que habia hecho fortuna en California y que se dirigia hácia Centro-América para establecer nuevas factorías y estender sus relaciones comerciales, hablaba con violencia y despecho de la influencia francesa que tendia en aquella época á reemplazar la preponderancia esclusiva de Inglaterra, preponderancia que perdió un poco mas tarde por faltas que no nos incumbe mencionar.

El negociante inglés, contrariamente á la calma y reserva habituales á sus compatriotas, se dejaba arrastrar, el Cham-

468188

paña y el Jerez ayudando, á apreciaciones talmente injustas que ya varias veces habian llamado la atencion de un jóven francés de unos veintidos á veintitres años que estaba sentado á uno de los estremos de la mesa.

— Los franceses, respondió el inglés á un español que le hizo una objecion, no nos perdonarán nunca Waterloo y Santa Helena.

— Señor mio, dijo el jóven francés, los franceses no tienen nada que perdonaros, sino es las faltas que cometisteis durante la batalla, pues todo el mundo sabe que el Duque de Welington cometió tales errores que harian subir los colores á la cara de un simple subteniente. En cuanto á la catástrofe de Waterloo tampoco fueron los ingleses, sino la Europa coaligada y sus ejércitos quienes triunfaron de la Francia. Por lo tanto el orgullo pueden ustedes guardar para cuando sean capaces de sostener, con fuerzas iguales, dos horas de combate en campo raso.

— ¿Y Santa Helena? replicó el inglés.

— ¿Santa Helena? ¡Cómo! ¿y osais vos pronunciar un nombre que hoy hace salir los colores al rostro de todos los ingleses? ¡Cómo! ¿vos invocais Santa Helena cuando los ingleses apedrearon por las calles de Lóndres al infame Hudson, loco que tuvo que venir á morir en América maldecido por todo el pueblo inglés? En fin, señor mio, yo soy francés y le suplico cese una conversacion que podria atraer consecuencias desagradables.

El giro que habia tomado la conversacion sin duda no agradó al capitan, que se levantó de la mesa y subió sobre el puente seguido de los demás pasajeros.

El negociante inglés, desconcertado por la firmeza del jóven francés, se levantó tambien y siguió á sus compañeros de viaje. Dióse órden para que sirvieran los licores sobre el puente, y la discusion volvió á entablarse, á pesar de los esfuerzos del capitan, quien no pudiendo lograr apaciguar

á los dos interlocutores, se retiró á su camarote, diciendo á su segundo :

— Tanto peor para ellos; dejadles que se arreglen como puedan.

— Jóven, dijo el inglés, mas apto para discutir azúcar y canela que cronología histórica, para saber si los franceses podrian vencernos en batalla campal, seria necesario verlo.

— No seria la primera vez.

— Citad una sola.

— Pero, señor mio, ó el Champaña os hace perder la memoria, ó vos ignorais el *a*, *b*, *c* de la historia, tanto antigua como moderna. Para convenceros os citaré un ejemplo perteneciente á la historia moderna. Al principio de la revolucion francesa, nuestras tropas, sin instruccion ni disciplina, nuestras tropas, reclutadas en los arrabales de Paris y compuestas de lo que nosotros llamamos *pilluelos de Paris*, sin zapatos y sin víveres, batieron á vuestros soldados ingleses, unidos á los prusianos mandados por el Duque de York, y delante de los cuales no osásteis á presentaros de nuevo, ocultándoos cobardemente, hasta que cansadas y estenuadas por mil victorias, habeis podido, ayudados por todas las fuerzas de la Europa coaligada y por la traicion, vencer un solo dia, uno solo, mientras nosotros contamos veinticinco años de gloria, habiendo meses enteros en que ganábamos una batalla diaria.

— Vos citais una derrota del Duque de York, replicó el ingles, ¿podriais citarme otra?

— Con mucho gusto. Abrid vuestra historia y encontrareis veinte derrotas iguales. Parece imposible que vos no conozcais las tradiciones populares, las cuales os hubieran enseñado al menos que durante un mes vos habeis sido batidos y acuchillados por una mujer.

— ¡Ah! sí, respondió el inglés; pero pagó caras sus victorias.

— ¡Eso es! ¡invocad otra infamia y de este modo os defendereis tan mal aquí como en el campo de batalla. Invocad Santa Helena y el suplicio de Juana de Arco, dos manchas hechas al pabellon inglés y á la lealtad de la Gran Bretaña!

El inglés, irritado, quiso cojer una botella que tenia delante para arrojársela al jóven francés, pero los demás pasajeros que asistian á la disputa, lograron quitársela de las manos; entonces, ciego de furor, lanzó un insulto á la faz del francés, é invocando Trafalgar esclamó:

— ¡Sobre el mar! ¡sobre el mar! ¡Citad un Trafalgar!

El jóven, á su vez, fuera de sí esclamó:

— ¡Pardiez! si continuamos será necesario mandaros á la escuela. Juan Bart deshizo vuestras escuadras y fué á quemar vuestros buques hasta dentro de los puertos del Támesis. Luis XIV preguntó un dia á Juan Bart cómo habia podido penetrar hasta dentro del Támesis para incendiar vuestros buques. El rudo marino hablaba con dificultad, é hizo colocar á los cortesanos delante del rey, como yo coloco actualmente á estos señores, y llegó hasta el soberano empujando á todos, favoritos de salon, que se reian de su poca elegancia y de sus cabellos rojos mal peinados; como yo hago ahora, señor inglés.

Esto diciendo el jóven que habia podido llegar hasta el inglés, le jugó uno de esos pases conocidos al pujilato, por medio de los cuales se derriba á un adversario sin ningun esfuerzo. El inglés, vacilante ya por los vapores del vino y de los licores fué á rodar á algunos pasos de distancia por el puente. Levantóse amenazando y quiso arrojarse sobre el francés; los pasajeros lo detuvieron é hicieron que cada uno se retirara á su camarote.

Al dia siguiente dos testigos del negociante inglés fueron en su nombre á pedir satisfaccion al jóven francés. El duelo era á muerte, y el inglés, que era el ofendido, puso por con-

dicien que la suerte decidiria, y que el que perdiera se mataria á la noche siguiente levantándose la tapa de los sesos ó arrojándose al mar. El jóven aceptó. La suerte se debia echar á los dados y dos partidas; en caso de empate tres.

El inglés ganó la primera y perdió las otras dos. Levantóse con mucha calma y entró en su camarote. El jóven francés lo siguió acompañado del segundo del buque y le ofreció la mano, diciéndole que aquella partida era absurda, y que todo se debia olvidar; que una disputa despues de una comida demasiado copiosa no debia terminarse por una locura sin nombre.

— No, respondió el inglés; yo no hubiera perdonado, por consiguiente no quiero perdonarme á mí mismo.

— Vamos, no pensemos mas en eso por ahora, dijo el francés; cuando lleguemos á Costa-Rica echaremos pié á tierra y si persistís en querer batiros, ¡qué demonios! nos batiremos á la espada y cada uno defenderá su vida á pié firme y con las armas en la mano.

— ¡Ya veremos! respondió el inglés.

Diciendo esto, se encerró en su camarote y no volvió á aparecer en todo el dia.

Al llegar á Puntarenas al dia siguiente, se hizo el llamamiento de las personas que debian desembarcar y solo faltaba el negociante inglés. Entraron en su camarote y sobre su cama encontraron un pliego voluminoso dirigido al jóven francés, el cual contenia su testamento y la siguiente carta:

« Muy señor mio,

« Vuestra conducta de ayer para conmigo me prueba que vos poseeis el valor y la energía de un hombre unidos á una lealtad y una generosidad naturales á vuestra edad, y que yo aprecio tanto mas cuanto que ellas son innatas en vos. Yo os dejo el cuidado de liquidar mis negocios, de consolar á mi

mujer y os recomiendo mis hijos. El testamento que encontrareis junto á esta carta os dará todas las facultades necesarias para llenar honorablemente la mision que una circunstancia fatal os impone.

« Firmado : ***. »

El jóven francés se encontraba ejecutor testamentario de una inmensa fortuna con un interés considerable en la casa inglesa de San Francisco.

Dirigióse á California portador de las últimas cartas del inglés para su familia y sus amigos, sin dejar sospechar nada de la causa del suicidio. Llenó su cometido con conciencia, liquidó todos los negocios pendientes, y trabajó tres años consecutivos para concluir de realizar la fortuna á sus cuidados sin querer aceptar los honorarios ni los intereses que le asignaba el testamento, y se creó una posicion independiente trabajando en otra casa las horas que le quedaban libres.

La familia inglesa hizo todos los esfuerzos imaginables para atraerse al jóven francés y obligarle á aceptar, ya que no queria dinero, al menos su reconocimiento y amistad por tan desinteresada abnegacion. Al cabo de tres años de trabajo presentó á la viuda é hijos del inglés todas las cuentas en regla y un capital de ocho millones de francos sin querer aceptar una sortija de brillantes que querian darle como recuerdo y gratitud. Al menor de los hijos del inglés dió la parte que le tocaba de los intereses de los negocios de la casa durante los tres últimos años. Unos dias despues se despidió de la familia inglesa y de los dependientes de la casa y salió de San Francisco sin que pudieran esplicarse el carácter estraordinario de aquel hombre que habian concluido por llamarle *el buen amigo original*.

Las comunicaciones eran en aquella época raras y difíciles entre los Estados Americanos; la navegacion á vapor apenas

existia de modo que el duelo fué desconocido en San Francisco y la memoria del rico inglés, del jóven francés y la historia del suicidio que habia ocupado algunos dias á la naciente ciudad, desapareció poco á poco entre el febril torbellino de los negocios y de los nuevos acontecimientos.

FIN DEL PROLOGO.

EL

COMERCIANTE

DE PERLAS

I

Algun tiempo despues del descubrimiento de las minas de oro de California, y cuando la sed de riquezas atraia hácia aquella rica comarca gran número de europeos; cuando la ciudad de San Francisco principiaba á levantarse sobre aquellos terrenos incultos pocos meses antes, y que apenas se componian de algunas barracas y de unas cuantas factorías estranjeras, un jóven, llamado Eduardo Mercier, volvia de California, donde habia ido, segun decian, á buscar fortuna, desembarcaba en Panamá con algunos centenares de duros encerrados dentro de un saco de cuero, completamente desilusionado y curado de sus sueños dorados. Todo lo que se sabia de él era que pertenecia á una familia distinguida y noble de Francia, pero empobrecida. Que habiendo ido á

París para recoger la herencia de una tia, habia cedido á lo que llamaban entonces fiebre californiana; que habia cedido á sus hermanos, por algunos miles de francos, la parte de sucesion que le tocaba, y que se habia embarcado para San Francisco, donde habia estado como dependiente en una de las casas mas ricas de aquel punto.

La buena presencia del recien llegado y los buenos informes que dieron sus compañeros de viaje, hicieron que encontrara á los pocos dias de su llegada á Panamá, una colocacion de tenedor de libros en un almacen.

Una noche que Eduardo estaba indolentemente recostado sobre una mesa del café que hoy da frente á *Aspinwal House*, un hombre de unos cuarenta años, barrigudo y con grandes patillas, estaba sentado junto á él, hablando fuerte con un acento marsellés muy pronunciado, bebiendo muchos vasos de ron y de agua helada, en compañía de gentes fáciles á reconocer como marineros de algun buque en escala en las costas del Pacífico. El tono con que hablaba no dejaba ninguna duda sobre su orígen ni sobre su posicion de capitan de buque, pues reconvenia duramente á su gente porque eran demasiado perezosos, poco emprendedores, y por carecer de valor y de energía.

— Con otros hombres, decia, con un hombre solamente podria ganarse un millon cada viaje, dos millones al año; pero con vosotros se necesitarán años enteros para ganar esta suma.

— ¿Y por qué medios? preguntó Eduardo Mercier al capitan.

— ¿Por qué medios? replicó el capitan, ¡pardiez! ¡hay tantos en este país! Pero el mejor de todos por el momento, el mas seguro, es la pesca de las perlas; eso vale mas que todas las minas de California.

— ¿Cómo lo habeis sabido? ¿Dónde se encuentran? dijo Eduardo.

— ¿Que dónde se encuentran? Ese es mi secreto, jóven. ¿Que cómo lo he sabido? Por la mas grande de las casualidades. Lanzado sobre las costas del Pacífico por una tempestad al volver de California, á donde habia ido á vender un cargamento de vinos, desembarqué en una bahía que creia desierta, donde encontré, ¿qué direis que encontré? Una mala canoa con una pésima vela, hecha de hojas de árbol y juncos, y un poco mas lejos dos salvajes ocupados en abrir ostras. Me acerqué á ellos y les ví recoger dentro de una calabaza un objeto que ellos sacaban de las ostras. La curiosidad me hizo acercar y les pedí esplicaciones. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al ver que tenian á su disposicion un banco de ostras perleras! Saqué mi bolsa y les dí cuarenta duros que contenia en cambio de un puñado de perlas. Puse manos á la obra y estraje algunas el mismo dia. Al siguiente volví sin decir nada á mi equipaje, en el cual no tenia gran confianza, los indios habian desaparecido, contentos de haber hecho un buen negocio. Comencé á trabajar y con buen éxito. Al cabo de tres dias, el equipaje principió á murmurar de mi ausencia; tomé con exactitud la longitud y la latitud de la bahía, y me hice á la vela con un saco de perlas, que vendi aquí mismo, en este mismo café, por veinte y dos mil francos. Los cuarenta duros que dí á los indios me produjeron ellos solos diez mil francos.

— ¡Eso es una mina de millones! esclamó Eduardo entusiasmado.

— Ciertamente.

— ¿Y no habeis vuelto?

Los marineros sonrieron é hicieron signos negativos, como hombres que no creen nada.

— Sí, respondió el capitan; he vuelto, pero con mal éxito; estos ganapanes tienen poca paciencia y me harán perder cuanto he ganado. Con otro viaje como el anterior quedo arruinado.

— No hay que desesperar.

— ¿Que no desespere cuando ya he casi consumido cerca de cuarenta mil francos, fruto de mi trabajo? ¡Ah! La culpa es mia; yo debia haberme retirado: en mi penúltimo viaje gané unos treinta mil francos, que unidos á los veinte y dos mil de las perlas, me hacian una fortuna bastante considerable para poder vivir tranquilamente en Cannes, mi pueblo; pero yo he querido ser millonario. ¡Qué estúpido es el hombre! Yo habia soñado ser millonario, volver á mi pueblo como un Creso, comprar un palacio y arrastrar coche. ¡Qué loco he sido! Compré á los armadores la goleta, hice un nuevo viaje á la costa, pagando los hombres á peso de oro, sin poder pescar gran cosa; pero yo estoy seguro que aun no he dado con la verdadera bahía de las perlas, y despues de seis meses de trabajos inútiles, mi equipaje se impacientó y tuvimos que volver á Panamá; y como yo les habia ofrecido un interés en la empresa, he tenido que indemnizarlos. No contentos con esto, me pidieron un aumento de jornal, y para conservarlos he accedido á su demanda; de modo que ahora comen y beben á costa mia. Pero á fé mía que voy á jugar el todo por el todo; ó con estos cinco hombres que veis hago fortuna ó... en fin, allá veremos. ¡Ah! si yo encontrara un hombre como yo, otro gallo me cantaria.

— ¿Cuándo pensais partir? preguntó Eduardo.

— Dentro de cuatro dias.

— ¿Quereis que os acompañe?

— ¡Acompañarme! esclamó el capitan, ¿y quién sois vos?

— Es muy justo, dijo Eduardo, lo habia olvidado. Yo no soy muy conocido aquí; sin embargo, hace tres meses que estoy empleado como tenedor de libros en casa del señor Andrea, y mis papeles ayudando os podreis informar.

— Muy bien, dijo el capitan, tomaré mis informes, y si

quereis, pasad mañana por aquí y hablaremos mas despacio del asunto.

En efecto, al dia siguiente el capitan marsellés se presentó en el almacen del señor Andrea, donde vió á Eduardo en su despacho, tomó los informes que necesitaba y salió.

Don Juan Andrea hizo al jóven Mercier las observaciones de costumbre en iguales casos, acompañadas de las amonestaciones de rigor sobre su poco juicio al abandonar una cosa cierta por una incierta, y de ir á correr aventuras cuando su porvenir estaba asegurado en su casa: hasta le ofreció un aumento de salario; pero todo fué inútil, y al cuarto dia de la visita del capitan marsellés al señor Andrea, Eduardo Mercier firmaba un contrato para servir al capitan Cárlos Ardou durante seis meses, mediante un tanto al mes y una parte de los beneficios de la empresa.

Al dia siguiente la goleta *María Amelia*, capitan Ardou, abastecida de víveres, vinos y licores para algunos meses, y con seis hombres de equipaje bien armados, hacia vela para las costas de la América del Centro.

Despues de seis dias de travesía, la *María Amelia* entró en una pequeña bahía perteneciente á la República del Salvador, donde el capitan Ardou mandó echar el áncora dentro de una pequeña ensenada abrigada por dos márgenes cubiertas de verdura. Todas las mañanas el capitan y cinco hombres partian á esplorar las cercanías, dejando un hombre á bordo para la guarda del buque. En cuanto descubrian alguna roca á flor de agua ó alguna hondonada cubierta de pedrinas, un hombre se estacionaba para trabajar y los otros continuaban su camino, escalonándose de este modo para poderse reunir con mas facilidad á la caida de la tarde para volver á bordo y poner el comun de los productos del trabajo del dia.

Los primeros meses, sin ser infructuosos, fueron de un mediano producto. Habíanse esplorado ya algunas leguas de

costa hácia el Sud sin grandes beneficios; luego remontaron hácia el Norte, siempre sin resultado. Una noche el capitan Ardou anunció que los bancos eran demasiado pobres y que seria necesario subir mas hácia el Norte. Cuatro meses habian trascurrido y el capitan veia sus gastos apenas cubiertos. El equipaje se impacientaba y maldecia el calor y los víveres que se alteraban. Algunos ataques de fiebre acabaron de desmoralizarle, rehusaron el servicio, y las amenazas sucedieron á la obediencia y al respeto. El capitan Ardou, desesperado, queria tambien volverse, y su abultado rostro meridional se contraia siniestramente, hasta el punto de asustar á su mas fiel y enérgico compañero Eduardo Mercier. Sin embargo, á fuerza de promesas, el capitan obtuvo aun de su equipaje un mes de trabajo: durante un dia navegaron hácia el Norte; echóse el áncora y se pusieron á trabajar; pero el quinto mes, á pesar de ser mas fructuoso que los anteriores, no prometia nada de bueno ni para el armador de la *María Amelia*, ni menos aun para el equiqaje, que tenia un interés en los beneficios netos de la empresa.

En fin, un dia el equipaje se negó terminantemente á trabajar; las enfermedades, el cansancio, el poco éxito y la consternacion del capitan habian concluido de desmoralizarle; de las amenazas y de las injurias pasaron casi á las vías de hecho. El capitan Ardou, armado de una hacha, amenazaba á sus marineros, que habian tomado sus revolvers y sus cuchillos: el capitan iba á pagar cara su imprudente cólera.

Eduardo Mercier intervino y apaciguó los ánimos, prometiendo la vuelta á Panamá. Llamó aparte al capitan, y aquellos dos hombres se sentaron sobre la playa, frente al Océano, contemplando silenciosamente el buque. Despues de haber reflexionado un momento, y vista la imposibilidad de permanecer mas tiempo en la costa con los mismos marineros, convinieron partir lo mas pronto posible. Una vez to-

mada esta resolucion, volvieron á donde estaba el equipaje, y Eduardo anunció que iban á ponerse á la vela al dia siguiente.

— Ya debeis estar contentos, añadió Eduardo. No mas miserias; el capitan renuncia á su empresa y vamos á volver á Panamá.

Y despues de un momento de silencio, repuso:

— Mañana partimos pero antes quisiera pediros un favor.

— ¿Cuál? preguntó un marinero.

— Que me concedais aun tres dias á mí personalmente; creo que esto no se niega á un camarada.

— Y tiene razon, respondió el marinero que antes habia interrogado, ¿tres dias mas ó menos qué importa? ¿no es cierto, compañeros?

— Concedido, dijo otro.

— Vaya por tres dias, dijeron á la vez los cinco marineros.

— Ahora, dijo Eduardo aparte al capitan, la vida ó la muerte, la muerte ó la fortuna. Tenemos tres dias, esas gentes me han dado tres dias que nos pertenecen, capitan; ellos han roto su contrato; para nosotros solos la victoria ó la derrota; para nosotros solos los peligros. Vos quedais aquí con ellos y si olvidando su promesa quieren partir antes que yo vuelva, haceos matar antes que abandonarme en estos desiertos. Yo marcharé y trabajaré dia y noche, y si dentro de tres dias no estoy aquí eso será que habré sido devorado por algun tigre ó tiburon, partid; grandes son mis esperanzas, capitan: cuanto mas hemos avanzado hácia el Norte mejor ha sido la pesca. Yo seria de opinion que avánzáramos y fuéramos á andar á algunas leguas de aquí, pero el viento es contrario y no se puede sin perder mucho tiempo; marcharé toda la noche hasta pasar las últimas rocas que ya hemos visitado, y trabajaré mañana todo el dia; cuando me sorprenda la noche, vuelvo á continuar mi ruta y trabajo e segundo dia; al anochecer del tercero estoy de vuelta y el

cuarto nos hacemos á la vela para Panamá. ¿Os gusta mi plan?

— Perfectamente, respondió el capitan; pero vais á mataros de cansancio, amigo mio; yo preferiria marchar en vuestro lugar y que vos os quedarais aquí.

— No, repuso Eduardo, vos estais mas cansado que yo, y no poseeis la fuerza moral necesaria. Dejadme partir y que Dios nos proteja. Si no soy exacto á la cita. tratad de hacer lo posible para que me esperen un dia mas sin esponeros: eso es todo lo que os pido; porque en fin puedo caer estenuado de fatiga ó atacado de fiebre, y francamente, seria triste servir de pasto á las bestias feroces. Valor, capitan, y no perdais las esperanzas; dadme víveres para tres dias, una botella de aguardiente, cincuenta cigarrros, dos revolvers, mi cinturon salva-vidas y los instrumentos para la pesca.

El capitan Ardou se conformó á las demandas de Eduardo y ambos se dirigieron hácia la tienda de campaña que habian establecido á la orilla del mar, donde se encontraban los marineros, tres atacados de fiebre y los dos restantes bebiendo y fumando.

Eduardo tomó las armas y provisiones que habia pedido añadiendo una escopeta de dos cañones y una bayoneta; dió un apreton de manos á los dos hombres que velaban, y tomando por el brazo al capitan ambos salieron de la tienda.

A unos veinte pasos de distancia, Eduardo se paró y dijo al capitan:

— Señor Ardou, escuchadme bien y no olvideis mi último encargo. Hoy es domingo, el miércoles por la noche ó jueves por la mañana estoy de vuelta; dadme vuestra palabra de retener á esas gentes hasta la puesta del sol.

— Os la doy.

— Está bien; adios capitan.

— Con una condicion, sin la cual mañana mismo hago rumbo hácia Panamá.

— ¿Cual?

— Pardiez, los gastos de la espedicion ya están cubiertos, y yo poseo aun la goleta *María Amelia;* ahora bien, sea con buena ó mala fortuna, yo os propongo que nos asociemos, el contrato en regla firmarêmos en llegando á Panamá: la goleta *María Amelia* pertenece, á partir de hoy mismo á los armadores Cárlos Ardou y Eduardo Mercier. Si la pesca sale bien, partimos los beneficios; si sale mal, nos dirigimos hácia Burdeos donde tengo algun crédito, tomamos un cargamento de vinos y nos dirigimos á San Francisco; con dos buenos viajes podemos hacer nuestra fortuna. Ahora bien: ¿quereis aceptar mi proposicion?

— Capitan, las situaciones nos entusiaman á veces y despues puede uno arrepentirse de haber obrado con demasiada generosidad; ya estudiaremos eso mas tarde y á sangre fria; por el momento me contentaré con el beneficio que debíamos dar al equipaje, puesto que yo solo voy á trabajar.

— ¡Voto al diablo! esclamó el capitan; si vos reusais yo reuso tambien y os hago prender por la gente del equipaje, os conduzco á bordo y nos hacemos á la vela. Yo soy hombre de honor y ante todo amo la justicia. ¡Mitad de la goleta, mitad de beneficios, mitad en todos los negocios ó no hay negocios! Hé aquí mi ultimatum.

El capitan se habia animado gradualmente y dado á sus palabras un acento tal de sinceridad que Eduardo Mercier no dudó ni un momento de su leal franqueza.

— ¡Muy bien! dijo Eduardo sonriendo y apretando la mano del marino; acepto vuestra proposicion y á partir de hoy formamos sociedad bajo la razon social *Cárlos Ardou y Compañía.*

— ¡Bravo! amigo mio.

— ¿Con qué es cosa convenida?

— Y aceptada por ambas partes.

— Adios capitan.

— Buena suerte, hijo mio, y que el cielo os guarde.

Eduardo apretó por la última vez la callosa mano que le tendia el marino, encendió un cigarro y se fué cantando la Marsellesa.

El capitan quedó un momento pensativo paseándose, con las manos á la espalda, por la orilla del mar. Durante un momento oyó la voz clara y sonora de Eduardo que repetia la estrofa siguiente :

Le jour de gloire est arrivé!

Despues nada.

II

Eduardo Mercier marchó durante cuatro horas consecutivas sin otra guía que un proyecto en la cabeza y una esperanza en el corazon. A su edad no se necesitaba otra cosa para hacerle recorrer solo y á grandes pasos las interminables llanuras que baña el Océano Pacífico, sin siquiera pensar en los mil peligros de toda clase que iba á arrostrar y de que quizá en aquel momento estaba ya rodeado. Ni el ruido de las enormes aves que huian á su paso, ni los gritos de las zorras que cazaban las liebres, nada bastaba á sacarle de sus sueños de oro y de ambicion. Eduardo pensaba en su familia y amigos de París á quienes habia abandonado para ir á buscar fortuna y que él esperaba volver á ver rico y poderoso. De repente un rugido, al cual respondieron unos gritos confusos saliendo del bosque que tenia á su derecha, le hicieron salir de su éxtasis y al mismo tiempo comprendió que no se encontraba tan solo como creia en aquellas costas; preparó su escopeta y no distinguiendo nada continuó su marcha un instante interrumpida.

La luna llena esparcia sus argentinos rayos iluminando

la marcha de Eduardo que seguia costeando la orilla del mar. Algunas veces para salvar las lagunas que tanto abundan en las costas del Pacífico, y que causan las fiebres perniciosas de aquellos países, tenia que internarse en el bosque cortando con su cuchillo las malezas que le impedian el paso.

En aquel momento una de las lagunas antes citadas le obligó á internarse en el bosque; ayudado por su cuchillo habia logrado penetrar hasta una plazoleta, y cuando se disponia á abrirse paso para volver hácia la orilla del mar un gamo vino á caer cerca de él como estenuado de cansancio; casi al mismo tiempo oyó un ladrido agudo y prolongado; la maleza se separó para dar paso á una forma colosal que se lanzó sobre el gamo que se había enredado entre las yerbas y juncos. Era un enorme tigre que, persiguiendo al gamo, se habia introducido en la plazoleta donde se encontraba Eduardo y de la que no se podia salir á causa de la espesura del bosque. Por primera vez en su vida Eduardo se encontraba en presencia de un mónstruo semejante. Un súdor frio inundó todo su cuerpo; volvióse hácia el animal y le vió acurrucarse sobre sus cuatro pies, clavando en él sus ardientes miradas: el terror paralizó todos sus miembros. ¿Qué hacer? tirar contra su adversario, era muy aventurado, porque si no lo mataba y lo heria solamente no cabia duda que seria devorado; ¿abrirse un camino y huir? Imposible: ¿esperar el dia? Eso era perder un tiempo precioso. El furor de verse paralizado por un acontecimiento, con el cual no habia contado, le devolvió todo su valor y sangre fria. Tomó su escopeta con la mano izquierda y con el cuchillo en la derecha principió á abrirse paso en direccion hácia el mar, cortando los juncos y ramas que lo aprisionaban; hizo un paso adelante, volvió la cabeza y vió al tigre en la misma posicion que antes meneando la cola á derecha é izquierda.

— Mal signo, murmuró.

Y continuó su trabajo. Pocos instantes despues la obra estaba casi concluida y á través de los últimos ramajes distinguíanse los reflejos argentinos del Océano; paróse un momento para enjugarse el rostro bañado de sudor; un lijero ruido le hizo helar la sangre en las venas; volvióse y distinguió al tremendo animal á dos pasos de distancia. El miedo le hizo soltar el cuchillo que tenia en la mano y fué á caer á los piés del tigre que retrocedió un paso rugiendo sordamente y meneando la cola.

La situacion era apurada, y no podia prolongarse mas tiempo; Eduardo lo comprendió así y armándose de todo el valor de un hombre desesparado, caló bayoneta, puso una rodilla en tierra y de este modo avanzó hasta tocar ligeramente con la punta las narices del mónstruo, que al sentir el hierro dió una manotada que hizo bajar el arma hasta tierra. Eduardo la levantó precipitadamente, le clavó la bayoneta en el pecho é hizo fuego; el tigre dió un salto terrible lanzándose sobre el cazador y ambos rodaron por el suelo. Eduardo sintió una baba caliente mezclada con sangre inundarle el rostro; con la mano derecha cogió al animal por el cuello mientras que con la izquierda trataba de apoyar el cañon de su escopeta contra el flanco izquierdo; hizo fuego con el segundo tiro que le quedaba, el tigre lanzó un rugido y en su última convulsion cayó muerto sobre su adversario; de modo que Eduardo, vencedor, se ahogaba bajo el peso del animal; despues de un momento de esfuerzos sobrehumanos logró desasirse saliendo de debajo del pesado cuerpo cubierto de sudor y de sangre.

Despues de un cuarto de hora de reposo se aseguró si el tigre estaba bien muerto; recogió el cuchillo y prosiguió la apertura de la brecha comenzada, llegando al poco rato hasta la orilla del mar, donde pudo respirar libremente la fresca brisa.

Lavóse el rostro y las manos que tenia cubiertas de sangre y prosiguió su camino durante toda la noche sin que le sucediera ningun otro percance que merezca mencionarse.

Al amanecer del dia siguiente Eduardo se encontró con que aun no habia llegado á la última roca visitada por él y el capitan Ardou dos dias antes.

El calor principiaba á hacerse sentir y Eduardo tuvo que refrescarse mucho la cabeza y beber en los estanques que se encuentran con frecuencia en aquellas costas. Por fin llegó á descubrir la roca ya inspeccionada; la volvió á visitar de nuevo y, no encontrando nada, continuó su camino, parándose, examinando, sondando y arrancando algunas ostras allí donde las encontraba en bastante cantidad; si un trabajo de dos horas no le producia nada, volvia á marchar de nuevo.

De este modo habia caminado todo el dia durante el cual se habia parado tres veces y trabajado seis horas dentro del agua, y solo habia recogido unas cuantas perlas de la especie mas pequeña, encontrándose estenuado de cansancio y el desaliento principiaba á apoderarse de él. Sentóse sobre la playa, tomó su cabeza con ambas manos y sintió una febril pesadez apoderarse de todos sus miembros. Levantóse de repente, sacudió sus miembros y dijo en alta voz.

— Valor, hasta el fin nadie es dichoso; aun me queda un dia de esperanza y despues allá veremos; los tigres no faltan para concluir pronto y de una vez con mi existencia, si es que ya no sirvo para nada.

Y dirigióse hácia una laguna que habia allí cerca, sentóse á su orilla, sacó sus provisiones, comió cuanto pudo, bebió tres ó cuatro tragos de aguardiente, encendió un cigarro y quedóse dormido. Al cabo de una hora despertóse sobresaltado riñéndose á sí mismo por haber perdido tanto tiempo.

Aquella noche fué seguido de una bandada de collotes que él mantuvo á distancia matando á los que osanba acercár-

sele. En cuanto amaneció volvió á sondar de nuevo las rocas y principió la pesca : aquella que debia ser la última, la última esperanza, despues de seis meses de trabajos y privaciones.

Eduardo trabajó todo el dia y llegó á llenar hasta la mitad un saquito de cuero de malas perlas. A las dos de la tarde hizo alto, tomó algun alimento, fumó un cigarro y durmió durante media hora, al cabo de la cual se levantó y prosiguió su esploracion. A medida que subia hácia el Norte los bancos le parecian mas abundantes; de este modo llegó hasta cerca de la frontera de Guatemala donde encontró una pequeña ensenada que tuvo que costear para remontar el Pacífico, cuando de lejos distinguió á flor de agua una cantidad enorme de ostras pegadas las unas á los otras.

Eran las cuatro de la tarde cuando hizo este descubrimiento; el agua estaba clara como el cristal; entró en el mar con agua hasta la cintura y ayudado de unas largas tenazas y un martillo llenó varias veces de ostras un saco de tela que iba á vaciar á la playa; cuando hubo formado un gran monton con todos aquellos despojos del Océano principió la operacion de la apertura.

¡Oh sorpresa! ¡en la primera ostra que abrió encontró ocho perlas!

Eduardo quedó absorto al ver tanta riqueza encerrada en tan pobre corteza. Con la actividad febril de la inquietud y la esperanza, siguió abriendo ostras sin cesar.

Á las cinco, el pequeño saco de cuero estaba ya lleno, tomó otro que llevaba de repuesto y continuó su obra.

Entre la multitud de ostras pequeñas que tenia delante Eduardo vió una de un tamaño enorme; abrióla y ya se disponia á arrojar las conchas, cuando vió destacarse de una de ellas un objeto negro que fué á rodar por la arena; bajóse, lo recogió y lo examinó temblando...

Era una enorme perla negra del tamaño de una haba,

límpida, brillante y de un óvalo perfecto: sobre uno de sus lados solamente tenia una manchita blanca que formaba una estrella.

Sin saber su valor Eduardo conoció que ella sola valia una fortuna.

Examinóla atentamente; pasábala de una mano á otra besóla cien veces, con el corazon henchido de gozo, gozo que triplicó su valor y su fuerza para continuar la obra.

Cuando el segundo saquito estuvo lleno, esperimentó un momento de emocion que casi le hizo desvanecerse. Todas las ostras qua habia pescado estaban ya abiertas; volvióse á meter en el agua, pero perdió pié y no pudo arrancar otras sin sumergirse: el trabajo era dificilísimo: miró en torno suyo y distinguió á flor de agua, y á unos cien metros de distancia, una roca de formas desiguales, dorada por los últimos rayos del sol.

—¿Si esa roca será la continacion del banco que acabo de visitar? se dijo á sí mismo.

Y volviendo á la playa tomó un bocado para reanimar sus fuerzas, frotó sus entumecidos miembros con un poco de aguardiente, y, con los codos apoyados sobre sus rodillas, la cabeza cogida con las dos manos, contempló durante unos minutos á la luz del crepúsculo la pequeña isla que se descubria en lontananza: despues tomó los dos saquitos, esparció ante sí un puñado de perlas de todos los tamaños, y pareció vacilar ante una gran determinacion.

—¡Qué diablo! quien no risca no pesca, dice el refran, vamos á jugar el todo por el todo.

Y esto diciendo, recogió las perlas, pasóse por el cuerpo el salva-vidas, ató á su cintura las tenazas, el martillo y el saco de tela y se echó á nado. Cuando ya estaba cerca de la isla sintió un cuerpo frio y pegajoso que le hizo estremecer; asióse á la roca, y ayudándose con los piés y con las manos, pudo ponerse en pié dió algunos pasos, miró en

torno suyo, y estendiendo los brazos no pudo mas que lanzar la siguiente esclamacion para pintar su sorpresa, su alegría y hasta podria decirse su estupefaccion.

—¡Gran Dios! ¡el mundo es mio!

La roca estaba formada por millones de ostras perleras acumuladas allí durante siglos. Eduardo arrancaba, abria con frenesí, y no sabiendo dónde colocar su nuevo botin, sacó un pedazo de corcho del salva-vidas y llenó el hueco de perlas.

La noche habia sobrevenido y Êduardo, no pudiendo continuar la pesca en medio de la oscuridad, pensaba en volver á buscar al capitan, cuando la luna vino de repente á estender su blanquecino manto iluminando á aquel fantasma ocupado en arrancar al Océano sus tesoros. A media noche el salva-vidas estaba completamente relleno de perlas, y no sabiendo ya dónde colocarlas, se decidió á volver sin retardo al encuentro del capitan Ardou, que en tan crítica situacion habia dejado y á quien su menor retardo podia costar la vida.

—¡Volvamos, dijo; por hoy ya hemos hecho fortuna; aun otro viaje, y él y yo nos hacemos millonarios!

Descendió hácia el mar, metióse en el agua y ya iba á abandonar su isla, cuando vió una masa informe moverse delante de él; avanzó un poco, el agua se entreabrió dando paso á una enorme cabeza que se dirigia hácia él dándole apenas tiempo para retirarse. Era un tiburon.

Dirigióse al lado opuesto, y vió aun el agua agitarse; descendió hácia la izquierda y vió distintamente sobre el claro y límpido fondo destacarse tres formas oscuras.

Los tiburones lo seguian y le cortaban la retirada.

—¡Maldicion! esclamó. Estoy cercado, los mónstruos, me han olfateado, y ya no se irán. ¡Y no tener un arma con que poder esterminarlos!

El desaliento principiaba á dominarle, pues ya habia usado todas las fuerzas físicas que puede disponer la organizacion mas fuerte y la constitucion mas robusta.

—¡Cómo! esclamó de nuevo. ¡Ni un medio, ni una idea para poder salir de aquí!... ¡Estar condenado á morir de hambre y de frio ó á ser devorado por esos mónstruos!... ¡Y tener una fortuna ante mí!... ¡Imposible!... ¡imposible que Dios me haya conducido hasta aquí para abandonarme; imposible!.....

Al cabo de una hora de espera, y viendo siempre las sombras precipitarse á cada tentativa que hacia para terminar aquella agonía, con el desaliento en el corazon, se aproximó á la orilla mas elevada y donde hubiera mas fondo para echarse á nado; miró debajo un montecito de pechinas y se encontró frente á las tres sombras. Entonces conoció esa facultad del tiburon de olfatear y seguir una presa como el perro, aunque mejor dotado que este. Levantóse furioso, tomó las tenazas é inclinóse sobre la roca para abrir la cabeza de un porrazo á uno de los mónstruos; el hierro se escapó de sus manos y desapareció en el fondo. Los tres animales se precipitaron para cojerle. Pasarónse algunos segundos sin que volvieran á aparecer.

Un rayo de esperanza iluminó el espíritu de Eduardo. Desciñóse el salva-vidas, arrancó tres pedazos de corcho cubiertos de tela, volvió á sujetar á su cintura el pedazo que contenia las perlas y esperó.

El agua se agitó de nuevo; Eduardo lanzó uno de los pedazos que el agua arrastró á unos diez pasos de distancia; los tres tiburones dieron un salto y se lanzaron sobre su presa. Eduardo tomó un pedazo del salva-vidas en cada mano y se echó al agua.

Apenas habia dado unas cuantas brazadas, cuando la mar, tan tranquila y límpida un momento antes, se enturbió y una ola le cubrió.

—¡Los tiburones! dijo, y arrojó el segundo pedazo de corcho, continuando á nadar con todas sus fuerzas.

Los tiburones reaparecieron; Eduardo les arrojó el último pedazo de corcho, su última esperanza. Ya iba á llegar á la orilla, cuando vió que uno de los tiburones lo seguia tan de cerca que sentia su ruidosa respiracion.

El hombre de mas valor, estenuado de cansancio y falto de alimento, solo, á media noche, cazado por los tiburones, sintiéndolos á sus lados, viéndolos dar saltos enormes para acometerle, puede temblar de horror ante semejante fin y sentir de abandonar el mundo, cuando tiene en su poder los medios de reaparecer rico y poderoso.

Eduardo tembló, sus miembros se crisparon y se echó de espaldas, nadando maquinalmente. Tuvo un momento de paroxismo físico y moral, y durante aquel minuto de indescriptible agonía dirigió una mirada al cielo y dos ardientes lágrimas rodaron por sus heladas mejillas.

La inteligencia y el valor estaban vencidos; el hombre se encontraba á la merced de los mónstruos; aun nadando y huyendo estaba perdido, solo la posicion que acababa de tomar podia salvarle.

Eduardo sintió el tiboron pasarle por debajo rozándole la espalda, lanzó una horrible esclamacion diciendo el último á Dios á su madre y creyéndose perdido, recomendó interiormente su alma al Todopoderoso.

El tiburon le pasó dos veces por debajo y no pudiéndolo cojer le dió un golpe en la espalda que le hizo dar un grito de dolor. Si el golpe hubiera sido dado en la cabeza su muerte hubiera sido instántanea...

Eduardo habia escapado á sus tres adversarios; el instinto de la conservacion le arrancó un nuevo esfuerzo: quiso ganar á nado la bahía cercada de árboles que abandonó para ir á la roca de las perlas, y que él volvia á ver en aquel momento iluminada como en pleno dia por una de esas noches

maravillosas de los trópicos. El embalsamado perfume de las flores que se abren al abundante rocio de la costa, le reanimaron. Sus sentidos aspiraban aun á la vida y le atraian convulsivamente hácia tierra. Volvióse, quiso nadar, y de repente se encontró cercado por los tres tiburones. En aquel momento supremo un rayo de luz iluminó su inteligencia; volvió á tomar la posicion que acababa de salvarle; el pensamiento y la accion se confundieron instantáneamente por un sentimiento instintivo, inesplicable y mas rápido que el relámpago, é hizo á la superficie del Océano un nuevo esfuerzo para ganar la costa.

— Si de este modo no pueden cojerme, dijo, bendito seas, Dios mio, que me has inspirado y salvado.

Y con un resto de energía, que conserva siempre quien ha renunciado á la vida y que de repente vé que aun puede sonreirle una última vez, volvió la cabeza y vió que el bosque se aproximaba, mientras que la roca perlera desaparecia; ayudóse con sus piernas y manos contractadas por el espanto, el dolor y el temor de hacer un movimiento ó de perder el conocimiento, pues se encontraba ya completamente extenuado y contusionado por los golpes que recibia de sus tres enemigos furiosos. Empujóse maquinalmente hácia la sombría línea del bosque, que le guiaba, hasta que por fin sintió la arena, contra la cual se apoyó; adelantó aun algunos pasos, arrastrándose sobre sus rodillas, hasta salir del agua... Cruzó las manos, levantando los ojos al cielo; un sollozo se escapó de su oprimido pecho, y cayó desvanecido.

III

Cuando Eduardo Mercier volvió en sí, transido y estenuado, no supo si habia sido víctima de un sueño horrible, ó si la realidad iba á devolverle, con el estupor del pasado, la alegría del porvenir; de modo que su primer movimiento fué coger el saco de tela que llevaba atado á su cuerpo, abrirlo y examinar las perlas; luego tomó los dos saquitos de cuero, los inspeccionó con la misma atencion que el primero, y satisfecho de su operacion se dirigió hácia donde habia dejado sus vestidos y provisiones, y se vistió apresuradamente.

Con las fuerzas volvió el apetito, y Eduardo sintió esa hambre devoradora conocida solamente de los niños y de los cazadores, á quienes la vida libre, alegre y llena de emociones, conserva jóvenes y robustos. Sentóse sobre la playa, y en pocos momentos devoró casi todas las provisiones y aguardiente que le quedaban. Recuperadas sus fuerzas con tan frugal alimento, tomó su escopeta sobre el hombro, y volvió á emprender el camino que antes habia empleado dos noches y parte de los dos dias para recorrerlo

De este modo marchó hasta el miércoles á medio dia; sentóse junto á un estanque de agua dulce para hacer su última comida, pues los víveres estaban agotados y apenas le quedaban unas cuantas galletas, un pedazo de carne de toro salada y un trago de aguardiente; esta escasa comida, que la víspera no hubiera bastado á satisfacer su hambre, no pudo concluirla. De repente sintió un malestar general que le era desconocido, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo, un círculo de hierro le cerraba el cráneo como si estuviera dentro de un estuche, sus arterias latian con violencia y su frente se inundó de un frio sudor; su cerebro parecia fundirse y que millones de agujas lo reemplazaban, ocasionándole un dolor agudo, que aumentaba con las convulsiones cada vez mas violentas.

— He cogido las fiebres, dijo, bebiendo estas aguas salobres ó respirando el aire emponzoñado de las noches.

Eduardo se equivocaba; no eran ni el aire ni el agua los que habian vencido su vigorosa constitucion. Él habia traspasado los límites de lo posible, y un reposo de algunos minutos habia determinado una crísis de postracion y de paroxismo nervioso, que exigia, para disminuir lentamente, algunos dias de reposo y de sueño; pero cuando el mal producido por el cansancio llega á ese grado de intensidad, la inactividad anonada las fuerzas artificiales del enfermo, y en este caso debe continuar marchando, ó si se para está perdido. Eduardo habia sido atacado por una enfermedad conocida, que asusta mucho, y sin embargo, si es combatida á tiempo no presenta ningun peligro.

— Asegúrase que el agua de tabaco corta las fiebres; hagamos la esperiencia.

Esto diciendo tomó un cigarro, lo mojó y esprimió el jugo dentro de una especie de vaso de cuero, y lo tragó. Encendió un cigarro, y volvió á emprender su marcha, dando traspiés cual un hombre ébrio.

Sin saberlo, Eduardo habia tomado un remedio tan eficaz para las fiebres como para un esceso mortal de cansancio. De este modo llegó aun de dia al callejon del bosque donde habia tenido lugar tres dias antes su lucha con el tigre, pasó por encima de su cadáver y volvió á salir á la orilla del mar.

La noche sobrevino, y Eduardo continuaba su marcha sin apercibirse de ello: la máquina del hombre conservaba aun el movimiento de la vida; el moral y el pensamiento habian sucumbido.

Con la cabeza baja, la escopeta sobre el brazo izquierdo, llevando en la derecha el cuchillo con el cual cortaba las ramas de árboles que le impedian el paso, tocando de cuando en cuando los tres sacos de perlas para asegurarse que no los habia perdido, seguia silenciosamente y cual un fantasma la costa, sin siquiera saber á dónde iba ni cuánto tiempo hacia que duraba aquella marcha, sobre la cual ya no tenia conciencia alguna.

Sin embargo, la *María Amelia* ya no estaba lejos.

La noche, ya avanzada, se habia oscurecido; la luna que iluminó su viaje nocturno habia desaparecido; á pesar de esto, Eduardo continuó avanzando. Si los matorrales obstruian su marcha, cortábalos y pisoteábalos con violencia; si una rama de árbol le daba en el rostro, cortábala con su cuchilla, y lanzando imprecaciones terribles pasaba adelante. De este modo marchó hasta la orilla de un riachuelo; iba á vadearlo, cuando tropezó con un obstáculo que casi le hizo caer; volvióse y descargó un golpe furioso sobre la masa informe, la cual se desvaneció. Eduardo no pudo distinguir otra cosa que dos puntos luminosos como dos carbones encendidor, á unos veinte pasos de distancia. Atraido á pesar suyo hácia aquella luz, marchó en su seguimiento sin poder alcanzarla, pues á medida que él avanzaba ella retrocedia, arrastrándolo de este modo hácia la espesura del bosque, sin

que Eduardo se apercibiera de ello. En fin, despues de un cuarto de hora de aquel singular juego de un moribundo y un fantasma intomable, Eduardo creyó un momento poder apoderarse de la sombra que se le escapaba sin cesar; levantó el brazo, y un rugido sordo que resonó en los bosques y cavernas de aquellas soledades, le hicieron salir de su letargo.

— ¡Aun otro! dijo acordándose esta vez del tigre que habia encontrado su primera noche de marcha. ¡Es estraño, este no ruge como aquel, pero morirá como él!

Caló la bayoneta al cañon de la escopeta, aseguróse de que el revolver estaba en buen estado, y al querer arrodillarse para defenderse, sus piernas, que habian perdido su flexibilidad, le rehusaron este servicio, y rodó por el suelo. El leon, pues tal era el fantasma, dió un salto y se precipitó sobre su enemigo.

Aquel combate entre un leon y un moribundo duró sin embargo algunos segundos; Eduardo resguardaba su cabeza con la mano izquierda, que se habia herido al caer, y en la derecha tenia el revolvers, sin poder hacer uso de él. El leon le cogió por el hombro derecho y le arrastraba hácia el interior del bosque. Sin embargo, el pescador de perlas llegaba al término de su viaje; aun algunos minutos, algunos pasos quizá, y habria encontrado á sus compañeros de la *María Amelia*; pero sin duda el destino habia decretado que el espectro de la muerte le perseguiria hasta el fin. Por último pudo cogerse á una rama de árbol; el *Puma* le soltó; retrocedió unos pasos para tomar aliento, y se precipitó de nuevo sobre su víctima y lo cogió por el cuerpo. Eduardo aplicó el cañon de su revolvers sobre el cráneo del mónstruo, hizo fuego y se vió libre de su feroz enemigo; incorporóse sobre su mano mutilada con la vista espantada y fija, vió al leon revolcarse convulsivamente, hizo fuego descargando sucesivamente los seis tiros de su revolvers, sintió estinguirse en él la

última chispa de vida y de valor, y cayó de espaldas para no volverse á levantar. . . . . .

. . . . . .

¿Qué sucedia en aquel momento en la tienda de los marineros de la *María Amelia*?

La escena no era menos desgarradora.

De los cinco hombres que habian quedado á las órdenes del capitan Ardou, dos estaban atacados de las fiebres y con dificultad soportaban los tres dias acordados á su compañero; los que habian resistido al clima, pero sucumbido al cansancio, amenazaban y juraban. El capitan Ardou habia tenido la precaucion de conformarse al consejo de Eduardo Mercier, y prefiriendo los peligros que pudieran venir de la parte del bosque al furor probable de su gente, se apoderó de todos los revolvers y los hizo desaparecer, conservando solo el suyo.

El miércoles por la tarde, dia fijado para la vuelta de Eduardo y la partida para Panamá, la discusion fué mas violenta entre el capitan y su equipaje, que queria hacerse á la vela inmediatamente. El capitan Ardou exhortó su gente á la paciencia, empleando primeramente todos los medios que el candor pudiera sugerirle; prometió una recompensa é invocó los deberes humanitarios para un compatriota, sin llegar á persuadir á nadie mas que á medias. El capitan esperaba que el sueño calmaria á aquellos hombres desesperados y enfermizos. En efecto, á la puesta del sol hubo una trégua, y todos parecian resignados.

Aquella mañana un esceso de fiebre caliente habia atacado con violencia á un hombre que hacia cinco dias que no queria tomar ningun alimento. A las nueve de la noche el mal aumentó; el delirio y la inflamacion del cerebro tomaron tal intensidad, que á las diez el enfermo rindió el último suspiro, despues de una horrible agonía que espantó á todos sus compañeros. Uno de ellos se levantó y amenazó al capitan con

hacerse á la vela si aun él rehusaba partir; dos hombres ayudaron á levantarse á los enfermos y se dirigieron hácia el buque, que estaba anclado en la bahía.

— ¡Miserables! gritó el capitan Ardou, ¡vais á dejar morir de hambre y de miseria á un compañero! Antes de cometer tal nfamia tendreis que pasar por encima de mi cadáver.

Y tomando su revolver se puso ante ellos interrumpiéndoles el paso.

— Lo veremos, dijo un marinero que hacia dos años que estaba al servicio del capitan.

— Lo que veremos es que vas á estarte quieto ó te levanto la tapa de los sesos. Eduardo Mercier me ha dado su palabra que regresaria esta noche ó mañana por la mañana, y yo quiero que lo espereis hasta mañana.

Y dejándose arrastrar por la cólera añadió imprudentemente.

— Hasta mañana por la noche si es necesario, entendedlo bien.

— Espera un momento, dijo el marinero echando mano á la cintura, y no encontrando su revolver añadió fuera de sí.

— ¡Ah! ¡con que me has robado, canalla! ¿Quién me presta su revolver para matar á este tunante?

Los marineros echaron igualmente mano á la cintura; afortunadamente estaban desarmados.

— ¡Infame! has tomado tus precauciones, dijo el marinero; tú quieres que todos perezcamos aquí. ¡Amigos mios, hagámosle pedazos!

Y tomando su cuchillo avanzó blandiéndolo contra el capitan, quien al verle venir amartilló el revolver, apuntó y dijo al marinero con mucha calma :

— Si das un paso mas eres hombre muerto. Yo te he tomado á mi servicio para seis meses, no necesitamos mas que ocho dias para volver á Panamá, y aun nos quedan quince, yo

exijo un dia mas aquí, yo lo mando, ¿lo entiendes? yo lo mando.

El marinero exasperado se precipitó sobre el capitan Ardou gritando :

— ¡A mí, amigos mios, concluyamos con este hombre!

Los dos enfermos no eran mucho de temer. Un solo hombre mas alto, mas robusto que el que hacia tanto tiempo amenazaba era el solo temible; quiso apoderarse del brazo del capitan, sea para atacarlo indefenso, sea para impedir una violencia que iba á privar al buque de un buen marino. El capitan retrocedió unos pasos, se apoyó á un árbol é hizo fuego : el marinero dejó caer el cuchillo, tendió los brazos y cayó sin vida. Los tres hombres que quedaban exasperados por aquella lucha de un momento, se dirigieron contra el capitan, quien con el revolver en la mano los esperaba con indiferencia.

— Tú podrás asesinarnos, dijo uno de los marineros, pero tú moriras aquí de hambre.

— Poco importa, replicó el capitan, al menos yo estaré aquí hasta mañana por la noche.

— ¡Concluyamos! gritó el hombre que antes quiso cojerle el brazo.

El capitan apuntó y ya iba á disparar su arma cuando se oyó un tiro disparado en el bosque; los cuatro hombres se mirazon estupefactos : oyóse otro tiro, despues otro, así sucesivamente hasta seis.

— ¡Eduardo! gritó el capitan; es Eduardo que está en peligro, quizá muerto ya! ¡Partamos, amigos, partamos y salvémosle si aun es tiempo!

Y aquellos hombres que iban á asesinarle sin remision alguna por no querer esperar un dia mas á un compañero se aliaron á la idea de que aquel mismo compañero estaba en peligro y que los llamaba en su ayuda.

Pocos instantes bastaron para franquear la corta distancia

que separaba la tienda del sitio donde habian resonado los seis tiros. En vano llamaron á Eduardo.

Despues de minuciosas pesquisas por todos los matorrales que cubren la playa, y al momento en que el capitan recorria la orilla del bosque oyó un ruido estraño, volvióse y vió un cuerpo, cuyas formas no podia distinguir, agitarse convulsivamente y rodar por la arena.

— ¿Eduardo, sois vos? dijo, ¿sois vos Eduardo?

Acercóse, bajóse para examinar el cuerpo que tenia delante y retrocedió espantado gritando á sus marineros :

— ¡Un leon! ¡un leon ha atacado á Eduardo Mercier que se habrá defendido como un valiente! ¡Mirad, el maldito comedor de hombres acaba de espirar : Eduardo no puede estar muy lejos.

Volvieron de nuevo en busca del jóven francés; uno de los marineros tropezó con su cuerpo en la entrada del bosque.

El capitan, ayudado por su gente trasportó á Eduardo á la tienda, encendióse fuego, frotáronle las sienes con un poco de aguardiente y le hicieron tomar una pastilla de caldo disuelta con un poco de menta. Antes que amaneciera Eduardo habia vuelto en sí, pero sujeto al delirio, ataques de nervios y temblores convulsivos que daban poca esperanza al capitan.

A las cuatro de la mañana se enterró el cadáver que estaba tendido á algunos pasos de la tienda. El capitan Ardou formó una cruz con un tronco de árbol y una espada, la colocó sobre la tumba y no quedó en aquella costa, donde hoy se elevan algunas chozas de indios, mas que este piadoso recuerdo de uno de los episodios de la singular vida del pescador de perlas.

Terminado este sagrado deber, los marineros se dieron apreton de manos en señal de reconciliacion y olvido.

— Ahora, dijo el capitan, podemos ir á bordo y Dios quiera que el valiente Eduardo no muera durante la travesía.

El capitan hizo colocar á Eduardo en su mismo camarote, echó al almacen sus vestidos, el morral en que estaban encerrados los dos saquitos de cuero y el pedazo de tela del salva-vidas. Veló cerca de su jóven amigo noche y dia, dándole todas las horas una cucharada de caldo, é introduciéndole en la boca algunas gotas de ron y lo friccionaba con aguardiente alcanforado.

Habíanse hecho á la vela el jueves á las cinco de la mañana; el viernes el enfermo principió á fijar sus espantados ojos sobre los objetos que le rodeaban; despues de la friccion de la mañana, sus miembros perdieron su estupor, la cabeza pareció despejarse un poco y se desmayó. Hiciéronle respirar un poco de vinagre mezclado con álcali, abrió los ojos, diéronle una taza de caldo y por primera vez durmió con apacible sueño durante el cual un abundante sudor inundó todo su cuerpo; por la tarde lo cambiaron de ropa y lo volvieron á friccionar. Hasta entonces aun no habia podido hablar y parecia no reconocer al capitan ni á los hombres que lo cuidaban. Despues de nuevos cuidados volvió á dormirse y no se despertó hasta el dia siguiente. El sábado fijó su vista en el capitan que le apoyaba una mano sobre su frente para ver si tenia calentura, mientras que con la otra le presentaba una taza de caldo y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

— Consolaos, amigo mio, le dijo el capitan; en cuanto lleguemos á Panamá, si no estais restablecido, ¡qué demonios! yo trabajaré por la Sociedad, mientras os curais y luego fuerza será que la suerte cambie.

— ¡Capitan! dijo Eduardo, y durante mucho tiempo pareció como que coordinaba sus recuerdos.

Hácia las cuatro de la tarde lloró aun, y luego pareció mas tranquilo; se incorporó y dijo al capitan:

— ¿Qué ha sucedido? yo no creí llegar nunca; despues un alto que hice para apagar la sed fuí atacado de la fiebre y

perdí la memoria. Habladme un poco, eso me aliviará y ayudará mi memoria.

Los dos amigos hablaron durante una hora, al cabo de la cual Eduardo llegó á acordarse del último peligro que habia corrido.

El capitan le ayudó á coordinar los últimos acontecimientos; ya era de noche cuando Eduardo pudo darse cuenta de lo que le habia sucedido; quiso hablar, pero un sueño bienhechor se apoderó de él y durmió hasta el dia siguiente domingo por la mañana.

La juventud, el aire del mar, el alejamiento de los insalubres miasmas de la costa, un reposo de dos dias y los cuidados de todos los instantes habian triunfado del mal.

— ¡Oh! gracias, gracias, capitan, dijo Eduardo; ahora ya me encuentro en estado de contároslo todo, pero ignoro lo que ha pasado despues de la muerte del leon.

El capitan le dió todos los detalles de la escena que tuvo lugar en la tienda y sus consecuencias. Eduardo lo escuchaba atentamente; de repente se incorporó sobre su lecho, pasó la mano por sus cabellos y con una voz formidable que hizo estremecer al capitan, esclamó:

— ¡Dios mio! ¿y las perlas?

El capitan creyó que Eduardo era de nuevo atacado por el mismo delirio que habia sufrido los dos dias anteriores y durante los cuales habia repetido varias veces las palabras: *capitan, bahía de las perlas, perla negra, tiburones, tigre*, etc., etc.

— Calmaos, amigo mio, dijo el capitan, por ahora solo se trata de llegar á Panamá; allí yo os buscaré un buen médico, venderemos el buque para pagar la hipoteca y para curaros; aun habrá para que hagais un viaje á Francia si es necesario; y con lo que nos quedará iremos si es preciso á las minas, ó bien emprenderemos algun negocillo en Nueva-Granada mismo; nosotros aun somos jóvenes y tenemos

tiempo para trabajar, y yo ya os conozco bastante para saber que se puede contar con vos. Vamos Eduardo, buen ánimo, valor y calma sobre todo.

— Pero no, dijo Eduardo, yo no deliro, despues tigre, la bahía de la perla negra; despues de la perla negra, la roca perlera; despues la pesca; los tiburones; despues de los tiburones, la vuelta; despues la fiebre; despues el leon, luego nada, es verdad; pero en fin, antes, yo me acuerdo muy bien, pues ahora poseo mis sentidos. ¡Ah! ¡capitan! ¿vos no sabeis nada? ¡Ah! pardiez capitan... ¡sublime!... ¡Estamos salvados!... ¡Viva la Francia! ¡Para nosotros, capitan, para nosotros... todo!

Eduardo tuvo que recostarse para dominar su emocion.

— ¡Pobre Eduardo! murmuró el capitan.

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus bronceadas mejillas; un sollozo hizo palpitar el ancho pecho de aquel viejo lobo marino que no temia ni las tempestades, ni los reveses, ni los peligros, y que ahora sucumbia de dolor con la idea de no poder devolver á un valiente como él la razon y la salud.

— Vamos, no digais niñerías, dijo el capitan á Eduardo, nosotros poseemos bastantes perlas para pagar los gastos; el oficio no vale gran cosa, es una casualidad encontrar aquí algo que merezca la pena : tan difícil es encontrar una perla en esta costa como un alfiler dentro de un haz de paja. A las minas, á las minas, amigo mio, y con una buena pacotilla, eso es lo positivo : con diez mil francos que voy á reunir, ganaremos cincuenta mil; con cincuenta mil dos cientos mil; y adelante : luego volveremos á Francia poseedores de una fortunilla bastante para vivir cómodamente.

— Eso no es posible, dijoEduardo; pero mis perlas, ¿habeis mirado bien? ¡Qué tamaños! ¡Qué brillantez! ¡Y l perla negra¡ ¿La perla negra, esa perla mónstruo no vale nada?

— Pero Eduardo, amigo mio, ¿dónde diablos habeis visto nunca una perla negra?

— ¡Pardiez! en la bahía que un dia se llamará *de la perla negra;* ¿la habeis visto, capitan, habeis visto la perla sí, ó no? respondedme, ¿hablabais de mi pesca? ¿hablabais de mis perlas? respondedme, vos me asesinais con vuestro silencio.

El capitan tenia en sus brazos á Eduardo y no sabia si hablaba á un loco, á un delirante, ó á Eduardo Mercier gozando de su razon.

— ¡En fin! esclamó, ¡voto á Barrabás que no sé una jota! lo único que yo sé es que hace tres dias que me haceis sufrir mas que si fuérais mi hijo y que vais á volverme loco á mi turno.

— ¡Ah! ¿con que no sabeis nada, capitan? ¿Con que nada habeis visto?... ¡Dios mio! esclamó.

Un pensamiento horrible atravesó su espíritu, miró en orno suyo y no viendo nada gritó:

— ¿Y los sacos capitan? los sacos, el morral, la tela de mi salva-vidas, ¿qué habeis hecho de todo esto? ¡A tierra vamos á tierra puesto que han dejado allí mi fortuna, ¡la vuestra capitan! ¡No, yo no estoy loco! ¡Mi salva-vidas, mi morral, mis vestidos, yo quiero todo esto, que traigan todo esto capitan!

Y de rodillas sobre su cama parecia amenazar y suplicar, ambas cosas á la vez, á su amigo.

— Todo está á bordo, dijo el capitan, y se os traerá en seguida.

— ¡Todo á bordo! esclamó Eduardo, ¡victoria capitan! y se sentó sobre la cama: ¡Dios mio! esclamó suspirando, la alegría hace mal; mi corazon late con tal violencia que parece va á romperme el pecho. ¡Qué momentos hay en la vida del hombre!

El capitan lo vió tranquilo y salió.

— ¡Está loco! se dijo para sí, ó si habrá... En fin vamos á verlo.

A los pocos segundos volvió llevando en sus manos los vestidos de Eduardo, quien los tomó convulsivamente; abrió el morral, desgarró el pedazo de tela impermeable y un puñado de perlas se esparció por la cama yendo la mitad de ellas á rodar por el suelo.

— ¡Cómo! esclamó el capitan sorprendido, ¡vos!... ¡nosotros!... ¡dónde!...

Y no pudo decir mas, pues se creia juguete de un sueño; pasó su mano por la frente, bajóse al suelo, recogió las perlas, las examinó atentamente, y las iba colocando una á una sobre la cama. Despues mirando fijamente á Eduardo, dijo:

— ¿Con que no estamos locos ni el uno ni el otro? ¡yo que creia!... Pero es decir que nosotros somos...

— ¡Millonarios, capitan! interrumpió Eduardo. ¡En mis brazos, capitan, en mis brazos! Yo he descubierto para nosotros dos mas que millones, mas que las minas de California, he descubierto un banco que algunos meses de trabajo no bastarán para agotarlo! ¡En mis brazos capitan y viva la casa Ardou y Compañía! ¡capital social... millones!

Los dos amigos se abrazaron por primera vez; por primera vez su dicha era completa. Eduardo sacó igualmente los dos saquitos de cuero y esparció ante sí el resto de sus riquezas.

— ¿Y la perla negra? preguntó el capitan.

— ¡Ah, sí, es verdad, mirad!

Eduardo abrió una cagita de pistones y sacó la famosa perla negra que mas tarde tuvo por padrino y comprador un conocido banquero de los Estados-Unidos del Norte, quien pagó ocho mil duros para venderla en doce, y en el bautismo del negocio la llamó *la Africana*. Otro comerciante quiso cambiar este nombre por el de *Estrella del Salvador*, pero sin éxito de modo que hoy continúa llamándose *la Africana*.

En aquel momento uno de los marineros entró. Eduardo cubrió las perlas con la sábana.

— ¿Realejo, dijo el marinero, vamos á hacer víveres y agua á Nicaragua ó á Costa-Rica?

— A Puntarenas, respondió Eduardo, el tiempo es favorable y debemos aprovecharlo, esta noche podemos llegar á Costa-Rica.

El marinero salió.

— Habeis hecho muy bien, dijo el capitan, aquí hay bastante para hacernos asesinar. Voy á ver si hay bastantes víveres para llegar hasta Panamá, aun hay vino á bordo y podremos economizar el agua. Si tocamos en algun puerto podrian visitarnos y Dios sabe lo que resultaria. Nuestros marineros ya están hartos, solo hay tres hombres en estado de trabajar de cuatro que nos quedan, y podrian desertar; no hagamos imprudencias.

Eduardo principió á pasearse por el puente y no tardó en ayudar á los marineros para fortificarse. Por mútuo convenio entre él y el capitan, y á fin de no despertar sospechas, los dos amigos se abstuvieron de hablar del pasado.

Eduardo solamente contó á sus compañeros sus aventuras sobre la costa del Pacífico y de este modo el capitan supo á costa de qué sacrificios la sociedad Ardou y Compañía acababa de hacer fortuna.

Por fin la *María Amelia* llegó á Panamá. El capitan Ardou despues de haber cumplido todas las promesas que habia hecho á su equipaje, y dado á cada uno un beneficio que no esperaba, lo licenció, y durante algunos meses vivió silenciosamente con Eduardo á fin de no dejar transpirar nada sobre su fortuna tan rápidamente adquirida y con un solo viaje, á las costas del Pacífico. Eduardo y él se dedicaron á operaciones comerciales propias para justificar los inmensos beneficios de la pesca de las perlas.

La *María Amelia* fué reemplazada por el *Castor*, her-

moso *brick* nuevo y bien montado de marineros valientes, robustos y emprendedores; habia tres franceses del medio dia, dos italianos, dos negros, un cocinero mulato y anglo-americano que desempeñaba las funciones de segundo; tal fué al principio el equipaje del *Castor*.

El capitan Ardou hizo algunos viajes á la costa del Sud; estuvo en el Perú y de allí pasó á Chile, donde el banquero norte-americano antes citado, le compró la famosa perla negra. En Panamá vendió el resto á los negociantes y á los mineros que volvian de California y que preferian llevar á Europa las perlas, con las que pensaban aun ganar mucho mas que con las onzas ó las letras de giro que les daban en cambio del oro en polvo. En fin, un dia se liquidaron todas las cuentas, ganancias y pérdidas, entradas y salidas, y los dos amigos se encontraron al frente de un capital de CIENTO SESENTA MIL DUROS. Compraron una casa que daba al puerto, donde establecieron su factoría; los almacenes y las oficinas, comenzaron sus operaciones por todo el litoral del Pácifico, establecieron algunas relaciones en Europa y antes de realizar el proyecto que meditaban hacia algunos meses y que consistia en hacer un nuevo viaje á la costa y una pesca en gran escala, fundaron definitivamente en Panamá, mediante un contrato en buena y debida forma pasado por la Cancillería, la casa de comercio y de banca de los Señores Cárlos Ardou y Compañía, con un capital social de ochocientos mil francos. Firma de la sociedad: *Cárlos Ardou y Eduardo Mercier*.

IV

La casa Cárlos Ardou y Eduardo Mercier trabajó sin descanso para establecer sus relaciones y su crédito, hizo algunas especulaciones buenas, remitió sumas importantes á Europa con letras á la órden de la señora Ardou de Cannes y de don Julian Mercier de París, y tomó rango entre los establecimientos comerciales de primer órden de Panamá. Compró en cambio de letras ó dinero francés ó americano los sacos de oro en polvo que traian los mineros que regresaban á Europa; hizo considerables operaciones de banca con el desacreditado papel del gobierno de Nueva-Granada; su capital social aumentaba, y un porvenir comercial, próspero y risueño parecia asegurado.

El capitan Ardou y Eduardo Mercier, como no tenian familia alguna, pasaban sus veladas estudiando la singular ciudad de Panamá al momento del paso de los mineros de California. Todas las nacionalidades, todas las esferas sociales, se encontraban confundidas en las fondas, en los cafés y en las casas de juego.

Aspinwall House, que acababa de establecerse, no era

en aquella época mas que una mala posada, receptáculo de gentes arruinadas, honradas ó no, ocultando sus nombres y calidades, de aventureros sin fé, ó de bandidos que habian hecho todos los oficios y cometido todos los crímenes y delitos.

Eduardo reconoció un dia al Marqués de L... quien durante algunos años habia deslumbrado París con su lujo, su vida disipada y sus aventuras galantes, y que ocultaba su antiguo esplendor bajo la blusa del obrero y un nombre supuesto. A su lado, vestido con elegancia y con una condecoracion, estaba sentado un hombre espulsado de París por haber estafado en el juego; uno de esos hombres que se introducen hasta en los mejores salones, estafando sumas considerables y que los parisienses designan con el epíteto de *griegos*. El que ahora nos ocupa llevaba una vida de príncipe; su generosidad le habia dado gran prestigio, tenia muchos amigos, era solicitado por todos los aventureros afortunados y era admitido en las mejores casas de Panamá, donde se habia presentado bajo el nombre de Conde de B..; estaba íntimamente ligado con un individuo que habia sido condenado tres ó cuatro veces por los tribunales por no sabemos qué crímenes; célebre bribon quien naturalmente habia tomado un buen nombre, el de Conde de M... bajo el cual cometia mil iniquidades y se enriqueció. Dícese que hoy es muy honrado y respetado en los Estados-Unidos bajo su verdadero nombre, que nosotros no citaremos por temor de que sea posible aplicarle la parábola evangélica : *A todo pecado misericordia*. Toda aquella gente desocupada esperaba la salida de los paquetes, sea para Europa, sea para California, unos procurando esplotar á los enriquecidos, otros pródigos de su nueva fortuna, la mayor parte seducidos por la vida de placeres, de desórdenes ó de aventuras y respirando una atmósfera incomprensible para aquellos que nunca han asistido á los delirios de aquella fiebre, iban por

la noche, por especulacion ó por curiosidad, á todos los tahures autorizados por la policía ó clandestinos.

Un dia, los asociados Ardou y Mercier dieron un banquete al que fué invitado todo el comercio de Panamá y el jefe de una riquísima casa de Lima con la que desde algunos meses hacian negocios de consideracion. Nadie resiste á una comida americana, los indígenas menos aun que los Europeos, donde hay la costumbre de brindar hasta el infinito, y la política consiste en vaciar el vaso durante horas enteras y á cada invitacion; de modo que un hombre bien educado está condenado en una comida de ceremonia á tragar algunas botellas.

Eduardo Mercier habia constantemente evitado todos los escesos y las distracciones nocturnas que repugnaban á su naturaleza; él se habia propuesto volver á Europa al año siguiente, despues de un segundo viaje á la costa del Salvador. El capitan Ardou veia entrar en caja los millones sin saber cómo ni cuándo, pues no adoraba otro dios que el dinero ni otro santo que Eduardo Mercier, y no obraba ni pensaba mas que por él: poco á poco se habia dejado fascinar por el esplendor de su nueva fortuna, y por el éxito debido á los inteligentes cálculos de Eduardo, veia sonriendo sus cajas llenarse de oro, sus operaciones estenderse, y su crédito aumentar con su prestigio. De vez en cuando solia pensar en la roca de las perlas, pero raramente en su familia; no comprendiendo pudieran pararse las activas ruedas del mecanismo de la casa Ardou y Compañía, ó renunciar á recoger, en un rincon de la costa del Pacífico, los millones que habia dejado Eduardo.

Las cosas estaban en este estado cuando tuvo lugar el banquete de *Aspinwal House*, que reunió, además del comercio de Panamá y del rico comerciante del Perú, á todas las autoridades civiles y militares y á la nobleza de paso, es decir, al Conde de B... y al Conde de M...

Cuando concluyó la comida, el titulado Conde de B... llamó aparte al de M... y le dijo :

— A todo hombre se le presenta una sola vez durante su vida la ocasion de hacer fortuna; la que hoy se nos presenta á nosotros quizá no la volveremos á ver jamás. Nuestros convidados son, todos juntos, lo menos veinte veces millonarios; ellos han bebido, la animacion ha llegado á su colmo ; si esto se prolonga aun una hora nadie conservará su sangre fria mas que nosotros. Si conducimos á estos señores á la casa del *Baluarte* nos dejarán con qué volver á los Estados-Unidos y convertirnos en un lord cualquiera. Mucho ojo y atencion. Continuemos aun una hora mas aquí; decidle al dispensero que sirva de mi vino y que no lo economice; yo conduciré á esos señores á la calle de las Monjas. Id vos mismo á buscar las mujeres, y que todo esté preparado para dentro de una hora. Pocos hombres, buen gusto en la eleccion del bello sexo, y yo me encargo de lo demás.

El Conde de M... salió, designó el vino que debia servirse á los convidados despues de comer, dió algunas órdenes al fondista y á dos mozos, á quienes dió una moneda de oro, y se dirigió á la casa llamada del *Baluarte*.

Un mozo italiano se presentó en el salon con una bandeja llena de vasos de color. En aquel momento el Conde de B... habia pasado su brazo por los hombros del capitan Ardou, que chanceaba á su jóven asociado, un poco aturdido por el vino, y que estaba sentado sobre un sofá; pero sério y conservando aun sus facultades intelectuales lo bastante para evitar, segun su carácter, toda familiaridad aun para con las personas con quienes tenia relaciones comerciales, y con mucha mas razon con las personas que no conocia, como el Conde de B...

— Vamos, bebe, decia el capitan fuera de sí. ¡Viva la alegría! Toma, Sócrates.

Eduardo no quiso aceptar una copa de Champaña que le ofrecia.

— Señor Conde, dijo el capitan, tengo el honor de presentaros uno de los siete sábios de la Grecia, y sin embargo, no es un *griego*.

Y el capitan se ahogaba de risa abrazando al Conde de B...

— Es un Mentor, mi Mentor, añadió. Es el tesoro de la Compañía, el Monte-Cristo del lugar, el que hace marchar la máquina. ¿No es verdad, hijo mio?

El capitan se tenia los flancos con el rostro encendido por el vino y por la risa.

— ¡Qué demonios! añadió; haz como yo, Eduardito de mi alma; ¡pardiez! si yo fuera soltero como tú ni el diablo podria conmigo; yo querria reunir hoy todas las sultanas del Gran-Turco y todas las huríes de Mahoma; ¿es verdad, conde? Yo querria ¡mil tempestades! despues de haber agotado todos los deleites terrestres, tragar el ópio y el *hatchis*, fumar el tomheki mezclado con polvos de aloe y de ambar; yo querria dar un banquete monstruoso, rodeado de españolas, griegas é italianas, de las mas hermosas mujeres de todas partes, desde la Noruega hasta la Abisinia, sin olvidar la Georgia; vivir cien años en una sola noche, y despues de haber agotado todas mis fuerzas y sentidos en el último cuarto de hora, ir á darle un abrazo á Mahoma por haberme dado una idea.

— El vino os hace divagar, dijo Eduardo.

— Hé aquí, Conde, continuó el capitan, un mozo que aun no tiene veinticinco años y que se hastía ¡pardiez! si yo tuviera veinticinco años querria vivir y gozar como veinticinco turcos. Créeme, hijo mio, aun un viaje al Salvador que nos salve, y sin esperar mas vete á Georgia, compra tu serallo, que bordarás de oro, perlas y rubíes, manda á buscar las bodegas de los *Tres hermanos Provenzales*, los perfumes de la Arabia, los tejidos de las Indias, y hazte llamar el príncipe Sidi-Mercier-Mahoma-Epicuro; invoca las sombras de Richelieu, de Don Juan Tenorio y de Lovelace; embriágate de per-

fumes, de néctares, de amores, de música, y nómbrame tu gran maestre, tu senescal, tu abastecedor de perlas; inventa el paraiso y pide un privilegio á la Puerta Otomana. ¡Vivan las perlas, Eduardo! ¡el Pachá es un anacoreta, César un pilluelo, Creso un mendigo y Mahoma un párvulo!

— Vos estais chispo, capitan, dijo Eduardo levantándose.

— ¡Chispo yo! esclamó el capitan. Cuando yo digo que ese mozo es amo del mundo, que es mas rico que la Europa y California, y aunque no lo parece, Conde, posée las perlas á montones.

— ¿Cómo? dijo el Conde con interés.

— El capitan está chispo, repitió Eduardo.

— ¡Chispo! esclamó el capitan. ¿Y la perla negra, bribon? ¿y la roca de las perlas, y el tigre, y los tiburones, y el leon Puma y...?

Eduardo se aproximó al capitan y le apretó el brazo con violencia.

— ¡Qué me haces mal! dijo el capitan. Y bien, Conde, Condesito, manda á buscar un coche de plaza y te conduciré á la roca de las perlas.

En aquel momento un mozo se aproximó y habló al oido del Conde de B...; este se volvió hácia Eduardo, diciéndole:

— Señor Mercier, mi amigo el conde de M... nos manda un verdadero regalo, un *tockay* de cien años; yo brindo á la prosperidad de la casa Ardou-Mercier; espero que vos no rehusareis?...

— Mil gracias, dijo Eduardo, me siento mal y necesito que el señor Ardou me acompañe á mi casa.

— ¡Yo! dijo el capitan, tengo una sed abrasadora.

— Yo os acompañaré, dijo el Conde, y luego volveré.

— No, me quedo, dijo Eduardo.

Y no perdió un solo instante de vista al capitan.

El Conde de B... quiso en vano reanudar la conversacion interrumpida por Eduardo; pero este lo impidió con un tacto

y una destreza que no pasó desapercibida para el Conde, quien se separó de los dos asociados y se retiró á meditar á un lado del salon, examinando el estado progresivo de embriaguez á que habia llegado cada uno de los convidados.

Un mozo se le acercó y le habló al oido.

— Aun unas cuantas botellas, dijo, y trae los cigarros de punta dorada de la caja de cristal.

Las canciones comenzaron : el capitan Ardou tenia el rostro de color de púrpura, y ya no bebia, dominado como estaba por Eduardo Mercier, del cual trataba maquinalmente de desembarazarse. Habíase llegado á ese punto en que una comida seguida de un esceso puede conducir á los convidados hasta perder la razon y degenerar en orgía. Distribuyéronse los cigarros del Conde de B... Al cabo de un cuarto de hora una exaltacion febril habia reemplazado al entorpecimiento, y el embrutecimiento principiaba á pintarse sobre todos los rostros. La conversacion fué mas animada; todo el mundo gritaba y cantaba á la vez; los unos pedian mujeres, otros los naipes; el capitan Ardou logró escapar de Eduardo y se puso á bailar con el Conde, que por fin vió llegado el momento de obrar sobre aquellos hombres ébrios.

— Señores, dijo el Conde, concluyamos alegremente la velada; aquí no se puede respirar y ya no tenemos nada que hacer; vamos al baile del Baluarte á hacer bailar á la Europa con enaguas.

— ¿Un baile? ¡Bravo! gritaron los convidados.

— ¡Bravísimo! vociferó el capitan. Vos sois un nigromántico, Conde. ¡Inventar un baile! ¡Qué descubrimiento! Vamos, véte á dormir, Eduardo; yo quiero bailar una polka desenfrenada con Vénus.

— Vos no ireis, dijo Eduardo.

El capitan entonó una cancion y cogió el brazo del Conde.

— ¡Partamos! gritaron los convidados.

Eduardo cogió al capitan por el otro brazo y siguió á la

comitiva, que se encaminaba moviendo una algazara atronadora hácia el Baluarte, y entraron en una casa que formaba esquina entre este y una calle que, si mal no recordamos, se llamaba en aquella época de las Monjas.

Un negro vestido de blanco estaba sentado á la puerta, entre dos faroles de color, y recibia de los visitadores que querian entrar un peso. Las ventanas del primer piso estaban abiertas de par en par, dejando ver desde la calle las luces y oir un ruido confuso de voces, risas, baile y música, que revelaban simplemente un salon público de baile. Nada en su esterior anunciaba que una morada de tan pobre apariencia fuera una casa de juego, donde se perdian los millonès en pesos del Perú, Chile, Bolivia, Nueva-Granada y Centro-América, los dollars y el oro en polvo.

El Conde de B... se presentó, el negro salió de su habitual apatía y se puso en pié como un soldado de centinela al paso de un superior. El Conde pagó y entró el primero, precedido de los demás.

En la antecámara dos negros recibian los sombreros y los bastones.

En el primer salon habia un enorme aparador, cubierto de vinos franceses y españoles y de licores. En aquel momento el salon se encontraba lleno de hombres y de mujeres. Los unos, por su porte elegante ó sus maneras tan groseras como su lenguaje, representaban todas las clases de la sociedad confundidas; las mujeres recordaban por sus trajes y su aire la paseadora de los *boulevares* de París ó de Haymarket de Lóndres, confundidas con las americanas. Todas eran jóvenes, hermosas, medio desnudas y propias para escitar y engañar á los hombres. En fin, dos italianos, uno jóven y bien vestido y otro mas viejo en mangas de camisa, servian á toda aquella gente, que cantaba, juraba y se apostrofaban unos á otros en inglés, francés, español é italiano. En el fondo de este salon habia una puerta que daba á otro

en que una treintena de individuos de ambos sexos bailaban una polka desenfrenada que tocaba á su fin, lanzándose sobre las mujeres, empujando é inventando todas las posturas y actitudes mas escandalosas y obscenas. Aquella reunion representaba maravillosamente todas las esferas degradadas de nacionalidades diversas, agitándose, mezclándose y confundiéndose en una atmósfera de vapores alcohólicos, de humo, de tabaco y de polvo, reuniendo en el pequeño espacio de algunos metros cuadrados todos los elementos mas repugnantes, capaces de alejar á un hombre sensato como Eduardo Mercier, pero tambien propicios para concluir de estraviar á un hombre medio ébrio como el capitan Ardou.

Al entrar en el salon de baile, algunas mujeres reconocieron á los dos asociados, cuya rápida fortuna habia hecho mucho ruido; la sociedad Cárlos Ardou y Compañía se vió al instante cercada por una docena de jóvenes, que empujaban al capitan hácia el aparador. Eduardo le siguió y varias veces le quitó el vaso de las manos; pero como era el único que conservaba sus sentidos en medio de aquella bacanal, fué á su turno envuelto, empujado y separado del capitan, quien con el vaso en la mano cantaba y bebia, dando vivas sin ton ni son á las ninfas, á las sirenas, á Mahoma, á Epicuro, á Lovelace, ó epígramas á todos los pachás de Oriente cuyos nombres habian llegado hasta él.

No pudiéndose apenas sostener sobre sus piernas, el capitan fué cogido por ambos brazos y arrastrado hácia el salon de baile por una jóven francesa llamada Enriqueta de Valois, sin duda porque habia habitado en la calle de Valois en Paris, y por una de esas criollas de Venezuela llamadas ladinas, donde tuvo que sentarse diciendo que estaba enfermo; enjugóse su frente inundada de sudor, y se puso pálido como la muerte.

El Conde de B... estaba en pié apoyado sobre la puerta examinando y vigilándolo todo; hizo una seña al Conde de

M... quien se abrió paso por entre la multitud y corrió como un hombre acostumbrado á recibir y ejecutar pronto y sin vacilar las órdenes de un jefe.

— Dentro de un cuarto de hora será demasiado tarde, dijo el Conde de B... despachaos, que Enriqueta y María lo conduzcan á la sala del fondo y vos entretened á su Mentor. Mandadle la recien llegada, la inglesa Emma, y si resiste á esa, renuncio.

— ¿Y si resiste á todo y nos toma al capitan?

— ¿Si nos toma?... ¡jamás! Si nos lo arrebata, habreis querido decir; ¡ah! entonces tanto peor para él, armaremos un poco de ruido, una querella, y lo ponemos de patitas en la calle, y una vez fuera... ¿comprendeis?... Hacedle registrar antes por los italianos, y en todo caso que lo desarmen en seguida: id y despachaos.

— Esta bien, respondió el Conde de M...

Un instante despues el capitan Ardou, despues de haber tomado *sherry cobler*, refresco inglés, y un poco repuesto de su aturdimiento, franqueaba una puerta que daba á una tercera sala donde unos cuarenta hombres poco mas ó menos, de todas las edades y condiciones, estaban sentados delante de una gran mesa cubierta de un tapete encarnado que llegaba hasta el suelo. Dos hombres tenian la banca y delante de ellos habia grandes pilas de oro, billetes de Banco y monedas de plata francesas, inglesas y americanas; dentro de cestos habia dos balanzas de cobre, vasos llenos de oro en polvo, algunos lingotes con la inscripcion de su valor y otros pedazos informes que provenian del oro fundido para mayor seguridad durante el viaje de San Francisco á Panamá.

El capitan, por un resto instintivo de sus sentimientos de economía, de honrada conducta y horror al juego, retrocedió un paso cuando vió la mesa; quiso retirarse al salon del baile; las dos jóvenes que lo conducian lo empujaron, pero él pudo cogerse á la puerta sin que nadie pudiera arrancarle

de aquel sitio en que su instinto, mas bien que su razon lo retenia. El Conde de B... vió aquel momento de vacilacion y corrió en ayuda de las mujeres; todo fué inútil.

— Vamos, capitan, dijo el Conde, no rehuseis una partida á estas señoras, ¡qué diablos, un millonario como vos! Enriqueta, seducid á este cerbero que no quiere dejaros entrar, enriqueced á vuestro avaro. Yo os prevengo, capitan, que si jugais haceis fortuna; Enriqueta gana siempre y ya seria millonaria si hubiera querido, pero es una derrochadora; el otro dia la ví ganar cien mil francos en una hora. ¡Vamos, capitan, un ricacho como vos hace un desaire á un palmito como este! ¡Oh! dichoso sultan, si yo tuviera tus millones!

El capitan Ardou habia pasado ya los límites, el Conde habia cogido la puerta y á todas las tentativas del Conde y de las dos mujeres respondia:

— No, no, ó bien que venga Eduardo.

El conde impacientado hizo un esfuerzo supremo para arrancar de la puerta al capitan, este se enderezó y gritó con voz ronca:

— Os he dicho que no, voto á los mil diablos! ¡A mí, Eduardo, á mí!

— ¡Le habeis hecho beber demasiado, dijo el Conde con furor á las dos mujeres; que el diablo os confunda, si él no juega esta noche os despido, arreglaos como podais!

Y se dirigió hácia el primer salon donde estaba Eduardo rodeado de algunos de sus compatriotas discutiendo una cuestion al parecer muy animada.

— Muy bien, dijo el Conde de B...

Y llamó al de M... que formaba parte del círculo.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó el Conde de M...

— Nada de bueno, el viejo es tenaz, lo han embriagado demasiado y no quiere pasar de la puerta, las mujeres ya no pueden hacer nada. Llevadle un vaso de agua con seis gotas

de amoniaco á esa bestia bruta, esto restablecerá el equilibrio; vigilad á Enriqueta y á María y que no lo dejen de la mano.

El Conde de M... desempeñó sus instrucciones y llegó á donde estaba el capitan al mismo tiempo que una de las jóvenes le acariciaba sus grandes patillas diciéndole:

—Veamos, queridito, dadme al menos una onza para jugar.

Por fin el capitan principiaba á mirarlas con ojos mas tiernos. El hombre rudo del pueblo, el viejo marino, en su vida se habia encontrado sometido á semejante prueba carnal. Enriqueta le habia pasado los brazos por el cuello y como llevaba los brazos y pecho desnudos le fascinaba con su hermosura, su aliento y sus abrazos. La frente y los ojos del capitan llegaron á inflamarse.

—Ven, ven conmigo, decia el capitan, y yo te daré perlas.

—Despues, respondió Enriqueta, ahora quiero ganar.

—Toma lo que quieras, dijo el capitan avanzando su pecho.

Enriqueta tomó del bolsillo de su chaleco una onza y se fué á la mesa del juego.

—Juego y buena suerte, dijo en voz baja al banquero.

Jugó y ganó, dobló dos veces y volvió á donde estaba el capitan con diez y seis onzas que metió en los bolsillos de su chaleco.

—¿Tú ves como yo gano? le dijo; vamos, ven, gran animal.

María vino á su turno y llenó de oro las manos del capitan que soltó la puerta y dió un paso adelante.

El Conde de M... llegó en aquel momento llevando en la mano un vaso de agua y le dijo á María:

—Haz que tome esto el capitan.

—Dejadnos hacer, respondió Enriqueta.

—B... lo quiere.

Las dos mujeres se miraron como dos personas contrariadas y acostumbradas á la mas ciega obediencia.

— Pues bien, id y decidle al Conde de B... que venga y verá, replicó Enriqueta.

— Vamos, capitancito mio, ven, dijo María tomando al capitan por la mano.

— Ven, dijo Enriqueta.

Las dos jóvenes pudieron en fin arrastrar al capitan Ardou, vacilante, los ojos encendidos, las manos y los bolsillos llenos de oro y apoyado sobre ellas y como no sabiendo cual elegir entre la parisiense que le seducia ó la ladina que le exasperaba los sentidos y hacia hervir su sangre.

— Un sitio para el señor, dijo Enriqueta al llegar á la mesa.

Inmediatamente se desocuparon tres sillas.

En el mismo momento entró el Conde de B... que tomó aparte al de M... y le dijo.

— Todo va á pedir de boca; ocupaos de Mercier y haced lo que sabeis; si se le puede entretener, tanto mejor, porque dentro de una hora lo necesitaremos; pero si por el contrario, no podeis retenerle hasta que yo vaya á buscaros, ejecutadle; solamente como ese señor no es un cualquiera, desaparicion completa, ¿entendeis? tomad una lancha y al mar.

— Se hará, respondió M... y salió.

El Conde de B... se dirigió á la mesa del juego y se puso á jugar al monte, que de hora en hora alternaba con el treinta y cuarenta.

— Juego, ganancia y oro, dijo al banquero de la derecha.

— Juego, perdida y papel, dijo al de la izquierda.

El banquero de la izquierda sacó de su bolsillo un paquete de hojas de papel en blanco y un lapiz azul.

El capitan Ardou, sentado entre las dos jóvenes que habian logrado exaltar y se habian apoderado de todos sus sentidos á la vez, dispertando las pasiones de su naturaleza,

miraba riendo los montones de oro colocados delante de los banqueros.

— ¡Ah! esclamó el capitan, vos sois como Eduardo, vos habeis encontrado la roca de las perlas. María, tú eres la perla negra, hija mia.

El conde de B... se volvió sorprendido de la insistencia con que el capitan hablaba de sus perlas.

— ¡Es singular! esclamó el Conde bastante alto para que un testigo, observador silencioso de aquellos misterios del Nuevo Mundo lo oyera.

El Conde miraba fijamente al capitan Ardou y murmuró :

— En fin, despues nos veremos.

— El rey de bastos y la sota de oros, dijo el banquero.

— Diez mil francos al rey de bastos, respondió Enriqueta.

— Cinco mil, dijo María, ¿y tú, capitan, no juegas? dos veces que nosotros ganamos.

— Yo juego lo que nos resta, dijo el capitan, diez mil mas al rey de bastos.

El Conde tocó con el pié al banquero por debajo de la mesa.

— ¡Perdido! dijo Enriqueta; tú nos haces perder. Ahora bien, yo quiero mi dinero; vamos, paga con papel y tomemos nuestra revancha.

Y la jóven le presentó una hoja de papel blanco y el lápiz.

— ¿Qué quieres? dijo el capitan.

— Firma, dijo Enriqueta, y vamas á ganar.

Y ella escribió :

« Vale por cinco mil pesos fuertes. »

Y le dió el lapiz.

— ¿Qué? dijo el capitan que no sabia lo que hacia mirando alternativamente á las dos mujeres.

— Banquero, dijo Enriqueta, dadnos los cinco mil pesos, el señor firma.

El banquero contó la suma pedida y la dió á Enriqueta.

— ¿Tú ves? dijo María; ya somos ricos, firma.

— ¿Pero qué he de firmar?

— ¡Pardiez! firma Cárlos Ardou y Compañía.

— Solo Eduardo puede firmar.

— Firma como quieras, yo no entiendo una jota, pero firma.

El Conde de B... se acercó al oido de Enriqueta y dijo:

— Ardou basta, despáchate.

— Firma Ardou solamente, dijo Enriqueta al capitan; luego mandaremos llamar á Eduardo.

El capitan firmó maquinalmente y escribió: *Eduardo Mercier* y *Cárlos Ardou.*

Pasado este incidente la partida continuó:

— Diez mil francos arriba, dijo Enriqueta al banquero de la derecha.

— Cinco mil abajo, añadió María al de la izquierda.

Las dos mujeres ganaron y el oro abundó en sus manos.

— Toma, dijo Enriqueta, hemos recuperado el bono de cinco mil pesos.

— ¡Viva la bahía de las perlas! gritó el capitan.

El Conde se volvió de nuevo.

— ¡Viva la bahía de las perlas! ¡Viva María! ¡Viva Enriqueta y juguémoslo todo!

— ¿Quieres jugarlo todo? dijo Enriqueta, muy bien; pero con la condicion que si perdemos doblamos, si no guardo mi parte.

— Como quieras, doblaremos, dijo el capitan; al cabo y al fin la bahía de las perlas aun no se ha perdido: ¿cuanto tienes?

— Lo menos quince mil pesos.

— Banquero, pichon mio, nosotros jugamos gran juego y hacemos saltar la banca; ¿teneis vos quince mil pesos?

— Sí, respondió el banquero.

Todos los jugadores cesaron de jugar y fijaron sus ojos sobre los naipes.

— Nosotros aceptamos los quince mil pesos, dijo uno de los banqueros. Tallo : siete de oros y caballo de bastos.

— ¡Já! ¡já! los quince mil durejos al siete de oros, el caballo dejadlo al banquero para que se vaya con él.

— Pon tambien debajo, dijo María, así no lo perderemos todo y podremos ganar doble.

— Siete de bastos y rey de copas, dejo el banquero.

— Quince mil pesos al rey de copas, añadió el capitan, y si ganamos beberemos á su salud.

— Pagad, dijo el banquero.

— ¿Con qué he de pagar?

— Devolvednos el dinero y el bono, dijo Enriqueta con viveza, el capitan firmará.

El Conde de B... sacó una cartera del bolsillo, tomó una letra en blanco y escribió con el lapiz azul : *Treinta mil pesos*, la presentó al capitan y volviéndose hácia la banca dijo.

— Yo respondo del señor y garantizo su firma.

María presentó el lápiz al capitan y firmó : *Eduardo Mercier y Compañía*.

El Conde de B... tomó la letra y un rayo de alegría iluminó su frente.

— Vos os equivocais, capitan, dijo, la letra debe ser fimada por vos solo, de este modo es falsa, pues solo el señor Mercier puede firmar en nombre de la sociedad.

— Es verdad, dijo el capitan riendo, ¡pardiez! lo habia olvidado.

— Tomad, dijo el Conde presentándole otra letra que firmó el capitan alegremente.

Todos los jugadores miraban atentamente al banquero. Enriqueta dió la mano al Conde de B... por detrás del capitan y María escondió furtivamente algunas onzas en su pecho.

—Caballo de bastos, dijo el banquero.

—Mal, dijo Enriqueta, á ver si ganamos abajo.

—Todas las miradas se fijaron de nuevo sobre los naipes.

—Siete de bastos, repitió el banquero recogiendo la letra de treinta mil pesos del capitan.

—¡Ah! esto es demasiado, dijo María; capitan, tú nos has prometido doblar.

—¡Y lo sostengo, mil rayos! ¡un marino no tiene mas que una palabra!

—Tomad, dijo el Conde, hé aquí otra letra.

El capitan firmó diciendo:

—Esto es muy cómodo; ¡poseer la roca de las perlas! se quiere, se firma, se tiene, se gasta, y ¡viva la alegría! el dinero no falta nunca.

El Conde examinó al capitan, hizo una seña á los banqueros y les presentó la letra de sesenta mil pesos.

Todo el mundo se levantó. Solo el capitan Ardou quedó impasible ante un juego semejante.

—Rey de oros y siete de copas, dijo el banquero.

—Vaya por el rey de oros, dijo el capitan.

El banquero volvió el siete de copas.

La suerte nos ha abandonado, dijo Enriqueta; yo me retiro.

—Y yo tambien, respondió María, partamos.

—Partamos, repitió Enriqueta, yo tomo el bono de cinco mil pesos y oro por dos mil quinientos, tú toma el resto.

—Un instante, dijo el Conde con tono imperioso, si quereis yo haré las partes.

Las dos mujeres, como dos niños á quienes se les ha reñido, dieron el dinero al Conde de B... que lo tomó y salió del salon.

Los banqueros cambiaron el juego y principiaron el treinta y cuarenta.

—Yo continuo, dijo el capitan, y doblo al color ya que

esas dos pécoras tienen miedo ¡Qué demonios! quiero ver si me desquito.

—Poned, respondió el banquero.

—Vamos, dijo el capitan volviéndose hácia donde el Conde estaba pocos momentos antes, dadme otro papel, queridito. ¡Ah! ¿el Conde no está aquí? no le hace, yo pongo.

—No, respondió el banquero, cuando venga el Conde.

El capitan se levantó yendo hasta la puerta dando traspiés y vió al Conde de B... que hablaba al oido al Conde de M...

—Conde, dijo el capitan, dadme otra letra igual ó doble.

—¡Pardiez, capitan! ¿es que vos poseeis muchos millones para jugar de ese modo? ¿Poseeis muchos barriles de perlas? ¿Y la famosa bahía? ¿y la roca? Contadme todo eso ó no os doy la letra.

—El Conde tomó al capitan por el brazo y principiaron á pasearse alrededor de la mesa donde de nuevo volvian á circular el oro y los billetes de banco de los jugadores. Aquellos dos hombres, el uno cuestionando con avidez, el otro tratanto de reunir sus recuerdos y obedeciendo á una presion moral que no podia darse cuenta, hablaron algun tiempo y por fin parecieron comprenderse, al menos sus gestos denotaban dos interlocutores perfectamente de acuerdo.

El Conde de B... juzgando el momento oportuno, mandó á decir al Conde de M. por uno de los italianos de servicio que necesitaba inmediatamente ver al señor Mercier, y añadió algunas instrucciones que creyó necesarias para el Conde de M... Cuando este recibió el aviso estaba en el primer salon. Un ruido violento se oyó que pareció horrorizarle.

—Es demasiado tarde, dijo, B... vá á ponerse furioso.

Y se precipitó por la escalera.

—¡Miserable! gritaba Eduardo Mercier, vos me dareis una satisfaccion.

—Al momento, respondió otra voz.

Dos hombres furiosos eran arrastrados hácia la calle por cinco ó seis individuos que ocultaban en sus manos una macana y un puñal cada uno.

—¿Qué hay? gritó el Conde de M... ¿Qué sucede? dijo con tono de mando.

—Este señor me ha insultado, respondió un mulato que tenia cogido á Eduardo por la solapa de la levita, y va á darme ahora mismo uua satisfaccion delante de estos señores que nos servirán de testigos.

—Esta noche no, dijo el Conde de M .. yo conozco al señor Mercier y es imposible que no tenga razon; el vino solo debe ser la causa de esta querella, de la que mañana os arrepentiriais. Señor Mercier, yo me ofrezco ser vuestro segundo si mañana no os dan cumplida satisfaccion.

El mulato asombrado no respondió ni una palabra y desapareció.

Eduardo tomó una mano del Conde de M... y dijo.

—Mil gracias, señor Conde, la cólera me habia cegado é iba á salir de noche con gentes que no conozco; esto era imprudente; mañana cuento con vos.

—Muy bien, respondió el Conde; pero, señor Mercier, venid pronto, don Cárlos está perdiendo sumas considerables, vuestra casa puede ser sólida, pero en fin, él no cesa, firma sin saber lo que hace y eso puede ser sério.

—¡Qué me dices! ¿El señor Ardou ha jugado? ¡Dios mio! ¡habrá perdido los sentidos! Habrán abusado, de otro modo es imposible. Vamos, ¿donde está?

—Seguidme al salon del fondo, respondió el Conde.

Ambos atravesaron con dificultad la muchedumbre que llenaba el primero y segundo salon. Eduardo llegó á la sala de juego y entró en el momento en que el capitan, en pié delante del Conde de B... que estaba de espaldas á la puerta, gesticulaba como un hombre que afirma y designa.

—Sí, decia el capitan, pero... si...

Eduardo oyó confusamente las palabras longitud, latitud, frontera, Guatemala, San Salvador.

— Tened, dijo el capitan, hé aquí Eduardo que os podrá esplicar eso mejor que yo.

El llamado Conde de B... volvió la cabeza precipitadamente escondiendo su cartera sobre la cual escribia y fué sonriendo á ofrecer su mano á Eduardo, quien pálido, los ojos fijos en el Conde y una mano debajo de su chaleco se desgarraba el pecho para ocultar la emocion que acababan de producir en él las últimas palabras del capitan.

— Por fin habeis llegado, dijo el Conde de B... el señor Ardou juega como un endiablado, ha perdido creo de ciento veinticinco á ciento cuarenta mil pesos, y aun queria doblar; eso no tiene sentido comun.

—¿De ciento veinticinco á ciento cuarenta mil pesos? dijo Eduardo, ¿y vos no se lo habeis impedido?

— Imposible, dijo el Conde, yo he llegado cuando ya perdia mucho y me ha dicho que queria desquitarse, y á fe mia, he juzgado prudente mandaros á buscar.

— Mil gracias, Conde; pero desearia me informárais de lo sucedido.

— Banqueros, dijo el Conde, el señor desea hablaros.

Los dos hombres se levantaron y rogaron á otros dos de tener la banca durante su ausencia.

— Vamos, dijo el capitan á Eduardo, firma, querido amigo, firma, que aun tenemos con que desquitarnos; eso es una bagatela para tí, Creso.

— Callaos, respondió Eduardo, apenas si podeis teneros en pié.

Y añadió aparte :

— ¡ Pobre hombre, mañana es capaz de morir de pena!

Eduardo, el capitan, el Conde y los banqueros entraron en un pequeño gabinete situado á un lado de la sala de juego.

— ¿Cuánto os debe el señor Ardou? preguntó Eduardo.

Los banqueros presentaron tres letras: dos de treinta mil pesos cada una de sesenta mil, y un bono de cinco mil.

— ¡Ciento veinticinco mil pesos! ¡seiscientos veinticinco mil francos! esclamó Eduardo con una emocion indescriptible que se revelaba por una palidez mortal.

La fisonomía de aquel hombre, impasible y valiente ante todos los peligros, tomó un aspecto terrible, que no pudo pasar desapercibido al ojo ejercitado y atento del Conde de B... un rayo que hubiera caido á sus pies no le hubiera causado tan grande emocion; sin embargo, pudo dominarse en el acto, y dijo con calma:

— ¡Seiscientos mil francos! La casa Ardou puede jugar tres veces esta suma y perderla. El capitan ha querido concluir alegremente el dia, y ha hecho muy bien; el señor Ardou no tiene necesidad de dar cuentas á nadie.

— Pero en fin, dijo el Conde, nosotros hemos creido hacer bien previniéndoos.

— En efecto, respondió Eduardo, vos habeis obrado como un amigo, por lo que os doy las mas espresivas gracias, esperando se ofrezca una ocasion para mostraros mi gratitud; contad conmigo. Señores, dijo á los banqueros, mañana á las diez esa suma será reembolsada al portador; permitidme que ponga la firma de la sociedad.

El Conde de B. tomó las letras, con una mano presentó la pluma á Eduardo y con la otra tenia una letra sin abandonarla. Esta accion, que era una injuria, hizo levantar la cabeza á Eduardo, fijó una mirada penetrante sobre el Conde, y por primera vez creyó comprender la verdad; sin embargo, con mano firme escribió sobre la letra de trescientos mil francos:

Aceptada para mañana á las diez.

Firmado: CÁRLOS ARDOU Y EDUARDO MERCIER.

El Conde tenia la segunda letra de trescientos mil francos sin abandonarla para firmarla. La palidez de Eduardo desapareció, la sangre inyectó sus ojos, lanzó una mirada de cólera comprimida al Conde, y firmó la segunda letra.

El bono de cinco mil pesos recibió igualmente la firma social de Cárlos Ardou y Compañía.

El Conde de B... con la misma calma y sangre fria, presentó la primera letra de treinta mil pesos, firmada *Cárlos Ardou y Eduardo Mercier*.

— ¿Qué es esto? dijo Eduardo, esta firma nadie puede ponerla mas que yo; el capitan Ardou no ha podido cometer... un error... semejante. ¿Capitan, habeis firmado vos esto?

El capitan, reclinado sobre la pared y contemplando aquella escena con la sonrisa en los labios, medio ébrio y soñoliento, pareció despertarse y se acercó á la mesa ante la cual estaba sentado Eduardo, teniendo á sus espaldas al Conde, los dos banqueros y un individuo que habia desempeñado las funciones de pagador durante la partida.

— Capitan, habeis vos firmado esto? repitió Eduardo.

— ¡Yo! dijo el capitan embrutecido, pareciendo acordarse apenas de lo que habia pasado, ¡yo!... ¡Ah!... pero... en fin... Conde... juguemos limpio... se puede pagar... pero... qué diantre...

— ¡Esplicaos, capitan! ¿Habeis firmado, sí ó no? dijo Eduardo encolerizado, tomando y sacudiendo violentamente el brazo del capitan. ¡Esta firma es una falsificacion; capitan, responded!

— ¡Una falsificacion!... ¡Una falsificacion! esclamó el capitan con emocion.

El pobre hombre miró en torno suyo, pálido como la muerte. La palabra *falsificacion* acababa de producir sobre su honrado natural una de esas reacciones que á veces disipan los vapores alcohólicos y devuelven la razon.

— ¡Una falsificacion! prosiguió el capitan. ¿Eduardo, qué es lo que decís? Ya me acuerdo, sí, una falsificacion, una falsificacion... el Conde me ha dicho que... y despues... pero yo... sin embargo... ¡Voto al demonio! esclamó fuera de sí, ¡qué máquina tan abominable es el hombre! Bastan unas cuantas copas de Madera y de Champaña para convertirse en una bestia bruta de la peor especie. ¡Ah! ¡sí... esto es! y golpeándose la frente añadió:

— ¡Pardiez! Conde, vos me habeis dicho que eso no valia nada, yo estaba ébrio y he firmado otra letra para reemplazar esa.

— Pero, repuso el Conde impasible; como decís, querido capitan, vos estábais medio ébrio, habeis jugado esta letra, y yo os he dicho cuando queriais continuar que firmárais en vuestro nombre simplemente, por supuesto, sabiendo perfectamente que el señor Mercier era incapaz de perseguir por falsificacion á la casa Ardou y Compañía.

— Sin embargo, dijo el capitan haciendo un esfuerzo para coordinar sus recuerdos, sin embargo... sí, ya me acuerdo... ¿Cómo vos, Conde, vos?

— Y lanzándose contra el Conde de B... gritó:

— ¡Miserable! ¡vos habeis mentido! ¡Conde de B... vos me robais!

— ¡Señor mio! dijo el Conde, os perdono el insulto que acabais de proferir en atencion á vuestro estado; pero sabed que yo no robo ni gano nada; vos habeis jugado esta suma con estos señores que yo no conozco y con quienes he perdido lo mismo que vos; que les pagueis ó no, eso no me importa; que riñais ó no con vuestro asociado, tampoco; moved un escándalo si quereis, yo por mi parte no tengo la costumbre de frecuentar los jugadores de vuestra especie; por lo tanto me retiro.

— Un momento, Conde, dijo Eduardo, os lo suplico.

— Con mucho gusto.

— Esa letra no tiene ningun valor, dijo Eduardo, y...

— Como querais, dijo uno de los banqueros; pero nosotros tenemos diez testigos que yo puedo llamar en el acto y que declararán la verdad, esto es, que el señor Ardou, para obtener dinero, no bastando su firma ha usurpado la de la casa; ha dicho que estaba en su derecho y nos ha engañado; está muy bien, eso le costará mas caro; mañana el señor Cárlos Ardou será arrestado por falsificacion, y en cuanto á la pena y al embargo, nosotros nos encargamos; nada mas natural, como vos mismo comprendereis perfectamente. Buenas noches, señores.

— ¡Infames! gritó el capitan.

Y quiso precipitarse de nuevo sobre el Conde de B... quien retrocedió un paso. Uno de los banqueros se interpuso: el pagador hizo un gesto interrogativo al Conde, mostrándole una navaja de Albacete que llevaba escondida; el Conde respondió con un signo negativo. Eduardo por su parte vió brillar el mango de laton de la navaja y cogió al capitan por el brazo; ya no le quedaba ninguna duda sobre las gentes en medio de las cuales se encontraba á las dos de la madrugada y en uno de los barrios mas retirados de Panamá.

— Vamos, dijo Eduardo riendo, qué diablos, capitan, tanto ruido por tan poca cosa; treinta mil pesos cuando se acaban de pagar noventa y cinco mil. Capitan, vos teneis muy mala memoria, y treinta mil pesos no valen la cólera que os ahoga. Vos habeis tomado la firma social, ¿qué daño hay en eso? A partir de hoy mismo yo os la doy, y la vuestra vale tanto como la mia; pero como se necesita un aviso oficial, entre tanto voy á aceptar esa letra para mañana á las diez.

Al pasar por el lado del capitan, Eduardo le tomó la mano y se la apretó fuertemente, diciéndole al oido:

— Callaos ó nos haceis asesinar.

El capitan quedó estupefacto mirando á Eduardo que aceptaba la letra.

— Capitan, dijo Eduardo cuando hubo concluido, no estoy descontento de la leccion, esto os enseñará á hacer el pollo y á jugar; generalmente estas cosas concluyen siempre así, y afortunadamente que habeis dado con un hombre honrado, con el Conde de B..., que me ha advertido á tiempo; sin él vos hubiérais comprometido sériamente el capital social. A lo hecho pecho; vuestra mano; Conde, y vos, señores, añadió dirigiéndose á los banqueros, hasta mañana á las diez, en la caja.

Eduardo tomó el brazo del capitan y entró en la sala de juego.

Dos nuevos banqueros tallaban al *Monte*, teniendo á sus lados los mismos jugadores; á las estremidades de la mesa veíanse otros individuos medio ébrios, que venian á luchar y á pagar su contingente. Enriqueta y María estaban sentadas al lado de un jóven vestido con un traje de viaje.

Eduardo notó que el conde le seguia, metió la mano en el bolsillo interior de su frac, y palideció ligeramente.

— ¿Estais armado? preguntó al capitan.

— Sí, yo llevo mi macana y un revolvers.

— Muy bien; al salir me dareis la macana, y en caso de necesidad vos os servireis del revolvers. Callaos y seguidme.

Eduardo se acercó á la mesa de juego, sacó algunas onzas y las puso á una carta; en pocos momentos ganó cuatrocientos ó quinientos pesos. El Conde estaba cerca de él, así como el llamado M..., que parecia esperar una órden.

— ¿Qué decís, Conde? dijo Eduardo; yo debia haber tomado el sitio del señor Ardou, esto hubiera valido mas.

— Tomad la revancha, contestó el Conde.

— No, Conde, es demasiado tarde.

Y tendiéndole la mano añadió:

— Uno de estos dias le daremos una leccion, pero en

ayunas. ¿Qué pensais vos? venid á verme y arreglaremos esto; adios.

Y salió con el capitan.

B... se volvió hácia el Conde de M... y le dijo :

— Yo pienso que este Mercier es un mozo que lo entiende.

— ¿Y qué hacemos con él? preguntó M...

— Dejadles partir y que mi bendicion les acompañe; las letras están firmadas por Mercier y en blanco; Andreotte acaba de dármelas, ahora corren de mi cuenta.

— ¿Haremos partes iguales? dijo M...

— Eso es muy justo, por lo demás vamos á arreglar nuestras cuentas; esperad hasta el fin.

Los dos asociados B... y M... se separaron; M... atravesó la sala de baile, que principiaba á despoblarse, y entró en el primer salon; dió algunas órdenes á unos individuos que estaban delante de la puerta de entrada, y volvió á buscar á B..., que habia vuelto á tomar parte en el juego.

— Las tres, señores, dijo uno de los banqueros; último cuarto de hora.

Algunos jugadores se levantaron, otros quisieron tentar fortuna hasta el fin y esperaron que se levantara la sesion.

A las tres y cuarto un negro recorrió los tres salones, sonando una campañilla y anunciando que iban á cerrar las puertas.

B... y M... se retiraron al gabinete contiguo á la sala de juego, seguidos de Enriqueta y María.

Los banqueros vigilaron la salida de los jugadores y danzantes, y danzantes y jugadores fueron conducidos lejos del garito.

La casa del Baluarte quedó silenciosa, apagóse el farol de la puerta, despertaron al negro portero, diéronle una onza, y el ángulo de la calle de las Monjas, silencioso y oscuro á su turno, se confundió con las otras casas de la callejuela.

El Conde fué á sentarse detrás de la mesa de juego, M... se le acercó con entusiasmo y le dió un abrazo. Las dos jóvenes se colocaron detrás de él.

Pocos instantes despues aparecieron silenciosos los dos banqueros que habian sostenido el juego contra el capitan, el pagador, los dos italianos, y cuatro individuos que habian figurado en la querella contra Eduardo Mercier; dos otras mujeres los seguian: total, diez y siete personas, que formaban la asociacion de la calle de las Monjas y que dirigian la casa conocida con el nombre de *Baile del Baluarte*.

Aquella asociacion tenia, como hemos visto, como jefe secreto al Conde de B..., á quien todos obedecian, y que por sus relaciones, sus maneras, sus inteligencias con la policía y su audacia habia adquirido una brillante posicion.

El Conde de B... hizo sentar en torno suyo y del Conde de M... á las quince personas presentes.

— María y Enriqueta, dijo el Conde de B..., cien pesos cada una, precio convenido; gratificacion estraordinaria, otros cien pesos; total, cuatrocientos pesos; tomad.

Contó cuatrocientos pesos en oro y los dió.

— Julio Dar y Alfonso Vigoux, doscientos pesos cada uno; gratificacion, doscientos mas; total, ochocientos pesos.

— Pagador, cien pesos y cincuenta de gratificacion.

— Andreotti y Georgi, cien pesos.

— Los cuatro sirvientes, ¿veamos las armas?

Los cuatro sirvientes presentaron cada uno un revolvers, un cuchillo y una macana.

El Conde examinó atentamente las armas, y satisfecho de este exámen dijo:

— Muy bien y en órden; ochocientos pesos en billetes de Banco.

— ¿Y nosotras? dijeron dos jóvenes medio ébrias colocadas á un estremo de la mesa.

— Esperad, dijo el Conde, y les dió cien pesos.

Despues levantándose añadió :

— Podeis retiraros; mañana esperareis órdenes en el café italiano de seis á ocho.

La sociedad del Baluarte se levantó, el Conde de M... los acompañó hasta la puerta y en el momento en que María y Enriqueta salian les dió el bono de cinco mil pesos firmado por Eduardo Mercier. Enriqueta lo escondió diciendo por lo bajo á María.

— ¡ Qué fortuna !...

Y siguieron á la comitiva.

El Conde de M... cerró la puerta y volvió á buscar al de B... á la sala de juego.

— Nosotros dos ahora, dijo al entrar.

— ¿Has dado los cinco mil pesos á Enriqueta y á María? dijo B...

— Sí.

— Muy bien, entonces nos quedan limpios los ciento veinticinco mil pesos, además de algunas onzas de oro que nos servirán para alegrar á nuestras mujeres en Aspinwall House.

— Tienes razon, respondió M...

— Toma, dijo el Conde de B..., he aquí las dos letras de treinta mil, yo guardo la de sesenta mil y mañana nos presentamos á las nueve en la caja.

Los dos Condes soltaron una carcajada nerviosa.

— ¿Sabes que la compañía B... y M... no va mal? dijo B...; yo no me cambiaria esta mañana por la casa Cárlos Ardou y Compañía. ¡El talento, amigo mio, el talento!

— Ya lo creo, respondió M..., nosotros lo necesitamos cien veces mas que todos esos mozos, que todos esos judíos del negocio que no tienen mas que firmar ó vender á doble precio para ganar millones; porque al cabo y al fin ellos engañan como nosotros; nosotros engañamos con los naipes y ellos engañan con el azúcar, la canela, los sombreros y las

botas. ¡Las botas! cuando pienso que en el almacen del señor Ardou me han hecho pagar esta mañana diez pesos por un par de botas que á ellos les cuesta tres!

— Es decir, que es vergonzoso, añadió B...; nosotros nos reembolsamos, este es hecho; nosotros reembolsamos en nuestra persona, menos tonta que el comun de los mortales, á la sociedad robada é inscribimos en su *Haber* lo que rateros potentados habian inscrito en su *Debe*: esto es una teneduría de libros social y por partida doble, de la cual nosotros somos á la vez los empleados, el equilibrio, la balanza y el tribunal.

— ¿Qué quieres hacer ahora? preguntó M..., yo por mi parte me las guillo, y tú haces lo mismo; esto es, yo me las guillo, tú te las guillas, nosotros nos las guillamos, y no hay mas que hablar.

M... sacó unos cigarros, dió uno á B... y los dos habitantes de la casa del Baluarte, aspiraban con delicia el humo de sus escelentes cigarros de la Vuelta de Abajo.

B... no respondió ni una palabra á su amigo.

— ¿Nosotros nos las guillamos, no es eso? insistió M... Me parece que la comedia ha concluido y que un buen éxito necesita al menos una ausencia; el aire de una ciudad que acaba de ver cambiar de dueño ciento veinticinco mil pesos es malsano.

— No, respondió B... fijando sobre su interlocutor una mirada escrutadora; no, yo me quedo.

— ¡Cómo! esclamó M...; piénsalo bien, la casa Ardou hace bancarrota ó nos denuncia. Toda esa canalla que mantenemos hace seis meses sabe quiénes somos y cuánto poseemos; la policía hará la melindrosa hasta el punto de ser insoportable; creeme vámonos á los Estados-Unidos, el vapor sale de Colon dentro de cuatro dias, mañana tomamos buenos caballos y guias y aun llegaremos á tiempo.

— No, dijo B..., parte si quieres, yo me quedo, pues aun

tengo que hacer, y si no quieres continuar ayudándome tanto peor para tí.

— Si es que me necesitas, tú sabes que te aprecio y que en caso de necesidad puedes contar conmigo.

Los dos miserables se necesitaban el uno al otro, y esta necesidad que hasta entonces los habia unido los habia hecho participar mútuamente todos los peligros, todos los crímenes, todos los beneficios; pero ambos habian llegado á ese grado de la fortuna que devuelve la independencia y no deja á la depravacion otro campo libre que el del cálculo, del interés, de la insaciable avidez; campo de batalla infernal donde el menos depravado debe sucumbir, donde el mas pervertido, el mas astuto queda victorioso. El mas completo de aquellos dos hombres era el Conde de M... frente al Conde de B... M... hubiera podido esclamar al fin de este diálogo, como Glocester delante de Tyrrel vacilante.

— ¡Nada hay completo en este mundo; ni el bien, ni el mal, ni aun el mismo crímen; la humanidad me da lástima! ¡El hombre! ¡por San Jorge! id á emprender grandes cosas con semejante animal!

B... y M... se miraron un momento silenciosamente; por fin B... dijo:

— Sí, yo me quedo; ahora ya eres rico, puedes marcharte.

— ¡Cómo! esclamó M... ¿al cabo de cinco años de fraternidad y aun no me conoces? Yo parto, sí, ó mas bien, quisiera partir tanto por interés mio como por el tuyo; pero si necesitas de mí me quedo. Créeme, lo mejor que podemos hacer es irnos á vivir á los Estados-Unidos; allí nadie nos conoce y con lo que poseemos seremos mas considerados y tendremos mas prestigio que un lord de Inglaterra durmiendo en el Parlamento ó montando la guardia en el palacio de Windsor. Vamos, ven, ó vas á darme la tentacion de sacrificarte lo que tengo por quedarme contigo. ¡Qué diablo! yo no puedo dejarte plantado cuando acabas de hacer mi

fortuna, cuando eres tú quien me ha hecho vivir durante cinco años, cuando eres tú quien me ha enriquecido!

— Véte si quieres, respondió B... vacilando aun si aceptaria ó no, pues no contaba con la sumision de M... enriquecido.

— ¡No, imposible! añadió M..., nosotros no podemos separarnos de este modo; aunque á decir verdad, valdria muchísimo mas que yo me fuera, porque así cuando tú te habrás arruinado, cuando no poseas ni un cuarto, yo podria á mi vez hacer el generoso contigo y enriquecerte partiendo mi fortuna contigo como tú lo haces hoy. Tú obras, quedándote, aquí, contra el sentido comun, yo me quedo tambien.

— Tú eres un verdadero amigo, dijo B... y mereces que yo te diga... mereces que yo aumente tu fortuna tambien; venga esa mano; ya es tarde, vámonos á acostar á la fonda y mañana hablaremos del nuevo proyecto.

— ¡Ah tunantillo! dijo M... con una de esas sonrisas donde se ocultan la alegría y la curiosidad; tienes un proyecto y no me decias nada; eso no está bien; eso prueba que desconfias siempre y que no me aprecias.

— Es que aun no he tenido tiempo, respondió B..., y que es un gran negocio, amigo mio, un negocio á lo Monte-Cristo.

— ¡Ah! esclamó M... sorprendido y devorado por la impaciencia. En fin, me es indiferente, partamos, no tengo necesidad de saber tus secretos, cuando sea necesario obrar, cuenta conmigo. Una idea, yo me encuentro sumamente cansado, si tú vas á cobrar mañana á la caja del señor Ardou, toma la letra y cobra tambien mi cuenta y tú me darás el dinero en la fonda.

— No, dijo B... cerrando las puertas de los aposentos, llevando una luz en la mano; vale mucho mas que no esté todo en poder de uno solo; yo iré primero, si las cosas si-

guen su curso ordinario, tú irás despues. Nunca son demás las precauciones porque no se sabe de lo que es capaz de inventar un jugador para no pagar.

— Es verdad, respondió M..., tú eres mas perspicaz que yo.

Y ambos bajaron por la escalera que conducia al piso bajo.

— Espera que encienda mi cigarro, dijo M... tomando la mano de B... y aproximando la luz encendió su puro. ¿Tú decias, añadió, que posees los tesoros de Monte Cristo?

— Sí, respondió B...

— ¿Cómo diablos los has encontrado?

— Ese es mi secreto.

— ¡Muy bien! ¡muy bien! no seas indiscreto mi amo, ¿y á dónde están?

— Aquí, dijo el Conde de B... señalando el bolsillo interior de su frac y tomando un bulto que denotaba ser una cartera.

El Conde de M... fijó sus ojos sobre el pecho de B... y no pudo dominar una emocion indescriptible, una de esas espresiones del rostro que solo pueden realizar ciertos séres, y que solo puede comprender el observador impasible si posee la penetracion y pintarla si es artista. Pálido, la boca entreabierta por una sonrisa inacabada, la vista centelleante primero y cubriéndose en seguida de un velo sombrío que le obligó á volver la cabeza para vencer su emocion; tenia el pecho hinchado y la mano derecha metida debajo de su chaleco apretando convulsamente el mango del cuchillo que llevaban todos los afiliados.

— Vámonos, dijo al Conde de B..., vámonos, tú vas á hecerme curioso, yo me rio de todo eso, solo con que podamos doblar el capital me contento.

— Mas que eso, dijo B... llegando á la puerta de la calle.

— ¡Mas que eso! añadió M... abriendo, ¡demonios y

como andas! En fin como suele decirse, el dinero atrae al dinero, y tú eres muy capaz. Vamos, pasa.

—No, respondió B... sal tú, yo tengo la llave y cerraré.

B... abrió la puerta, apagó la luz y puso la llave en la cerradura por la parte de afuera, volviendo de este modo la espalda á la calle. Antes de cerrar se volvió á pesar de la oscuridad; ¿por qué? apenas si podia distinguir nada y detrás de él no habia nadie mas que su compañero, el hombre que le ayudaba y defendia hacia cinco años.

—¿Qué esperas? dijo M...

—Nada, ¡es estraño!... dijo B... he tenido miedo y estoy emocionado... ¡qué bestia soy!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¿quieres que yo cierre?

—No, ya pasó. Y se volvió de nuevo para cerrar.

M... lo contempló un segundo y esperó aun, luego dió un salto atrás y un grito ahogado salió del pecho de B... que cayó rodando por el suelo, revolcándose en su sangre y agarrándose á los dos escalones situados á la puerta del garito, tratando de resistir aun al hombre que, impaciente, le mantenia contra el suelo apoyando la rodilla sobre su víctima mientras le registraba los bolsillos interiores del frac. B... logró apoderarse de la mano de su asesino y la mordió tan fuertemente que le hizo arrancar un grito de dolor.

—¡Toma, ladron! gritó M... dándole una segunda puñalada.

El Conde hizo una convulsion, dejó escapar un suspiro y quedó inmóvil.

M... cojió la cartera, los papeles y los valores que encontró sobre el cadáver, se lo cargó sobre sus espaldas y tomando las callejuelas estrechas y oscuras que conducian al Baluarte, caminando tan de prisa como se lo permitia su pesada carga se dirigió hácia el mar.

Cubierto de sudor y fatigado se paró á descansar un poco

sobre uno de los pórticos de la calle que desembocaba al Baluarte.

—Cuando suba la marea todo habrá concluido, dijo dirigiendo una mirada investigadora en torno suyo.

—Es estraño, añadió, creí que alguien me seguia. En estos casos se teme hasta de sí mismo.

Y tomando de nuevo el cadáver subió los escalones que conducen á la plataforma. Cuando estuvo arriba depositó el cadáver en tierra y respiró con violencia: arrastróle hácia el parapeto y se disponia á arrojarlo sobre la fangosa é infecta playa qne debia en pocas horas hacerlo desaparecer cubriéndolo con una capa de inmundicias que arroja todos los dias el Océano.

El Conde de M... se encontraba sobre la plataforma cercado á su izquierda por una verja de madera que solo estaba abierta durante el dia, y á su derecha por un cuerpo de guardia de carabineros y soldados, de modo que no podia salir mas que por donde habia entrado.

—Concluyamos, dijo mirando en torno suyo! al agua, Monte-Cristo.

—Un momento, Conde de M..., dijo una voz conocida de la asociacion.

El Conde dejó caer el cadáver que habia levantado y arrimándose á la muralla esclamó aterrado:

—¡Quién va allá!

Nadie respondió ni se distinguia nada.

Pasado el primer momento de sorpresa empuñó su cuchillo y volvió á gritar:

—¡Quién va allá!

A los pocos segundos vió levantarse de tierra una forma que la oscuridad no le permitia distinguir: de repente la forma se levanta ante él, le coje por el cuello y lo derriba por el suelo. Despues de muchos esfuerzos el Conde pudo desasirse de las manos de hierro que lo sujetaban, levan-

tóse, cojió el cadáver y poniéndolo ante sí se arrimó á la pared. La sombra lo persiguió puñal en mano descargando sus golpes sobre el cadáver del Conde B..., creyendo dar contra el de M...

—Perdon, dijo M..., y partiremos, pero si continúas, grito á la guardia y tú y yo lo perdemos todo.

—Parte á dos, dijo la sombra.

—¡Andreotti! exclamó M...

—Si, Andreotti, Andreotti, que lo sabe todo y que lo quiere todo.

—¡No, la mitad ó la muerte! respondió M...

—Entonces dame la letra de sesenta mil pesos.

—No, hé aquí las dos de treinta mil, la otra está en la cartera y yo no puedo buscarla ahora.

—Pues bien, dame la cartera; Juliani decia que una de esas letras era falsa.

—Yo te digo que todas son buenas y yo guardo la cartera, y le presentó las dos letras.

—No, la cartera, repitió Andreotti dando un paso hácia M...

—¡Socorro! gritó M... con voz formidable y escondiéndose detrás del cadáver.

—¡Alerta! gritó el centinela del Baluarte, é inmediatamente se oyó el ruido de pasos.

Andreotti cojió las dos letras que aun le presentaba el Conde de M..., saltó de la muralla á la calle y despareció. M... dejó caer el cadáver y á su vez se escapó á todo correr por las calles vecinas escondiéndose cuando creia que los soldados se acercaban. De pronto una idea atravesó su mente y se dirigió hácia el garito; la puerta estaba aun abierta, quitó la llave y entró. Apenas acababa de cerrar llamaron á la puerta y oyó á Andreotti que decia:

—¡Abre pronto, que nos persiguen!

M... habia recobrado todas sus facultades. Un gran peli-

gro inspira á los criminales y los hace grandes en el crímen. Un rayo de génio infernal brilló en su espíritu y rápido como el relámpago entreabrió la puerta.

— ¡Ven! dijo M...

Andreotti se lanzó sobre la puerta.

— ¡Ven! repitió M... clavándole el puñal en el pecho y empujándole hácia fuera.

Inmediatamente cerró la puerta y se dirigió á oscuras hácia la otra salida y esperó.

Un grito seguido de un tumulto se oyó en la puerta donde acababa de caer Andreotti...

M... abrió la segunda puerta con precaucion, cerróla cuidadosamente y no oyendo ningun ruido por aquel lado se deslizó contra las casas de la calle de las Monjas, volvió la esquina y echó á correr, llegando á los pocos instantes á Aspinwall House.

Al pasar por delante del negro que le dió la llave y la luz fingió la embriaguez, subiendo lentamente hasta el primer piso en que estaba su habitacion, abrió la puerta é inmediatamente cerró tras sí con llave y dejándose caer sobre una otomana esclamó :

— ¡En fin!... ¡Hé un estraño modo de liquidar cuentas!

V

Pocos instantes despues de los acontecimientos que acabamos de referir en el último capítulo, y cuando los primeros rayos del sol naciente principiaban á dorar la erizada superficie del Océano Pacífico, dos hombres ocupaban solos las vastas oficinas de la casa de banca de los señores Cárlos Ardou y Compañía. Uno de ellos llevaba el traje local de aquellos ardientes paises, levita, chaleco y pantalon de hilo blanco, y estaba sentado delante de un escritorio colocado encima de una tarima dominando las mesas de los otros empleados, denotando el sitio de un jefe de administracion. Este hombre estaba completamente absorto en sus cálculos, rodeado de paquetes de papeles, de facturas y valores, escribiendo cartas de aviso, firmando letras de cambio, volviendo á calcular y buscar documentos con febril actividad, conservando, sin embargo, aquella sangre fria, aquella calma que siempre le hemos conocido desde el principio de esta historia. El otro, sentado sobre un gran sillon con los brazos cruzados sobre su pecho, los cabellos en desórden, vestido con un frac negro, magullado y lleno de polvo, chaleco

blanco lleno de manchas lívidas y pareciendo víctima de una gran agitacion.

El lector habrá reconocido fácilmente por la anterior descripcion á Eduardo Mercier y al capitan Ardou.

El silencio mas profundo reinaba en aquella sala.

Eduardo Mercier se levantó varias veces para ir á la caja de hierro entreabierta que se encontraba sobre la misma tarima del escritorio, volvia á sentarse y continuaba su trabajo. El capitan Ardou estaba inmóvil y solo de cuando en cuando levantaba los ojos para fijar su vista en el jóven cuya actividad intelectual y precipitado trabajo absorbía toda su atencion.

Eduardo acaba de firmar diferentes papeles de los que habia sido redactor y copista. Un suspiro prolongado salió de su pecho y esclamó:

— ¡En fin!...

Encendió un cigarrito de papel á la luz de una de las bujias que ardian sobre la mesa y por primera vez volvió la vista hácia su asociado, y cual un hombre que se despierta despues de un largo sueño pareció fijarse en lo que le rodeaba.

— Vaya una distraccion, dijo, ya es de dia y aun están las bujías encendidas... ¡Hola! ¡buenos dias, capitan!... ¡Cómo! ¿Aun estais vos aquí pensativo y meditabundo? ¿y por qué? por una friolera: vamos, capitan, yo os creia mas valiente. ¿Algunos centenares de miles de francos pueden afectaros hasta ese punto? Vos sois un niño, señor Ardou.

— ¡Arruinado!... ¡arruinado por culpa mia! esclamó el capitan con la vista fija sobre Eduardo.

— ¿Arruinado? nada de eso, respondió Eduardo.

— ¡Qué noche!... añadió el capitan, ¡qué noche! ¡Arruinados! ¡voy á volverme loco!

— ¡Eso es! ¡privadme de un buen brazo y de un buen corazon y la ruina será completa. ¿Pero vos olvidais la roca

perlera y la bahía de la perla negra? Además vos ignorais el secreto de nuestros negocios, amigo mio, vos hablais sin comprender un ápice los asuntos de la casa. Todo está aquí claro como la luz del dia, continuó Eduardo dando una palmada sobre el escritorio, yo pago con buena moneda corriente los ciento veinticinco mil pesos con la mejor voluntad del mundo, y esto mas fácilmente que hubiera podido, hace algunos meses, pagar una cuenta de zapatero ó de sastre.

— ¿Y luego? interrumpió el capitan.

— Luego pagaré aun cien mil francos por cuenta mia y por la vuestra.

— ¡Por cuenta vuestra! esclamó el capitan levantando la cabeza.

— Sí, amigo mio, respondió Eduardo, lo que hará un total de ciento cuarenta y cinco mil pesos: esto os estraña, y sin embargo, no os importa nada, pues yo solo puedo firmar y tengo poderes para ello; en cuanto á la firma, yo os autorizo á usarla; tanto peor para vos si firmais sin leer vuestra sentencia de muerte.

— ¿Y despues? preguntó el capitan.

— Despues la casa marchará como antes, pues aun le quedará el brick, que vale bien de setenta á ochenta mil francos, y treinta mil mas que hay en caja.

— Pero treinta mil francos apenas bastan para cubrir las obligaciones de una semana, y nos veremos precisados á suspender nuestros pagos.

— ¿Suspender nuestros pagos? Os equivocais, nosotros no suspenderemos nada. La casa aun vale sesenta mil francos, y dándola en hipoteca, nos completará con el buque treinta mil pesos. Ya veis que es imposible quebrar con treinta mil pesos; tened presente que yo no cuento con el crédito y la deuda. ¡La deuda! Si Inglaterra es grande y rica, es porque tiene una deuda. Pues bien, nosotros nos enriquece-

remos como ella, con la deuda. *El impuesto mata y la deuda vivifica*, ha dicho Ouvrard.

—Sí respondió el capitan, pero el impuesto nos ha muerto.

— ¡Muy bien! dijo Eduardo. ¡Bravo, capitan, hé aquí una buena palabra, la miseria os hace ingenioso como á Fígaro! El impuesto no ha muerto, y os repito que vos olvidais que aun poseemos muchos millones enterrados en la costa del Salvador y que no necesitamos mas que ir á tomarlos.

— Pero vos olvidais tambien lo que he hecho, lo que vos habeis visto y lo que no podeis ignorar, y es que yo os he hecho traicion, que soy un miserable y que he publicado el secreto que me habiais confiado y de donde dependia nuestro porvenir, destruido por culpa mia.

— Nada de eso, querido capitan, vos no habeis destruido nada, porque antes que el filibustero que os sorprendió ayer y que os ha estafado una parte de nuestra fortuna reuna los elementos necesarios para ir á la bahía de la perla negra, nosotros estaremos de vuelta, despues de haber agotado la mina que nos pertenece. Esta mañana pagamos las deudas, y segun el proverbio, nos enriquecemos; á la noche nos hacemos á la vela, dejando la casa bajo la direccion de nuestro primer dependiente el señor Johnson, y el mal está reparado. Vamos, jóven aturdido, firmad; la leccion ha sido buena y ambos debemos aprovecharla.

El capitan se acercó al despacho y firmó sin examinar varios libros, poderes, documentos y letras de cambio.

— Firmad esta carta para la señora Ardou, añadió Eduardo.

— ¿Para la señora Ardou?

— Sí, ella encierra una letra de cambio duplicada á su órden; en negocios se vé cómo y cuándo se principian, pero no se sabe cómo y cuándo se concluyen. Yo soy soltero y no tengo que dar á nadie mas que á vos, querido amigo; vos

no os encontrais en el mismo caso, vos teneis muchos deberes que cumplir, y el primero de todos es poner á cubierto á vuestra mujer é hijos de los azares y peligros que vamos á correr. Por lo tanto, firmad, y despues leed si quereis.

El capitan lo comprendió todo y su corazon latió con violencia; levantó sus grandes ojos negros hácia Eduardo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus bronceadas mejillas.

— Firmad, añadió Eduardo con autoridad; yo sé muy bien lo que hago; y despachaos, pues hoy no tenemos tiempo que perder.

El capitan enjugó sus ojos con el dorso de la mano, firmó y leyó la siguiente carta :

« Querida Luisa :

» Despues de haber realizado una fortuna bastante regular, mi asociado y yo hemos esperimentado algunas pérdidas que, segun todas las probabilidades, vamos á reparar. Pero como los negocios, y sobre todo los negocios americanos, están sometidos á tantos azares, nosotros hemos querido asegurar una modesta existencia á tí primero y á mis hijos despues; por lo tanto te mandamos una friolera relativamente á lo que habiamos ganado y á lo que podemos realizar antes de poco tiempo.

» Adjunta encontrarás la primera letra á tu órden firmada por nosotros. Como es á cargo de nuestros corresponsales de Lóndres, tú la podrás descontar en cualquier casa de comercio de Cannes ó de Marsella, y emplear su importe en renta del Estado. Poco es, pero en fin de este modo yo continuaré mi trabajo mas tranquilo, sabiendo que vosotros os encontrais al abrigo de todos los azares y eventualidades de nuestras operaciones.

» Eduardo y yo nos portamos que es una maravilla. Yo continúo, bien entendido, siendo el modelo de los marido

lo que podrá servir en caso de necesidad de ejemplo á mi jóven amigo y asociado Eduardo Mercier.

» Adios, y un besito á nuestros hijos. »

El capitan volvió la hoja y encontró una letra de cambio de cien mil francos firmada por él y por Eduardo.

El capitan no pudo contener su emocion; apoderóse de una mano de Eduardo, besándola con efusion, y le contempló con el rostro inundado de lágrimas.

— En mis brazos, dijo Eduardo, en mis brazos, capitan, como al siguiente dia de aquel en que me habeis salvado la vida, y cuando yo os reconocí á bordo de la *María Amelia*.

Y los dos amigos se abrazaron con efusion.

Un aldabazo dado á la puerta vino á poner fin á aquella escena conmovedora.

— Gente llega, dijo Eduardo calmándose instantáneamente; son las seis; id á cambiar vuestros vestidos, y que nadie pueda notar que la pérdida de ayer ha podido afectarnos; acordaos que vale mas causar envidia que piedad, y que en el comercio sobre todo hay dos cosas que nunca se deben dejar ver, que son el miedo y la pobreza.

El capitan se retiró al mismo tiempo que el señor Johnson entró, saludó á Eduardo y fué á colocarse en su despacho, tomando los libros y documentos que habia encerrado la víspera.

— Hoy tenemos grandes pagos que hacer, dijo Eduardo con su calma acostumbrada; yo me he levantado temprano y os he evitado un gran trabajo; venid á mi despacho; hasta las nueve no se presentarán á cobrar; por consiguiente aun teneis tiempo de preparar las sumas y poneros al corriente de todo esto para el caso en que yo salga, ó evitarme el trabajo de responder á las personas si estoy ocupado. Todo está en órden, examinad... Hé aquí un legajo relativo á un bono de cinco mil pesos.

— Muy bien, respondió el señor Johnson, visto.

— Hé aquí, continuó Eduardo, otro para pagar sin ninguna dificultad dos letras de treinta mil pesos; total, sesenta mil.

El señor Johnson levantó la cabeza y fijó su vista sobre Eduardo.

— Examinad, dijo este friamente.

El señor Johnson recorrió con la vista el segundo legajo, pareció consultar su memoria y dijo:

— Muy bien, visto.

— Hé aquí, continuó Eduardo el tercer legajo; este presentará algunas dificultades que vos tendreis que vencer antes de las nueve, y cueste lo que cueste, sea cediendo á menos del precio corriente las existencias, sea estipulando hipoteca sobre las mercancías, la casa ó el *Castor*.

El señor Johnson, acostumbrado hacia mucho tiempo á las operaciones y á las costumbres de la casa, no pudo disimular su estrañeza, y con una rápida mirada comprendió que habia falta, necesidad ó imprudencia.

Eduardo fingió no observar á su dependiente, abrió el legajo, dió algunos detalles é hizo ver que no habia nada que objetar ni responder; presentó un papel y una nueva letra de veinte mil pesos, y dijo:

TOTAL:	Una letra de.	5,000 pesos.
	Otra Id.	60,000 —
	Dos de 30,000.	60,000 —
	Una Id.	20,000 —
	TOTAL GENERAL. . .	145,000 pesos.

Al trabajo y que todo esté listo para las nueve. Tomad todos los papeles y desocupad mi despacho.

El señor Johnson ejecutó silenciosamente las órdenes de su principal y colocó ante sí todos los libros, papeles y letras

que habia en el escritorio de Eduardo, quien continuó trabajando sin ninguna emocion, al menos aparente.

Los empleados de la casa Cárlos Ardou y Compañía se presentaron sucesivamente á Eduardo y fueron á ocupar sus puestos.

El señor Johnson trabajó con actividad, mandó algunos dependientes con pliegos para las casas de comercio de Panamá, y cuando dieron las nueve se encontraba fumando, para descansar unos instantes, una deliciosa panatela, sentado sobre una gran butaca.

A las nueve y media un hombre jóven aun, vestido con elegancia, guantes, botas de charol, pelo rizado y exhalando un perfume delicado, patillas á la inglesa y con una rosita azul en el ojal de su levita, se presentó en el despacho, saludó con distincion y preguntó por Don Eduardo Mercier. Un dependiente se levantó y le indicó el escritorio donde estaba su principal, hácia el cual se dirigió el desconocido, tendiendo la mano á Eduardo; este se levantó, miró al intruso con una frialdad imposible de describir, y esperó sin pronunciar una palabra ni dar su mano.

El rostro del desconocido se coloró ligeramente, pareciendo cortado por el aire glacial del jefe de la casa; pero reponiéndose al momento, depositó su sombrero sobre una silla colocada al lado del despacho de Eduardo, sacó una cartera del bolsillo interior de su levita, abrióla, tomó dos letras, y presentándoselas á Eduardo, dijo:

— ¿El señor Mercier?

— Soy yo. ¿En qué puedo servir á usted?

— Dos letras que vengo á cobrar.

— Señor Johnson, dijo Eduardo á su dependiente, un pago.

Y dirigiéndose al visitador añadió:

— Señor mio, pasad á la caja.

Y se puso á escribir.

— Es que ambas montan á sesenta mil pesos, dijo el visitador con sorpresa y la sonrisa en los lábios.

— Señor Johnson, dijo Eduardo sin mirar á su interlocutor, dos letras, sesenta mil pesos.

El visitador, desconcertado, se dirigió hácia el señor Johnson, quien le ofreció una silla y se dirigió á la caja.

En aquel momento entró el capitan Ardou y reconoció al Conde de M..., que se levantó y saludó. El capitan esperimentó una conmocion que su natural franco y sanguíneo no pudo disimular; la sangre afluyó á sus mejillas, sus manos se crisparon, tomó el sillon que estaba colocado delante de su despacho, descargó un puñetazo y se sentó.

El señor Johnson rogó con mucha política al Conde de M... se hiciera cargo de los valores acumulados sobre una mesa. El Conde de M... procedió á la operacion con impasible calma; creyó que habia error en su favor é hizo la observacion al señor Johnson. Contóse de nuevo, y en efecto, en uno de los sacos habia una onza de oro de mas. El Conde la presentó al cajero, ató los sacos, puso los valores en papel en su cartera, pidió fuego, encendió un cigarro, saludó y salió.

A las diez las jóvenes María y Enriqueta se presentaron á cobrar al bono de cinco mil pesos. La suma estaba preparada, el señor Johnson la dió en cambio de billete firmado por el capitan, á quien ellas saludaron, y salieron riendo á carcajadas.

Un empleado entró y fué á entregar al señor Johnson dos hojas de papel sellado.

— ¡En fin!... esclamó Johnson exhalando un profundo suspiro.

Y despues de haber examinado la firma añadió :

— Está bien.

— ¿Estais en regla? preguntó Eduardo.

— Sí, señor, respondió Johnson.

— Entonces venid aquí mientras se presentan á cobrar, dijo Eduardo señalando al señor Johnson una silla colocada al lado del sillon que él ocupaba.

— A vuestras órdenes, don Eduardo, dijo Johnson.

— Señor Johnson, yo parto esta noche, tomad vuestras disposiciones para que el *Castor* esté pronto á hacerse á la vela. Yo me dirijo á las costas de Centro-América, al Salvador probablemente, y será un viaje de seis semanas ó dos meses todo lo mas, para realizar beneficios que, segun mis cálculos, serán considerables, y que resultarán de una operacion cuyo buen éxito depende de la prontitud y actividad con que voy á obrar.

— Don Eduardo, dijo Johnson, ya sabeis que despues de efectuados los pagos de hoy es imposible hacer ningun adelanto de fondos.

— Poco importa, respondió Eduardo; cuidad solamente que tengamos víveres para dos meses, y que nuestros hombres estén bien equipados y armados.

— Está muy bien; ¿á qué hora pensais partir?

— A las diez, dijo Eduardo. El capitan me acompaña, y durante nuestra ausencia vos poseereis la firma de la casa conforme á la circular cuya minuta hé aquí firmada por nosotros.

El señor Johnson se levantó, dió varias órdenes á los dependientes, y apenas habia concluido cuando uno de estos que acababa de mandar con órdenes para el capitan del brick el *Castor*, entró precipitadamente y acercándose á Eduardo dijo:

— ¡El cónsul de Francia!

— Que entre, respondió Eduardo.

En efecto, el cónsul de Francia entró acompañado del canciller. Eduardo se levantó y les salió al encuentro.

— ¿Los señores Mercier y Ardou? dijo el cónsul.

— A vuestras órdenes, señores, respondió Eduardo señalando al capitan.

— Yo desearia hablaros en secreto.

— Con mucho gusto; venid, señor Ardou.

Y los cuatro entraron en un gabinete que daba al despacho.

— Señores, dijo el cónsul, un francés, ó al menos todo me hace presumir que este individuo lo era, aunque no existe en la cancillería ningun documento, ni siquiera un pasaporte constatando su nacionalidad, fué asesinado ayer á la puerta de una casa de juego en la cual ustedes pasaron la noche, segun las declaraciones de la policía y de cuatro testigos que lo conocian, llamados esta mañana para establecer su identidad. Este francés era portador de un valor considerable sobre vuestra casa, encerrado dentro de una cartera que, afortunadamente, ha sido encontrada por mi canciller cobre el cadáver cuando nos advirtieron el crímen.

— El Conde de B..., dijo Eduardo.

— Sí señor, respondió el canciller, ¿vos le conociais?

— Ciertamente, el señor Ardou perdió esa suma, ganada ó estafada, poco importa, por los banqueros de esa casa que citais; pero en fin, él la ha perdido y pagado por medio de una letra al portador que tiene todo su valor, pues está revestida de mi firma. Los sesenta mil pesos están en este momento en poder de nuestro dependiente, el señor Johnson, y á vuestra disposicion.

— Dícese, repuso el agente francés, que vos habeis perdido ayer otras sumas importantes, y que habeis sido víctima de una asechanza; que el llamado Conde de B... y su compañero el Conde de M... os han indignamente robado y que son dos estafadores escapados, segun se asegura, de los presidios de Francia.

— Es muy posible y me inclino á creerlo, dijo Eduardo, pero en fin, el señor Ardou ha juzgado conveniente pagar esa deuda y afortunadamente su fortuna le ha permitido ese capricho. En este momento acabamos de pagar sesenta

y cinco mil pesos, de los cuales sesenta mil al Conde de M... El valor que vos poseeis es todo lo que resta de la pequeña locura del capitan Ardou, que nos es fácil de reparar gracias al crédito y á la buena reputacion que goza nuestra casa. Solamente debo advertiros que hay una hipoteca sobre la casa y el buque garantizada por un negociante de Panamá y sobre fondos depositados ó valores inmobiliarios; nuestros fondos actualmente en caja no habian bastado para realizar esta mañana mismo una suma de ciento cuarenta y cinco mil pesos.

— Eso se comprende perfectamente, dijo el cónsul; pero afortunadamente para ustedes, señores, los efectos pertenecientes al Conde de B... quedan depositados en el consulado, quien debe inmediatamente informarse de la posicion del Conde de B... de su nacionalidad y de los interesados á su sucesion. Por consiguiente, señores, tened la bondad de darme pura y simplemente un reconocimiento con hipoteca sobre vuestros valores actuales, elevándose á sesenta mil pesos, hasta que la cancillería tenga los informes que necesitamos. Si se prueba que el Conde de B... ha ocultado bajo este nombre un criminal, á ustedes les será fácil probar que han sido víctimas de un nuevo delito y hacer declarar nula y sin valor esta letra de cambio que vos habeis ofrecido pagar, con la lealtad que honra vuestra casa. Si contrariamente á los informes tomados esta mañana mismo por mi canciller, el Conde de B... era un hombre honrado, encontrándose poseedor de semejante valor, en ese caso, señores, ustedes tendrán que remitir esta suma, por mi mediacion, á los herederos, y si no los hay, al Tesoro. Entretanto me basta con que ustedes firmen este documento.

El canciller presentó una fórmula escrita y preparada por él.

— Mil gracias, señores, dijo Eduardo, vuestra confianza

en nosotros me permite deciros que el señor Ardou ha tenido que habérselas, sin duda alguna, con una de esas partidas de caballeros de industria que recorren en este momento la América, ejerciendo su oficio sobre el camino de California.

— ¿Y por qué habeis pagado?

— Porque el señor Ardou habia firmado y el honor de la casa exigia que se pagara. Además, esas letras podian haber sido puestas en circulacion y un tercero no debia ser responsable de los bandidos entre los cuales nos hemos encontrado por uno de esos azares que no se pueden evitar.

— Es muy justo, dijo el cónsul, y lo que me pesa es que hayais pagado á ese Conde de M... quien, llamado como testigo con otros individuos, ha estado un momento talmente emocionado en presencia del cadáver que ha inspirado sospechas, y hasta creo que á causa de sus relaciones con el Conde de B... van á ponerlo en estado de arresto provisional, y esta circunstancia que acabais de revelarme, diciéndome que el Conde de M... ha cobrado los sesenta mil pesos esta mañana, contribuirá ciertamente á hacer tomar la medida que yo mismo he aconsejado á la policía.

Eduardo Mercier tomó el documento que le habia presentado el canciller, lo leyó atentamente, lo dió á uno de sus dependientes, dictó varias líneas que debian intercalarse, lo firmó y entró en el gabinete, lo presentó al señor Ardou y devolvió el papel al cónsul de Francia, quien lo examinó atentamente y lo colocó en la cartera que habia pertenecido al Conde de B...

— He aquí un objeto curioso, dijo el cónsul á Eduardo, mirad, el puñal lo ha atravesado.

E hizo ver como la hoja habia atravesado la cartera y los papeles para llegar al corazon.

Durante este exámen nadie notó un pedazo de papel del

tamaño de una tarjeta que cayó revoloteando debajo de la butaca donde estaba sentado el capitan Ardou.

El cónsul de Francia y su canciller se levantaron, saludadaron á Eduardo y al capitan y salieron. Eduardo los acompañó hasta la puerta.

— ¡Ahora bien! dijo al entrar al capitan, ¡decid que no hay un buen génio para los hombres honrados y un infierno para los bandidos! ¡Bravo capitan! henos otra vez al frente de sesenta mil pesos de mas hasta nueva órden, y fuera de cuidados, porque realmente la posicion era crítica!

— Sí, respondió el capitan, es verdad; pero ese maldito billete que para nosotros vale mas de sesenta, de ciento, de doscientos mil pesos, ¿dónde diablos está? ¿A qué manos irá á parar? ¡Dios sabe las indicaciones que encierra y la precision con que puede designar nuestro descubrimiento!

Y pensativo el capitan dejó caer su cabeza sobre el pecho fijando la vista en el suelo.

El capitan vió el pedazo de papel que habia caido de la cartera encontrada sobre el cadáver del Conde de B... bajó maquinalmente la mano y lo examinó distraido primero, luego, despues de haberle dado mil vueltas, se fijó en él.

De repente, como si despertara sobresaltado de un profundo sueño, se levantó temblando y sin separar la vista del pedazo de papel esclamó :

— ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Ah!... ¡el cielo nos proteje!... ¡Mirad!... ¡Marad!... ¡Todo está reparado!... ¡Salvados, nos hemos salvado!..,

El rudo marino no pudo dominar su emocion; pálido como la muerte tuvo que sentarse de nuevo, y con la cabeza inclinada hácia atrás esclamó :

— ¡Ah! Eduardo, qué momentos hay en la vida del hombre!

Eduardo tomó el pedacito de papel, leyó atentamente y y no vió mas que estas palabras :

« Costa Salvador.

« Bahía 13º long. O., 14º lat. N.

« Roca de las Perlas 150 metros Sud. »

— La nota que vos habeis dictado al Conde de B..., dijo Eduardo.

— Sí, respondió el capitan.

— Este papel habrá caido de la cartera del Conde cuando el cónsul de Francia ha venido á darnos noticias de ese aventurero y á permitirnos disponer provisionalmente de una parte de nuestra fortuna.

— Sin duda, este papel nos pertenece ahora.

— Os equivocais, capitan, este papel pertenece á los herederos del conde de B... y vos mismo vais á restituirlo al consulado.

— ¿Estais loco, Eduardo?

— No, respondió Eduardo, yo poseo toda mi sangre fria y por esta misma razon no os permitiré que cometais una accion indigna de un hombre honrado. Ya os lo dije, capitan, el dia que nos asociamos, la casa Ardou y Compañia debe llevar par divisa : *Honradez ante todo*. Esta divisa está escrita en gruesos carácteres sobre nuestra frente, y esto es lo que esplica nuestra rápida fortuna aquí, el crédito inmenso que disfrutamos y del cual podemos disponer en caso de necesidad, y la estension prodigiosa de nuestras relaciones comerciales ; por consiguiente, id al momento á llevar la nota al consulado, vos llegareis al mismo tiempo que el agente francés, y entregadla sin hacer ninguna observacion.

— ¿Pero si este papel cae en las manos de uno de esos individuos que vienen á estos paises determinados á buscar fortuna, á verlo todo, á esplorar las costas; de uno de esos intrépidos marinos que, como nosotros, buscan los bancos de perlas, nosotros nos esponemos á perderlo todo ó á ver nuestras riquezas desaparecer mas pronto? ¿Y todo por-

qué? Por un esceso de lealtad ridícula, en las circunstancias que nos encontramos ahora, despues de la asechanza de que hemos sido víctimas y que tan cara hemos pagado?...

— Querido capitan, replicó Eduardo, la lealtad no tiene escesos ni es nunca ridícula; os repito que ese papel pertenece al consulado, al cual se debe restituir. Por lo demás, nosotros partimos hoy mismo; con dos viajes á la bahía podremos liquidar los negocios de la casa y volver á Europa. Se debe escribir á Francia para obtener informes sobre el pretendido Conde de B... su familia, su posicion, sus herederos, si es que los hay y todo esto no se concluirá nunca, ó se concluirá tan tarde, que nosotros tendremos tiempo para instalarnos perfectamente, vos en Cannes y yo en Paris. Y aunque así no fuera, vos debiais obrar como yo os digo. Id, capitan, yo vuelvo á mi despacho.

— ¡Sea, dijo el capitan, quizá os arrepintais algun dia!

— Nunca, querido amigo, suceda lo que quiera.

— Veremos, dijo el capitan tomando afectuosamente la mano de Eduardo y saliendo.

Apenas habia salido el capitan cuando un empleado de la administracion de correos se presentó anunciando la llegada del correo de California.

— Señor Johnson, dijo Eduardo, hacedme el favor de ir vos mismo á buscar la correspondencia y los periódicos, ques desearia ver este correo antes de mi partida para daros instrucciones.

El señor Johnson salió y al cabo de una media hora volvió con un gran puñado de cartas y periódicos. Eduardo tomó el correo y lo abrió.

— Buenas noticias, señor Johnson, dijo Eduardo, alza en los cafés y objetos de París, nuestras existencias se venden bien en San Francisco.

— Ya me lo figuraba, dijo el señor Johnson, ¿y cuanto?

— 32 1/4 por 100 á la alza á la salida del último correo.

—El último cargamento será aun mas afortunado, dijo Johnson frotándose las manos.

Y abriendo uno de esos enormes libros que se encuentran en las grandes administraciones sobre pupitres elevados á fin de que los empleados superiores puedan trabajar derechos, y despues de haber reflexionado un momento y hecho un cálculo con el lapiz:

—Tomad y leed, dijo presentando á Eduardo un papel sobre el cual estaban escritas las cifras siguientes:

Cochinilla.	5,000 pesos.
Café, Costa-Rica.	2,000 —
Vinos, Peru.	4,000 —
Vinos franceses.	1,000 —
TOTAL.	12,000 pesos.

—¡Doce mil pesos de mas! dijo Eduardo, y nosotros que no contábamos mas que sobre veinte mil! Buen viaje á fé mia; este tótal de treinta y dos mil pesos vá á alegrar al capitan.

Eduardo tomó los dos periódicos que ya en aquella época se publicaban en San Francisco, y leyó de corrido los acontecimientos de la nueva colonia que se formaba entonces y que debia llegar á ser muy pronto una de las mas importantes del mundo, y en seguida pasó á la revista comercial.

—¡Siempre quiebras y suspensiones de pagos! dijo. ¡A qué percances está sujeta la fortuna en este cáos comercial donde se hacen y se pierden en un dia fortunas enormes!

—Este correo trae tres quiebras enormes, dijo el señor Johnson con indiferencia, una de ellas, sobre todo ha sorprendido mucho aquí.

—¿Cuál? preguntó Eduardo.

—La de la casa John Osborn y Compañía, respondió Johnson con la misma calma.

—¡Cómo! dijo Eduardo emocionado, la casa.,:

—John Osborn y Compañía, replicó Johnson, mas de cinco millones de pesos de capital, cesa sus pagos y se encuentra aun con un descubierto, una bagatela, cerca de cien mil pesos.

Eduardo estaba en pié pálido y agitado escuchando silenciosamente á Johnson, quien levantó la vista y pareció sorprendido de la actitud de su jefe.

—¿Estais bien seguro de eso? preguntó Eduardo.

—Segurísimo, respondió Johnson, la declaracion oficial debe estar en el periódico, leed.

Y tomando los dos periódicos que Eduardo habia dejado caer sobre la mesa, los examinó un instante y presentando uno de ellos á Eduardo leyó señalando con el dedo.

« Suspension de pagos, cinco millones de pesos y noventa y cinco mil de deficit. Nombrada una comision para la reparticion á los acreedores. »

Y añadió:

—¡Hé aquí que aun se pasarán seis meses antes que concluya la liquidacion, ¡una friolera! realizar cinco ó seis millones dispersados por todos los mercados de América y de Europa!

—¡Seis meses! dijo Eduardo, ¿y para la declaracion de quiebra?

—En cuanto á eso tres meses al menos, y aun si los acreedores lo exigen, lo cual es dudoso cuando no hay mas que noventa y cinco mil pesos de diferencia á soportar.

—¿Entonces la casa John Osborn y Compañía está arruinada?

—Completamente. Esa casa no tiene suerte; hace algunos años el mismo John Osborn desapareció sobre el Pacífico de resultas de un asesinato ó de un suicidio, quizá vos habreis oido hablar de eso. La casa continuó su marcha, y hé aquí que hoy hace como tantos otros. Afortunadamente que eso no nos importa.

El señor Johnson fué á su despacho.

Eduardo tomó el periódico, leyó de nuevo el artículo, entró en el gabinete y se dejó caer sobre una butaca triste y pensativo; á los pocos instantes se levantó y se paseó á grandes pasos como un hombre que acaba de tomar una determinacion grave.

El capitan Ardou llegó en aquel momento y preguntó á dónde estaba el señor Mercier. Johnson le indicó el gabinete cerrado.

El capitan llamó.

—Adelante, dijo Eduardo. ¡Ah! ¡sois vos, capitan!

—Ya estais obedecido, mala cabeza.

—¿Qué decis?

—Que he remitido el billete al cónsul, que no ha comprendido nada y lo ha vuelto á colocar en la cartera.

—¿Qué billete?

—¡Pardiez! ¡el billete del Conde!

—Lo habia olvidado: y habeis hecho muy bien.

—¿En qué demonios pensais? preguntó el capitan.

—En nuevos cálculos comerciales que acabo de hacer, magnífico negocio, la casa cambia de aspecto y de nombre, y ya me dareis la respuesta.

—Veamos esplicadme un poco eso, amigo mio, dijo el capitan, aunque nunca me mezclo en nada de lo que vos quereis, sin embargo eso me interesa.

—Por de pronto tenemos un nuevo asociado.

—¡Ah!... esclamó el capitan.

—Es una casa de California.

—¡Ah!...

—Una casa quebrada.

—¡Ah!...

—Y vos vais á firmar el acta de sociedad.

—¡Ah!...

—Y vais á decirle al señor Johnson de redactar el acta.

—¡Ah!...
—Y esta casa....
—Es...
—La casa John Osborn y Compañía.
—¡Cómo!...
—Como lo ois, querido capitan.
—Pero...
—¿Pero qué?
—Se habla por todas partes de su enorme quiebra.
—Que se hable.
—Y de un déficit de noventa y cinco mil pesos.
—¿Y qué?
—¿Y es eso un buen negocio?
—Escelente, querido capitan.
—¡Vaya! ¡vaya!
—Sí, y yo parto esta noche para California.
—¿Para?...
—Para hacer las proposiciones y llevar el acta de asociacion.
—¿Y yo?
—Vos os quedais.
—¡Vaya! ¡vaya!... ¿y la pesca?
—Yo la efectuaré al volver.
—¿Y porqué no al ir?
—Porque yo no puedo esponer mi vida en este momento.
—¿Y qué haré yo mientras?
—Vos me esperareis.
—Maldito si comprendo una palabra.

El señor Johnson estendió el acta de asociacion sin comprender una palabra de los planes de su jefe y la presentó á la firma.

El capitan, segun su costumbre, firmó sin leer.

Eduardo, al contrario, la leyó detenidamente, firmóla y la encerró en su cartera.

Llegada la hora de cerrar el despacho, los dependientes se retiraron y Eduardo y el capitan fueron á comer á Aspinwall House.

A las diez de la noche el brick *Castor* de la casa Cárlos Ardou y Compañía se hacia á la vela para San Francisco de California.

VI

Despues de una feliz travesía, si se esceptúa una pequeña borrasca que corrió á la altura del Papagayo, el brick *Castor*, capitan Juan Norter, entró á toda vela en el hermoso puerto de la Nueva California en la desembocadura de los rios Sacramento y San Joaquin, echando ancla ante la ya opulenta en aquella época ciudad de San Francisco.

Eduardo Mercier dió órden al capitan Nortier de llenar inmediatamente las formalidades de aduana y puerto, mandó una lancha á tierra, la cual volvió con un empleado y el canciller del consulado. Este último, habiendo sabido que á bordo se encontraba el jefe de la casa Ardou y Compañía, pidió permiso para verle y fué conducido al camarote particular de Eduardo.

—¿Don Eduardo Mercier? preguntó el canciller saludando.

—Servidor de usted, señor mio, respondió Eduardo levantándose y saludando cortesmente; pasad adelante y decid cuál es el objeto de vuestra visita.

— Saludaros solamente y ponerme á vuestras órdenes por si acaso puedo serviros en alguna cosa. La buena reputacion de vuestra casa ha llegado hasta nosotros, así como la manera simpática y delicada con que son acogidos en ella vuestros compatriotas; el prestigio que gozais en Panamá, el bien que haceis sin cesar, la honradez y la inteligencia que desplegais, todo esto os honra y hace honor. Yo he deseado conoceros, y me consideraré dichoso si puedo seros útil.

— Sin duda ha olvidado enumerar la fortuna que me suponen, dijo Eduardo para sí.

Y á pesar de su sencillo y modesto natural, no pudo reprimir un movimiento de orgullo viéndose por la primera vez reconocido y adulado á algunos centenares de leguas de distancia de su residencia. Su espíritu recorrió rápidamente las épocas pasadas, y pensando en su primer salida de San Francisco, cuando pobre é ignorado iba á pedir trabajo, á solicitar el pan de cada dia á otra provincia; y comparándose á su vuelta á bordo de un buque de su propiedad, poseyendo valores considerables en su cartera, existencias mercantiles en la plaza de San Francisco, viendo que su firma y sobre todo su nombre valia al menos un millon, si queria agotar todos los recursos de su crédito, esperimentó un momento de orgullo, hizo sentar al representante del consulado, le ofreció cigarros y una copa de ron, y le invitó á almorzar para el dia siguiente.

— Pidoos mil escusas, añadió, si dejo para mañana el honor de sentaros á mi mesa; pero tengo un deber que cumplir hoy mismo y no puedo disponer de un solo instante. Quizá vos mismo podriais darme algunos informes, para mí de gran importancia, sobre la casa que ha suspendido sus pagos y que sin duda va á hacer una gran quiebra.

— ¿La casa Mack Horn? dijo el canciller, creo que no llegará á tal estremo.

— No, señor, respondió Eduardo, la casa John Osborn.

— ¡Ah! eso ya es antiguo, respondió el canciller, esa casa se ha ido á pique con una pérdida de quince millones de francos y un déficit de noventa y cinco mil pesos.

— Eso es justamente lo que yo sabia, dijo Eduardo. ¿Y la familia, qué se ha hecho?

— La familia está hoy en la mayor miseria: como la viuda del señor Osborn es de orígen francés, nosotros hemos hecho por ella cuanto hemos podido. El cónsul de Francia ha usado de su influencia para ver si podia lograr que le dejaran para ella y sus hijos la casa que ocupaban, una de las mejores y la primera que se construyó aquí á la europea.

— Es verdad, ya me acuerdo, dijo Eduardo.

— ¿Vos habeis venido otra vez á San Francisco?

— Sí, señor, aquí es donde yo he aprendido y principiado mi carrera comercial.

— ¡Ah!... ¿Y en qué época?

— Hace tres años.

— ¿Y qué negocio dirigiais?

— Ninguno; estaba como dependiente.

— ¿En qué casa?

— En la casa John Osborn.

— ¿Y hoy sin duda estais comprendido en la quiebra?

— No, señor, yo debo aun una friolera á la familia Osborn, y creo que le será útil en las circunstancias que ahora se encuentra.

— ¡Util! ya lo creo: el consulado les dió hace unos dias cincuenta pesos á título de limosna, y la pobre señora Osborn me besaba las manos llorando de reconocimiento; y sin este último socorro no sé en qué hubiera venido á parar esa familia.

Eduardo palideció y una lágrima rodó por sus mejillas.

— ¡Eso es horrible! esclamó.

— ¡Ah! sí, respondió el canciller; habeis visto la opulencia de la casa, y hacer una limosna de cincuenta pesos á per-

sonas que han dado bailes de cinco mil pesos y que poseian tres millones, eso no se ve mas que aquí, pero con tanta frecuencia que ya no se hace caso...

— Perdonadme si os interrumpo, dijo Eduardo; esa descripcion me hace mal, porque ahora me acuerdo que la señora Osborn tenia tres hijas, que hoy deben ser buenas mozas, y un hijo aun de corta edad.

— ¡Si no fuera mas que eso!... Sin duda vos ignorais que la hija mayor se casó poco tiempo despues de vuestra partida, y que hoy tiene tres hijos.

— ¿Y el yerno de la señora Osborn no ha podido ayudarles en nada?

— Arruinado, querido señor Mercier, arruinado totaltalmente, y hasta se dice que es él quien ha comprometido la inmensa fortuna que legó el señor Osborn.

— ¿Y qué se ha hecho de él?

— Como todo el mundo se ha ido á las minas, y al cabo de tanto tiempo nos ha mandado dos saquitos de oro en polvo que apenas valian cuarenta pesos; yo mismo fuí á dárselos á la señora Osborn.

— ¿Pero en fin, de qué viven? dijo Eduardo.

— La madre trabaja, las dos hijas arreglan la casa y trabajan tambien una parte de la noche; la mayor cria á su niño y cuida á los otros dos, y el hijo de la señora Osborn viene á pasar el dia al consulado. En este momento su ocupacion es conducir de mi despacho al del cónsul á las personas que necesitan hablar con mi jefe; además hace algunos mandados; uno de mis empleados le quiere mucho y le da lecciones de escritura y aritmética; ya principia á copiar, y nosotros contamos poder hacer algo de él.

— ¡Muy bien hecho! dijo Eduardo, y visiblemente emocionado tendió la mano al canciller.

— Nosotros no hemos hecho mas que llenar nuestro deber,

dijo este último, y hasta contamos con poder fijarles un socorro regular y mensual.

— ¿Los consulados tienen la facultad de socorrer así á los desgraciados que carecen de medios de subsistencia en pais estranjero?

— Ciertamente, y hasta en caso de necesidad pagarles el viaje para volver á su pais; al menos en Europa se hace así; aquí las sumas necesarias para el regreso á Francia son tan elevadas, que se necesita una autorizacion especial, que se otorga con frecuencia.

— Hé aquí una de vuestras mejores atribuciones, dijo Eduardo, y ella sola vale todos los poderes que os dan para hacer respetar nuestros tratados, nuestro pabellon, nuestros nacionales, y estender nuestros intereses comerciales y nuestra influencia política.

— Es muy justo, dijo el canciller.

— ¿Y dónde vive esa familia?

— En un pobre sitio; nosotros les hemos encontrado una mala casita y respondido del alquiler, pues nadie queria recibirlos, y vos comprendeis que no era posible abandonar á esas jóvenes, hermosas como estrellas; eso hubiera sido perderlas. La señora Osborn vive ahora en una casita retirada del centro, sus hijas apenas salen; yo las veo todos los dias y les devuelvo el niño; justamente el empleado que ha tomado cariño al niño vive allí cerca, y en caso de necesidad les presta auxilio, pues vos no ignorais los peligros que rodean ahora á esa familia en un pais como este de desórdenes, de crímenes, receptáculo de todos los bandidos del mundo, y donde aun estamos sin policía, sin gobierno, sin represion, sin estabilidad y sin organizacion.

— ¿Y sus almacenes, dijo Eduardo, los almacenes del puerto del Sacramento, que constituian, segun creo, la fortuna particular de la señora Osborn?

— La señora Osborn lo vendió todo en los últimos meses,

creyendo poder sostenerse y segun los consejos de su yerno Blatburn.

— ¿En qué manos se encuentra la casa actualmente?

— Está en venta; los acreedores quieren un precio enorme y esperan, viendo que el valor aumenta todos los dias á causa de la emigracion que de todas partes viene aquí, y de este modo esperan disminuir la pérdida que han esperimentado.

— Está muy bien, dijo Eduardo; mil gracias por la molestia que os he dado. Cuando querais podeis ir á tierra, y mañana tendré el gusto de volveros á ver. ¿Vuestro dependiente podria acompañarme hoy?

— Sí señor, respondió el canciller, en este momento se encuentra en el puerto, y no tengo ningun inconveniente en ponerle á vuestras órdenes.

— Partamos, pues, dijo Eduardo levantándose.

Y tomando su cartera dió algunas órdenes al capitan Nortier, se embarcó en una lancha remada por cuatro marineros que los condujeron hácia San Francisco, donde desembareó á las diez de la mañana, seguido del canciller, quien rogó á su dependiente acompañara al señor Mercier.

— ¿A dónde quereis ir, Don Eduardo? dijo el dependiente.

— A la fonda de San Francisco. Dos marineros van á traer mi equipaje; yo voy á instalarme, tomar algunas disposiciones para terminar ciertos asuntos, vestirme y almorzar; por lo tanto os suplico tengais la bondad de venirme á buscar á las once para acompañarme á casa de la persona encargada de liquidar la quiebra Osborn y de vender la casa que pertenecia á la viuda.

El empleado se retiró para tomar los informes necesarios, el canciller se fué á su despacho y Eduardo Mercier á la fonda.

A las once se presentó el escribiente del consulado.

— Mil gracias por vuestra exactitud, dijo Eduardo al verle entrar.

— ¿A dónde quereis que os acompañe?

— A casa de la persona encargada de vender la casa de la señora Osborn.

— Está bien.

Y ambos salieron.

Eduardo fué conducido á casa del banquero agiotista, tendero, quincallero, especulador de lingotes, llamado Fonseca, italiano de nacion, que en aquel momento se encontraba sentado delante de su despacho, separado de sus dependientes por dos tabiques de madera, y por consiguiente invisible á los visitadores. Una tela oscura ocultaba la pequeña puerta por la cual se entraba al santuario del potentado de California.

— ¿El señor Fonseca? preguntó el escribiente del consulado.

Un mulato fué á hablar al banquero.

— Que se dirijan al jefe del despacho, yo estoy ocupado, respondió el banquero con énfasis.

— Decid al señor Fonseca, dijo Eduardo en alta voz, que un estranjero necesita hablarle ahora mismo.

— Decid al estranjero, respondió aun mas fuerte Fonseca, que yo no recibo á nadie.

Este diálogo era naturalmente oido de todos, como sucede en los pisos bajos de San Francisco, cuyas casas eran en aquella época casi todas de madera.

— Decid al señor Fonseca, añadió Eduardo con voz firme, que Don Eduardo Mercier, jefe de la casa Ardou y Compañía, de Panamá, desea hablarle al momento.

La puertecita se abrió de repente y el señor Fonseca dejó ver su cabeza calva y sus grandes patillas negras; dió un paso adelante, saludó afectuosamente y tendió ambas manos á Eduardo, esclamando :

— ¡Cómo! señor Mercier, ¿por qué no os habeis anunciado en seguida? ¡Pronto, una silla para Don Eduardo y otra para el señor! ¡Entrad, señores, entrad y tomad asiento!

— Mil gracias, dijo Eduardo, ya tendré el gusto de veros mas tarde; en este momento acabo de llegar y no puedo entretenerme mucho.

— ¿En qué puedo serviros? dijo Fonseca; todo aquí está á vuestra disposicion, mandad y quedareis servido al momento. ¿Quereis un adelanto de fondos? ¿Algunos centenares de miles de francos quizá? Si es eso no teneis mas que presentaros á la caja, vuestra firma vale mucho.

— Mil gracias, señor Fonseca, respondió Eduardo, yo tengo la costumbre de viajar siempre con sumas bastante elevadas y valores que me permiten disponer de cuanto dinero necesito; sin embargo, os agradezco infinito vuestra generosa oferta.

— ¿Entonces, en qué puedo serviros?

— El objeto de mi visita es solamente un asunto de poca importancia, pues mis negocios de San Francisco van bastante bien.

— ¡Bastante bien! esclamó Fonseca *¡Corpo di Bacho!* ¡maravillosamente bien! Vos os habeis encontrado el amo de la plaza todo un dia, ni siquiera un solo cargamento, y vos habeis vendido al precio que habeis querido, sin contar los beneficios corrientes, que son bastante bonitos. Vos habeis debido ganar de veinte á treinta mil pesos en pocas horas.

— Doce mil, segun las últimas noticias que recibí.

— Informaos y vereis como son al menos de veinticinco á treinta mil.

— ¡Tanto mejor! respondió Eduardo. Os decia, pues, que yo venia por una friolera; como mis negocios marchan bien quisiera encontrar grandes almacenes y una buena casa.

— Justamente nosotros tenemos lo que deseais.

— Ya lo sé.

— La antigua casa Osborn.

— Ya lo sé.

— ¡Y llamais á eso una friolera! esclamó Fonseca; yo no lo creo así, pues piden mucho dinero por ella, y yo mismo os confieso que no cederé fácilmente. Nosotros perdemos ya bastante con ese tunante de Blatburn que ha arruinado á los Osborn y perdemos mas de doscientos mil pesos.

— ¿Me habian dicho noventa y cinco mil?

— ¿Noventa y cinco mil, sí, respondió Fonseca sonrojado, es verdad, si se vende bien; ¿pero y si se vende mal? ¿Y los valores dudosos? ¿Y los retrasos? ¿Y los intereses? Yo os aseguro que nosotros perdemos al menos ciento cincuenta mil pesos.

— En fin, señor Fonseca, nosotros hablamos de negocios y la cifra legal es de...

— De noventa y cinco mil pesos, es justo, interrumpió Fonseca.

— Muy bien, dijo Eduardo, yo vengo á entenderme con vos para comprar esa casa, si el precio es razonable.

— Y vos llegais á maravilla, dijo Fonseca, si quereis establecer pronto vuestra factoría, pues la casa hace dos dias que está desocupada; nosotros queriamos venderla á pública subasta con todos los muebles, pues aun está como la dejó la señora Osborn.

— Tanto mejor, respondió Eduardo; y ¿cuanto pedís por ella?

— Por la casa se piden treinta y cuatro mil pesos, seis mil por los muebles, ropas, etc., etc., y cinco mil por las joyas que pertenecieron á la viuda de Osborn; nosotros queremos venderlo todo junto.

— ¿Total cuarenta y cinco mil pesos? dijo Eduardo.

— Tal es el acta de venta notariada y en toda regla que tengo aquí en mi despacho; pero vos comprendeis que en las subastas nunca se llegará á los cuarenta y cinco mil pesos, nunca nos los han ofrecido; en las dos subastas que ya se han hecho no han ofrecido mas que treinta y ocho mil.

— Veinte y cinco mil me habian dicho, dijo Eduardo.

— Si, pero... respondió Fonseca cortado; quizá llegará á cuarenta ó cuarenta y dos mil, ¡ quién sabe! Al dia siguiente nos harán proposiciones y nosotros puede que la demos por cuarenta y tres mil.

— ¿Vos decís que el acta de venta está aquí? veámosla.

— Sí, respondió Fonseca abriendo un cajon; héla aquí.

Y la presentó á Eduardo, quien la examinó atentamente.

— Está bien, dijo, no falta mas que poner el nombre del comprador y vuestra firma, pues vos sois el curador de oficio á lo que veo.

— Justamente, dijo Fonseca cuyos ojos brillaron de esperanza é inquietud.

— Pues bien, repuso Eduardo, como os he dicho; estoy de prisa y la casa me gusta : es un poco carilla, confesadlo, pero en fin, es un capricho que nosotros podemos satisfacer en los momentos en que la fortuna no es favorable. Poned mi nombre y firmadla.

— Pero... dijo Fonseca sorprendido de ver á un hombre de la reputacion de Eduardo Mercier obrar tan precipitadamente y temiendo sin duda ser engañado, pero mañana.. veremos... por que, en fin, vos no teneis los fondos disponibles en este momento.

— Os equivocais, yo tengo los fondos y además vos me los habeis ofrecido hace un momento, y yo os he respondido que á mi me gustan los negocios al contado y que siempre tengo á mi disposicion las sumas que creo necesitar. Si vos no quereis, querido señor Fonseca, pasado mañana en la

subasta nos veremos, á mí me es indiferente, si es que hasta entonces no he encontrado nada que me guste mas y que sea mas barato, porque al cabo y al fin vos sois demasiado caro. Hasta la vista, señor Fonseca, hoy no tengo mas tiempo que perder, tanto peor para vos..

Eduardo volvió la espalda y se dirigió hácia la puerta.

— ¡Vamos, vamos! esclamó Fonseca viendo que se le escapaba una buena ocasion, ¡Peste y como vais! ¡Veamos. aun podemos entendernos, venid esta noche con el dinero y asunto concluido.

— ¿Queda pues convenido? dijo Eduardo de modo que todo el mundo lo oyera. ¿La casa y cuanto hay en ella me pertenece mediante cuarenta y cinco mil pesos?

— Sí señor, respondió Fonseca, cuando hayais dado el dinero.

— Hélo aquí, dijo Eduardo.

Y sacando su cartera principió á contar billetes de banco y letras de cambio por valor de cuarenta y cinco mil pesos ante el tal Fonseca, que á pesar de ver el dinero aun temia ser víctima de un engaño.

— En fin, dijo, vos lo quereis sea; veo que vos despachais pronto vuestros negocios. ¡Llenad este pliego, dijo á uno de sus dependientes!

Y volviendo á Eduardo añadió :

— ¿Qué nombre debo poner en el acta de venta? ¿el vuestro supongo?

— Firmad, contestó Eduardo.

— ¿Que nombre debe llevar el acta de venta? repitió Fonseca firmando.

Eduardo tomó la hoja de papel sellado, y vió la firma.

— Poned Cárlos Ardou, Mercier y señora viuda de Osborn.

— ¿Viuda de Osborn? repuso Fonseca.

— Tal es el nuevo asociado de la casa de Ardou y Compañía.

— ¡Cómo!

— Como lo ois.

Concluida la operacion Eduardo rogó al señor Fonseca para que le acompañara á tomar posesion de la casa inmediatamente.

Eduardo fué reconocido como propietario de la casa Osorn por las gentes encargadas de la custodia de ella, dió as órdenes necesarias para que prepararan inmediatamente los aposentos y el despacho, se despidió del señor Fonseca, que aun no habia vuelto en sí de su estupefaccion y salió con el dependiente del consulado.

— ¿A dónde vamos ahora? preguntó este.

— A casa de la señora vinda de Osborn, y por el camino mas corto.

VII

Eduardo Mercier, acompañado por el escribiente del consulado, atravesó San Francisco y quedó maravillado al ver los cambios que se habian operado durante su ausencia. La pequeña aldea que se habia fundado como por encanto á los primeros escesos de la fiebre californiana se trasformó en ciudad, y ya se respiraba en ella el lujo, el bienestar, la organizacion material y administrativa, resultado del aumento creciente de una colonia europea; y era fácil de preveer que San Francisco, centro principal de un comercio inmenso, iba con prodigiosa rapidez á convertirse en una de las ciudades mas hermosas, animadas y espléndidas del continente americano.

Eduardo y su guia salieron en fin de la ciudad naciente y entraron en la antigua, compuestas de chozas pequeñas, algunas cubiertas con tejas y otras con madera; todas se componian de un solo piso bajo con soportal delante, formando un conjunto rústico bastante pintoresco.

— ¡Por fin, principio á reconocer San Francisco! dijo Eduardo á su guia.

De repente su rostro tomó un aspecto triste al pensar que en aquellos barrios estraviados y miserables iba á encontrar una familia que acababa de pasar súbitamente, y sin transicion, de la opulencia y bienestar á la miseria mas horrrible.

De este modo marchó aun algunos instantes silencioso y absorto en sus reflexiones, cuando su compañero le dijo :

— Aquí es, ya hemos llegado.

Eduardo levantó los ojos y vió bajo un techo de verdura que daba un poco de frescura á los habitantes de aquellas cabañas, á una jóven sentada sobre un banco de madera, cosiendo una de esas blusas de tela grís que usan los mineros del Sacramento, teniendo á sus piés un gran cesto lleno de blusas cortadas.

Al oir la voz del escribiente del consulado la jóven miró á los recien llegados, y depositando la blusa que tenia entre manos en el cesto se levantó.

— Buenos dias, señor Julio, dijo la jóven afectuosamente tendiendo su mano al escribiente.

— La señorita María Osborn, dijo el escribiente á Eduardo.

María se volvió hácia Eduardo, le saludó y pareció interrogarle con una mirada para saber el objeto de aquella visita.

María Osborn tenia entonces diez y ocho años y era un tipo perfecto de esas hermosuras del norte animada por la brisa vivificadora de las regiones meridionales; su naturaleza participaba de este orígen. Su estrema hermosura, sus maneras, su lenguaje y su porte respiraban aun la sociedad en medio de la cual habia vivido y que apenas acababa de abandonar, y hacian un contraste singular con la casa donde se ocultaba la familia y el trabajo que acababa de suspender.

Eduardo Mercier que debia hablar el primero quedó in-

móvil ante la jóven, que parecia esperar al menos una de esas vulgaridades que hacen cesar inmediatamente el primer é imperceptible obstáculo que esperimentan dos personas que se encuentran por primera vez. Eduardo no pronunció una sola palabra, pero sus facciones y sus ojos tomaron en aquel momento una de esas espresiones que solo comprende la penetracion de la mujer que las produce.

María confundió un momento su mirada con la de Eduardo, ruborizóse ligeramente y sus ojos se bajaron lentamente y como sometidos á una presion, pero de modo que convencía al jóven, que aquel breve momento habia bastado para ser examinado á su turno.

— ¿Y qué desea el señor? dijo María al escribiente.

— Don Eduardo Mercier acaba de llegar á San Francisco y desea ver á vuestra mamá, á quien ha conocido mucho.

— ¡Don Eduardo Mercier! dijo María como tratando de recordar este nombre.

— Sí, señorita, dijo Eduardo, el antiguo director de la casa Osborn que nunca hubiera podido reconoceros, como vos misma...

— En efecto, dijo la jóven, algunos años cambian de tal modo... Voy á prevenir á mi madre, escusadme si os dejo solo un instante.

— ¡Mamá, mamá! gritó María entrando y con voz alterada por la emocion, don Eduardo Mercier, el antiguo dependiente de casa, acaba de llegar á San Francisco y desea verte.

— ¡Eduardo Mercier! esclamó la señora Osborn, ¡el rico banquero de Panamá! ¡Dios mio! ¡en qué estado nos encuentra!

— ¡Cómo! ¿ese jóven es un rico banquero? dijo María.

— Y millonario, querida hija, ó al menos posée una de esas fortunas americanas, que como la nuestra desaparecen

en un dia; pero en fin, él la posée en este momento y su visita me es penible. Dile que estoy indispuesta.

— ¡Pero, mamá!...

— ¿Qué?

— Que él parece desea vivamente verte: el señor Julio lo acompaña y me parece que... que no debe anunciarnos nada malo; no, al contrario, él tiene uno de esos rostros que... que previenen en su favor, y á pesar de ser millonario y nosotras pobres, tú no podrias encontrarte cortada ante él. ¿Quieres, mamá, que?...

María dijo esto con un tono tan suplicante y cariñoso que su madre no supo decirla que no.

— Pues bien, hazle esperar un instante, dijo la señora Osborn descorriendo una cortina que ocultaba lo que podria llamarse su alcoba; se echó sobre los hombros un manton de crespon de la China, y fué á sentarse sobre un sofá de junco, acercó ante ella un sillon báscula que se usan en América y mandó salir á su hija menor, y á la mayor que introdujera á Eduardo.

— Pasad adelante, señor Mercier, mamá os espera.

La señora Osborn se puso en pié, pareció vacilar, examinó al jóven, despues tendiéndole la mano esclamó:

— ¡Dios mio! ¿cómo habeis cambiado en tan poco tiempo? Nadie os hubiera reconocido; tan completa es la trasformacion.

— Yo me consideraria dichoso, señora, dijo Eduardo, si es favorablemente; en caso contrario no me quedará mas remedio que lamentar los años que he pasado lejos de vos, señora, y de vuestra apreciable familia, á la cual habia dedicado una eterna é invariable afeccion.

— Sois muy bueno, don Eduardo. Durante los momentos crueles de la vida es cuando se ven con placer á los que no olvidan; en cuanto á vos, yo no puedo hacer otra cosa mas ue felicitaros bajo todos conceptos.

— Verdaderamente es estraordinario, dijo Eduardo, que tan pocos años puedan operar tantos cambios en nuestras personas y posiciones. En cuanto á vos, señora, yo os encuentro tal como os habia conservado en mi memoria y en mi espíritu.

— ¿Verdaderamente?

— Sí señora : con respecto á vuestra hija no diré otro tanto, pues aun viéndola aquí no puedo reconocer en la señorita María á la niña que veia jugando todos los dias. Verdad es que tres años á esta edad producen un efecto mágico en una jóven, y esta vez os confieso que la trasformacion es maravillosa. Hace tres años se adivinaba apenas, hoy se os reconoce en vuestra hija. ¿Y la segunda?

— ¡Clemencia! gritó la señora Osborn.

La hermana de María entró y saludó á Eduardo dándole la mano.

El dependiente del consulado miró su reló y preguntó á Eduardo si aun lo necesitaba, y que en este caso volveria á ponerse á sus órdenes.

— No señor, y mil gracias por vuestra amabilidad; si estas personas me lo permiten prolongaré mi visita, pues debo hablarles de un negocio que creo les interesará.

— Con mucho gusto, querido señor Eduardo, dijo la señora Osborn; escusadme si os llamo como antiguamente; ¿vos me lo permitís?

— Es el mayor placer que podeis darme, señora.

— Gracias, eso me recordará la existencia que llevaba en vuestro tiempo; esa época está tan cerca aun que se nos deben escusar nuestras antiguas costumbres de bienestar.

— ¡Tan cerca! esclamó Eduardo con una sonrisa melancólica que revelaba á la vez la tristeza, el pesar y un rayo de esperanza. ¡Tan cerca! teneis razon, señora, y quizá tan cerca de volver; ¡quién sabe! Cuando se han cumplido todos los deberes y el honor del nombre y la conciencia han

quedado tranquilos y puros en medio de las mayores desgracias. no se debe perder nunca la esperanza en el porvenir y en Dios.

— Es verdad, dijo la señora Osborn; pero vos que habeis hecho una rápida fortuna, segun dicen, y que sabeis cuán fácil es una desgracia en estos paises, no ignorais que despues de una caida es muy difícil, si no imposible, volver á levantar una gran posicion y un nombre sin crédito y por consiguiente sin amigos.

— ¿Sin amigos? dijo Eduardo.

— Escusadme, y mil gracias á la vez por recordarme que aun nos queda uno.

María escuchaba, y por la primera vez hacia mucho tiempo su fisonomía estaba radiante y animada.

— Señora, dijo Eduardo, á pesar de vuestras dudas permitidme que os manifieste una conviccion que se fortifica en mí cada dia mas á medida que avanzo en la carrera de la vida, y que por consiguiente mi esperiencia se forma por el estudio y la meditacion. Yo estoy persuadido que la mano de Dios y la opinion pública, no solamente no nos abandonan, sino que por el contrario vienen en nuestra ayuda en los solemnes momentos de grandes desgracias y peligros, cuando la virtud y la honradez han sido conservados sin mancha, muchas veces al precio de grandes sacrificios. La miseria y la virtud, háse dicho, no pueden mucho tiempo vivir juntas, y es verdad; solamente, si el vicio no reemplaza á la virtud, estad segura que la dicha concluye por alejar la miseria. Dios puede permitir ó querer una prueba, pero el resultado es infalible, es una simple cuestion de tiempo, de paciencia ó de fuerza; la lucha es desigual, pero donde combate la virtud la miseria es tarde ó temprano vencida. El vicio y la miseria, que un exámen superficial de nuestro estado social hace parecer enemigos, concluyen irrevocablemente por darse la mano y se encuentran en un momento

dado á la cabecera del desgraciado que por cálculo, impaciencia ó debilidad no ha seguido el recto camino de la honradez que conduce al bienestar relativo.

La señora Osborn y su hija escuchaban con admiracion á aquel jóven, quien en medio de los negocios y de una existencia práctica y activa, y á pesar de su edad, fortuna y nueva opulencia, conservaba y osaba declarar semejantes principios con toda la sencillez de la conviccion.

Generalmente se admiran en los demás las cualidades que se cree poseer. Así es como se esplica la admiracion de la señora Osborn y su hija por Eduardo, además que un secreto presentimiento que no podian esplicarse les revelaba que aquel hombre, llamándose su amigo, viniendo de lejos á verlas en medio de la miseria, influiria favorablemente en su porvenir.

Eduardo sorprendió una mirada de admiracion en los ojos de María y de su madre, coloráronse sus mejillas y cambió de conversacion.

— En fin, señoras, dijo, yo no he venido á haceros pasar un curso de moral social, al contrario, yo pertenezco en este momento á la carrera mas práctica y mas positivista del mundo, y mi vida, como mis palabras, deben ser como el medio en cuyo centro vivo y obro. En una palabra, yo he venido para...

— ¿Para qué? interrumpió la señora Osborn.

— No sé si atreverme á abusar tanto de vuestra bondad.

— Nosotras estamos á vuestra disposicion.

— En fin, dijo Eduardo, yo he venido para poco tiempo á San Francisco, antes de venir aquí esta mañana ya he terminado algunos asuntos, pues tengo intencion de crear un centro de operaciones; ya he comprado la casa y desearia, señoras, me acompañarais, antes de comer si es posible, para ayudarme á hacer las compras necesarias para ponerla en órden, pues nosotros los solteros no entendemos nada de eso.

— Con mucho gusto, dijo la señora Osborn; ¿cuándo?

— Al momento si quereis.

— Perfectamente, dijo la señora Osborn levantándose. ¿Deseais que mi hija nos acompañe?

— Me alegraria infinito.

Eduardo quedó un momento solo mientras que la señora Osborn y María se preparaban para salir en la parte de la casa separada por la cortina; cruzó los brazos y se puso á reflexionar: á los pocos minutos esclamó distraido y en alta voz:

— ¡A fé mia que no sé cómo principiar; allá veremos!

— ¿Hablais solo? dijo la señora Osborn saliendo con su hija.

— Escusadme, respondió Eduardo poniéndose en pié, mientras os esperaba me estaba confundiendo en un cálculo que vos podreis ayudarme á descifrar andando.

— Partamos, pues, dijo la señora Osborn tomando el brazo de Eduardo. ¿Dónde está vuestra casa, señor propietario de un dia?

— Es la vuestra.

— ¿La mia? ¡Ah! esclamó la señora Osborn palideciendo y abandonando el brazo de Eduardo.

— ¿Qué teneis, mamá? dijo María besando á su madre.

— ¡Qué os sucede, señora! esclamó Eduardo; ¿os encontrais mal?

É involuntariamente levantó los ojos hácia María, que le miraba fijamente. Eduardo estaba emocionado, pues acababa de encontrar la mano de la jóven que tanto le habia impresionado pocos momentos antes.

María le abandonó su mano, que él estrechó convulsivamente, colorándose sus mejillas, y dos lágrimas fueron á rodar por la frente de su madre, lágrimas que Eduardo vió y que querian decirle:

— Yo no sé nada y lo comprendo todo.

Despues de un momento de silencio, qué bastó á Eduardo para reponerse de su emocion, dijo á la señora Osborn.

—¿Qué os sucede, señora?

—Nada, señor Eduardo, nada, una niñería, vos comprendereis esto: la emocion de volver á ver esa casa, la emocion solamente, porque al cabo y al fin yo deberia alegrarme de saber que vos sois el propietario, mas bien que un indiferente ó uno de esos que tan implacables han sido para nosotros. Pero en fin, qué quereis, esto ha sido un ataque de nervios. ¡He sido tan dichosa en esa casa, tan modesta ahora, y que en otro tiempo llamaban el palacio Osborn!

La señora Osborn dijo estas últimas palabras con énfasis y sonriendo; luego, tomando la mano de su hija, añadió:

—¡Ah! querida María, ¡qué necia soy, tú eres mas razonable que yo!

—Señora, dijo Eduardo, siento en el alma haberos causado involuntariamente...

—No pensemos mas en ello, interrumpió la señora Osborn, y vamos á comprar lo que deseais. Si os place podremos ir primeramente á vuestra casa, pues deseo verla y aconsejaros, montaros un buen interior, para de este modo haceros apreciar un poco nuestra ciudad y obligaros á pasar en ella el mas largo tiempo posible; yo quiero que la casa Mercier sea aun mejor que lo fué la casa Osborn.

—Partamos, pues, dijo Eduardo dando el brazo á la señora Osborn.

María marchaba al lado de su madre.

En el momento en que iban á franquear el soportal de la casita, el dependiente del consulado se presentó cubierto de sudor y sin aliento, cual un hombre que tiene prisa y corre á dar una buena noticia. Paróse delante de Eduardo Mercier con la boca entreabierta y sin poder pronunciar una palabra.

— ¿Qué sucede? preguntó la señora Osborn.

— ¡Nada!... pero... sin embargo... ¡me han dicho!... ¡asegúrase!...

— ¿Qué? dijo la señora Osborn.

— Asegúrase que... ¡Cómo! ¿vos no sabeis nada?

— Nada.

— En fin, el señor Mercier os habrá dicho...

— Yo no he dicho nada, señor mio, dijo Eduardo al escribiente apretándole la mano y haciéndole un gesto significativo. Ya nos contareis eso en la mesa, pues os ruego vengais hoy á comer conmigo: sólamente desearia me hiciérais el favor de ir á la fonda á decirle á mi secretario que disponga la comida en mi casa.

— ¿Y que lleve vuestro equipaje?

— No, yo continuaré viviendo en la fonda.

El escribiente comprendió que aun no sabian nada y partió dudando de las noticias que le habian dado; sin embargo, él sabia que la casa pertenecia á Eduardo Mercier, lo cual era siempre de buen augurio para la familia Osborn. Llegó á la fonda, habló al secretario de Eduardo, quien mandó preparar una espléndida comida, y ambos se dirigieron hácia la antigua casa de los Osborn, haciendo mil comentarios sobre el nuevo Monte-Cristo de California.

La señora Osborn y su hija María llegaron en fin ante su antigua morada. Eduardo las hizo entrar y se dirigieron al salon.

La señora Osborn esperimentó una alegría infantil al ver los objetos que tanto habia amado y que pensaba no volveria á ver. Puso los muebles en su sitio, colgaba los cuadros que habian sido depositados sobre las sillas y las mesas, sacudia y arreglaba las colgaduras, etc.

— Vamos, María, dijo, ayúdame, la alegría me ahoga y estoy cansada.

En aquel momento llegó el escribiente del consulado,

despues de haber anunciado por todas partes que el señor Mercier ocupaba su nueva casa, donde venia, decia con énfasis, á establecerse completamente.

Eduardo le dijo, así como á su secretario, que le esperaran, y rogó á la señora Osborn que entrara sola con él á un gabinete de trabajo que daba al salon.

La señora Osborn tomó su brazo y fué á sentarse sobre un sofá; Eduardo quedó en pié ante ella y dijo:

— Señora, ya es tiempo en fin que os participe una disposicion que, solo en interés de la casa Cárlos Ardou y Compañía, de la cual formo parte, he creido deber tomar sin vuestro consentimiento.

— ¿Qué disposicion? preguntó la señora Osborn sorprendida.

— Señora, teniendo una absoluta necesidad de representantes en San Francisco, que se encarguen en ausencia mia de los negocios, me he permitido daros un interés en la casa que dirijo, persuadido de que con vuestra mediacion y la de vuestro yerno el señor Blatburn, nosotros podremos continuar aquí nuestras operaciones; vos tendreis á cargo vuestro los gastos de casa, empleados, etc., etc.

— No os comprendo bien aun, dijo la señora Osborn emocionada, ó mas bien creo comprenderos, añadió tomando una mano de Eduardo. Esplicaos, decid la verdad, señor Mercier, yo os escucho, hablad, héme tranquila.

— Como os he dicho, señora, pienso establecer un centro considerable de operaciones comerciales en San Francisco, y os he dado un interés en la casa de Cárlos Ardou y Compañía de Panamá; he comprado esta casa, en la que os ruego permanezcais.

La señora Osborn se pasó la mano por los ojos para impedir brotaran las lágrimas.

— Pero en fin, dijo, ¿por qué, cómo habeis hecho esto, cuáles son mis deberes, mis obligaciones?

— Por toda obligacion, respondió Eduardo, el señor Blatburn será nuestro corresponsal y nuestro dependiente, pues vos sola y vuestros hijos entrais en la sociedad. Cuando vuestro hijo tenga la edad necesaria, podrá ayudarnos tambien. Ya veis que nosotros los negociantes descontamos hasta la juventud.

La señora Osborn apenas podia contener su emocion; una carcajada de su hija, que se habia quedado en el salon en compañía del escribiente y del secretario, le devolvió su sangre fria.

— En fin, querido amigo, dijo, acabad, decid, decid lo que habeis hecho, ya que Dios os ha dado un corazon que un dia, estad seguro, debe haceros apreciar de todo el mundo en medio del cual estais destinado á vivir.

— Os equivocais, señora; vos exagerais todo eso. Si esta circunstancia es dichosa para vos, yo por mi parte no he tenido presente mas que el interés de la casa, y la prueba de ello es que mi asociado, que ni siquiera os conoce, ha comprendido tan perfectamente, que ha firmado sin la menor observacion el contrato del cual hé aquí una copia que vos podeis guardar en vuestros archivos.

Y Eduardo presentó á la señora Orborn la copia del acta de asociacion.

— Tomad, añadió en seguida, hé aquí igualmente el contrato de venta de la casa Osborn; guardad todo esto dentro de vuestro despacho, tomad la llave. De hoy en adelante estos dos documentos forman parte de nuestra casa y son los títulos de nuestra fortuna. Yo, con vuestro permiso, salgo para dar algunas órdenes á mi secretario.

La señora Osborn tomó las dos hojas de papel y se puso á leer; cuando llegó á este pasaje del contrato de venta, que decia: « Vendida por la suma de... á la Compañía Ardou, Osborn y Mercier, » su emocion, difícilmente contenida, se desbordó, y temblando y con las lágrimas en los ojos se le-

vantó, cayó de rodillas y tomó las manos de Eduardo y las besó, regándolas con un torrente de lágrimas.

— ¡Qué haceis, señora, dijo Eduardo; levantaos, os lo suplico!

— No, señor, no! ¡vos me salvais la vida, la vida de mis hijos! ¡Ah! ¡sí, yo ignoraba semejantes sentimientos!

En este momento se oyeron pasos que se aproximaban.

— ¡Levantaos, señora, gente llega!

— ¡No! dijo la señora Osborn, yo quiero que me vean, yo quisiera que el mundo entero estuviera aquí, para en su presencia abrazar vuestras rodillas.

— ¡Levantaos! esclamó Eduardo emocionado á su turno, ¡levantaos, señora, pues podrian creer en un favor!

— ¡No! repitió la señora Osborn besando repetidas veces la mano de Eduardo, ¡no!

— ¡Yo os digo, señora, dijo Eduardo, que si mi accion se interpreta como un favor y no como un deber, yo revelaré!...

Eduardo no pudo concluir; María entró alegremente y casi corriendo, quedando de repente inmóvil ante el inesperado espectáculo, estraordinario para ella, de ver á su madre, tan tranquila en medio de las situaciones mas difíciles de su vida, y tan fuera de sí en aquel momento.

Eduardo cogió á la señora Osborn por ambas manos y la levantó.

— ¡Ven, dijo la señora Osborn, ven, hija mia, ven, de rodillas delante del hombre á quien debemos querer y respetar mas en el mundo despues de tu padre!

La señora Osborn se habia aproximado á Eduardo y estaba casi en sus brazos, María avanzó tambien y tomó una de sus manos. Eduardo se creyó dichoso en aquel momento y esperimentó por la primera vez una de esas sensaciones raras y dulces de la vida.

Al oir las últimas palabras que pronunció la señora Os-

born, su frente se oscureció, retiró la mano que habia tomado María, y dijo con la mayor frialdad :

— ¿Qué quereis, señorita?

Las dos mujeres se miraron asombradas.

— Yo venia á prevenir, dijo María, que hay gente en el salon, mucha gente; sábese nuestra vuelta aquí y las visitas llegan; varias personas quieren ver á mi madre y preguntan si ya está instalada aquí, en su casa. ¿Qué quiere decir todo esto?

— Eso quiere decir, hija mia, dijo la señora Osborn, que el señor acaba de devolvernos fortuna, posicion y porvenir; que esta casa y cuanto encierra, que nosotros habiamos creido perdido para siempre, nos pertenece, y que el señor, que no nos debe nada, hace mas por nosotras que todos esos á quienes habiamos colmado de favores ó que tu padre habia salvado de la ruina; eso quiere decir, María, que Don Eduardo Mercier, despues de haber con su trabajo contribuido á elevar nuestra fortuna una primera vez, viene despues de nuestra ruina á levantarla y reconstruirla. ¡Cómo pagar tantos favores!

Y la señora Osborn tomó de nuevo la mano de Eduardo, la cual encontró fria como su rostro.

María buscaba en vano una de aquellas miradas en que ambos confundieron un momento antes su naciente pasion; pero no encontró mas que la espresion de la desesperacion y del dolor, de modo que no pudo dispensarse de decirle :

— ¿Qué teneis? Parece que nuestra... amistad y nuestro .. reconocimiento os hacen mal.

— Es que tú no sabes, María, dijo la señora Osborn; él no queria ni siquiera confesar el bien que hacia, queria ocultarlo, pero yo quiero que se sepa y que sobre todo mis hijos aprendan á bendecir su nombre.

— ¡No! esclamó Eduardo pálido como la muerte. ¡Vues-

tros hijos no pueden... María, vos no podeis!... pues... ¡Fatalidad!

Y dando una fuerte patada en el suelo se fué al salon.

La señora Osborn y su hija quedaron como petrificadas durante unos momentos.

— Es singular, dijo la señora Osborn; ese jóven, verdaderamente estraordinario por su inteligencia, probidad, buena educacion y sentimientos delicados, desde que lo conozco padece de tales estravagancias. Me acuerdo que le llamábamos el *buen amigo original*. ¡Quizá algun secreto de nacimiento ó algun antecedente en Europa! ¡quién sabe! En fin, hija mia, sea como quiera no olvides nunca que le debemos dos veces la fortuna y que nuestra vida no bastará para recompensar semejantes favores.

La madre y la hija se dirigieron al salon, donde encontraron á Eduardo en medio de un círculo de negociantes, de judíos y de estranjeros que acudian de todas partes para conocerlo.

En cuanto la señora Osborn y su hija se presentaron en el salon todas la miradas se fijaron en ellas. Eduardo les salió al encuentro y ofreció el brazo á la señora Osborn.

— Señores, dijo Eduardo, tengo el honor de presentaros el nuevo asociado de la casa Cárlos Ardou y Compañía de Panamá.

Todo el mundo se inclinó ante la señora Osborn y su hija.

El número de los visitadores aumentaba á cada instante. Unos se dirigian hácia Eduardo y cambiaban algunas palabras de reconocimiento ó de negocios pendientes entre ellos y la casa Ardou y Compañía; otros iban á saludar á la señora Osborn, y varios de entre ellos que la habian perseguido implacablemente la adulaban hipócritamente. María gozaba interiormente al ver las atenciones de que su madre era objeto, y contemplaba con inquietud á Eduardo Mercier.

En medio del tumulto de una conversacion animada Eduardo oyó una voz ágria que dominaba todas las demás; volvióse y se encontró frente á frente con el banquero Fonseca que acudia, como todo el mundo, á felicitar á la casa Mercier y Osborn, y á ofrecer lo que nadie necesitaba y lo que si hubieran necesitado nadie hubiera dado.

— ¡Hé aquí los Osborn á flor de agua! gritaba Fonseca con voz chillona y volviéndose hácia la señora Osborn. ¡Pardiez! la casa Ardou hace bien las cosas. Ese nombre quiere decir millones, señores, y un crédito ilimitado por toda la costa del Pacífico.

— Los Osborn nunca han estado abatidos, respondió Eduardo friamente.

— Sin embargo, señor Mercier, añadió Fonseca, permitidme que os diga que en cuanto al porvenir puede ser que no, pero en cuanto al pasado, ha habido quiebra y poco ha faltado para que fuera bancarrota.

— Eso ha dependido de un error, dijo Eduardo.

— ¡Un error! ¿y cual? preguntó Fonseca. ¡Vaya un error que nos hace perder noventa y cinco mil pesos!

Este lenguaje de Fonseca ante la señora Osborn era inconveniente y grosero. Eduardo volvió la cabeza hácia María, sus mejillas se coloraron lijeramente y viendo que el silencio se restablecia dijo en alta voz.

— Os equivocais, señor Fonseca, yo mantengo que no ha habido ni quiebra, ni bancarrota, ó mas bien, que la quiebra proviene de un error...

— ¿Y?... interrumpió Fonseca.

— Os ruego me dejeis hablar, aun no he concluido.

El silencio se hizo general y todas las miradas se fijaron sobre Eduardo Mercier.

— ¡Un error! dijo Eduardo, y lo sostengo ante todos estos señores, pues desde el momento que la casa Osborn se asocia á la casa Ardou, no puede haber quiebra.

—Pero, dijo Fonseca, la asociacion no data mas que de ayer... y eso es un favor que la casa Ardou...

—¡Silencio! gritó Eduardo, ¡eso no es un favor, es una deuda que vengo á pagar!

—En fin, nosotros perdemos noventa y cinco mil pesos, y creo que puedo saberlo, pues yo mismo he comprado el crédito...

—Por veinte mil, murmuró uno de los asistentes.

Fonseca se volvió hácia donde habia salido la voz y prosiguió:

—Lo que hace un déficit neto de noventa y cinco mil pesos, de los que no se cobrará uno solo.

—Os equivocais, la casa Osborn paga cuanto debe; Ferrier, dijo Eduardo á su secretario, estended una letra de cambio sobre Panamá de noventa y cinco mil pesos á la órden del señor Fonseca, estendedla al momento para firmarla y que pueda el señor llevársela en seguida.

—Pero... balbuceó Fonseca confuso, yo me contentaré con...

—Nada, nada: haced lo que os digo, Ferrier, dijo Eduardo.

—Ya veis, señoras, que poco á poco se pagan nuestras cuentas.

La señora Osborn bajó la vista; María lanzó una ardiente mirada de reconocimiento que penetró hasta el corazon de Eduardo.

El silencio continuó sin interrupcion y fácilmente se adivinaba la admiracion que causaba entre aquella gente de negocios un hombre que pagaba noventa y cinco mil pesos sin siquiera parecer apercibirse de ello.

A los pocos momentos se presentó Ferrier con la letra de cambio; Eduardo la tomó, acercóse á la mesa colocada en medio del círculo de los visitadores, firmóla y la entregó á Fonseca que se confundió en saludos y escusas;

Eduardo le volvió la espalda y fué á sentarse al lado de María.

— Gracias á Dios que os vuelvo á ver amable, dijo María, ¿qué teniais hace un momento?

— Nada, eso sucede con frecuencia á todas las organizaciones nerviosas.

— Tanto mejor si el moral no sufre... dijo María.

— Yo deseo haceros una pequeña confidencia, señorita, y pedir una autorizacion á vuestra mamá; pero cuando estaremos solos,

— ¿Y cuál?

— ¿Cual? es una idea que quisiera realizar, porque yo deseo preverlo todo; hé aquí la casa Osborn asociada á la de Ardou, uno de esos especuladores y jugadores acérrimos que hacen y deshacen las mayores fortunas en un solo dia, y como nosotros debemos poner á cubierto el porvenir de los hijos, he pensado en daros una dote para el dia que pensamos uniros con algun gran ricacho de California.

— ¡Ah! dijo María, ¿y si yo no quisiera casarme?

— En ese caso, respondió Eduardo riendo, tanto mejor para vos, pues la mision de la mujer casada no es tan halagüeña que pueda causar remordimientos á las que resisten á las seducciones y engañosos cuadros de las felicidades conyugales; yo apuesto ciento contra uno que la mujer encuentra en su marido, un jugador, un disipador, un vicioso ó un indiferente á los pocos meses de union, de union íntima, ó sea la destruccion de todas las ilusiones. Pero vos sois demasiado jóven, María, para que yo trate de lacerar vuestro corazon y destruir vuestras esperanzas. Creed, creed ciegamente, eso es propio de vuestra edad, y mas tarde nos veremos y hablaremos como viejos amigos. Vos sois demasiado hermosa para no encontrar pronto admiradores, quizá sereis bastante rica para que deseen vues-

tra fortuna, y vos teneis demasiado buen corazon para resistir mucho tiempo á los homenages, á la perseverancia y quizá al amor que os pueden inspirar y al que vos misma hareis nacer.

Durante estas últimas palabras Eduardo se habia animado gradualmente y su voz revelaba la pasion. María lo notó y su corazon latió de gozo; su fisonomía tomó una espresion de contento y dicha que llamó la atencion de su madre. La señora Osborn habia notado hacia unos instantes la conversacion de su hija con Eduardo y hacia mucho tiempo que no la habia visto tan alegre y animada.

Eduardo viéndose observado hizo un movimiento como para levantarse.

— ¿Decíais pues? dijo María con viveza.

— ¿Decia, respondió Eduardo, que sin duda vos hareis como la generalidad de las mujeres, y tendreis razon, cumpliendo de este modo la mision impuesta á la mujer.

— ¿Y en el caso contrario?

— En caso contrario lo que la casa Osborn y Compañía va á hacer por vos os dará la independencia, la libertad y el bienestar si persistís; y quizá los medios de ser un dia el sosten de vuestra familia, de vuestros amigos y de mí mismo si la fortuna me es contraria.

— En ese caso acepto por vos... y por todos nosotros.

Los visitadores principiaron á levantarse uno tras otro, presentaron respetos á la señora Osborn, á su hija y á Eduardo y salieron. A los pocos minutos todo el mundo habia salido, quedando solos en el salon la señora Osborn, María, Eduardo, su secretario y el escribiente del consulado.

— Vamos á ver la casa, dijo Eduardo, vamos á reconocer el terreno como suele decirse; yo tengo que pediros un favor señora Osborn.

— ¿Cuál?

— Venid y os haré mis confidencias; estos señores esperarán aquí la comida. ¿Habeis dado todas vuestras órdenes al fondista, señor Ferrier?

— Sí señor.

Eduardo condujo á la señora Osborn y á su hija al antiguo despacho de los dependientes, abrió una caja de hierro y colocó sobre una mesa las joyas y objetos preciosos que habian pertenecido á la familia. María y su madre contemplaron con indiferencia sus antiguas riquezas, pues los acontecimientos de aquel dia dominaban su espíritu y eran de demasiada importancia para dar lugar á otras sensaciones.

— Yo he prometido á la señorita María, dijo Eduardo, un regalo de boda y hélo aquí; á esto quiero añadir una dote bien modesta, pero que bastará para ponerla el abrigo, á ella y sus hermanos, de la ruina que nosotros agiotistas estamos siempre amenazados, y cumplo mi promesa y mi deseo, si vos me lo permitís, señora.

— Verdaderamente, señor Eduardo, dijo la señora Osborn, creo llegado el momento de rehusar, pues la bondad y la generosidad, cualquiera que sea su móvil y razon de sér, tienen sus límites.

— Solo esto, señora, es el último favor que restaba á pedir.

— Vuestra conducta, querido señor Eduardo, me confunde, y os confieso que se necesita una gran fuerza moral para resistir á tantas emociones en un solo dia.

Y la señora Osborn prorrumpió en sollozos apoyando su cabeza sobre el seno de María. La jóven no pudo contener tampoco las impresiones de su alma y los sentimientos de su corazon, tomó la cabeza de su madre con ambas manos y la besó con efusión mientras que un torrente de lágrimas inundaba su rostro; luego tomó una mano de Eduardo y la puso sobre su corazon. Eduardo esperimentó una de esas emociones desconocidas para él hasta aquel supremo mo-

mento; su corazon latió con violencia, la sangre coloró sus mejillas é inflamáronse sus ojos, y se sintió aturdido y como embriagado; su cabeza se inclinó maquinalmente hácia María y sus ardientes labios se apoyaron sobre la blanca mano de la jóven...

En aquel momento parecia que el ángel de la dicha estendia sus alas sobre aquella parte retirada y silenciosa de la casa...

—¡Ah! ¡padre mio, por qué no estais aquí! esclamó María.

Al oir esta esclamacion Eduardo levantó la cabeza, palideció y un frio sudor corrió por su frente. Tomó precipitadamente su cartera, examinó los papeles que contenia y tomó uno que fué á colocar en medio de un aderezo de brillantes, encerró en la caja de hierro cuanto habia sacado un momento antes, cerró y tomando la llave dijo á María con tono glacial:

— Tomad, señorita, hé aquí la llave que encierra vuestra dote, colocadla al abrigo de todo peligro, y deseo que llegue á las manos de un hombre honrado y digno de vos, de vuestra madre y del nombre que llevais.

María tomó la llave, y vió con estupefaccion que Eduardo salia huyendo del despacho, yendo á encerrarse con su secretario en un gabinete...

Una hora despues el dependiente del consulado llamaba á la puerta diciendo que la comida estaba servida.

— Id á prevenir á las señoras, dijo Eduardo.

— Las señoras os esperan, respondió el dependiente.

— Muy bien, os seguimos al instante.

En efecto, pocos momentos despues Eduardo entraba en el comedor, donde encontró á la señora Osborn que disponia alegremente la comida y colocando todos los objetos con el mismo órden que ocupaban antiguamente. María, por el contrario, estaba triste, apoyada sobre un bufete colocado

al lado de uno de los balcones, con la cabeza inclinada sobre el pecho y apoyada contra el dorso de la mano.

—Vamos, María, ayúdame, dijo la señora Osborn, pareces la estátua de la Meditacion.

Y efectivamente su meditacion era profunda pues ni siquiera oyó á un madre.

Eduardo comprendió al momento aquella primera sensacion, que no era ni dolor, ni pesar, ni amor, ni esperanza, ni duda, pero que sin embargo participaba de todos estos sentimientos á la vez; y aproximándose á ella la dijo en voz baja:

—¿Qué os sucede, María?

—¿Y á vos? repuso rudamente la jóven alzando la voz y como si despertara sobresaltada de un sueño penible.

Eduardo tuvo miedo; aquel acento le hizo mal.

La señora Osborn miró severamente á su hija y continuó haciendo los últimos preparativos.

—Señores, á la mesa, dijo unos minutos despues.

—Yo venia, dijo Eduardo á María, á anunciaros mi partida.

—¡Cómo! esclamó María con tono suplicante.

—Don Eduardo, dijo la señora Osborn, no se habla de partida al momento de sentarse á la mesa, eso no está bien.

—Entendámonos, señoras, dijo Eduardo, mi partida para las minas y vuelvo; yo voy solamente á buscar al señor Blatburn.

—¡Sea enhorabuena! dijo María.

Sentáronse á la mesa. Eduardo se colocó frente de la señora Osborn y rogó á María para que se sentara á su derecha, el secretario Ferrier y el dependiente del consulado se colocaron uno á cada lado de la señora Osborn.

—Pero vos no teneis necesidad de emprender tan penoso viaje, dijo la señora Osborn, mandaremos un correo al señor Blatburn y esto bastará, aunque creo que por el momento

no querrá venir; pues dícese que el campo americano hace magníficos negocios y que ha encontrado una pepita de un valor de diez mil pesos.

—Permitidme, señora, repuso el dependiente del consulado, el campo francés ha subido por Stocktown y se encuentra en Dry-diggings (campo seco) donde hace maravillas.

—Amor propio nacional, señor Peret, dijo riendo la señora Osborn; en fin, no importa, yo sostengo que ese viaje es inútil y que despues de una travesía de algunas semanas, de negocios, ventas y compras, hay necesidad de reponerse y de vivir un poco tranquilo.

—Yo os confesaré, señora, dijo Eduardo, que eso es un capricho que quisiera satisfacer. Toda mi vida he deseado conocer por mí mismo esas famosas minas y estudiarlas en medio de esa estraña aglomeracion de todas las nacionalidades, de todas las esferas sociales confundidas en una sola, de todas las edades, de todos los caractéres y de todas las capacidades morales ó físicas que forma esa mesa singular é indefinible atacada, segun se dice vulgarmente, de ese mal contagioso y universal llamado *fiebre californiana*.

—Si tal es el motivo que os aleja de nosotros, no tengo nada que decir, dijo la señora Osborn; ¿cuándo partís?

—Esta noche.

—¿Tan pronto? dijo María.

—Sí, señoras, respondió Eduardo, pues yo no puedo disponer de mucho tiempo, y necesito volver pronto á Panamá.

—Espero que será para volver, dijo María.

—Sin duda alguna, pero por el momento, como vos comprendereis fácilmente, mi presencia es necesaria en Panamá, donde mi asociado no comprenderá muy bien todas mis nuevas operaciones y los arreglos...

Eduardo no pudo concluir, pues le fué imposible retener una carcajada al pensar que su viejo amigo el capitan Ar-

dou, el héroe á pesar suyo de una parte importante de la comedia que se representaba hacia algun tiempo ante el valiente marino, quien cual los comparsas de las grandes tragedias históricas que desempeñan el papel que les han enseñado, cantan los coros ó representan con la mayor seriedad la escena final, ignorando completamente lo que hacen y el por qué lo hacen.

— ¿Qué os hace reir? preguntó la señora Osborn; espero que no será el señor Ardou, del cual hemos oido hablar como de una capacidad comercial muy grande, que ha formado en poco tiempo una de las casas mas bien reputadas de la América del Sud, dotado de una habilidad... segun se dice.

— ¡Muy grande! respondió Eduardo. No señora, rio de mí mismo, de mi escentricidad para con los negocios; afortunadamente salen bien; pero lo que es bien cierto es que muchas veces admiran á mi socio y no me riña porque su bondad no tiene límites, y además que me quiere como si fuera su hijo. Ya vereis cuando nuestros negocios marchen cómo decido las cuestiones, es increible; y se necesita toda la paciencia de ese buen señor Ardou, y un dia necesitaré tambien la vuestra, para dejarme realizar, sin decir una palabra, todos los caprichos y todas las imprudencias de que soy capaz.

— Por mi parte estais perdonado de antemano, dijo la señora Osborn.

— Lo veremos. Por el momento no puedo impedirme de reir al pensar la cara que va á poner el jefe de la compañía Ardou cuando reciba aviso, término comercial, de mis disposiciones, otro término comercial.

— ¿De qué disposiciones? preguntó la señora Osborn.

— De los negocios que acabo de arreglar; de los fondos que he colocado y que provienen de nuestro último cargamento.

— ¡Ah! sí, ya me acuerdo, de ese cargamento con el que habeis realizado un beneficio fabuloso.

— Justamente; ¿y lo creeriais? hace pocos instantes he dado órden de paralizar la venta á pesar de las proposiciones estraordinarias que me hacian.

— ¡Cómo! pero si os daban cuatro ó cinco veces su valor.

— Sí, pero yo he tomado mis informes y hago de la necesitad virtud. Aun me quedaban en almacen mercancías por valor de unos doce mil pesos próximamente, y como yo he hecho frente á algunos compromisos, he tomado la resolucion de mandar á las minas todas esas mercancías y sacrificarme por mi querido señor Ardou. Voy á venderlo todo allá, ¿y lo creeriais? esas mercancías van á venderse en las orillas de San Joaquin al menos por ochenta veces su valor.

— ¡Imposible! esclamaron todos á la vez.

— La cosa es fácil de esplicar, dijo Eduardo; la botella de aguardiente, por ejemplo, cuesta á los señores Ardou y Compañía un franco. Ahora bien, ¿sabeis á qué precio se vende en los campos americano y francés? á una onza la botella.

— ¡Imposible!

— Es la pura verdad; y al menudeo para los indios que acuden al campo se sacan hasta cerca de dos onzas, esto es, ciento sesenta francos. Los beneficios que se realizan con las ropas hechas aun son mayores. Uno de mis amigos ha vendido una caja de desechos por un precio fabuloso; un frac negro que habia costado doscientos francos, y por el cual un ropavejero no hubiera dado dos pesos por lo deteriorado y usado que estaba, se ha vendido por cinco onzas ó sean ochenta pesos; todos los demás objetos han seguido la misma proporcion; de modo que el especulador ha sacado veinte y seis onzas de su cajon que no valia media. Esto puede daros una idea de los beneficios que se pueden realizar

con doce mil pesos de mercancías buenas, es decir, que doblaré el precio que me habrian pagado el cargamento vendido en la plaza de San Francisco. Con lo que nos queda voy á probar fortuna. Aun tengo que llevar á cabo un negocio que promete mucho sobre la costa del Pacífico, pero antes quiero ver si realizo un buen principio para la casa Ardou, Osborn y Mercier de San Francisco. Por consiguiente yo voy con el convoy á las minas, hago volver al señor Blatburn, á quien instalo aquí con el capital social necesario, luego voy á arreglar los asuntos de Panamá, y...

— ¿Y volveis? interrumpió María.

— Puede ser.

— ¡Cómo! ¿Puede ser?

— Sí, pues mis empresas son algunas veces un poco árduas. Si yo os contara todos mis asuntos y todos mis misteriosos viajes no lo creeriais.

— Veamos; contadnos eso, dijo la señora Osborn.

— No, eso seria demasiado prolijo; un dia vendrá en que sabreis todo esto: básteos saber que si Dios me conserva la vida quizá podremos volver todos á nuestra querida Europa y ser algo en ella, pues ser rico y vivir aquí eso no es ser nada.

— ¡Dios lo quiera! dijo la señora Osborn.

— Dios lo querrá; ahora bebamos á la salud de la Francia, á nuestro regreso, á nuestra prosperidad y á nuestra felicidad definitiva, dijo Eduardo mirando á María.

— ¿A nuestra felicidad y vos partis? dijo María.

— Yo parto, dijo Eduardo vacilando, yo parto dentro de un instante: ¿verdad que es un triste postre? pero, en fin, nosotros nos volveremos á ver dentro de poco tiempo, y si la señora Osborn me lo permite...

Eduardo hizo un gesto que espresaba su deseo de dejar la mesa.

— Todo se os permite, dijo la señora Osborn levantándose, si pensais hacer un buen viaje.

Eduardo ofreció su brazo á la señora Osborn y entraron en el salon.

— ¡Qué desórden! dijo la señora Osborn al entrar; ¡cómo se ve que somos recien llegados á esta casa!

— O mas bien que los propietarios han hecho un largo viaje, dijo Eduardo, ó que vienen del campo; mañana las huellas de este desórden habrán desaparecido.

— ¿Vos partís al instante mismo? preguntó Maria.

— Sí, señorita, respondió Eduardo; solamente tomo esta copa de licor, enciendo un cigarro y me embarco.

— ¿Y todo está preparado?

— Sí, la goleta debe conducirme á la desembocadura del San Joaquin, frente á Venecia, donde una caravana completa me espera con mulas, caballos, carros y todo el tren necesario.

— ¡Qué lástima! esta noche hay gran representacion en el Metropolitan-Teatro, donde el célebre Lionel debe representar dos comedias.

— ¡Muy bien! ¡soberbio! dijo Eduardo, vos habeis tenido una magnífica idea, señorita; vamos á concluir alegremente este dia memorable.

— No hagais caso de esa niña, don Eduardo, dijo la señora Osborn.

— ¿Y por qué no? Vamos, señor Ferrier, id al teatro y tomad un abono para un año; buscad un buen palco; estas señoras podrán ir todas las noches, y en ausencia mia recordarán los últimos momentos agradables que vamos á pasar juntos.

— Os ruego dejeis eso para vuestra vuelta, dijo la señora Osborn, pues me siento cansada y ni siquiera me quedan fuerzas para distraerme.

— Pero, replicó María, de este modo retendremos unos instantes mas en compañía nuestra á don Eduardo.

— Es verdad, dijo la señora Osborn mirando á su hija; si es así no tengo nada que objetar.

— ¡Bravo! esclamó Eduardo entusiasmado; es necesario tomar alegremente aun las cosas mas sérias. Todo es farsa para los escépticos, comedia para las gentes de talento, drama para los hipocondriacos y los perversos. ¡Viva la comedia, sobre todo si es bien representada! ¡al teatro, señor Ferrier, al teatro; y sobre todo no olvideis de tomar el mejor palco!

El señor Ferrier fué al teatro, y cuando volvió encontró á su jefe mas alegre y mas amable que nunca, recostado sobre un gran sillon, respirando los suaves perfumes de una deliciosa panatela, quienes ayudados por los licores y una comida delicada, producian en él un bienestar y unos goces infinitos.

Eduardo ya no hablaba, sus miradas se confundian con las de María.

La señora Osborn hablaba afectuosamente con el escribiente del consulado, mostrándole la misma deferencia que durante los dias de miseria.

Eduardo fué sacado de su éxtasis por la llegada de su secretario y se puso en pié; María hizo un movimiento de impaciencia, y la señora Osborn preguntó por el número del palco.

— Es el mismo que teniais antes, respondió el señor Ferrier; háseme dicho en la contaduría que estaba desocupado y yo he creido seros agradable...

— Ciertamente, dijo la señora Osborn, la dicha parece sonreirnos hoy hasta para las cosas menos importantes de la vida que acaba de abrírsenos.

— ¿Las menos importantes, señora? dijo Eduardo; permitidme que os diga que yo no soy de vuestro parecer. ¡Gozar! hé aquí la gran cosa, hé aquí lo que nos proponemos despues de cumplidos todos los deberes. *Gozar es vivir*: esto se ha dicho y se dirá eternamente, y con mucha razon. Trabajar, ser útil á sí mismo y á sus semejantes. ¡Trabajo, con-

ciencia, deber, goces! hé aquí la mas hermosa divisa del hombre, divisa que se reduce á esplotar todo cuanto Dios ha colocado al alcance físico, moral é intelectual del hombre, y sacar la mayor suma posible de utilidad y de placeres, sobre todo de placeres.

La señora Osborn, que era la personificacion de la razon, de la esperiencia y del buen sentido, miraba á Eduardo sin responderle, con esa indulgencia afectuosa que se debe á la juventud.

La alegría continuó reinando en aquel pequeño círculo de amigos, y parecia esperar con ansiedad la hora de ir al teatro.

Eduardo se habia vuelto á sentar al lado de María, y parecia olvidar cerca de ella al mundo entero.

La señora Osborn hablaba con el señor Ferrier y con el dependiente del consulado, y de cuando en cuando dirigia una mirada furtiva sobre Eduardo y su hija, y su rostro tomaba uno de esos aspectos de satisfaccion y aprobacion difíciles de pintar. Para no ser notada por los jóvenes, la señora Osborn volvia la cabeza con precaucion, con ese amor de la madre que teme turbar la dicha de su hija, con ese mismo cuidado y amor de madre que marcha de puntillas y separa cuidadosamente las cortinas que ocultan la cuna donde duerme su tierno y querido hijo, para escuchar su agitada respiracion y depositar un besito sobre su boquita entreabierta; con ese mismo amor con que aspira con éxtasis la atmósfera que exhala la cuna donde se concentran todas sus afecciones.

La señora Osborn poseia una de esas naturalezas en las cuales los recuerdos del corazon no se borran nunca y que reaparecen justamente en los momentos mas felices de la vida. Olvidar al médico es prueba de salud y olvidar al amigo prueba de felicidad; esto puede ser verdad para las personas superficiales en las cuales las impresiones morales no

llegan mas que hasta la superficie del corazon. Pero en las naturalezas donde las impresiones penetran hasta el fondo del corazon sucede todo lo contrario.

La señora Osborn se sentia tan dichosa como Eduardo se encontraba alegre despues de uno de los mas dichosos dias que puede pasar un hombre de honor y que principia á amar por la primera vez de su vida.

En la situacion en que se encontraban la señora Osborn y Eduardo, y como consecuencia de sus caracteres y de sus pasadas existencias, la señora Osborn debia conservar el recuerdo y Eduardo olvidar.

Eduardo, absorto, contemplaba á María, quien á una palabra de su madre volvió la cabeza, y una lágrima apareció en sus ojos.

— ¿Qué teneis? dijo Eduardo, ¿qué ha podido deciros vuestra madre para entristeceros?

— ¡Ah! dijo María, nada que os concierna; mi madre es así, cuanto mas dichosa es, mas se acuerda de él.

— ¿De quién?

— De mi padre.

Eduardo se hizo atrás como si acabara de recibir un golpe violento, levantóse bruscamente y dijo:

— Olvidaba que aun tengo que despachar un asunto; adios, señoras, ignoro si podré ir al teatro esta noche.

María y su madre, así como el secretario y el dependiente del consulado, fijaron sobre él una mirada de asombro; Eduardo arrancó la punta del cigarro de la boquilla de ámbar donde lo habia colocado pocos momentos antes para apurarla, la arrojó encendida por el suelo y salió.

María se levantó, apagó con el pié la punta del cigarro y se retiró á su cuarto, donde se encerró y lloró sin saber por qué y sin poderse esplicar cómo en un minuto habia pasado de la alegría mas pura al pesar misterioso é incomprensible.

VIII

Eduardo Mercier, despues de haber abandonado á la señora Osborn y á su hija, se habia retirado á un gabinete, se sentó sobre un sillon, y con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre ambas manos, temblaba convulsivamente, pues como María, y mas que María, acababa de pasar de uno de los instantes mas felices de la vida á ese estado de paroxismo nervioso y moral que ataca al hombre cuando una idea, una impresion ó un sentimiento cualquiera dominan su carácter y su voluntad.

Eduardo estuvo sometido á la fatalidad de nuestra existencia el tiempo necesario para obedecer á la mano poderosa que rige la naturaleza; pero sin la resignacion de los que sufren y están acostumbrados á sufrir, sin la paciencia de los que, mas viejos que él, han adquirido la conciencia de las obligaciones humanas y la conviccion de nuestra mision en la tierra, que es sufrir un año entero por cada minuto de verdadero placer. Por fin se levantó bruscamente, abrió la puerta del gabinete y llamó á su secretario; volvió hácia la mesa, tomó una pluma y se puso á escribir.

Pocos momentos despues entró Ferrier.

— Sentaos en mi lugar, dijo Eduardo, y escribid lo que os voy á dictar.

El secretario se dispuso á cumplir las órdenes de su jefe; Eduardo se paseó unos instantes con los brazos cruzados sobre su pecho y la cabeza inclinada. Ferrier volvió la cabeza y pareció sorprendido al verle tan agitado.

Eduardo lo notó y dijo :

— Es verdad, olvidaba que en este momento no estoy en disposicion de nada; ya trabajaremos á nuestro regreso; ahora partamos, partamos al instante.

— ¿Y el teatro? dijo el secretario.

— ¡Qué diablos quereis que yo haga en el teatro! dijo Eduardo, yo tengo otras ocupaciones que son primero que el teatro. Además, nosotros vamos á ver un verdadero teatro, la Califórnia, ¡eso sí que es un teatro! Allí se representan dramas todos los dias, verdaderos dramas, donde uno es espectador y actor á la vez. ¡Eso vale mucho mas que ir á ver reir, llorar, bailar ó estornudar al señor Lionel!

— Ya lo creo, dijo el señor Ferrier; pero en fin, esas señoras que...

Y bien, esas señoras que... ¿qué quereis decir? respondió Eduardo irritado.

El señor Ferrier, acostumbrado á la calma, buenos modales é igualdad de carácter de su jefe, le miró sin desconcertarse y dijo :

— Yo os recordaba solamente que vos habiais prometido acompañar á esas señoras y que ellas acaban de vestirse.

— ¿Y luego?

— Que están listas...

— Tanto mejor para ellas.

— Y que parecen esperaros...

— Que se vayan y vos tambien, á...

Eduardo tenia el aspecto de un hombre fuera de sí, con

el rostro encendido y encolerizado; Ferrier se levantó con dignidad, le miró frente á frente y le dijo :

— ¡ Espero vuestras órdenes!

Eduardo, á pesar de su estado, comprendió que habia sido injusto para con su inferior, y dijo :

— Escusadme, señor Ferrier, escusadme, pues sufro mucho esta noche.

— Ya lo veo, respondió friamente el secretario.

— ¿Sin duda por mi violencia, es verdad? Mi naturaleza se exalta y se irrita á la menor contrariedad del cuerpo y del espíritu.

— ¿Qué teneis?

— ¡Ah! esclamó Eduardo, ¡esto es absurdo! Dadme vuestra mano. Hay momentos en que la naturaleza mas bien organizada no vale un comino.

Y sin poderse contener por mas tiempo se dejó caer sobre el sillon y ocultó su cabeza entre las manos para ahogar un sollozo y un suspiro.

— ¿Qué teneis? volvió á preguntar Ferrier.

— Nada, amigo mio, nada, respondió Eduardo levantándose; hacedme el favor de ir á dar las órdenes necesarias para nuestra partida.

— Las órdenes están dadas para media noche, y hasta esa hora nuestra gente no estará lista.

— Teneis razon, lo habia olvidado, dijo Eduardo. ¡Qué demonios, despues de todo, ya que no podemos partir hasta media noche!... ¡Mashallah! como dicen los árabes, estaba escrito, vamos al teatro; vamos á ver representar la comedia antes del drama, vamos á respirar esos perfumes que Barthelemy llama átomos embriagadores, mientras llega la hora de ir á presenciar ese otro espectáculo de hombres cubiertos de andrajos buscando el oro entre el polvo y el fango, el oro sin el cual no pueden saciar sus pasiones, ni dar un pedazo de pan á su familia, ni gozar, ni vivir, ni ser; el oro, sin el

cual el hombre se convierte en máquina, en bestia bruta. ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la vida? ¡Bella invencion, idea sublime! ¿Y por qué estamos condenados á vivir? ¿Qué crímen hemos cometido? ¡Diríase que expiamos una falta!

— Eso es justamente, respondió Ferrier.

— ¿Y cuál? la que nosotros no hemos cometido, pues nosotros sufrimos en la cuna, y apenas lanzados en el mundo material y moral, principiamos á pagarle ese horrible tributo de sufrimientos de todas clases; veamos, señor Ferrier, decidme, ¿qué crímen he cometido yo?

— Vos ninguno; pero otro lo ha cometido por vos, ese es el misterio.

— ¿Es decir que vos admitís que nosotros pagamos una deuda que no hemos contraido, y que eso es un misterio? A eso que creo llaman dogma yo le daré su verdadero nombre, que es estupidez é injusticia. Además, ¿por qué se ha cometido la falta?

— Porque han querido cometerla.

— ¿Y por qué han querido?

— Porque podian evitarla y no la han evitado, pues se les dió á escojer entre igual cantidad de bien que de mal.

— Vos sois un teólogo, señor Ferrier, dijo Eduardo, estais perdido.

— Quien se pierde sois vos, respondió Ferrier con conviccion.

— Lo veremos, dijo Eduardo; con igual dósis de bien que de mal el hombre ha sucumbido; pero vos no ignorais que dos pesos iguales en la balanza se hacen al menos contra peso y en ese caso los efectos son nulos: el mal ha triunfado; ¿luego la dósis del mal era mayor?

— Dios habia dado al hombre el poder de hacer bien.

— ¿Pero tambien dió el poder de hacer mal?

— Dios nos dejó el libre albedrio, respondió Ferrier, y

quiso dejar en libertad al vicio y á la virtud con el fin de poder recompensar y castigar.

—¡Cómo! esclamó Eduardo, ¡Dios ignoraba que el hombre haria mal! ¿Entonces á dónde está su infinita sabiduría? Cuidadito, señor Ferrier, pues si continuais de ese modo llegaré á probaros que Dios no existe mas que en vuestra imaginacion. Segun vuestra teoría, que no es otra que la de la leyenda que todos conocemos, Dios ha creado al hombre sabiendo que el hombre pecaria, y sabiéndolo no lo ha evitado y ha preferido castigar á toda la humanidad por la falta de uno solo, luego el Dios de la leyenda no es ni justo ni bueno, hé aquí la consecuencia, por consiguiente la leyenda es falsa. ¿Por qué Dios si es infinitamente bueno é infinitamente justo no ha hecho al hombre bueno, dichoso, perfecto y á su descendencia feliz? ¿Y por qué ha creado el mal si con el bien habia bastante? El hombre mas cruel se negaria á fabricar una criatura mala y desgraciada solo para tener el gusto de castigarla toda su vida. ¿Qué respondeis á esto?

—Yo respondo que habeis atacado al dogma y á Dios, y que no os falta otra cosa mas que atacar á la Iglesia.

—¡La Iglesia! dijo Eduardo, nada mas fácil que romper todas las piedras de su edificio una á una.

—¿Veamos?

. . . . . .

En nuestra calidad de novelistas nos es imposible continuar citando la árdua y delicada discusion emprendida entre dos jóvenes de mucho talento, pero de poca esperiencia. Además, nosotros escribimos un libro para todo el mundo en general y si bien es cierto que ciertos lectores desearian saber el resultado de la discusion, en cambio muchas lectoras verian con disgusto confundir en un libro de recreo y de amena literatura las cuestiones filosóficas.

Baste decir que Eduardo Mercier y su secretario discu-

tieron por espacio de media hora, al cabo de la cual entraron en el salon donde los esperaban la señora Osborn y su hija.

María estaba radiante de hermosura y de elegancia; la tristeza ó contrariedad que acababa de esperimentar habia dado á su rostro cierta espresion de melancolía que la hacia parecer mas bella. Un secreto presentimiento le decia que de aquella última velada pasada al lado del hombre que principiaba á amar dependia su porvenir y su felicidad é hizo cuanto estuvo de su parte por parecer encantadora.

En cuanto vió entrar á Eduardo se acercó á él y le dijo :

—¿Cómo habeis tardado, don Eduardo? vamos á llegar muy tarde.

—Toda la culpa es del señor Ferrier, que es un sábio; nos hemos puesto á discutir; pero al fin ha concluido con ponernos de acuerdo y eso es porque los dos éramos del mismo parecer, de otro modo corriamos gran riesgo de prolongar la discusion indefinidamente.

— Cuando querais...

— Partamos.

Eduardo dió el brazo á la señora Osborn, María tomó el de Ferrier y se dirigieron al teatro.

Cuando la señora Osborn apareció en su palco hubo un movimiento en el salon; todos los gemelos se dirigieron hácia los recien llegados; los jóvenes, y las mujeres sobre todo, examinaron hasta el último lazo que llevaba María: los ricachos de San Francisco lanzaron una mirada de admiracion y de envidia al jóven que en un dia habia restablecido la fortuna y el crédito de los Osborn y producido á su llegada una oscilacion financiera. Pocos momentos despues el rumor se habia calmado y nadie se ocupaba mas que de las comedias y de Lionel, quien, como siempre, fue estrepitosamente aplaudido.

María, colocada al lado de su madre, continuaba sin em-

bargo siendo objeto del exámen escrutador de las mujeres y la admiracion de los hombres de todas las naciones que ocupaban las butacas.

El palco de la señora Osborn se llenó varias veces de visitadores, los mismos que hacia poco la habian desdeñado y que volvian al primer dia de fortuna.

Eduardo, al ver á María por primera vez, habia concebido una pasion violenta, y viéndola en aquel momento rodeada de homenajes y la mas hermosa de todas las mujeres que estaban en el teatro, esperimentó ese sentimiento de vanidad, de egoismo, de amor propio y de envidia que nace de la pasion atormentada, del amor inquieto y que se llaman celos. Acercóse á María tratando de absorber toda su atencion, siguiendo todas sus miradas, y hubiera querido ocultarla á aquella admiracion general que le causaba miedo.

Un jóven parisiense que habia devorado una fortuna en poco tiempo, llamado D... habia llegado la víspera y en su calidad de jóven y de elegante todo el mundo se ocupaba un poco de él; pareció entusiasmado de la hermosura de la soberbia inglesa, pues así llamaban á María, se aproximó al palco y la miraba fijamente, pues le habian dicho que era millonaria y esto le bastó; viendo que nadie le hacia caso rogó á uno de sus amigos que lo presentara á la señora Osborn. En efecto, su amigo entró en el palco y habló con ella.

Por casualidad María volvió la cabeza hácia donde estaba D... y este la saludó.

— ¿Quién es ese jóven? preguntó Eduardo.

— Lo ignoro, respondió María.

— ¿Lo ignorais y os saluda?

— El señor C... que acaba de salir hablaba de él á mi madre pidiéndole permiso para presentárnoslo; sin duda él habrá comprendido y ha saludado á mi madre.

— ¿Y vais á haceros presentar á un cualquiera?

— Os equivocais, ese señor no es un cualquiera, él acaba de llegar de París, segun he oido decir, y es de una escelente familia, aunque arruinada y está llamado aun á poseer una gran fortuna.

— ¿Y qué os importa á vos eso? dijo Eduardo; ¿qué interés?...

— Ninguno; ¿qué interés quereis que tenga con una persona que no conozco?

— Sin embargo, hace mucho tiempo que no poneis atencion mas que en él.

— ¡Qué en él! dijo María admirada; á mí me parecia, por el contrario, que no ponia atencion mas que en... vuestra conversacion.

— Pues bien, dijo Eduardo con una animacion desconocida hasta entonces de la señorita Osborn; os prohibo que... os ruego que no admitais ni aquí, ni en vuestra casa, ni en ninguna parte á ninguno de esos aventureros que llegan de no sabemos dónde, y durante mi ausencia espero que...

Eduardo se interrumpió y sin apercibirse de ello desgarraba uno de sus guantes.

— ¿Qué esperais? dijo María con una emocion que no podia disimular fijando sobre Eduardo una de esas miradas suplicantes é inquietas, como si su dicha se encontrara en aquel momento suspendida de los labios de Eduardo. ¿Qué esperais? añadió aun.

— Espero que durante mi ausencia no recibireis á nadie, respondió Eduardo con tono firme.

— ¿Y por qué? eso será muy difícil, pues las personas que voy á encontrar y á casa de las cuales mi madre me conducirá, á su turno naturalmente vendrán...

— Y bien, yo os pido aun, os ruego...

— Pedid, dijo María sonriendo graciosamente, y luego veremos; esplicaos, pero despachad pues ya sabeis que os queda muy poco tiempo y que dentro de una hora vais á

partir, que mañana estareis ya muy lejos, y si teneis algun consejo que dar á vuestros antiguos amigos no teneis tiempo que perder; vamos, decid, yo os escucho y prometo no olvidar nada.

Eduardo vaciló aun, pues habia llegado á uno de esos momentos de pasion, de admiracion y de celos frente á la mujer amada en que no se puede guardar el silencio sin ser ridículo ú obedecer á las impresiones del corazon.

— Vamos, dijo María volviéndose hácia Eduardo; espero vuestras instrucciones, vuestras grandes instrucciones.

— Pues bien, dijo Eduardo temblando y palideciendo, no veais ni recibais á nadie, no vayais á ninguna parte, María; prometédmelo, pues no podria partir si supiera que vais á ir todos los dias á frecuentar el mundo.

— ¿Y qué es lo que temeis?

— Nada, yo no temo nada, dijo Eduardo con despecho; id por donde querais.

— ¡Cómo decis eso! ¡creeríase que estais enojado!... En fin, me encerraré y me esconderé hasta vuestro regreso: ¿estais contento, señor exigente?

— ¡Ah! gracias, gracias, María, vos me haceis un gran bien en este momento y por el cual os estaré eternamente reconocido.

— Pero, en fin, ¿qué es lo que temeis por nosotros?

— Yo temo por vos...

— ¿Qué?

Eduardo hacia algunos momentos que sostenia una lucha interior del corazon contra la razon, del alma contra el espíritu, de la bondad contra la pasion que dominaba sus facultades; una de esas luchas de las cuales no se puede triunfar mas que sucumbiendo, pues la resistencia mata. Eduardo estaba estremadamente agitado.

En aquel momento entró en el palco D... con su introductor, dió la mano á la señora Osborn, saludó á María y

tomó asiento entre esta y su madre. Eduardo ni siquiera se levantó, aproximóse á María y la dijo en voz baja :

— ¡Os prohibo que os volvais!

María sintió latir su corazon con violencia y dichosa de poder obedecer volvió la espalda á D... mirando á Eduardo.

— ¿Qué teneis? diriáse que estais descontento y enojado, y sin embargo, yo he prometido y hecho cuanto habeis deseado.

— Es verdad, perdonadme María, dijo Eduardo.

— Sí, dijo María, os perdono, pero con la condicion de que vos me confiareis todos vuestros secretos, pues para obligarme de ese modo á retirarme del mundo vos debeis tener grandes motivos para ello. Decid, ¿qué es lo que temeis?

— Temo, respondió Eduardo, que seais... amada.

— ¿Y qué importa?

— Temo que vos ameis, y entonces...

— ¿Qué?

— Yo seré el mas desgraciado de los hombres, porque, María...

— ¿Por qué?

— Porque os amo con delirio, como un loco; porque yo os adoro, porque desde el momento que os ví no vivo mas que para vos.

Al decir estas palabras Eduardo se habia apoderado de una mano de María, quien ni siquiera hizo el menor movimiento para retirarla.

— ¡Ah! esclamó María, con qué alegría voy á renunciar al mundo que tanto os asusta para dar gracias á Dios!

— ¿Para dar gracias á Dios? preguntó Eduardo.

— Sí, para darle gracias por haberme hecho tan feliz, por haber acumulado tanta dicha sobre mí y mi madre en un solo dia... La gente nos observa, dejad mi mano, Eduardo.

—¿Qué me importa á mi el mundo y sus preocupaciones? dijo Eduardo con pasion. Yo no soltaré vuestra mano hasta que me hayais prometido dármela el dia que yo la pida á vuestra madre.

— Os lo prometo.

— ¿Me lo jurais?

— Os lo juro.

D... notó la escena que acababa de pasar entre Eduardo Mercier y María Osborn, juzgó sin duda que habia llegada demasiado tarde á San Francisco y que la fortuna le volvia aun la espalda, levantóse friamente, saludó y salió.

Eduardo se retiró al fondo del palco con María y ni siquiera notó el murmullo de los palcos ni los gemelos que se fijaban sin cesar sobre él.

María, absorta por su dicha, no vivia mas que para Eduardo y escuchaba con delicia esas primeras palabras del amor, esas ardientes palabras entrecortadas, temblorosas, embriagadoras y armónicas del hombre cuya pasion ha llegado á los últimos límites de la razon y de la calma, del hombre que ama con el ardor frenético de una naturaleza jóven, robusta y entusiasta y de un noble corazon; palabras de amor que encantaban á la jóven, pues ella descubria una pasion sincera, generosa, desinteresada, inmensa. . . .

. . . . . .

La representacion habia concluido.

La señora Osborn se puso en pié y vió que el tumulto general no habia bastado para despertar á María y Eduardo de su éxtasis, sonrió y su fisonomía tomó una espresion de felicidad que aun no le habian dado todas las emociones del dia; hasta entonces no habia sido mas que la viuda del antiguo banquero Osborn arruinada que encontraba la fortuna, en aquel momento era la madre cariñosa que presiente la felicidad futura de su hija.

— ¿Qué os parecen nuestros actores franceses? dijo la

señora Osborn á Eduardo; la representacian ha concluido.

— ¡Tan pronto! esclamó Eduardo levantándose.

— ¿Cómo tan pronto? dijo la señora Osborn riendo.

Todo el mundo se dispuso para partir. Esta vez Eduardo olvidó á la madre por la hija, ofreció su brazo á María temiendo abandonarla un solo instante. La señora Osborn tomó el de Ferrier y salieron del teatro.

La señora Osborn contemplaba con placer á los dos jóvenes que se manifestaban tanto amor el uno para el otro y que prometia ser puro y duradero:

Cuando llegáron á la puerta de la casa de la señora Osborn era cerca de la media noche. Eduardo no podia decidirse á romper de repente uno de los eslabones de la cadena de acontecimientos que habian absorbido uno de los mas hermosos dias de su vida; sin embargo se despidió de la señora Osborn, la cual le dijo :

— ¿Con qué vos volveis á la fonda sin siquiera querer descansar un momento? ¿á qué hora partís?

— Al instante mismo, señora, dijo Eduardo tomándole las manos; para poder concluir lo mas pronto posible todos estos negocios y poder pasar aun algunos dias cerca de vos antes de volver á Panamá.

— Si así es, nosotras no podemos reteneros, dijo la señora Osborn; os esperaremos, amigo mio, os esperaremos con impaciencia. Pensad durante vuestro viaje en los que aquí dejais, y evitad todo cuanto pudiera retardar ó impedir vuestra vuelta. ¡Don Eduardo, que Dios os proteja y os bendiga eternamente!

— ¡Señora! dijo Eduardo enternecido, semejante voto será mi salvaguardia, pues Dios escucha cuanto es sincero y salido del corazon.

La señora Osborn entró en su casa y su corazon, que no podia contenerse por mas tiempo, prorrumpió en sollozos.

María habia quedado inmóvil ante Eduardo sin poder resignarse á una separacion.

— ¡Cómo! esclamó, ¿y no nos volveremos á ver mas?... ¿ni siquiera mañana?

— Cuando querais, respondió Eduardo; pero si me quedo un dia mas voy á olvidarlo todo, hasta vuestro porvenir. Valor, María, un esfuerzo aun á fin que pueda no concluir, sino consolidar la obra que he principiado hoy.

— ¿Y eso será todo? dijo María.

— No, pues aun tengo que llenar una mision y el último trabajo que concluir, y luego, María...

— ¿Y luego?

— La dicha, la suprema felicidad. Luego vendré á pediros que cumplais la promesa que me habeis hecho esta noche; ¡juradmelo, juradmelo aun, María! dijo Eduardo tomando su mano.

— Sí, os lo juro, dijo María, ¿y vos? ¿juradme tambien que volvereis á pedir esta mano que os está prometida?

— Sí, sí, os lo juro tambien, dijo Eduardo cuya pasion se habia revelado mas violenta que nunca, ¡sí, os lo juro!

Y agitado por la fiebre de la pasion colocó contra su corazon y besó repetidas veces la mano de María que atraida involuntariamente cayó contra su pecho. El mundo desapareció ante los ojos de Eduardo, tomóla en sus brazos y el perfume de sus cabellos inundó su rostro. María inclinó su cabeza, Eduardo la estrechó contra su pecho y sus labios ardientes encontraron los de la jóven...

IX

Eduardo Mercier soltó á la jóven y se dirigió maquinalmente hácia la fonda. A unos cien pasos de la casa Osborn oyó una voz que lo llamaba por su nombre y se encontró con Ferrier, quien lo tomó por el brazo y lo condujo á la fonda donde encontró todo su equipaje perfectamente en órden.

Un gran tumulto se oia en el piso principal.

— ¿Qué significa ese ruido? preguntó Eduardo á un negro que debia acompañarle.

— Una banda de atolondrados que acaba de llegar de las minas y celebran su vuelta á San Francisco, respondió el negro.

— Quizá pueda recojer algun buen informe, voy á verlos, dijo Eduardo.

Dirigióse al piso principal y llamó á la puerta del gran comedor; abriéronle inmediatamente y entró.

— ¡La bolsa ó la vida! gritó una voz de estentor.

Eduardo avanzó un paso mas y sintió sobre su frente un objeto frio y duro, oyeronse como dos disparos y se encontró desde la cabeza hasta los piés inundado de Champaña.

— ¡La bolsa ó la vida! gritaron varias voces al mismo tiempo, y una docena de convidados de aquel nocturno festin destaparon cada uno á su turno una botella de Montebello sobre Eduardo.

Semejante cambio de ideas y de situacion aturdieron un momento á Eduardo, pero reponiéndose en seguida dijo :

— ¡Bravo, señores! ¡viva la alegría, la fortuna que la dá y el oro de la California que da la fortuna! Yo venia para hablaros de negocios, pero veo que el momento no es oportuno.

— ¡Un vaso de Champaña para el señor! dijo una voz.

— ¡Viva el recien llegado! gritó otro.

Un jóven de unos veinticinco años colocó sobre un plato delante de Eduardo un saquito de oro en polvo y sacudió sus bolsillos para hacer resonar las onzas de oro que contenian, destapó una botella y llenó un gran vaso que habian traido.

Eduardo bebió á la salud de los convidados y pidió permiso para retirarse. Segun la consigna nadie podia salir hasta concluido el festin, pero en aquel momento entró un mozo llevando provisiones y Eduardo pudo salir sin dificultad y se dirigió á su cuarto; cambió sus vestidos, cerró un baul y un saco de noche; ató á su cintura una cartuchera llena de cartuchos, tomó un revolver y una enorme navaja, tomó tambien una especie de machete bayoneta que podia colocarse perfectamente en la boca del cañon de su escopeta, escondió en uno de sus bolsillos una enorme macana y se dispuso á partir.

En aquel momento entró Ferrier.

— Un hombre desea veros y hablaros, dijo á Eduardo.

— ¿Qué quiere?

— No sé, solo me ha dicho que desea hablaros y que está de prisa pues debe partir esta mañana.

— ¡Que entre!

Presentóse un hombre de pobre apariencia, pequeño, seco y de mala catadura, con el sombrero echado sobre la oreja, anchas patillas, las piernas arqueadas como un viejo jockey, llevando la levita menos bien que si hubiera sido una blusa.

— ¿A quién tengo el honor de hablar? dijo Eduardo.

— A Garcí, dijo el desconocido con un acento que sentia el marsellés á cien leguas.

— ¿Garcí? repitió Eduardo haciendo un gesto de ignorancia.

— ¿Vos no conoceis á Garcí? dijo el desconocido; sin duda acabais de llegar; yo os aseguro que antes de dos dias no conocereis á otra cosa mas que á mí.

— Es muy posible, pero por el momento...

— Pues bien, yo soy Garcí, Garcí el marsellés, esto es, un poder, y aquí no se hace nada sin mí. Háseme dicho que vos partís, yo parto tambien, y como podeis tener necesidad de mí, vengo á ofreceros mis pequeños servicios. ¿A dónde vais?

— A las orillas del San Joaquin.

— ¿Sin duda al campo francés?

— Primeramente al campo inglés, donde deseo ver á una persona.

— ¿A quién?

— Al señor Blantburn.

— Le conozco; es un americano arruinado que trabaja como un negro. ¿Y luego?

— Luego al campo francés.

— ¿Para qué?

— Para mis negocios.

— ¿Qué negocios?

— Vender un cargamento.

— ¿Y qué pensais ganar con él?

— De sesenta á ochenta mil pesos.

— ¡Ochenta, cien mil pesos! ¡una miseria que yo gasto

todos los meses! dijo Garcí. Yo vengo á proponeros un negocio mejor: sesenta millones de francos en una noche. Yo sé que vos sois un mozo resuelto, pues yo tengo mi policía y uno de mis agentes ha sido marinero y ha viajado á bordo de la *María Amelia*, al cual he oido contar de cierto viaje que vos hicísteis á la costa. En fin, eso es una historia. ¿Quereis hacer fortuna?

— Sí, esplicaos.

— Pues bien, yo os propongo este negocio y hacemos fortuna; si no quereis, callaos, ú os hago despedazar por mi gente.

— Os prevengo que estoy de prisa y no tengo tiempo que perder. Fuera amenazas, ó de lo contrario principiaré por donde vos quereis concluir, dijo Eduardo con impaciencia tomando su revolver.

— ¡Hola, hola! jóven, dijo Garcí, mal carácter, buena señal. ¿Vos estais dispuesto á levantarle la tapa de los sesos al primero que se os presente delante? Vos hareis fortuna en América, vos sois el hombre que necesito; pero respetad á Garcí.

— Yo respeto á quien me da la gana, dijo Eduardo, y lo que quiero es que concluyais pronto.

— Dos palabras, dijo Garcí: yo tengo á mis órdenes una banda de ochocientos mozos escapados de presidio, presidiarios licenciados y marineros desertores, disciplinados como un regimiento austriaco, valientes y tan buenos piratas por mar como bandidos por tierra. En el cuartel del regimiento de New-York hay sesenta millones de francos procedentes de los derechos de aduanas, impuestos sobre la salida del oro y no sé qué otros robos de la legalidad americana; sesenta millones, ¿entendeis? sesenta millones de francos, esto es, tres millones de renta, millon y medio para cada uno de nosotros.

Garcí hizo una pausa para ver el efecto que producian sus palabras sobre Eduardo.

— ¿Y qué? dijo este.

— Segun me han dicho, vos conoceis mucho al cónsul.

— ¿Qué cónsul?

— Al cónsul francés.

— Sí.

— ¿Vos teneis un buque á vuestras órdenes?

— Sí.

— Ahora bien, si vos me dais vuestros papeles en regla y vuestro buque, yo os entrego antes que sea de dia, en el muelle y al subir en la lancha que me ha de conducir á bordo, treinta millones en oro.

— ¿Por el buque?

— Por el buque; yo os compro el casco del *Castor*, hé aquí todo.

— Es pagar demasiado caro, y no vendo.

— ¿Pero, imbécil, vos no comprendeis?...

— Pero, canalla, si vos no os esplicais.

— Se necesita ser bien torpe. ¿No comprendeis que quiero dar un golpe de mano? Yo tengo espías dentro de la plaza, jóven ignorante, pego fuego al cuartel y hago pedazos á los que resistan, y hago un pastel mónstruo de todo el regimiento, comprendido su jefe. En medio del incendio y de la matanza me apodero de los sesenta millones y me dirijo al muelle, á donde vos me esperais, y os doy treinta ó nos embarcamos juntos y partiremos durante el viaje, si quereis venir, poniendo de este modo en circulacion el robo legal de esa gentuza. ¿Qué os parece mi plan?

— Me parece, dijo Eduardo, que sois un miserable.

— ¡Un miserable! esclamó Garcí echando mano á su cuchillo.

— ¡Un gran miserable, un bandido! repitió Eduardo empuñando su macana.

— ¡Cómo! esclamó Garci, ¡un mequetrefe como tú me insulta, tú que tanto has robado en Panamá!

— ¡Robado! dijo Eduardo; espera un poco y te daré una muestra de mis puños; de este modo aprenderás que para mí necesitas una bala.

— ¿Vos? dijo Garcí.

Y lanzándose con increible velocidad sobre Eduardo, sin darle tiempo para esquivarse, le cogió por el cuello. Eduardo sintió faltarle la respiracion y se creyó perdido, y haciendo un esfuerzo desesperado dió un puñetazo sobre el pecho del bandido, que le soltó y fué á rodar por el suelo; levantóse precipitadamente, fué á la puerta, la cerró, puso la llave en su cintura, y volviéndose á Eduardo le dijo:

— Yo te aseguro que voy á hacerte pasar el gusto de comer pan.

Bajóse al suelo, recogió el cuchillo que se le habia caido y lo envainó; luego se lanzó sobre Eduardo con los puños cerrados; este se echó á un lado, esquivando la impetuosidad de su adversario.

— ¿Con que quieres saber cuál de los dos es el mas fuerte y dejas tú cuchillo? dijo Eduardo; pues bien, yo dejo tambien mi revolver hasta nueva órden.

Y depositó el arma sobre una mesa colocada detrás de él.

Garcí se precipitó para apoderarse de él; pero Eduardo se echó sobre el bandido y le arrojó por el suelo, cogiéndole á su turno por el cuello con tal fuerza, que falto de respiracion Garcí se debatia convulsivamente, con el rostro encendido y la lengua fuera de la boca. Eduardo tomó el cuchillo de su cintura con la mano izquierda, y Garcí quiso aprovecharse de aquel movimiento para desasirse.

— ¡Una mano basta! dijo Eduardo, manteniéndole contra el suelo.

Y tomando el cuchillo aproximó su punta á la garganta del bandido; este hizo una mueca horrible y cesó toda resistencia. Eduardo lanzó el cuchillo sobre la mesa en que estaba el revolver, cogió á Garcí por el cuello y el estómago

levantándole á plomo y le echó contra la pared. Luego, soltándole, le dijo :

— Trata de acercarte si puedes á esa mesa, aquí hay buenas armas, ya que la fuerza no te basta.

Y tomándole por el brazo, se lo apretó progresivamente, añadiendo :

— Acércate y te lo rompo por el medio.

Garcí dobló las rodillas como un hombre que sufre.

— Soltadme, dijo, me haceis daño.

Eduardo le soltó y se puso ante él.

— Toma la llave.

Garcí sacó la llave de su cinto.

— Levántate.

Garcí se puso en pié.

— Abre la puerta.

Garcí obedeció.

— Ahora véte si quieres.

Garcí miró á Eduardo con estupidez, sin cólera, sin rencor, sin reconocimiento, cual un hombre que no comprende nada; volvió la espalda y salió lentamente y con la cabeza inclinada. Al verle salir á aquella hora tan avanzada, se le hubiera podido tomar por un sonámbulo.

Eduardo tomó el cuchillo de Garcí, abrió el saco de noche y lo guardó diciendo :

— Hé aquí un recuerdo de viaje.

Y tomando el saco de noche bajó al piso bajo, donde encontró á Ferrier, que estaba pagando la cuenta al fondista, y á Garcí, que examinaba los bagajes, en los cuales se leia : *Cárlos Ardou y Compañía.*

— ¿Cómo vamos, señor Garcí? dijo Eduardo poniéndole la mano sobre el hombro.

Garcí dió un salto de miedo, volvió la cabeza y contempló á Eduardo por espacio de algunos segundos; luego dijo con viveza :

— Dadme vuestra mano, y si alguna vez me necesitais, contad conmigo.

Eduardo le dió la mano sonriendo.

— ¿Y cuándo partís?

— Esta mañana os alcanzaré y os pasaré delante.

— Hasta la vista pues.

— ¿Qué queria ese hombre? preguntó Ferrier cuando Garcí hubo desaparecido.

— Nada bueno, respondió Eduardo, apenas si le he escuchado, y siento que haya venido, pues me ha hecho perder un tiempo precioso.

— ¡Tanto perderemos en ese maldito pais que vamos á atravesar! dijo Ferrier.

— Es verdad, respondió Eduardo. ¿Habeis tomado algunos informes sobre el personal y el camino que vamos á recorrer?

— Nuestros guias son escelentes, y esto es lo principal; el camino, si camino puede llamarse á eso, es abominable, pues hay que vadear ó pasar á nado doce ó quince riachuelos cada dia; algunas bandas recorren el país, mandadas por un bandido llamado Garcí, el cual es el terror del país. Dícese que su banda se compone de tres mil hombres.

— Ochocientos solamente, dijo Eduardo.

— Ochocientos demonios ante los cuales tiemblan los campamentos francés y americano, el regimiento de New-York y todo el país.

Eduardo Mercier y su secretario se dirigieron hácia el muelle, donde estaba anclado el *Castor*, hicieron embarcar el equipaje y se hicieron á la vela, llegando á la embocadura del Sacramento y del San Joaquin á la una de la tarde. Acampados en la playa estaban los indios que debian acompañarlos.

Concluido el desembarque de las mercancías, y cuando los carros estuvieron cargados, todo el mundo se puso marcha.

Eduardo y Ferrier marchaban juntos y la conversacion recayó otra vez sobre la banda de Garcí, con la que podian encontrarse á cada momento.

— ¿Con que decís que Garcí es el Atila de estos paises? dijo Eduardo.

— Eso dicen.

— ¿Y no hay justicia ni represion para tales bandidos?

— ¡Justicia! ¡represion! esas palabras aquí no se conocen.

— Yo os prometo que antes de salir de San Francisco haré ahorcar á todos esos bandidos.

— Hablad bajo, don Eduardo, pues podrian oiros y repetir vuestras palabras á Garcí, el cual podria oponer sérios obstáculos á nuestro regreso.

— Teneis razon, señor Ferrier, lo mejor será callar y obrar cuando llegue la hora.

La caravana llegó al bosque, atravesaron un llano, tomaron el camino á la izquierda y vadearon el primer riachuelo. Los carros tardaron mas tiempo para pasar; concluida esta operacion volvieron á ponerse en marcha yendo al frente Eduardo con un guia, siguiendo las orillas del San Joaquin el cual debian recorrer por espacio de quince dias antes de llegar á los *placers* y otros quince para volver á San Francisco, esto es si los torrentes, las privaciones, las enfermedades y los bandidos se lo permitian.

X

Un escesivo calor obligó á la caravana á desviarse del camino recto y á seguir unas veces las orillas del San Joaquin, otras á internarse en la espesura de los bosques para garantizarse de los ardientes rayos del sol. Habianse atravesado ya algunos riachuelos y hácia la mitad de la tarde llegaron cerca de un torrente profundo y peligroso.

—Cuando hayamos pasado este torrente, dijo el guia jefe de la espedicion, comeremos y descansaremos dos horas.

—Está bien, contestó Eduardo.

Las márgenes del torrente formaban una rápida pendiente por la cual habian de resbalar los carros con mucha precaucion, los indios montaron en ellos y en las mulas, menos unos cuantos que debian pasar sobre sus hombros los bagajes y las cajas marcadas con una cruz para que no se mojaran.

—Vamos á encontrar con quien viajar, dijo uno de los indios que iban cerca de Eduardo, aun hemos alcanzado al convoy del negociante aleman y es estraño pues ellos salieron un dia antes que nosotros.

— ¿Qué negociante? preguntó Eduardo.

— Un aleman que lleva una pacotilla de unos cincuenta mil pesos para venderla en el campamento americano.

— Tanto mejor, respondió Eduardo, venderemos juntos.

— Ya lo creo, añadió el indio, vos ganareis con su retardo al menos diez mil pesos mas.

Y el indio principió á llamar para que les ayudaran á sacar los carros del torrente en la orilla opuesta, sin que nadie le respondiera.

— Nadie responde, dijo el indio, sin duda duermen ó han bebido demasiado.

El jefe de la espedicion, indio grande y robusto, se volvió á la orilla del torrente y principió á ordenar la maniobra con voz ronca y enérgica, pareciendo, en los momentos en que estaba silencioso é inmóvil con la vista fija y el brazo estendido, una estátua ecuestre de bronce colocada en aquel sitio para indicar el paso del torrente ó el camino de la fortuna.

El guía á pié colocado á sus órdenes se deslizó por la rápida y húmeda pendiente entrando en el torrente hasta que el agua le llegó á la cintura, y con un baston sondeó el terreno prudentemente evitando las rocas y los hoyos; hizo un signo y la columna se puso en movimiento. Un indio entró en el torrente con un fardo sobre la cabeza, otro le seguia observando una distancia de cinco pasos, luego otro y así sucesivamente toda la columna continuó silenciosamente siguiendo los pasos del guía á pié,

Uno de los indios que llevaba el equipaje de Eduardo tropezó en lo alto del márgen y cayó rodando en el torrente con el baul.

— ¡Alto! gritó el jefe á caballo.

Todo el mundo se paró.

— ¡Salvad el baul y á quien lo lleva! dijo el jefe señalando á dos negros.

Los dos indios designados se precipitaron en el torrente; uno de ellos reapareció inmediatamente á la superficie del agua con el baul; el otro tardó mas tiempo y por último vióse salir un cuerpo inanimado; era el del indio que al caer habia dado con la cabeza contra una roca y se habia desmayado, luego se vió salir el brazo que lo sostenia y despues medio cuerpo del que acababa de salvar á su compañero que hubiera muerto infaliblemeute sin su pronto socorro.

—Muy bien, dijo el guía á caballo.

Y llamó á los dos negros quienes se le acercaron con respeto haciendo una genuflexion; el guía sacó una especie de rosario compuesto de frutas encarnadas, tomó dos de ellas y dió una á cada hombre.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó Eduardo.

—Eso quiere decir, respondió el guía, que hoy han ganado doble jornal.

—Deberian haber ganado cuádruple.

—No, dijo el guía con firmeza, yo hago bien y vos hariais mal; nosotros recompensamos el trabajo, el valor y la obediencia con órden y regularidad; vos introduciriais las exigencias, los abusos y el desórden.

Y sin cuidarse del efecto que podrian causar sus palabras continuó dando instrucciones á su gente.

El paso continuó.

Al negro herido le frotaron las sienes y la nuca con aguardiente, se le vendó la cabeza y lo colocaron en un carro.

—Preguntadle si sufre y si puede continuar á pié, dijo el jefe á una negra que lo seguia.

La negra se acercó al carro y volvió en seguida con el rostro consternado diciendo:

—Me ha dicho que no.

—Mal presagio, dijo el jefe, van á sucedernos tres desgracias.

— ¿Cómo? dijo Eduardo con curiosidad.

— Digo que esta es la primer desgracia y como siempre suceden tres aun nos faltan dos, respondió el jefe.

Eduardo volvió la cabeza para reir á sus anchas; el jefe indio lo miró con desden, se encogió de hombros y levantó los ojos al cielo con melancolía.

En aquel momento se oyó un grito horrible, el jefe se volvió con viveza y en cuyo rostro se veia pintado el terror.

— Disparad contra el torrente, gritó con voz formidable á los indios que formaban la retaguardia.

Al oir la voz de su jefe doce hombres volaron á la orilla del torrente y descargaron sus armas.

— ¿Qué sucede? preguntó Eduardo.

— El guía ha sido arrastrado por un tiburon, dijo el jefe indio levantándose sobre sus estribos de madera y mirando con la mayor ansiedad.

— ¿Un tiburon en el rio? dijo Eduardo.

— Es la segunda vez que veo semejante fenómeno y en este mismo sitio, respondió el jefe.

El guía reapareció á la superficie del agua dando vueltas sobre sí mismo y enrojeciendo con su sangre el agua del torrente.

— ¡Está herido! gritó el jefe, ¡al agua Machdé, al agua!

El individuo que así se llamaba se echó á nado.

— ¡Cargad vuestras escopetas!

Los negros obedecieron.

El jefe observaba el agua con terror, de repente dió un golpe sobre la cabeza de su caballo y gritó con desesperacion.

— ¡Cargad, cargad, daos prisa!

— ¿Qué sucede? dijo Eduardo, mi carabina y mi revolver están cargados.

— ¡Tirad, tirad, el tiburon vuelve atraido por la sangre y nuestros dos hombres están perdidos!

Eduardo hizo varios disparos. El guía herido continuaba rodando, agitándose convulsivamente y tropezando contra las piedras punteagudas de que estaba erizado el torrente y contra las cuales quedaban pegados pedazos de sus carnes, causándole una agonía infernal; dió un grito y á pesar de los esfuerzos supremos que hacia Machdé para alcanzarle desapareció.

— ¡Dios mio! esclamó el jefe, el tiburon vuelve, ¡tirad, tirad!

Eduardo disparó los dos cañones de su carabina.

— ¡Maldicion!

El negro Machdé acababa de desaparecer.

Eduardo quiso continuar disparando, pero el jefe negro le dijo:

— Basta, basta, todo cuanto podais hacer es inútil, guardad vuestras balas que quizá os servirán.

Y recobrando su calma y sangre fria, levantó los brazos quedando un momento en contemplacion, luego colocó su mano derecha sobre la cabeza de la negra, estendió la izquierda hácia donde habian desaparecido y una lágrima rodó por sus mejillas, inclinó su cabeza sobre el pecho, sus cabellos cayeron sobre su frente y quedó inmóvil. Pocos momentos despues levantó la cabeza, hizo un gesto, dió una órden á uno de sus hombres armados quien volvió su escopeta en un uno de los carros y fué á ponerse á la cabeza de la columna.

— ¡Adelante! gritó el jefe.

La columna se puso en marcha silenciosamente.

— Teniais razon, dijo Eduardo aproximándose al jefe indio, hé aquí tres desgracias.

— ¿Cuáles?

— El hombre herido y los dos que acaban de perecer.

— Os equivocais, el hombre herido es una desgracia, los dos hombres perdidos es otra y aun nos falta la tercera.

— Sin embargo...

— Sin embargo, repuso el jefe indio interrumpiéndole, eso es como yo os digo.

El jefe indio pronunció estas últimas palabras con tanta majestad y conviccion, que Eduardo le miró profundamente impresionado.

El jefe dió órden á dos indios para que recorrieran á pié ó á nado los dos flancos de la columna, dando golpes con sus bastones y gritando, mientras que los que formaban la retaguardia disparaban dos carabinas á cada minuto con el fin de impedir la vuelta del tiburon.

El nuevo guia, que marchaba al frente de la columna, llegó á la orilla opuesta, é inmediatamente principió á dar las órdenes necesarias para acelerar el paso del torrente; volvióse é hizo un movimiento como para abandonar su puesto y marchar adelante; pero la consigna, las costumbres y las reglas establecidas no se lo permitian quizá, tomó un cuerno que llevaba sujeto á la cintura, y lanzó un sonido prolongado é interrumpido dos veces con su mano.

El jefe volvió la cabeza hácia Eduardo y le dijo :

— ¡ Que os habia yo dicho !

Y tomando su cuerno respondió.

Pudóse entonces ver á dos hombres echar á correr é internarse en un bosque que principiaba á unos cien pasos del torrente, y desaparecer. Pocos momentos despues volvieron á salir llevando un hombre, que depositaron en tierra, y volvieron á partir, reapareciendo con otro hombre, y así sucesivamente hasta siete, todos indios, y por fin un blanco completamente desnudo y lleno de sangre y de heridas. La porcion de la columna que habia llegado á la orilla opuesta se apresuró á prodigar sus socorros, rodearon á los heridos y estendieron sus mantas al pié de un gran árbol, colocando en ellas á los siete negros y al hombre blanco.

— Hé aquí la tercera, dijo Eduardo al jefe con cierta in-

quietud y como impresionado por la fatalidad que parecia perseguir su viaje, ó por un sentimiento de supersticion al encontrarse ante el presagio del indio y la realidad.

—No, respondió el jefe, te equivocas aun; yo creia que efectivamente la tercer desgracia nos sucedia, pero me he equivocado; esa pertenece á la otra caravana que ha sido robada y asesinada; estad tranquilo y esperad con paciencia y resignacion; cuanto mas pronto llegue menos grande será; pasa ahora tú, tu turno ha llegado.

Eduardo, el valiente aventurero, el cazador de tigres, el que habia sentido el contacto frio de los tiburones, tembló, y cuando oyó decir *Tu turno ha llegado* palideció horriblemente y vaciló.

—¿Tienes miedo? dijo el indio. Habíanme dicho que los blancos tenian un sentimiento que les hacia hacer cuanto hace el indio, un sentimiento que nosotros no necesitamos, porque el miedo nos es desconocido.

—¿Cuál? preguntó Eduardo, cuyas mejillas se coloraron.

—*El amor propio.*

Eduardo sonrió, clavó sus espuelas en los hijares del caballo, y en vez de seguir al carro que marchaba delante, tomó la derecha; la corriente le arrojó contra la rueda del carruaje, sintió un agudo dolor, descompusiéronse sus facciones y llevó la mano á la rodilla.

—¡Que os habia yo dicho! gritó el jefe lanzando una blasfemia ¡loco, el valor es la calma!

Y sonó su cuerno.

Eduardo picó de nuevo á su caballo, que fué á dar contra una roca y desapareció, pudiendo tomar pié un poco mas lejos sin que llegara á perder los estribos, y castigando con frenesí al caballo con el látigo; el noble animal luchaba contra la corriente y corria peligro de estrellarse contra una roca ó sumergirse en un hoyo.

El jefe sonó por segunda vez su cuerno con violencia

viendo que no habia sido obedecido. Un indio se lanzó sobre el caballo, pero Eduardo le hizo retroceder cruzándole el rostro de un latigazo. El jefe sonó por tercera vez su cuerno, tomó una escopeta que pendia del arzon de su silla y apuntó friamente al indio. Este, al oir la nueva órden de su jefe, sujetó al caballo con una mano y con la otra tomó el brazo de Eduardo, que tuvo que pararse temblando de cólera. La columna se puso en marcha, y Eduardo tuvo que esperar á que le llegara el turno y obedecer al jefe indio lo mismo que todo el mundo.

Por fin el último carro penetró en el torrente, seguido de los negros á pié y armados que formaban la retaguardia. El jefe contempló la caravana hasta que el último hombre hubo llegado á la orilla opuesta, y solo entonces se bajó, tomó sin el menor esfuerzo aparente y con una sola mano á la jóven india que marchaba á su lado, levantóla y la colocó delante de sí sobre el caballo, sujetándola con la mano izquierda, y con la derecha empuñó su machete, y lentamente, con calma é indiferencia, pasó el torrente solo, mirando con atencion sus límpidas aguas.

Cuando llegó á la orilla opuesta, consideró friamente á Eduardo que abria su maleta, buscando en vano ropas secas para cambiar las mojadas que llevaba.

— Cambiad pronto vuestros vestidos, dijo el jefe á Eduardo; los blancos, que viven cubiertos, son delicados y la humedad los mata.

— Tuya es la culpa, dijo.

— No, tuya.

— ¿Cómo?

— Sí, tuya, tuya, porque has tenido miedo, tuya porque no se repara una debilidad con una imprudencia, tuya porque el valor no es la cólera, aprende, pues aun eres jóven.

Eduardo contempló al indio un momento; luego, dándole un golpecito en el hombro, le tendió la mano.

— Gracias, le dijo.

— ¡Gracias! ¿por qué?

— Porque tienes razon y me has dado una leccion.

El indio pareció no comprender lo que queria decir.

— Y porque es un mérito tener razon, añadió Eduardo.

— Tener razon, dijo el indio, es decir la verdad, y decir la verdad no es un mérito.

— Pero en fin, gracias por la leccion que me has dado, yo me aprovecharé de ella.

— He hecho por tí lo que hubiera hecho por mi hijo, dijo el indio, y mi hijo no me da las gracias; perdona mas bien á los que te han dejado llegar á ser hombre sin educarte mejor cuando eras niño; hoy ni ellos ni yo podemos hacer nada, es demasiado tarde para cambiar tu carácter.

Eduardo quiso hablar, pero no supo qué responder á la terrible y natural lógica de su interlocutor.

El jefe indio dió órden á su gente para hacer alto é hizo cuidar á los enfermos, mientras que otros desensillaban los caballos y encendian fuego para preparar la comida. Los caballos, las mulas y los bueyes fueron atados dos á dos y dejados en libertad para que pastaran por la orilla del torrente. El jefe indio se acercó á los heridos para interrogarles. Mientras les hablaba, la jóven abrió un saco de piel de ciervo, dentro del cual llevaba su botiquin, compuesto de bálsamos y otros licores que ella misma fabricaba. La negra vendaba las heridas y administraba un cordial azul, verde ó encarnado, segun la gravedad del mal ó el desfallecimiento del enfermo.

Eduardo se aproximó al jóven blanco y le interrogó á su vez.

— Garcí, Garcí, respondió el herido, ese infame es quien me ha asesinado ¡por qué no me ha concluido de matar! Eso hubiera valido mas que dejarme sin recursos y haberme robado el fruto de dos años de trabajos y privaciones.

— ¡Cómo! ¿Garcí? dijo Eduardo; eso es imposible, yo le ví ayer y le dejé en San Francisco.

— ¿Vos habeis visto á Garcí?

— Y os aseguro que le dejé en San Francisco.

— Mis indios han reconocido los hombres de su banda.

— ¿Podriais reconocerle? preguntó Eduardo.

— No, y pocos son los que le conocen, pues él se esconde, se disfraza, vive en los bosques, asesina y roba á las caravanas, y vende en los campos inglés y francés el fruto de sus rapiñas. De cuando en cuando aparece en San Francisco; háblase de repente de las locuras de un príncipe ruso que acaba de llegar, ese príncipe no es otro que Garcí; de un lord inglés, Garcí aun; de un enriquecido en las minas, es Garcí que viene á gastar en orgías sumas inmensas.

— ¿Y no hay ningun medio de represion contra ese bandido?

— Aun no, mas tarde puede ser, pues no es posible que dure mucho tiempo este estado de cosas.

— Trataremos de remediar tantos males. ¿Cuándo habeis sido atacados?

— Ayer por la mañana.

— ¿Y desde entonces estais aquí?

— Sí, y en el estado en que nos habeis encontrado, con cuatro cadáveres ante nosotros, devorados por los insectos noche y dia; el mas horrible suplicio que puede aplicarse á un hombre. Un amigo que me acompañaba ha muerto esta noche, y en este momento un indio se muere. Uno de nuestros hombres fué atado á un árbol un poco mas lejos, y ha sido devorado por un jaguar ó un puma; nosotros hemos oido sus gritos de agonía sin poderle llevar ningun socorro.

— ¡Cómo! ¿atados? Hablad, hablad, eso me servirá á mi vuelta á San Francisco.

— La banda de Garcí nos atacó ayer mañana, y durante el combate perdió dos hombres; nosotros hemos perdido

cuatro, y cinco ó seis han podido escaparse; ocho indios, mi amigo y yo quisimos resistir y hemos sido despojados de nuestros vestidos y atados á los árboles.

— ¿Y son nuestros hombres quienes han cortado vuestras ligaduras?

— Sí, y si hubieran tardado un poco mas, todos hubiéramos perecido en medio de los mayores tormentos. Un indio ha sido devorado, como ya os he dicho, serian como las once de la noche; á las tres murió mi amigo, y héme solo con los siete desgraciados que no han querido abandonarme. Nuestro guia en jefe se ha conducido como un héroe, y él es quien se muere en este momento.

— ¿Y vuestras mercancías?

— Los bandidos se han llevado dos carros y las mulas cargadas; el carro que queda lo han vaciado y llevado los géneros sobre sus caballos: ellos llaman á eso su parte, pues segun parece Garcí da á cada uno lo que puede llevar con su caballo y guarda el resto; han matado un buey y lo han comido casi crudo; luego se han llevado otro para comerlo por la noche, y nos han dejado un carro y dos bueyes que podrán serviros.

— Quizá aun llegaremos á tiempo para impedirles la venta de una parte del botin.

— Imposible, respondió el jóven aleman, estoy completamente arruinado; ellos eran cincuenta, y hay al menos trescientos en el campo americano, otros tantos en el francés y dos ó trescientos en San Francisco; y á una señal de su jefe se reunirán y son capaces de incendiar San Francisco si les pasa por la cabeza.

— ¿Es decir que no hay la menor seguridad?

— No.

— ¿Y los campos americano y francés no se levantarian en masa para aniquilar á esos canallas?

— ¡Jamás! se conoce que sois recien llegado; los cam-

pos americano y francés se guardarán muy bien de hacer tal cosa, lo que quieren es recojer oro y marcharse luego á sus paises, pagando una fuerte suma á Garcí para que los deje irse en paz.

—Pues bien, nos veremos, dijo Eduardo; yo tambien quiero ser jefe de banda y oponer la mia á la de Garcí y si quereis servirme principio recrutándoos á vos; yo os daré un interés en todos los negocios que haga en California y por el momento vos me ayudareis á dos cosas; á vender bien mi cargamento y á crear una asociacion de gente honrada y valiente para ahorcar en San Francisco en un momento dado á Garcí y su partida; ¿puedo contar con vos?

—Sí; pero en fin, ¿á quién tengo el honor de hablar?

—Yo me llamo Mercier, para serviros.

—¿Y venis á buscar fortuna aquí?

—Deseo conocer la California.

—¿Conoceis el comercio?

—Un poco.

—Y puedo ayudaros á menos que vayais á trabajar á las minas.

—Aunque fuera, ¿qué importa?

—En ese caso os dejaria ir solo, pues yo he trabajado en ellas durante un año, y las minas no son buenas mas que en teoría para la Europa y en práctica para el país. Los que trabajan no hacen mas que vivir ó poco menos, pues los gastos son enormes. Yo he sacado por término medio una onza de oro en polvo por dia trabajando peor que un esclavo; solo una vez he encontrado una pepita, esto es, uno de esos lingotes que se encuentran al pié de las rocas donde se hallan escondidos hace siglos por su propio peso y se necesita trabajar dias enteros para obtenerlas, y aun si se obtienen, pues su misma rareza hace que se renuncie á ellas; generalmente se prefiere lavar la arena y recojer una cantidad menos grande de polvo, esto cuesta menos trabajo

y da mas provecho. Dejad las minas, eso es un engaña-tontos, su descubrimiento es buen para el país; el trabajo de todos arroja una gran cantidad de oro en América y Europa y aprovecha á las masas; el resultado es magnífico para América, nulo individualmente.

—Pero en fin, dijo Eduardo, eso comienza ahora y ya varias personas han realizado inmensas fortunas.

—Comerciando sí, trabajando en las minas es imposible; solo un individuo ha encontrado una pepita de cuarenta mil pesos, otro una de doce, y una compañía ha recogido en un mes cien mil pesos de oro en polvo. Hé aquí los tres únicos grandes negocios que han *arrojado*, se puede decir así, el polvo á los ojos de toda Europa que viene aquí á perder todas sus ilusiones.

Sin embargo, buscando la causa de las cosas y el orígen de estas riquezas, puede que se adelante algo; el hombre pensador puede aplicar sus facultades á los trabajos mas materiales; el pensador gana por todas partes, gana aun en el juego y se rie del azar y del imposible; el pensador estoy convencido que puede hacer grandes descubrimientos en esas minas que principian á abandonar; por que, en fin, decidme, ¿cómo creeis vos, que habeis trabajado en ellas un año, que se han formado esas capas de polvo y esas pepitas de oro?

—Como vos, respondió el jóven aleman, he querido pensar y estudiar y me puse al frente de dos empresas en las que no se ha perdido, porque en las minas no se pierde, y como os he dicho, solo se vive. Un obrero podrá hacer fortuna, convengo en ello, pero las privaciones y el trabajo que él podrá soportar nosotros no podriamos, y aunque pudiéramos, lo que es una fortuna para él, para vivir en su aldea despues de cuatro, cinco ó seis años de fatigas, de sufrimientos y de peligros, no lo será para nosotros. Creedme, renunciad á las minas que solo son buenas para el indio, por ejemplo; sí, el

indio sin su pereza acumularia sumas enormes: primeramente porque el indio vive en estado salvaje, al aire libre y se alimenta con frutas; y segundo que el indio sabe á donde está el oro, ó al menos lo adivina mejor que nosotros, el hecho es que sabe encontrarlo. Si le ofreceis una botella de aguardiente parte al campo y vuelve con oro; desgraciadamente cuando ha bebido ya no trabaja en unos cuantos dias y no vuelve á las minas hasta que le impulsa la pasion de la bebida.

—¿Y qué esfuerzos habeis hecho? ¿Habeis agotado todos los medios?

—Creo que sí, respondió el jóven aleman; vos pareceis desear conocer el terreno que vais á esplotar; pues bien, voy á satisfaceros refiriéndoos en pocas palabras hasta dónde han llegado mi trabajo y mis empresas. Llegué á las minas al principio del furor de la emigracion europea atraida por el descubrimiento: estudié un mes y ví que el oro se encontraba, en polvo ó en lingotes, acumulado principalmente al pié de las rocas y sobre todo en direccion á la corriente del rio, lo cual me hizo creer que el oro fué arrastrado sobre estos terrenos por las grandes inundaciones y que se habia parado al pié de las rocas donde se hundió por su propio peso, ó quizá tambien por el agotamiento de algunas corrientes de agua que han desaparecido cuando el rio se ha formado su cauce actual. Yo he buscado al pié de las rocas y siempre en direccion á mis supuestas corrientes sin resultado, ó al menos sin grandes ventajas, pues los gastos enormes absorbian una parte considerable del beneficio. Para que os formeis una idea os citaré un ejemplo. La galleta valia y vale aun hoy, cuando se retardan los cargamentos que vienen de Europa, dos pesos la libra, de modo que un hombre que come al menos una libra y media gasta diariamente tres pesos solo con pan. Los demás víveres siguen la misma proporcion. Ya veis que de este modo es imposible

hacer fortuna, pues todo lo mas que se recoje por dia es una onza y la mayor parte se la lleva el negociante. Cesé de trabajar, y, como vos hoy, pensé ir á buscar el orígen del oro; estudié y esploré el fondo de los rios, empleé una parte de mis beneficios haciendo sondar, variar el curso de sus aguas y lavar la arena que contenia cierta cantidad de oro. Crei que efectivamente habia descubierto la verdadera mina y formé una compañía, la famosa compañía de los portazgos, de la cual habreis oido hablar sin duda. El primer portazgo que hicimos fué sobre el Estanislao, uno de los rios afluentes del San Joaquin á la altura en que se encuentra el campo americano, y obtuvimos muy poco; luego remontamos hasta un sitio que hoy se llama Sonora y allí no salimos muy mal, y estoy persuadido que remontando aun mas alto de Sonora se encontrará el verdadero orígen, la madre de las minas; pero para llegar allí se necesitan grandes esfuerzos. Por el momento no se hace nada, ó al menos poca cosa, y creedme, no perdais vuestro tiempo y vuestros mejores años en un trabajo inútil.

— Seguiré vuestros consejos, respondió Eduardo, por lo demás puedo disponer de muy poco tiempo y pocos capitales para hacer el esfuerzo supremo que podrian dar por resultado el gran descubrimiento. No pensemos ahora mas que en curar vuestras heridas y restablecer vuestras fuerzas, luego terminaremos la operacion que he principiado y estableceremos en California un órden de cosas que permita el desenvolvimiento de las relaciones comerciales con seguridad para los emigrantes y el progreso del país destruyendo los abusos, robos y anaquía que hoy reinan. Yo cuento con vos y vos podeis contar conmigo, y si mi empresa sale bien no os echaré en olvido. ¿Cómo os llamais?

— Wolfram.

— Pues bien, señor Wolfram, dijo Eduardo, os dejo para ir á descansar un poco; ya hablaremos durante el viaje, y

no desmayeis, pues vos aun sois bastante jóven para hacer dos veces vuestra fortuna.

—Teneis razon, respondió el aleman, pero hay acontecimientos que os hacen perder las esperanzas. ¡Cincuenta mil pesos en un solo dia! ¡Tres años de trabajo! ¡Cuando pienso que yo poseía un buen establecimiento acreditado en San Francisco!... ¡Todo se ha perdido!... Vos llevais un nombre de buen agüero, Mercier, eso quiere decir millones...

—¿De qué Mercier quereis hablar? preguntó Eduardo.

—De Mercier el banquero, Ardou y Mercier los opulentos de Panamá; hé aquí dos hombres que han sabido hacer sus negocios. A mi salida de San Francisco no se hablaba mas que de ellos, á propósito de un cargamento que se vendia con un beneficio de trescientos por ciento, yo les compré una partida de aguardiente. Dícese que el señor Ardou es una de las mas grandes inteligencias comerciales de nuestra época.

Eduardo sonrió y no pudo reprimir un movimiento de orgullo y de placer al mismo tiempo al oir su nombre y ver la reputacion de la casa que dirigia esparcida en poco tiempo por todo el Pacífico, teniendo un valor real y crédito hasta en las minas de California.

Eduardo Mercier creyó prudente callarse y dejar creer al jóven aleman que no era él, el jefe de la casa sobre la que se exageraba el poder, la buena fortuna y el capital, quien iba á probar fortuna á las minas, con el fin de pasar desconocido por en medio de las hordas de bandidos y asesinos que iba á encontrar en su camino, ó de gentes entre las cuales iba á vivir hasta su regreso á San Francisco.

—¿Le conoceis? preguntó Wolfram. ¿Sereis vos acaso uno de sus parientes?

—Sí, los conozco, respondió Eduardo, y podrán sernos de alguna utilidad.

—¡Ah! ¿vos teneis relaciones con la casa Ardou? dijo Wolfram mirando á Eduardo con el mayor interés.

—Sí, y ella os ayudará, ya que vos vais á ayudarme.

—Contad conmigo, dijo el jóven aleman incorporándose un poco y tendiendo la mano á Eduardo.

—Muy bien, restableceos pronto; creo podreis soportar bien el viaje, y cuando lleguemos al campo americano podreis reposar algunos dias.

Eduardo se dirigió al guía jefe de la espedicion y le recomendó al jóven Wolfram. El guía llamó á la negra que se encontraba cuidando á los enfermos y la interrogó.

—Un hermano acaba de morir, contestó la india, de los otros seis qué quedan uno morirá dentro de dos horas, otro á la noche y cuatro se salvarán.

—¿Y ese otro? preguntó Eduardo con inquietud señalando á Wolfram.

—Ese, dijo la negra, nunca ha estado en peligro, hace mucho tiempo que vive en nuestros bosques y es mas fuerte que nosotros, como todos los blancos que cambian su sangre.

El jefe indio dijo á Eduardo que era necesario se reposara un poco, pues debian partir dentro de dos horas para poder llegar antes de la noche al paso del torrente *de las Flores* y acampar en la pradera.

Eduardo y Ferrier abrieron dos cajas de conservas, destaparon dos botellas de Burdeos y comieron con gran apetito. Concluido este refrigerio se estendieron sobre la hamaca y se durmieron profundamente.

XI

El jefe llamó á cuatro indios armados, colocó uno al lado de Eduardo, otro á la orilla de un riachuelo que formaba ángulo con el torrente, otro por el lado del bosque y él último frente al sitio por donde habian vadeado el torrente, y luego fué á acostarse al centro del campamento. Pocos momentos despues toda la caravana dormia profundamente.

Despues de dos horas de descanso, el indio que estaba de centinela frente al torrente estaba sentado á su orilla con las manos cruzadas y la carabina á través de sus rodillas mirando fijamente las límpidas aguas; de repente levantó la cabeza, se apoyó contra una de sus manos y se puso á escuchar; pero como el ruido del torrente no so le permitia se puso en pié, colocó la carabina sobre su manta, se desnudó y se arrojó el agua.

Llegado que hubo á la orilla opuesta fijó su oido contra el suelo, levantóse de nuevo y volvió á pasar el torrente á nado, y sin detenerse para vestirse se dirigió hácia donde estaba acostado su jefe.

Apenas habia andado unos pasos cuando se volvió súbita-

mente, puso una mano sobre las cejas como para concentrar su vista y contempló un lentisco que se habia agitado á pesar de la calma que reinaba, tomó su carabina y fué precipitadamente á despertar á su jefe.

— ¡Mi amo, mi amo! dijo en voz baja al jefe.

— ¿Qué quieres? preguntó este dispertándose.

— Llegan gente y caballos.

— Sin duda alguien que va á las minas. ¿Están lejos del paso?

— A unos quinientos pasos.

— Déjalos venir.

— Cuidado, mi amo, los que vienen han hecho avanzar á uno de nuestros hermanos.

— Es decir, que no tienen confianza y quieren atacar. ¿Qué hace ese hombre, está aun cerca de nosotros?

— Un buey ha mugido y nuestro hermano ha vuelto atrás; en este momento debe haber llegado á donde están los caballeros.

El indio que estaba de centinela frente al bosque llegó en aquel momento sin aliento.

— ¿Qué hay? preguntó el guia con la misma sangre fria.

— Gente.

— ¿Qué gente?

— Las yerbas se han meneado, y uno de nuestros hermanos ha sido enviado para examinar ó para atacar.

— Está bien, dijo el jefe levantándose; ¿y qué mas?

— Nuestro hermano ha retrocedido, hay blancos.

— ¿Cuántos?

— La línea del bosque que se ha meneado y el lejano ruido anuncian doce ó quince blancos; nuestros hermanos se arrastran por el bosque como serpientes.

El jefe tomó el cuerno que habia dejado junto á su carabina é imitó el rugido del tigre. Eduardo se despertó sobresaltado, abrió su hamaca y vió á Ferrier que dormia profun-

damente; escuchó un momento y no oyó mas que el chirrido de un mochuelo; el silencio reinaba en torno suyo, dejó caer su cabeza, y á los pocos momentos volvió á dormir apaciblemente, sin haberse dado cuenta del estraño ruido que le habia despertado.

Los indios armados se habian levantado al oir el rugido del tigre, y cuando oyeron al mochuelo echaron mano á sus carabinas; doce hombres armados rodearon á su jefe, quien les dió una órden, é inmediatamente seis hombres fueron á colocarse á la entrada del bosque y seis al paso del torrente, quedando el jefe en medio del campo en pié, con la escopeta en una mano y el cuerno en la otra, y mirando alternativamente al bosque y al torrente.

Al cabo de un cuarto de hora un indio apareció en la orilla opuesta del torrente.

— ¿Qué traes? gritó uno de los hombres mandados por el jefe á guardar el paso del torrente.

— Paz y amistad, respondió el indio.

— Pasa.

El indio se echó al agua; detrás de él venia otro montado á caballo, que sin duda era el guia de la caravana que se aproximaba, pues hizo alto á la orilla del torrente y principió á dar órdenes; luego apareció un hombre de pequeña estatura, con grandes patillas negras que le caian sobre una levita de tela cruda, un sombrerito de la misma tela con un volante que caia sobre la frente y los hombros, de modo que entre esto y los anteojos azules que llevaba era imposible distinguir sus facciones, calzado con unos zapatos de cuero amarillo y polainas del mismo color, armado con una carabina, dos revolvers y un puñal; de su pecho pendia un silbato de plata: detrás de él venian otros viajeros que parecian tambien ingleses ó al menos norte-americanos, montados en buenos caballos. Todos ellos pasaron el torrente sin el menor accidente.

El jefe indio del campo de Eduardo se presentó al hombre pequeño que parecia el jefe de todos.

— ¿Quién eres tú? preguntó el jefe indio.

— ¡Yanke! respondió el hombre pequeño con un acento inglés muy pronunciado.

— ¿A dónde vas?

— Al campo americano; ¿y vos?

— Nosotros tambien, respondió el jefe. ¿Quieres descansar? Nosotros partimos dentro de una hora.

— No, pues tengo prisa y quiero hacer alto en el bosque del *Tigre*.

— Pasas el torrente de las *Flores* y las *Praderas* hoy?

— Sí, ¿y vos?

— Nosotros haremos alto en las *Praderas*.

— En ese caso vos llegareis un dia despues que nosotros.

— Sí. ¿Quieres tomar algo?

— No, gracias, estoy de prisa, respondió el yanké.

— Parte pues, dijo el jefe indio.

Y volviéndole la espalda se fué al centro del campo.

El yanké descendió del caballo, pidió un vaso de ron á un negro que le habia seguido á pié, y encendió un cigarro.

Uno de los indios colocados frente al bosque se presentó al jefe del campo de Eduardo, puso una rodilla en tierra, levantóse en seguida y le habló al oido. El jefe tomó el cuerno con una mano y con la otra su enorme cuchillo y se dirigió hácia el yanké, que fumaba tranquilamente su cigarro sentado sobre la orilla del torrente. Cuando vió al indio detrás de él y armado se puso en pié, metiendo mano á su puñal.

— ¿Qué quieres? le dijo.

— Vengo á que me digas por qué has dividido en dos columnas á tu gente, llegando á nuestro campo una por detrás y otra por el flanco.

— Porque me han dicho que Garcí y su banda están por aquí y he querido asegurar el paso.

El indio le miró fijamente y dijo con la mayor frialdad:

— ¡Mientes!

El yanké desenvainó su puñal.

El indió dió un salto atrás lanzando un grito imitando al leon Puma herido, é inmediatamente se encontró rodeado por sus doce hombres armados con carabinas y de los indios empleados en el trasporte de las mercancías, armados con sus machetes y prontos para obedecer á la primera seña de su jefe.

El yanke estaba en pié fumando tranquilamente su cigarro sin la menor emocion, soltó una carcajada y volvió á sentarse.

— Eres valiente, dijo el jefe indio.

— Tanto como tú, respondió el yanké.

La columna del yanké aumentaba á cada momento; cinco ó seis hombres á caballo y otros tantos á pié habian pasado ya y se colocaron detrás de él con un revolver en la mano.

— ¿Qué quieres? dijo el jefe indio dando un paso hácia el yanké y con voz formidable, la paz ó la guerra?

El yanké se encogió de hombros y no respondió.

Al tumulto de la gente armada y con la llegada de la otra caravana todo el campo se despertó. Eduardo, al ver al jefe rodeado de su gente y amenazado, tomó su revolver y voló en su socorro, acompañado de veinte ó veinticinco que componian su séquito. Cuando estuvo frente al yanké quedó estupefacto, este le miró sonriendo y sin levantarse.

— ¿Qué quieres? repuso el jefe blandiendo su cuchillo; responde ó te tiendo á mis piés é impido que tu gente pase el torrente.

El yanké se levantó de nuevo con la misma sangre fria. Dos hombres habian apresurado la marcha, y saltando de sus caballos empuñaron sus revolvers. El yanké estaba ya escoltado por una docena de hombres.

Uno de los indios de Eduardo volvió la cabeza en direccion

al bosque é hizo un gesto; el jefe se volvió á su vez é inmediatamente se lanzó sobre el yanké, cuyos hombres apuntaron cada uno á un hombre de los de Eduardo.

— ¡Dí qué quieres la paz ó la guerra! gritó el jefe.

— La paz, respondió el yanke riendo.

El indio fijó en él su mirada penetrante. A su lado estaba la jóven negra que no lo abandonaba jamás.

— ¡Mi amo, esclamaba la india, este hombre dice la verdad, tú te equivocas!

— Sí, respondió el indio, ahora dice la verdad, ya lo veo, pero antes mentia.

El yanke sonrió de nuevo, como un hombre acostumbrado al instinto penetrante y estraordinario del indio.

— ¿Estás contento ya? dijo.

— Lo estaré, respondió el indio, cuando me hayas dicho lo que quieren esos hombres que vienen por el bosque y que han ido á pasar el torrente á dos millas mas arriba.

— La paz, repitió el yanke con indiferencia.

— Mírame, dijo el jefe.

— ¿Sabes que principias á impacientarme? dijo el yanke con su acento inglés y fijando con cólera su vista sobre el jefe indio; te he dicho que nosotros queremos todos la paz; si es que tú quieres la guerra, dilo, y os hago pedazos á todos en un momento.

— ¡Mi amo, mi amo! esclamó la negra cayendo de rodillas ante el jefe, este hombre dice la verdad, desgraciados de nosotros si la calma te abandona.

Eduardo quedó inmóvil ante el yanke, que el jefe seguia contemplando con inquietud, quien bajando los anteojos soltó una carcajada viendo á Eduardo que lo miraba estupefacto.

— ¡La paz! ¡la paz! ¡él dice la verdad! seguia esclamando la negra.

— Ya ves, dijo el yanke, que quiero la paz y que necesitamos la paz.

— Ahora dices la verdad, dijo el jefe indio dirigiéndose á su gente, la paz.

Los hombres de los dos campos bajaron las armas.

El yanke volvió de nuevo la espalda al campo de Eduardo, sentóse á la orilla del torrente y continuó dando órdenes á su gente, unas veces en inglés, otras en indio, pero siempre con el acento particular de los anglo-americanos.

Eduardo se aproximó al singular personaje y lo examinó atentamente; este último levantó la cabeza y lo miró sonriendo sin cesar de fumar. Eduardo, impulsado por una viva curiosidad, le puso la mano sobre el hombro.

— *Schoquinq*, dijo el yanke, *what do you want?*

— *To smoke*, respondió Eduardo.

El yanke sacó una magnífica cigarrera de nácar guarnecida de oro y con una corona de baronet, abrióla y la presentó á Eduardo contemplándolo con curiosidad. Eduardo levantó la banda de moaré para tomar un cigarro á la derecha, el yanke puso precipitadamente su mano sobre la de Eduardo quien la retiró, bajó la tela de la cigarrera, levantó la de la izquierda y presentó el lado donde faltaba el cigarro que habia encendido á su llegada y que apuraba en aquel momento, tomó otro del mismo sitio, lo encendió y lo presentó á Eduardo para que encendiera el suyo.

Eduardo fumaba su cigarro detrás del yanke; luego, cual un hombre resuelto á salir de la incertidumbre, se sentó resueltamente á su lado continuando hablándole en escelente inglés. El yanke respondia secamente y con monosílabos como quien no quiere indiscretos, y concluyó por callarse totalmente mirando alternativamente al torrente y á las azuladas espirales de humo que desprendia su cigarro.

— Eso es una verdadera columna que conducís á las minas, dijo Eduardo en inglés.

— Lo habeis adivinado, respondió el yanke.

— ¿Si sois yanke, cómo diablos es eso que llevais una cigarrera con una corona de baronet? O sois inglés, ó la habeis robado.

— Y bien, señor, petimetre, respondió el yanke con impaciencia, ¿qué os importa á vos si soy yanke, americano ó inglés? y lo mejor que podeis hacer es dejarme en paz.

Y volviéndole la espalda se tendió á lo largo.

—Vos sois un grosero, dijo Eduardo en francés, y vuestro acento.

— ¿Y bien, qué? dijo el yanke en francés volviéndose con cólera hácia Eduardo, ¿qué tiene mi acento?

— Que huele á la Canabiera.

— ¿Y qué te importa?

— Y que tú eres el capitan Garcí.

El yanke volvió la cabeza para ver si alguien le observaba.

— Mira, dijo, que sea el capitan Garcí ó no, cállate, ó no se salva ni uño solo de tus hombres y te entierro vivo; si te hubieran oido, tu última hora habria sonado, mira detrás de tí.

Eduardo volvió la cabeza y vió que su campo estaba completamente cercado por las gentes de Garcí.

— Ya te habia reconocido, miserable, dijo Eduardo.

Garcí se colocó frente á Eduardo y dijo:

— Hablemos claros, jóven, y no seas imprudente. Yo sabia que tú estabas aquí, y acuérdate que anoche te dije que te pasaria delante; pero como no sabia si me reconocerias ni si me recibirias pacíficamente he tomado mis precauciones, y héme aquí con trescientos hombres que valen mil como los tuyos, comprendiendo tus indios. Yo podria despedazaros á todos y en ello ganaria cuarenta ó cincuenta mil pesos que valen tus mercancías en el campo americano; pero, amigo mio, aun poseo principios y reconocimiento, y sobre todo yo no tengo mas que una palabra; ayer te dije: cuenta con

Garcí si tienes necesidad de él. Tú no has querido asesinarme cuando me tenias en tu poder, hoy te pago con la misma moneda, pues ya te he salvado la vida dos veces : una cuando tu guia me ha amenazado y otra cuando tú me has insultado, y no olvides que te perdono esto contra mi costumbre. Ahora ya estamos en paz, por consiguiente véte á descansar y trata de poner al menos dos horas de distancia entre nosotros; mis deudas están pagadas, y á fé mia tanto peor para tí si vuelves á caer en mis manos.

Garcí pronunció estas últimas palabras con una sonrisa de tigre.

— ¿Pero qué digo? añadió, ¡tres veces te he salvado la vida!

— ¿Cómo tres veces? díjo Eduardo.

— Sí, tres veces : dos como te he dicho, y la tercera cuando te he impedido de fumar el cigarro que habias tomado de la parte derecha de mi cigarrera.

— ¡Infame! dijo Eduardo, sin duda porque los de la derecha...

— Los de la derecha son los buenos para mí, dijo Garcí, para darlos á los amigos... inútiles, á los amigos que conviene deshacerse de ellos sin ruido, sin escandalo; esos son los cigarros, milord.

El jefe indio del campo de Eduardo no los perdia de vista; Garcí lo notó y dijo :

— Basta, ya hemos hablado lo suficiente; cada uno á sus negocios ya nos volveremos á ver en el campo americano.

Y poniéndose en pié gritó en inglés :

— *¡Goddem forward!*

La columna que pasaba el torrente aceleró la marcha.

Eduardo con los puños cerrados lanzó una mirade de cólera contra el bandido ante el cual tenia que inclinarse.

Cuando el yanke se vió rodeado por toda su gente dió la señal de partir, mandando veinticinco hombres de vanguar-

dia, colocándose él mismo á la cabeza de la columna. Antes de montar á caballo llamó á Eduardo y al jefe indio, tomó del cinto de uno de sus hombres un magnífico sable con empuñadura de plata y se la dió al indio, se acercó á Eduardo, le dió una palmadita amistosa en la mejilla y montó á caballo. El campo de Eduardo presenció el desfile de aquella columna de trescientos hombres que se internaron en el bosque.

Eduardo estuvo á punto de confiárselo todo á su guia, pero reflexionó un poco y dijo para sí :

— No, silencio y paciencia; vale mas dar un solo golpe y que sea decisivo.

El guia quiso partir al momento, pero Eduardo insistió para que se prolongara aun una hora mas el descanso.

— En ese caso no podremos pasar hoy el torrente de las *Flores*, repuso al guia.

— Lo pasaremos mañana, respondió Eduardo.

— Perdemos mucho tiempo.

— Poco importa, yo tengo interés en no pasar hasta mañana, de lo contrario podria sucedernos alguna desgracia si seguimos de cerca á ese hombre que acabas de ver.

— Como quieras, dijo el guia, tú sabes mejor que nadie lo que te conviene.

La gente de Eduardo descansó aun una hora, al cabo de la cual principiaron á ensillar los caballos y á cargar las mercancías, luego se pusieron en marcha guardando el mismo órden que antes de la parada.

XII

Eduardo y su gente llegaron ya muy entrada la noche á la orilla del torrente de las *Flores*, donde pasaron la noche. A las cuatro de la mañana pasaron el torrente y al despuntar el dia atravesaron las *Praderas* donde tuvieron que tomar á la izquierda para dirigirse al campo americano, abandonando las verdes y frescas márgenes de San Joaquin. Los caballos y los bueyes principiaron á sufrir por falta de pasto y de agua, de la cual tenian que aprovisionarse en los escasos riachuelos que atraviesan aquellos áridos desiertos y se veian obligados á mezclarla con ron ó aguardiento para que se conservara.

Despues de tres dias de marcha penible bajo un sol abrasador, sin sombra y sin frescura, llegaron á la orilla de un pequeño torrente, donde hicieron alto para atravesarlo al dia siguiente.

Los centinelas fueron apostados como de costumbre por el guia en jefe sobre todos los puntos por donde era fácil el ataque, é hizo encender tres hogueras para ahuyentar los animales feroces que tanto abundan en aquellas comarcas.

La noche anterior olvidáronse de tomar esta precaucion y los chacales devoraron un saco de galleta que encontraron en un carro colocado al estremo del campamento.

La caravana estaba estenuada de cansancio, cenaron y luego todo el mundo fué á acostarse debajo de los carros ó al pié de los lentiscos envueltos con sus mantas, Eduardo y su secretario hicieron suspender sus hamacas y se acostaron.

Hacia una hora que todo el campamento dormia profundamente; la noche era oscura y el silencio de aquellas inmensas soledades no era interrumpido mas que por el rugido mas ó menos lejano del leon, el ahullido de los osos y el alarido de los chacales.

El indio colocado frente al torrente, con la carabina al hombro contemplaba los últimos resplandores de la hoguera encendida cerca de él, colocó su carabina en el suelo, desenvainó su machete y fué á cortar un poco de leña para reanimar el fuego como se le habia prescrito. En el momento en que se bajaba volvió la cabeza, envainó precipitadamente su machete y tomando de nuevo la carabina puso una rodilla en tierra luego se echó aplicando el oido contra el suelo y levantándose al instante se precipitó hácia donde dormian los ocho indios armados con carabinas, despertóles y volvió á su puesto corriendo, lanzando un ahullido cual un mochuelo.

Apenas habia llegado se encontró rodeado por los ocho hombres armados á quienes designó el sendero por el cual debian bajar al dia siguiente; hizo un gesto, pronunció algunas palabras en voz baja, y sus compañeros, preparando sus armas, se escondieron detrás de unos matorrales. A los pocos segundos oyerónse pasos y una respiracion fuerte.

Un hombre apareció.

— ¡Quién vive! gritó el centinela.

Y como nadie le respondia dió un silbido y dos hombres

se arrojaron sobre el viajero ó bandido que se introducia á una hora tan avanzada de la noche en el campamento y lo trasportaron al centro de la caravaña.

El centinela escuchó de nuevo y volvió á oir unos pasos que se acercaban.

—¡Quién vive! gritó.

Nadie respondió; el centinela volvió á silbar y otros dos hombres salieron del matorral y cogiendo al silencioso viajante lo llevaron á donde estaba el primero.

Luego llegó un tercero, despues un cuarto y todos fueron sucesivamente conducidos al mismo sitio.

El indio escuchó de nuevo y oyó aun los pasos de varias personas que se acercaban por el sendero.

—¡Quién vive! gritó con voz ronca.

Como antes nadie contestó; el centinela dió dos saltos y se encontró en medio de sus compañeros, á quienes les habló precipitadamente; en un segundo los cuatro hombres que habian cogido fueron amarrados á las ruedas de un carro. Concluida esta operacion el centinela volvió á su sitio y tomando su cuerno lanzó un sonido formidable, luego un segundo, despues un tercero y por último el grito de alarma. Cuando vió que todo el campamento se ponia en movimiento gritó.

—¡Alerta!

Y llamó al jefe con toda la fuerza de sus pulmones. Este, que estaba ya en pié, tomó el cuerno y llamó al centinela.

—¿Qué sucede? le dijo.

—Gente llega, respondió el indio, he preguntado quien vive y nadie me ha contestado; cuatro hombres han llegado separadamente y están atados, otros cuatro vienen ahora juntos.

—¿Por dónde?

El indio le designó el sendero.

—¡A las armas! gritó el guia

En un momento todo el campo de Eduardo se concentró sobre el sitio en que el indio habia estado de centinela.

—¿Qué traeis, la paz ó la guerra? gritó el jefe.

En aquel momento uno de los viajeros que habian causado la alarma apareció en lo alto del sendero, dió un suspiro y cayó al suelo, otro le seguia y así hasta cuatro.

Como todo el mundo, Eduardo acudió al sitio en que parecia estar el peligro, se acercó al hombre que acababa de caer y reconociendo en él un europeo le hizo varias preguntas en francés, pero no pudo comprender las respuestas, pues el individuo á quien se dirigia era un aleman, el cual le hizo comprender por señas que uno de sus compañeros sabia aquel idioma. Eduardo se dirigió á él y apenas pudo comprender estas palabras:

—¡Muertos de hambre, de sed y de cansancio!

—¡Pobres gentes! dijo Eduardo.

Inmediatamente se encendieron unas teas y condujeron á los recien llegados cerca de una hoguera y les dieron una racion de galleta, de carne salada y de ron. Eduardo se aproximó al hombre que sabia el francés, el cual le dijo que todos eran alemanes, que habian trabajado seis meses en las minas y que ya volvian á San Francisco llevando cada uno sobre su caballo un saco de oro en polvo ó pepitas y víveres para el camino, cuando fueron atacados por unos anglo-americanos que asesinaron á dos de sus compañeros que querian resistir y ahorcado á otro que les habia matado un bandido; que hacia doce horas que caminaban á pié, sin víveres, sin agua y sin otra esperanza que la de encontrar una caravana que fuera al campo americano.

—¡Pobres gentes! dijo Eduardo.

Y dirigiéndose al jefe indio añadió:

—Cuidad que nada les falte.

Luego se dirigió á su hamaca murmurando:

—¡Garcí, siempre Garcí!...

Al amanecer del dia siguiente el jefe dió la señal de partida; Eduardo hizo cargar una mula con víveres y dió dos carabinas y algunas onzas de oro á los alemanes despojados por Garcí, se acercó al que hablaba en francés y le dijo :

— Si quereis que se os restituya una parte de vuestras pérdidas presentaos dentro de un mes á la casa Osborn de San Francisco, á las once de la noche; para poder entrar no teneis mas que pronunciar las palabras escritas en esta tarjeta.

Eduardo le dió una de sus tarjetas en la que estaban escritas con lápiz estas palabras :

Orden y California, 28 de julio á las 11.

Inmediatamente se pusieron en camino.

Al cabo de cinco horas de marcha la columna se paró, el guia puso la mano sobre sus ojos y llamó á un indio que se presentó en seguida.

— Adelántate, le dijo, y mira lo que hacen aquellos dos hombres que están allá bajo, uno echado á través del sendero y otro recostado contra un lentisco.

— ¿A qué distancia? preguntó el indio.

— Cuenta mil pasos.

— Muy bien, dijo el indio.

Y partió como una flecha.

— ¿Qué hay? preguntó Eduardo.

— Dos hombres que parecen esperar, respondió el jefe.

Eduardo miró hácia donde se habia dirigido el indio.

— Tú no puedes ver nada, dijo el guia, vuestros ojos están acostumbrados á las casas y á las ciudades, los nuestros á los bosques y á las praderas, de modo que vosotros no ois ni veis nada.

— ¿Y tú qué ves? dijo Eduardo.

— Yo veo, respondió el indio poniendo sus dos manos sobre los ojos, agitarse las yerbas cual si una serpiente fuera cautelosamente á atacar á un ciervo, es mi hombre; veo un

arbusto que tiembla como si un pájaro se parara sobre sus ramas, es mi hombre que levanta la cabeza y mira; veo un poco de polvo, es él que vuelve corriendo, hélo aquí, escucha su relato.

El indio se volvió hácia Eduardo con el aire triunfal del hombre de la naturaleza que no dá valor mas que á la naturaleza, á la fuerza, á la sagacidad, á los sentidos mas ó menos desenvueltos con la vida libre del salvage y la necesidad que tiene todos los dias de ejercitar estas facultades físicas.

En aquel momento llegó el indio mandado por el jefe.

—¿Qué hay? preguntó el jefe.

—Nada mi amo, dos hombres perdidos si no los socorremos.

—¿Y llamas á eso nada? dijo Eduardo.

La caravana volvió á ponerse en marcha y Eduardo queria pasar delante.

—Quédate aquí, dijo el jefe.

—Pero esos hombres necesitan nuestro auxilio.

—¡Quién sabe!

—Acaban de decírtelo.

—¡Quién sabe!

—Se mueren y están solos.

—¡Quién sabe! quédate aquí y prepárate; los muertos resucitan y dos hombres solos se multiplican.

—¿Has visto eso alguna vez? preguntó Eduardo.

—Sí, en este mismo sitio.

—¿Cuándo?

—Hace tres lunas.

—¿Qué ha sucedido?

—Un herido, un muerto que esta jóven que nos sigue y mis gentes cuidaban, se ha levantado de repente, ha dicho una palabra, su banda ha aparecido y se ha derramado sangre; yo he sufrido la vergüenza de los vencidos, perdí un hermano y un amigo y los blancos sus riquezas.

— ¿Y quién os atacó? preguntó Eduardo.

— Los hombres del mar que vienen para afligirnos y atormentarnos.

— Garcí aun, pensó Eduardo.

Por fin la columna llegó á donde estaban los dos hombres que habia visto el guia.

— ¡Nos hemos salvado! dijo el mas jóven en aleman tocándole el hombro á un viejo que llevaba una gran barba.

— ¿Aun mas alemanes? dijo Eduardo parándose ante ellos.

— Sí, alemanes, añadió el jóven; por piedad, dadnos un poco de pan, mi padre se muere, hace diez y ocho horas que marchamos sin comer ni beber; tomad nuestras carabinas, os las damos por una libra de galleta cada una; aceptad, aceptad, mas tarde vos podreis sacar de ellas diez onzas.

— ¿Vos habeis sido robados tambien? preguntó Eduardo sin poner atencion al cambio que se le proponia.

— Sí, respondió el jóven levantándose, nosotros hemos partido solo con la idea de alcanzar á nuestros compañeros que no habian podido esperarnos, sin duda nos han creido muertos. Han hecho muy bien de partir, nosotros debiamos encontrarnos en el campo americano, y mi padre y yo hemos tardado tres dias, y cuando llegamos hacia algunas horas que habian salido; nosotros pensábamos encontrarlos á la primera parada.

— ¿Por qué no habeis salido con ellos?

— Habiamos encontrado un sitio magnífico; en dos dias sacamos mas de cuatro mil pesos de oro en polvo.

— ¿Entonces por qué no os habeis quedado?

— ¿Cómo quereis que nos quedáramos solos? allá bajo no se vive mas que por bandas; la nuestra habia partido y pensábamos volver al sitio del descubrimiento con nuestros compañeros, yendo antes á San Francisco para realizar nuestros valores y espedir para Europa; ahora estamos arruinados, á

una jornada del campamento nos han asesinado y robado mas de diez y seis mil pesos.

— ¿Quién?

— Los bandidos que recorren el pais.

— Los mismos que han robado y asesinado á vuestros amigos.

— ¿Ellos tambien?... nos lo figurábamos, dijo el jóven.

— ¡Garcí! ¡Garcí! murmuró Eduardo.

El viejo, que hasta entonces habia estado sin movimiento, principió á respirar con violencia; Eduardo se volvió y vió á la jóven india arrodillada á su lado frotándole las sienes y el pecho con aguardiente; en cuanto abrió los ojos la jóven le dió un cordial y al cabo de un cuarto de hora pudo levantarse.

— ¡Tengo hambre! dijo.

— ¡Dadnos pan! ¡dadnos pan! repitió el jóven aleman presentando sus carabinas.

— Guardad vuestras armas, dijo Eduardo, y volviéndose á su gente añadió: Que se les den los víveres necesarios para su viaje.

— ¿Cómo han de llevárselos, respondió el jefe indio, si ya no pueden mas?

— Que se les dé un caballo ó una mula, dijo Eduardo.

— Los animales van á hacernos falta para la vuelta.

— ¿Por qué?

— Porque la mitad morirán de hambre y de sed.

— No importa, salvemos primeramente á estos dos hombres.

— Está muy bien, dijo el guia.

Cargóse una mula de galleta, de carne salada y de ron y dierónsela á los alemanes.

— A caballo, dijo el guia, hemos perdido una hora.

El jóven aleman habia examinado á Eduardo y seguido todos sus movimientos; se aproximó á él, le tomó la mano y con las lágrimas en los ojos le dijo:

— Señor, vos os portais como un caballero, vos habeis salvado la vida de mi padre, acordaos que la mia os pertenece, contad siempre con José Galden.

— Acepto vuestro ofrecimiento, dijo Eduardo, y en cambio del favor que voy á pediros yo os ayudaré á reparar vuestras pérdidas.

— ¡Hablad! ¡hablad! esclamó el jóven con emocion, al instante mismo, estoy pronto á obedeceros.

— Os doy cita para San Francisco en la casa Osborn el 28 de julio á las once de la noche, para penetrar vos pronunciareis las palabras que voy á escribiros.

Eduardo escribió con el lapiz sobre una hoja de papel las palabras que ya conocemos, y se las remitió al viajero.

El guia dió la señal de partida, Eduardo apretó la mano del jóven Galden y la caravana, dejando en el mismo sitio al padre y al hijo, continuó su marcha hácia las minas.

XIII

Eduardo Mercier y su gente llegaron por fin al campo americano, el cual, por la animacion que reinaba, por las tiendas bastante bien construidas y colocadas paralelamente formando calle, ofrecia el aspecto de un pueblecito. Eduardo atravesó lo que entonces se llamaba por ironia *calle Real* y llegó á una plaza donde se encontraban reunidos un centenar de hombres totalmente borrachos en medio de los cuales se encontraba un hombre pequeño que daba traspies y parecia aun mas embriagado que los otros. Eduardo se paró para contemplar un momento á aquella gentuza.

—¡Garcí! esclamó Eduardo reconociendo al que parecia mandar á aquella gente y que apenas podia tenerse en pié con un revolver en la mano.

—Vais á ver como yo hago abrir, gritó Garcí: ¡Ah! con que no quieren abrir á milord.

Y apoyado sobre el brazo de uno de sus hombres se acercó á unos treinta pasos de una casa cerrada.

—A punto á la cerradura, dijo Garcí.

El tiro partió y la bala fué á dar en medio de la puerta.

Los bandidos lanzaron un viva general y se dirigieron hácia la casa cerrada con Garcí á la cabeza. Uno de ellos volvió la cabeza y vió á Eduardo.

— ¡Hola! dijo, si no me equivoco hé aquí el francés.

Y acercándose á Garcí añadió ;

— Milord, mirad.

— ¿Qué? dijo Garcí.

— La columna francesa que llega.

— ¿La columna francesa? dijo Garcí volviéndose á su turno. ¡Pardiez! es verdad; señores, saludemos á la Francia.

Garcí se dirigió hácia Eduardo que habia quedado inmóvil á la cabeza de su gente contemplando aquel desórden. Garcí se acercó á el seguido de sus bandidos que rodearon su caballo.

— Salud, jóven, dijo Garcí : si quieres entrar con nosotros te se harán los honores del lugar; ¡voto á Dios! tú has nacido con buena estrella, para merecer mi proteccion, la proteccion de milord Rescate.

— ¿Qué es lo que decís? preguntó Eduardo.

— Digo milord Rescate; ¡ah! tú no estás al corriente, vamos no le hace, se os instruirá y se os protejerá, jóven.

— ¡Imbécil! dijo un hombre que apenas podia tenerse en pié cogiendo con violencia la brida del caballo de Eduardo; Rescate quiere decir rescatar, ¡qué animal es este niño! espera un poco y veras como te enseñamos á vivir.

Esto diciendo levantó la mano para descargar un puñetazo contra Eduardo; este se inclinó y tomando al bandido por el cuello de la camisa lo levantó como si fuera un niño y lo arrojó á algunos pasos de distancia. Garcí y su gente que estaban de buen humor esclamaron :

— ¡Bravo! ¡muy bien hecho!

El bandido se levantó furioso, desenvainó su cuchillo y se dirigió contra Eduardo.

— Alto allá, dijo Garcí, te prohibo avanzar; ¿no has oido

que yo protejo á ese boquirrubio que te hubiera estrangulado si hubiera querido?

— Id á todos los diablos, capitan, dijo el bandido, este canalla me ha insultado y va á pagármela.

— ¡Mil tempestades! gritó Garcí con voz formidable, ¡amigos mios se acaba de faltar á Garcí, á Garcí cuyo solo nombre hace temblar á mas de treinta mil hombres!

— Es verdad, dijeron varias voces.

— ¡Qué lo cojan! gritó Garcí.

Cuatro individuos cogieron al culpable que se defendió como un condenado y se lo llevaron á Garcí, quien lo tomó por el cuello sacudiéndolo con furor.

— ¡Con que tú desconoces mi autoridad! dijo Garcí, ¿con que tú no respetas á mis protegidos y no tiemblas á una palabra, á un gesto, á una mirada de Garcí? ¡De rodillas, voto á Dios, de rodillas!

El bandido, que el miedo hacia recobrar sus sentidos, palideció.

— ¡De rodillas! gritó Garcí á los hombres que tenian al bandido.

Los cuatro individuos empujaron con tanta violencia al pobre diablo que fué á dar con la cabeza contra el suelo. Levantóse con la frente ensangrentada, Garcí lo cojió y descargó sobre su rostro un terrible puñetazo que le hizo brotar la sangre por los ojos, la nariz y la boca; dos dientes cayeron á los piés de Garcí.

— ¿Pero no veis que ese hombre estaba borracho? dijo Eduardo que no podia resistir á aquella escena horrible. Soltadlo, no cometais una infamia.

— Yo quiero que se me respete aun en medio de la embriaguez, dijo Garcí con furor mirando á Eduardo; yo quiero que aun en medio de la embriaguez se respete á mis protegidos y que se asesine á mis enemigos; y tú pon cuidado y trata de vender tus mercancías, si puedes, sin mezclarte en mis ne-

gocios, de lo contrario te costará cara la fiesta, en asuntos de disciplina no hay mas que un Garcí en el mundo : ¿no es verdad, hijos mios?

— Teneis razon, respondieron los bandidos, ¡viva Garcí! ¡abajo el recalcitrante! ¡abajo el aristócrata!

— ¡Basta! dijo Garcí, os prohibo pronuncieis una sola palabra contra este jóven, es mi amigo.

Todo el mundo se calló, el bandido que estaba arrodillado delante de Garcí habia recobrado todos sus sentidos y lo miraba con terror.

— Salud y respeto, dijo Garcí mirando á Eduardo y quitándose el sombrero.

— Salud y respeto, repitieron los bandidos.

Eduardo que habia conservado su sangre fria en medio de las amenazas cambió de color al ver descubrirse delante de él á todos aquellos bandidos, pues por la primera vez se le presentaba ante sus ojos un ejemplo del omnímodo poder de aquel salteador de caminos sin alma ni corazon.

— Vamos, perdonadle, dijo Eduardo, dejadlo tranquilo.

— Sí, muy tranquilo, respondió Garcí riendo.

Y dirigiéndose, á su gente añadió ;

— Acercadme esa bestia bruta, vamos á dejarla tranquila.

Los cuatro satélites cogieron al prisionero y se lo presentaron á Garcí.

De rodillas y pide perdon á este señor, dijo Garcí.

— ¡Perdon! repitió el prisionero.

— Ahora á mí.

— ¡Perdon!

— Ahora á todo el mundo.

— ¡Perdon!

— Muy bien, dijo Garcí empuñando su revolver, encomienda tu alma al diablo, y reza un *de profundis*.

— ¿Qué vais á hacer? dijo Eduardo.

—Nada, una friolera, se le cortará una oreja.

—Pero...

—¡Cuidado con el nene! dijo Garcí: aquí no hay ni teatro, ni músicas, ni nada: ¿se os ofrece un espectáculo y aun no estais contento? y se echó á reir.

Luego tomó al bandido por los cabellos obligándole á levantar la cabeza y le dijo.

—Mira al señor y dale las gracias, pues pide tu perdon.

—¡Gracias! balbuceó el bandido aterrorizado.

—¡Una sentencia! dijo Garcí.

Los bandidos formaron círculo dejando en medio á Garcí y al prisionero.

—Nos, capitan Garcí, conocido con el nombre de milord Rescate, en el nombre de la justicia: visto el delito del delincuente que ha faltado al respeto debido á un protegido de a asociacion de las *gentes del mar* y desobedecido una órden del Padre; que ha hecho un paso adelante á pesar de la rden del padre de la asociacion; visto el crímen del delincuente que ha insultado al padre faltando á la disciplina y al reglamento fundamental de la asociacion...

Garcí hizo una pausa, paseó una mirada por toda su gente y continuó:

—Nos, capitan Garcí, padre de la asociacion de las gentes del mar, declaramos al culpable pasible de la pena de muerte, y como tribunal, juez y ejecutor de altas obras, le hacemos saltar la tapa de los sesos, acordándole la gracia de no ser sometido al tormento en atencion á su arrepentimiento que voluntariamente ha pedido al protegido amenazado y al capitan insultado. Culpable, bajad la cabeza.

—¡Capitan! ¡capitan! esclamó el bandido juntando las manos y haciendo un esfuerzo para levantarse, ¡perdóname, capitan, yo estaba ébrio, loco, acuérdate que te he salvado la vida!

—¡Sujetadle! dijo Garcí con furor.

Un individuo lo cogió por los cabellos, otro por los brazos y un tercero por el cuerpo; Garcí se acercó sin la menor emocion y aplicó el cañon de su revolwer contra la oreja del bandído.

— Apartaos vosotros, dijo Garcí á los que estaban colocados en la direccion de la bala, é hizo fuego.

El bandido cayó en tierra con el craneo hecho pedazos.

— ¡Que se lo lleven! dijo Garcí.

Dos hombres tomaron silenciosamente el cádaver, atravesaron la plaza y desaparecieron, volviendo al poco rato se presentaron á Garcí con el sombrero en la mano diciendo:

— Ya está, capitan.

— Muy bien; ahora, viva la alegría.

Y acercándose á Eduardo añadió.

— Vamos, jóven, ¿quieres venir al baile?

— ¿Qué baile? dijo Eduardo.

El baile de la chilena, el único individuo hembra del lugar, lo cual nos impide los disgustos de la eleccion.

Eduardo no respondió, pues estaba aturdido por el disgusto y el horror que le causaba cuanto habia visto y oido.

— ¿No respondes? dijo Garcí; muy bien, quien calla otorga. ¡Haced que abran!

Dos hombres se dirigieron hácia la puerta de la casa.

— Mil gracias, dijo Eduardo, me encuentro cansado y quiero partir mañana temprano.

— ¿A dónde vas?

— En busca de la asociacion Blatburn.

— ¡Blatburn! dijo Garcí como repasando su memoria; ¡ah! sí, el banquero arruinado, lo conozco. Mucha prudencia, jóven, ese individuo se encuentra hoy en un mal sitio, se cobra el impuesto en este momento.

— ¿Por quién?

— Por mis gentes. Si pagan con buena voluntad eso no

es nada, pero si resisten, entonces es otra cosa... y en fin, tú podrias encontrarte en el jaleo... tú harás lo que mejor te parezca, esto es un consejo que te doy.

— Es absolutamente indispensable que vea al señor Blatburn, dijo Eduardo.

— Pues bien, voy á darte un pasaporte, esto podrá servirte en caso de necesidad, sobre todo no olvides la palabra de órden, si quieres salvar tu pellejo.

— ¿Cual?

— ¡En el nombre del Padre! Ya ves que somos cristianos, dijo Garcí.

Y sacando su cartera arrancó una hoja y escribió con lápiz estas palabras :

« En el nombre del Padre,

« Dejad pasar á don Eduardo Mercier protejido por la asociacion.

« Firmado,

« Capitan Garcí. »

Eduardo tomó el papel y partió.

— ¿Abren ó no? dijo Garcí acercándose á la puerta de la casa de la chilena.

Una mujer jóven y hermosa entreabrió la puerta y habló al oido de Garcí, este respondió con un signo de proteccion; luego salió un hombre y el capitan entró.

La banda se quedó en la plaza hablando y riendo y algunos de ellos penetraron en una tienda colocada al otro estremo de la plaza, sobre la cual se leia el título pomposo de *Café Americano*.

Entre tanto Eduardo preguntaba por el campamento del señor Blatburn. Tomados todos los informes necesarios se echó á dormir y al dia siguiente por la mañana partió acom-

pañado de su guia y cuatro hombres dejando las mercancías á cargo de su secretario.

Despues de dos horas de camino llegaron al primer campamento que le habian designado antes de encontrar el del señor Blatburn, encontrando en él á una docena de hombres sentados delante de una tienda hecha pedazos, en medio de baules y herramientas, pareciendo todos sumidos en la mayor consternacion. Eduardo les dirigió la palabra y le contestaron que acababan de robarles cuanto poseian.

—¡Aun Garcí! murmuró. ¿Podriais decirme si el campo de Mr. Blatburn está lejos de aquí?

—Mr. Blatburn, respondió el americano, está á dos leguas de aquí, y sin duda en este momento debe estar rompiéndose la crisma con los bandidos ó dejándose robar como nosotros.

—¡Cómo! esclamó Eduardo con inquietud.

—Sí, el llamado Cárlos, uno de los hombres mas peligrosos de la banda de Garcí, al salir de aquí ha dado órden á su gente de dirigirse al campo de Mr. Blatburn.

Eduardo examinó sus armas y las de su gente. Satisfecho sin duda con este exámen se volvió hácia el yank y le preguntó:

—¿Son muchos?

—Unos cincuenta, y cincuenta que valen ciento como vos.

—¡Puede ser! dijo Eduardo.

—Es lo cierto.

—Os equivocais, tengo entre mis manos un talisman que hará huir á toda esa canalla.

El yanke se echó á reir.

—Y si mi talisman pierde su virtud, añadió Eduardo, entonces los atacaré y nos veremos. ¿Quién manda aquí?

—Yo, respondió el yanke.

—¿Cuántos sois?

—Treinta hombres,

—Muy bien; ¿quereis hacerme el favor de escucharme un instante?

El yanke quedó inmóvil y sin responder una palabra.

—Seguidme, dijo Eduardo, de lo que tengo que deciros depende el que se os restituya lo que habeis perdido y quizá vuestra fortuna.

El yanke miró á Eduardo con estrañeza, púsose en pié y le siguió.

Cuando estuvieron á una distancia en que nadie podia oirles, Eduardo le dijo:

—¿Quereis recuperar una parte de lo que os han robado y luego poder vivir aquí tranquilamente?

—Sí.

—Pues bien, yo os doy mi palabra de honor que me haré matar el primero para destruir á Garcí y su banda. ¿Estais decidido á secundarme en mi obra con todos vuestros compañeros?

—Sí, jóven, respondió el yanke animándose; estad seguro que en nosotros encontrareis hombres que os valdrán; pero la cuestion principal es saber si vos sereis bastante fuerte para resistir á mil doscientos ó mil quinientos bandidos.

—Ellos no son mas que ochocientos, dijo Eduardo.

—¿Estais seguro?

—Segurísimo.

—Eso ya es otra cosa, aunque aun muy difícil.

—No, estoy seguro de la victoria, y os garantizo con mi fortuna repartiros la parte que os corresponda de cuanto cojamos en poder de los bandidos.

—¿Vuestra fortuna? dijo el yanke con aire de duda; ¿quién sois vos?

Don Eduardo Mercier.

—¿Don Eduardo Mercier? ¿El banquero de Panamá?

— El mismo.

— ¡Imposible!

— Como lo oís, leed.

Eduardo echó mano á su cartera y sacó dos pasaportes, uno del cónsul de Francia y otro del capitan Garcí.

El yanke se quitó el sombrero, ofreció la mano á Eduardo y dijo con entusiasmo :

— Contad conmigo, señor Mercier, con mis compañeros y con trescientos yankes que trabajan en el campo que vais á atravesar.

— Muy bien, dijo Eduardo tomad esto.

Y le dió un papelito en el que estaban escritas estas dos líneas :

Orden y California.

Osborn, 28 de julio, 11 de la noche.

Luego montó á caballo y con su gente se dirigió hácia el campamento de M. Blatburn.

— A escape, dijo, pues no hay un momento que perder.

Los seis caballeros desaparecieron entre una nube de polvo que levantaban los caballos, recorriendo en pocos minutos la distancia que separaba el campo robado del que sin duda estaban robando en aquel momento.

Apenas les faltaban unos cien pasos para llegar al campamento cuando les dispararon dos tiros.

— ¡Pronto! ¡pronto! ¡corred, que los asesinan! gritó Eduardo á su gente.

Por fin llegó al campo de Mr. Blatburn, seguido de sus indios, donde reinaba el mayor desórden y una lucha encarnizada, teniendo que saltar por encima de un cadáver para pasar adelante. En aquel momento se oyó una trompeta y vió á su derecha un hombre montado á caballo y rodeado por

una docena de hombres á pié y armados con carabinas, el cual gritaba :

— ¡Traicion !... ¡alerta !... ¡fuego !

Eduardo continuó su carrera y se encontró frente á dos hombres que rodaban por el suelo, hiriéndose con sus cuchillos y vociferando todas las imprecaciones de la rabia llegada á su paroxismo. Un tiro resonó á sus espaldas, volvió la cabeza y vió caer uno de sus indios; su emocion ó quizá su inspiracion le hicieron continuar adelante; pero el caballo no quiso pasar por encima de los dos combatientes; entonces, desenvainando su machete, pinchó con él al caballo, que en dos saltos llegó delante de la primera tienda.

Eduardo, un revolver á la cintura, otro en la mano izquierda y en la derecha el machete, armado de este modo se echó del caballo y cayó al lado de dos hombres que peleaban á brazo partido. El que estaba debajo tenia asido fuertemente con una mano un saco y con la otra un cuchillo; su adversario le clavaba las uñas en la garganta y levantaba ya el puñal para clavarlo en el corazon de su competidor.

Con la velocidad del rayo, Eduardo lanzó una mirada en torno suyo y vió que se encontraba en el centro de la refriega; detrás de él un hombre le apuntaba con su carabina.

— ¡En el nombre del Padre! gritó Eduardo con toda la fuerza de sus pulmones.

La carabina que le apuntaba se alzó; el brazo del hombre que iba á clavar su puñal en el cuerpo del desgraciado que yacia bajo sus rodillas quedó suspendido en el aire, y el asesino volvió la cabeza con cólera para ver quién habia lanzado aquel grito mágico.

— ¡En el nombre del Padre! gritó de nuevo Eduardo, ¡proteccion para todo el campo!

El hombre que habia visto á caballo rodeado de gente armada se adelantó hácia él, echó pié á tierra, y quitándose el sombrero dijo :

A ver el papel.

Eduardo se lo dió precipitadamente.

El bandido lo leyó, montó á caballo y partió al galope, lanzando tres sonidos con su trompeta. De este modo dió la vuelta del campamento, luego volvió á donde estaba Eduardo, y descubriéndose dijo:

— Tomad, hé aquí vuestro pasaporte, ¿qué quereis?

— Que os retireis despues de haber restituido cuanto habeis tomado en este campamento.

— ¡Restituir! esclamó el bandido lanzando una blasfemia, siempre he dicho que el capitan era demasiado bueno para otorgar tantos favores: ¡restituir á estos canallas que se han defendido como leones y que nos han matado gente en lugar de pagar la contribucion á milord Rescate!

— No, no, no se debe restituir, dijo el bandido, que por fin acababa de arrancar el saco de las manos del yanke.

— ¡Cállate, dijo el jefe, ó te levanto la tapa de los sesos! Vámonos.

El bandido restituyó el saco al yanke.

— ¿Y el indio que ha caido? preguntó Eduardo.

— Muerto, respondió el guia.

El jefe de la banda de Garcí hizo una señal y toda su gente reunió en torno suyo; entre ellos habia dos heridos; acercóse á Eduardo y le dijo:

— En el nombre del Padre y como delegado del Padre te dejo estos dos hombres.

— Está bien, se les cuidará, respondió Eduardo.

El jefe hizo cargar las armas y buscar las que se habian quedado por tierra y bajo las tiendas durante la pelea: luego les distribuyó una racion de aguardiente y cual un general que arenga á sus tropas dijo:

— Bravos compañeros, este negocio se ha aguado, tanto mejor, pues perdiamos mucha gente; mucha razon tenia quien os dijo que ese Blatburn se haria matar antes que

ceder. Pero no le hace, esta es una partida que queda aplazada, ya se lo haremos pagar todo de una vez; ahora vámonos con la música á otra parte y procuremos desquitarnos de este percance antes de que sea de noche.

Eduardo escuchó esta singular arenga, y cuando la banda iba á ponerse en marcha, se presentó al jefe y le dijo :

— Te ordeno me presentes á Mr. Blatburn.

— Ahí tienes á tu Blatburn, dijo el bandido con furor, yo me llevo su daguerreotipo, y te aseguro que haré con él dos ejemplares á la primera ocasion que se me presente.

Eduardo se volvió hácia el yanke que le designaba el bandido.

— ¿Sois vos? le preguntó en inglés.

En persona, respondió Mr. Blatburn con dignidad, aturdido aun por la lucha que acababa de sostener y cubriéndose el pecho con los pedazos del vestido que le quedaban.

La tienda se habia llenado de americanos que acudian para ver al hombre que con una sola palabra habia hecho cesar el combate. Al rededor de la tienda de Mr. Blatburn colocaban á los heridos y moribundos.

— ¿Quién sois vos? dijo Mr. Blatburn, ¿vos que acabais de salvarnos y de impedir mi ruina?

— Yo me llamo Mercier, respondió Eduardo.

— ¡Mercier!... dijo el yanke como buscando en su memoria.

— Vos no me conoceis ; yo soy un amigo de vuestra familia que vengo á buscaros, pues os necesitan en San Francisco.

— ¿Una desgracia quizá?

— No, una fortuna mas bien, pero os necesitan.

— ¿Mercier? dijo aun el yanke ; pero yo he visto...

— Vos habeis visto mi nombre en los libros de la casa Osborn y en los manifiestos de las espediciones de Panamá.

— Justamente, dijo el yanke, yo he oido pronunciar dos

ó tres veces vuestro nombre á mi familia como el de un amigo, y tambien en algunas casas de San Francisco. ¿Sois vos? añadió tomándole la mano.

— Sí, señor, yo soy Eduardo Mercier, que he conservado la misma abnegacion para con la señora Osborn como cuando estuve de dependiente en su casa, y que vengo á buscaros para que me ayudeis á reconstituir su fortuna. Todo esto seria muy largo para esplicároslo en seguida; venid, yo he tenido la dicha de salvaros la vida, el azar me ha procurado los medios y yo los he aprovechado.

— Señor mio, dijo el yanke fuera de sí, como lo es un yanke, esto es, apretando las manos de Eduardo y ahogándose por la emocion; pero siempre con esa calma propia de la raza; señor mio, permitidme que...

Y abrazando á Eduardo le besó dos veces, haciendo resonar sobre sus espaldas el enorme saco de oro que tenia en la mano.

Eduardo se encontró en fin rodeado por todos los individuos del campamento; salió de la tienda y examinó el aspecto curioso de un campamento asaltado en campo raso por una banda de ladrones; los baules echados por el suelo y abiertos, las ropas esparcidas, las tiendas arrojadas sobre la arena, las armas blancas, carabinas y herramientas diseminadas y arrojadas por el suelo; los hombres, pálidos y medio desnudos, recogiendo el oro esparcido y poniéndolo dentro de los sacos; rotos los barriles que contenian la pólvora, los vestidos cubiertos de manchas de sangre; de distancia en distancia se veian algunos cadáveres, y los heridos que esperaban poder salvar eran conducidos á la tienda de Mr. Blatburn.

Eduardo no pudo resistir por mas tiempo á la impresion que le causaba aquella escena desgarradora de desórden, sufrimientos, avidez, egoismo, de lloros y de sangre.

— Partamos, dijo á Mr. Blatburn.

—¿Cuándo? preguntó este.

—Al instante mismo, dijo Eduardo; vos tomareis el caballo del indio que nos acaban de matar, pues yo no puedo perder un momento.

—Pero, dijo el yanke mirando como sus compañeros recogian el oro y llenaban los sacos, yo no dirijo esta espedicion y no puedo abandonarla así; además yo trabajo en un sitio que acabo de descubrir y que promete...

—¿Qué promete? dijo Eduardo con severidad al ver vacilar á un hombre á quien acababa de salvar la vida con peligro de la suya, ¿qué os promete, una prolongacion de permanencia en este pais?

—No, respondió el yanke, el doblar mi capital.

—¿Qué capital?

—Cinco mil pesos.

—¿En cuánto tiempo?

—En un mes quizá.

—¿Y luego?

—Luego debemos volver á San Francisco.

—Ahora bien, dijo Eduardo, yo os aseguro los cinco mil pesos; además, la señora Osborn está rica hoy, pues ha cobrado un crédito con el cual no contaba y ella os reclama, así como á vuestra mujer é hijos. Vos no podeis prolongar vuestra permanencia aquí por algunos miles de pesos con riesgo de mataros trabajando ó haciéndoos asesinar por los bandidos que vendrán á tomar la revancha de la pérdida de hoy.

—Teneis razon, dijo Mr. Blatburn; ¿pero estais bien seguro de que la señora Osborn ya no necesita el producto de mi trabajo?

—Segurísimo, respondió Eduardo con reconcentrada cólera al ver el frio egoismo é imperturbable calma de Mr. Blatburn; además, cuando... y vaciló.

—Concluid, ¿qué quereis decir?

— Digo que cuando un hombre acaba de salvar la vida á otro con peligro de la suya propia, este hombre tiene el derecho de pedir un favor y el otro si es un caballero no puede negárselo.

— Es muy justo, dijo el yanke, pedidme un *favor*.

Y apoyó en esta última palabra.

— Pues bien, dijo Eduardo, yo exijo que me sigais hasta que os haya entregado á vuestra familia, á la cual he dado mi palabra de conduciros.

— Partamos, dijo el yanke.

Inmediatamente recogió su equipaje y fué á despedirse de sus compañeros, de los cuales no recibió ninguna muestra de afeccion ni de pesar.

— ¿Cuál es el hombre que pueda tener alguna influencia sobre toda esta gente? preguntó Eduardo, ¿el hombre mas valiente y capaz de vuestro campo?

El yanke le designó un jóven que estaba lavándose la cabeza.

Eduardo fué á hablarle.

— Señor mio, dijo, vos me habeis sido designado como el sucesor de Mr. Blatburn para dirigir los trabajos, como el mas inteligente de todos sus compañeros, y lo que es mas, el mas valiente.

Eduardo apoyó esta última palabra, el yanke lo saludó cortesmente y con calma.

— ¿Quereis, dijo Eduardo, hacer un gran bien al pais?

El yanke alargó el lábio como signo de inteligencia y miró á Eduardo sorprendido; valor, bien del pais, estas palabras se pronunciaban raramente entonces en aquellos vastos campos de California esplotados por el trabajo: el axioma *cada uno para sí y Dios para todos* era muy practicado y hasta se habia suprimido la segunda parte. El yanke no habia respondido nada, pero en sus facciones se leia la primer parte del axioma á pesar suyo.

— ¿Quereis? repitió Eduardo.

— Eso depende...

— ¿Quereis vengar á vuestros compañeros que acaban de ser asesinados?

El yanke vaciló un momento y luego dijo:

— Sí.

— Quereis vengaros de haber sido maltratados y casi robados?

— Sí, dijo el yanke con decision.

— ¿Quereis vivir en adelante en este pais con completa seguridad, esplotar los terrenos y enriqueceros?

— Sí, dijo el yanke con entusiasmo, ¡ah!.¡sí!

— Para eso es necesario destruir la banda de Garcí y tomarles cuanto posean despues de los robos que están cometiendo en este momento.

— Yo lo sé, dijo el yanke, ¿pero cómo?

— Ese es mi secreto, ¿teneis valor vos y los vuestros?

— Tanto como vos, aquí no se viene sin valor.

— ¿Podeis ayudarme á tomar á los bandidos cuanto han robado?

— Sí, todos, dijo el yanke, y yo me pondré á su frente.

— Pues bien, encontraos el 28 de Julio á las once de la noche en la casa Osborn de San Francisco y presentad este billete.

Eduardo le dió por escrito la palabra de órden que principiaba á propagarse por toda la California.

— No faltaremos, contad con nosotros, dijo el yanke.

— Adios, dijo Eduardo separándose del yanke y volviendo á donde estaba Mr. Blatburn ocupado en recojer los mejores vestidos para llevárselos sobre el caballo.

— Daos prisa, M. Blatburn, dijo Eduardo, pues aun tengo que recorrer los campamentos vecinos y quiero estar de vuelta á la noche en el campo americano.

— ¿Cuántos caballos teneis, señor Mercier, preguntó Mr. Blatburn.

— Tres de que vos podreis disponer, dijo Eduardo conociendo su intencion, y el mio que no lleva nada para mi persona.

— Perfectamente.

Mr. Blatburn hizo otros dos paquetes que entregó al guia y uno á cada indio de los que habian sobrevivido á la descarga de los bandidos.

— Ya estoy listo, dijo Mr. Blatburn.

Eduardo no pudo impedir una sonrisa y dijo:

— Partamos.

Montaron á caballo y despues de tomados los informes necesarios se dirigió hácia los otros campamentos.

Mr. Blatburn, que habia adquirido un perfecto conocimiento del terreno dirigia la marcha.

Como lo habia pensado, Eduardo encontró los campamentos devastados en totalidad ó en parte, segun las riquezas que poseian; los pobres mineros habian tenido que abandonar sus riquezas y fueron puestos á rescate como siempre en nombre de milord Rescate.

Eduardo encontró por todas partes, como era muy natural, la misma sed de venganza, la misma avidez para participar al reparto del producto de las rapiñas de los bandidos; por todas partes, en fin, dejó la palabra de órden y recibió en cambio el juramento de los yankes de encontrarse en San Francisco y en la casa Osborn el 28 de Julio á las once de la noche.

Al anochecer llegaron al campo americano; Eduardo se acostó y al amanecer del dia siguiente le dijo á Mr. Blatburn que durante dos ó tres dias iba á vender una parte de sus mercancías y que luego se dirigirian hácia el campo francés si no podian vender todo el cargamento.

— Vos hubiérais podido dejerme en las minas hasta el dia de vuestra partida, dijo Mr. Blatburn.

— Imposible, dijo Eduardo, además yo he respondido de cuanto hubiérais podido ganar aquí.

— Es verdad, pero tres ó cuatro dias mas de trabajo eso hubiera sido tanto mas de ganancia para vos y para mí, respondió el yanke.

— Yo he prometido no separarme de vos, señor mio, dijo Eduardo.

— Eso es diferente, respondió Mr. Blatburn con aire resignado, en ese caso ocupémonos de la venta; cuando el trabajo produce, ¡viva el trabajo!

XIV

El anuncio de la venta de un cargamento que llegaba de San Francisco, hecho una hora antes, bastó para reunir en la plaza que tomó entonces el nombre de *Plaza de la Chilena*, nombre que creemos lleva hoy todavía, á los mineros del campo americano. Eduardo hizo trasportar su convoy y á su alrededor colocó á los indios armados bajo el mando del guia, y ayudado por los señores Ferrier y Blatburn principió la venta.

Los carros fueron colocados en línea á lo largo de la plaza y las mulas y los bultos formando círculo en el centro. Mr. Blatburn tuvo buen cuidado de poner delante sus paquetes de ropas que quiso vender, no guardando para su uso mas que las que llevaba encima.

La venta se hacia á pública subasta.

— ¡Este pantalon! gritaba Mr. Blatburn.

— Un peso, respondia una voz.

— ¡Dos! gritaba otro.

— ¡Tres! ¡cuatro! ¡cinco!

— ¡Una onza!

— ¡Dos!

— ¡Dos onzas! á la una, gritaba Mr. Blatburn.

— ¡Tres onzas en pepita!

— ¡Tres onzas! á las dos, dijo Mr. Blatburn.

— ¡Cuatro onzas de oro en polvo! dijo otro postor.

— Cuatro onzas... cuatro onzas... ¿No hay quien dé mas?... A las tres.

El comprador pesó cuatro onzas de oro en polvo y tomó el pantalon.

— ¡Este chaleco, esta camisa, esta levita casi nueva! gritaba Mr. Blatburn con toda la fuerza de sus pulmones.

— Una, dos, tres, cuatro onzas, decian los compradores disputándose todos aquellos desechos.

Mr. Blatburn sacó una suma enorme comparada con las pocas mercancías que poseia. De un baul de ropa usada sacó trescientos cincuenta y seis pesos, y de un paquetito de viejas camisas ciento noventa y dos.

— ¡Esta caja de ron! dijo Mr. Blatburn.

Todos los rostros se animaron de tal manera que no era difícil conocer que lo que mas preferian en las minas eran los licores.

— Dos onzas, gritó un yanke.

— ¡Cuatro! dijo otro.

— ¡Cinco!

— ¡Seis!

Y así sucesivamente hasta doce.

— ¡Doce onces por una caja de doce botellas de ron! ¿no hay quién de mas? A las tres, dijo Mr. Blatburn.

De este modo se vendió todo un carro de cajas.

— ¡Un saco de galleta! añadió Mr. Blatburn.

— Medio peso por libra, dijo un yanke.

— Un peso, dijo otro.

— Uno y medio.

— Adjudicado á un peso y medio la libra, dijo Mr. Blatburn. ¡Este otro! añadió.

—¡Un peso y medio la libra! dijo un yanke.

—Dos, replicó otro.

—¡Yo tomo todo el cargamento de galleta de las seis mulas á dos pesos la libra y las mulas á cuatro cientos cada una! dijo un yanke que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—¡Adjudicado! gritó Mr. Blatburn fuera de sí de contento.

El yanke hizo venir á unos indios que se apoderaron de las mulas y los sacos de galleta, pagando su importe en onzas de oro, lingotes y oro en polvo.

De este modo se vendió todo el santo dia; al anochecer Eduardo se retiró con tres carros que le quedaban, los caballos y las mulas necesarias para el viaje; su secretario calculó que habia embolsado sobre unos cincuenta mil pesos.

Garcí habia contemplado toda la venta desde la casa de la chilena sentado sobre un gran sillon que ella le habia colocado junto á la puerta, teniendo abiertas las ventanas que daban al campo, y á cada uno de sus lados una docena de hombres armados. De cuando en cuando la chilena le pasaba la mano por los cabellos y la cara, y sin duda le decia algun chiste que lo hacia reir estrepitosamente. Varias veces la chilena le hablaba al oido é inmediatamente Garcí mandaba á uno de sus hombres con las manos llenas de oro á comprar algunos objetos, como telas, galleta y licores, que eran entregados á la Chilena. Sin duda Garcí pasó muy á gusto el dia, pues cuando salió era muy tarde y estaba completamente borracho.

Al amanecer del dia siguiente Eduardo estaba ya á caballo cuando se presentó Garcí.

—¡Buenos dias, protegido, dijo Garcí, si supieras qué noche he pasado!

—¿Y qué me importa? dijo Eduardo.

—Demonios, y qué carácter tienes; ¿ya que tu corazon

es bueno, por qué no lo dejas ver? Generalmente todos son así, las gentes buenas tienen mal carácter; yo que soy malo y feroz como un tigre, tengo mis caprichos y tú eres uno de ellos; cada cual tiene sus debilidades; yo te quiero tanto como á la Chilena.

Eduardo sintió que los colores le subian á la cara.

—¿Qué quereis? dijo con impaciencia.

—Lo que quiero es decirte adios, me han dicho que te vas y he querido darte las gracias...

—¿Por qué?

—Por que no quisistes clavar el cuchillo, ¡qué demonios! esa es la primera vez que he visto tal cosa. Se riñe y generalmente el mas fuerte mata á su adversario; tú por el contrario, te quieren asesinar, vences y dejas volar al pájaro. Toda la noche pasada no he cesado de pensar en tí, y me decia á mí mismo; ese petimetre, ese leon amibarado ha jugado conmigo como si fuera un niño; á ese doncel es á quien debo la vida; y juro á Dios que te hubiera dado un beso como á la chilena.

Eduardo dió un latigazo á su caballo, que dió un salto adelante, y dijo á su secretario:

—Partamos.

La caravana iba á ponerse en camino.

—Espera un momento, dijo Garcí cogiendo la brida del caballo. No seais impolítico, señor mio, que yo aun soy sociable cuando no estoy en campaña.

Eduardo levantó el látigo contra Garcí.

—¡No me toques! dijo Garcí levantando el brazo para parar el golpe; no me toques, de lo contrario no respondo de mí mismo; eso no está bien, porque al cabo y al fin si tú me has prestado un servicio yo te lo he devuelto, pues ayer si no hubiera sido por mí te hubieran asesinado como un perro y tu fuerza de Hércules no te hubiera servido contra una bala cónica.

—Es verdad, dijo Eduardo, ya no nos debemos nada: ¿qué mas quereis?

—Quiero pedirte un pequeño favor.

—¿Cual?

—Necesito pólvora, mis gentes volvieron anoche y durante el dia parece que gastaron una gran cantidad, y los imbéciles quisieron aun hacer salvas y fuegos artificiales delante de la casa de la Chilena, todo esto por festejar á su jefe, de modo que héme...

Garcí se interrumpió y echando una rápida mirada á su alrededor se aproximó á Eduardo y le dijo en voz baja:

—De modo que héme desarmado y si fuera atacado, no podria defenderme pues no me queda ni un solo cartucho. Esto no lo diria á nadie, pero á tí es muy diferente, ya ves que tengo absoluta necesidad de pólvora.

—Me queda muy poca, dijo Eduardo.

—Vaya, dijo Garcí, tú no vendiste ayer mas que la mitad y aun te quedan al menos cien libras, y yo con cincuenta tengo bastante; si quisiera podria á cien pasos de aquí tomarte la pólvora, los carros, los caballos y hasta los hombres, pero no quiero; te he dicho que te protejo y quiero que aproveches hasta el fin, yo no te pido nada mas que esto y si me lo das puedes contar con Garcí mientras viva.

—¿Y si te la doy ya no te deberé nada? dijo Eduardo despues de un momento de reflexion.

—Ya lo creo que no, respondió Garcí animándose, ya lo creo, eso seria salvarme la vida dos veces.

—Está bien; señor Ferrier, dad dos cajas de hoja de lata á este hombre.

—Espera un momento, dijo Garcí; voy á buscar un hombre para que se las lleve y el dinero; á generoso generoso y medio, yo te las pago doble, tú has vendido á ocho pesos, yo quiero pagártelas á diez y seis. ¡¡Pardiez! ¡una onza por cada libra de pólvora! si los príncipes de Europa la pa

garan á este precio no gastarian tanta en salvas ridículas y guerras inútiles.

Y Garcí soltó una carcajada satisfecho de su ocurrencia.

—No, dijo Eduardo, á tí no te la vendo, te la regalo.

—¡Cómo! esclamo Garcí admirado. ¡Cómo! ¡y rehusas ochocientos pesos! ¡Eso es heróico! ¡Cómo! ¿Me salvas la vida y esto gratis? ¡Dios mio, en qué tiempos vivimos! dijo Garcí con tono enfático.

—Qué quieres, cada uno tiene su modo de ver las cosas, respondió Eduardo, un favor que se paga no es favor; toma la pólvora y déjame partir en paz pues tengo prisa.

—Venga esa mano, hombre estraordinario, dijo Garcí, yo te nombro capitan general de mis ejércitos, y si alguna vez tienes necesidad de mi, acuérdate que Garcí está á tu servicio.

Eduardó tendió la mano al bandido que la apretó con efusion.

—¡Adios! dijo Eduardo disponiéndose á partir.

En aquel momento se vió llegar un hombre montado á caballo, en mangas de camisa, sin sombrero, cubierto de sudor, de polvo y de barro que pasaba á todo escape sin pararse. Garcí, que se habia bajado al suelo para pesar las cajas para asegurarse de que estaban llenas, volvió la cabeza, y reconociendo al ginete gritó:

—¡Tony!

El hombre á caballo se paró de repente, miró á su alrededor y reconociendo á Garcí echó pié á tierra.

—Dos palabras, capitan, dijo,

Garcí se apartó un poco para escuchar al mensajero y dijo á Eduardo.

—Espera un momento, quizá me diga algo que pueda serte útil.

Eduardo esperó mirando fijamente á aquellos dos hombres; el mensajero gesticulaba, se animaba y se movia como

un hombre que quiere convencer. Garcí hacia cuanto podia para mostrarse impasible, pero su rostro habia tomado sucesivamente las espresiones de cólera, de descontento, de satisfaccion, y por último, sus ojos se inflamaron, bajó la cabeza y pareció reflexionar un momento, luego la levantó y dió una órden al ginete que fué á sentarse sobre una de las cajas de pólvora. Garcí montó á caballo y aproximándose á Eduardo dijo sonriendo.

—Cuando digo que tú has nacido con buena estrella; si quieres yo te acompaño; eso será mas seguro para tí.

—¿Qué sucede?

—Nada, un asunto que sin duda va á obligarme á ir hasta el campo francés; además, estoy ya cansado de yankés, si continuo aquí voy á comerme cuanto tengo con ellos y prefiero ir á beber algunas copas con los compatriotas.

—¿Qué asunto? preguntó Eduardo.

—Una friolera que tengo que arreglar en el camino; si quieres esperarme yo parto dentro de veinte minutos, el tiempo necesario para que mi gente monte á caballo: de este modo podrás viajar como un milord, pues te doy trescientos hombres de escolta, ¿quieres esperarme?

—No, mis momentos están contados y tengo prisa.

—¿Partes solo?

—Sí.

—Bien, véte, dijo Garcí, mi gente marcha bien y te podrá alcanzar en el camino, y aunque no quieras tendrás doscientos hombres de infantería lijera y cien caballos de escolta; un lord pagaria por esto veinte mil pesos.

Eduardo le dijo adios con la mano y la columna se puso en movimiento. El guia mandó dos indios armados delante y se puso al frente de la caravana. El señor Ferrier se colocó al lado de Eduardo y le dijo.

—¿Sabeis que estamos rodeados de bandidos?

—Esa es la triste verdad.

— ¿Y qué vamos á presenciar algun horrible drama?

— ¿Cómo?

— Sí, yo he oido lo que ese hombre ha dicho á Garcí y esa gente vá á robar y quizá asesinar dentro de poco.

— ¿Qué ha dicho?

— Segun he podido comprender parece que una banda de Garcí ha querido atacar un campamento francés, que ha perdido mucha gente, luego se ha replegado sobre el campo donde ha bebido y jugado sus armas y sus caballos, que ahora se encuentra sin carabinas, sin dinero y sin víveres, y que vuelve al campo americano á buscar á Garcí para pedirle socorro para poder continuar su camino.

— Hasta ahora no veo en vuestra relacion nada de siniestro, dijo Eduardo; además, nosotros tenemos el salva conducto y si están sin armas,..

— Aun no lo he dicho todo, continuó Ferrier, parece que vienen siguiendo á una asociacion de mineros que vuelve á San Francisco. El mensagero le ha dicho á Garcí que esa gente trae gran cantidad de oro y que algunos de ellos eran los mismos que habian ganado el dinero y las armas de los bandidos y que todos iban montados con escelentes mulas.

— Ya comprendo.

— Buena presa, ha respondido Garcí, añadió Ferrier, quien roba á ladron tiene cien años de perdon, como decia don Luis Mejía; vamos á salvar hoy nuestras almas. Esto ha dicho Garcí.

— ¡Infame! dijo Eduardo, ¡despojar á esas gentes que sin duda han trabajado doce horas diarias por espacio de seis meses ó un año y que ahora vuelven á Europa, para hacer la felicidad de sus familias! Preciso es devorar la vergüenza que debemos tener de no hacernos matar antes que asistir tranquilamente á tantos escándalos; el dia de la justicia llegará, señor Ferrier, estad tranquilo.

— En efecto, dijo Ferrier, es muy duro para gentes de

honor presenciar sin decir una palabra las violencias de esos miserables.

Como Garcí lo habia prometido, alcanzó á Eduardo á las pocas horas de marcha. Los indios que custodiaban los carros anunciaron al guia su llegada, mandáronse dos hombres en reconocimiento, los cuales cambiaron algunas palabras con el indio que habia enviado Garcí. El guia consultó á Eduardo, el cual le dijo que dejara aproximar al bandido que seguia el mismo camino que ellos y que no habia nada que temer.

Garcí se presentó con la sonrisa en los lábios galopando con su caballo; vestido con elegancia con un traje de hilo blanco y un sombrero de Panamá echado sobre la oreja, la cintura ceñida por un cinturon de charol del cual pendia un cuchillo de caza y un revolver.

Garcí mandó delante un destacamento de cien hombres á pié con dos indios que les servian de guias. Cuando hubieron pasado delante de Eduardo se dividieron en dos grupos, uno penetró en el bosque por la derecha y otro por la izquierda : luego mandó otros cien hombres delante del convoy apoyados por cincuenta caballos, y con los cincuenta restantes formó la retaguardia, poniéndose él mismo á su frente.

— ¿Es que vais á hacernos presenciar, á pesar nuestro, alguna nueva infamia? dijo Eduardo.

— No, dijo Garcí, emplearemos la dulzura, todo se pasará amistosamente, pues la sangre me causa horror; arreglaremos el asunto diplomáticamente por la via de las negociaciones, la fuerza no se empleará mas que á la última estremidad lo que creo no sucederá.

— Me juras que no asesinarás á nadie? dijo Eduardo.

— Te lo juro, replicó Garcí haciendo la señal de la cruz.

Eduardo continuó la marcho al lado de Garcí que parecia haber olvidado completamente que un drama, en el que de-

bia ser principal actor, le esperaba en el camino que iba del campo americano al francés, ó á un lado del bosque que atravesaba, y se entretenia alegremente cazando ya los faisanes, corzos, gamos, ciervos y hasta pájaros pequeños como palomas, usando siempre la bala cónica y con la carabina. Eduardo al ver su destreza le preguntó si manejaba lo mismo el sable y la pistola.

— Vais á verlo, respondió Garcí tomando el revolver.

Uno de los hombres que marchaban á la cabeza de su escolta habia parado su caballo para encender un cigarro; Garcí apuntó á la cabeza del caballo, hizo fuego y el caballo dió un salto terrible lanzando al ginete á diez pasos de distancia.

Eduardo no pudo contener una carcajada y Garcí se tenia el estómago de tanto reir.

— ¿A dónde habeis apuntado? dijo Eduardo.

— ¡Pardiez! á la oreja, respondió Garcí.

El hombre derribado se levantó de mal humor é iba á desahogar su cólera con alguna blasfemia, cuando vió que Garcí lo miraba sériamente, bajó la cabeza y fué á tomar su caballo.

— Hé aquí un ejemplo de nuestra disciplina, dijo Garcí á Eduardo.

— En efecto, os temen, dijo Eduardo; vos poseeis un gran ascendiente sobre toda esa gente.

— Son capaces de dejarse abrir las cuatro venas por mí, dijo Garcí. Pasemos abora al sable; poned atencion y mirad bien, señor Mercier; voy á partir por el medio aquella fruta encarnada que hay en aquel árbol, marchando á escape y luego corto la rama, pero esto á mi manera; poned atencion: ¡Alto todo el mundo! gritó á su gente.

Toda la escolta se paró como un solo hombre al oir la voz de su jefe.

— Ven aquí, dijo Garcí al hombre que habia derribado,

estás fumando un mal cigarro, voy á darte uno de los mios.

El hombre avanzó con las facciones alteradas por la cólera comprimida y por el miedo, pues ignoraba lo que iba á inventar Garcí.

— Toma, hé aquí un cigarro y esto para que compres otros en el campo francés, añadió dándole seis onzas.

El bandido las tomó con avidez haciéndolas sonar en la mano y volviendo á su puesto gritó.

— ¡Viva Garcí!

— ¡Viva! respondieron á la vez todos los bandidos.

— ¡Plaza! gritó Garcí.

Los bandidos se colocaron en dos filas para dejar pasar á su jefe. Garcí salió á escape y al llegar al árbol que habia designado á Eduardo se levantó sobre los estribos, dió una cuchillada y partió por la mitad la fruta encarnada, tiró con violencia las riendas de su caballo que se encabritó haciendo tres pasos atrás, y antes de que dejara caer los pies delanteros hizo un movimiento á la izquierda, clavóle las espuelas y el noble animal dió un salto terrible hácia adelante describiendo una curva; en este momento Garcí cortó la rama que cogió al caer con la misma mano que tenia el sable y se la llevó á Eduardo.

— ¡Viva el capitan Garcí! gritaron tres veces los bandidos.

Garcí hizo una señal y la columna se puso en marcha.

Hízose alto para comer y á los postres Garcí, que ya estaba medio chispo, propuso á su gente echar un brindis á la salud de los que no podian tardar en llegar.

— Porque al cabo y al fin, dijo mirando á Eduardo, yo les he prometido mi bendicion, ¿es verdad, jóven?

— Vos me habeis dado vuestra palabra de que no se cometeria ningun asesinato, respondió Eduardo.

— Es verdad, es verdad, dijo Garcí, el jóven protegido de la asociacion dice la verdad, abolicion de la pena de muerte,

es decir, si se portan bien; abolicion de la pena de muerte, señores, esto me gusta, porque al cabo y al fin podria llegar un dia en que...

Garcí puso su mano al cuello y sacó la lengua.

En aquel momento llegó un hombre cubierto de sudor y le dijo á Garcí que el convoy que esperaban llegaba y que cincuenta hombres lo seguian escondidos por el bosque á quinientos pasos de distancia.

— Vais á ver una hermosa maniobra, dijo Garcí á Eduardo. ¡En pié todo el mundo!

Todos los hombres se levantaron al mismo tiempo que él.

— ¡Al exámen! gritó Garcí.

Los bandidos fueron á ver sus armas y caballos y miraron á su cintura.

— ¡A caballo! gritó Garcí con un tono de autoridad que Eduardo no le conocia aun.

En tres minutos los caballos fueron ensillados y los hombres montados.

— ¡A las armas! dijo Garcí.

Cada uno de los bandidos tenia un revolver y las bridas de su caballo en la mano izquierda; en la derecha un sable que pendia de la muñeca y un segundo revolver.

— Durante el combate mi puesto está á la cabeza de mi gente, dijo Garcí pasando delante de todos.

— Lástima es, dijo Eduardo á su secretario, que este hombre no haya tomado otra direccion, ved qué bravura, qué corazon, qué sangre fria y qué destreza en el manejo de todas armas.

— Teneis razon, respondió Ferrier.

— Sigámosle; ese diablo de Garcí es una curiosidad y la vida de bandido no carece de cierta horrible poesía; vamos á ver si podemos salvar á esas pobres gentes que vienen sin saberlo á caer en las redes que han tendido estos miserables.

— Vamos, respondió Ferrier.

Los dos jóvenes fueron á colocarse al lado de Garcí.

— Bien hecho, dijo Garcí con orgullo, bien maniobrado, ¿no es verdad?

— Perfectamente, respondió Eduardo.

Garci echó aun una ojeada sobre su gente.

— Tú has olvidado tu sable, dijo con furia á uno de ellos; una quinta parte de menos al primer reparto.

El hombre á quien hablaba miró su mano derecha confundido y desenvainó el sable que pendia á su costado.

— ¡Adelante, marchen! gritó Garcí, poniendo su caballo al galope en direccion al campo francés. Eduardo le seguia sin separarse de su lado.

— Cuando se ataca, dijo Garcí á Eduardo caminando, la energía y la audacia del jefe infunde valor á los soldados, y en la guerra el hombre que ataca es cuatro veces mas fuerte que el que se defiende,

A los pocos minutos llegaron á donde estaba el indio que servia de guia á los mineros y que no habia tenido tiempo para ir á prevenirles.

Garcí y su gente llegaron en un momento frente al convoy de los mineros.

— ¡Alto ahí! gritó.

La caravana se paró y algunos alemanes prepararon las armas como para hacer fuego.

— ¡Preparad las armas! dijo Garcí á su gente.

Los mineros fueron cercados por todas partes en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Abajo las armas y entregaos al capitan Garcí! gritó el bandido.

Hubo un momento de vacilacion.

— ¡Abajo las armas! dijo Garcí, ó no se escapa uno solo de vosotros con vida.

Los mineros vacilaron aun.

— ¡Apunten! gritó Garcí á los suyos.

Trescientos hombres apuntaron sus armas contra cuarenta pobres gentes que aun no podian darse cuenta de aquel ataque inesperado y se miraban unos á otros.

— Atencion, dijo Garcí levantándose sobre sus estribos y blandiendo el sable, á la voz de fuego que no se escape ni un solo hombre.

Eduardo se le acercó y le dijo:

— Acordaos de la palabra que me habeis dado!

— ¡Véte al diablo! dijo Garcí con furor; mi palabra va á hacerme perder algunos hombres, sin tí su cuenta ya estaria arreglada; si no resisten los perdono á todos; pero si resisten no se escapa ni uno solo.

— Dejadme hacer á mí, dijo Eduardo.

— Id y daos prisa, de lo contrario no respondo de nada.

Eduardo se acercó á un anciano que iba delante de la caravana y le dijo en voz baja.

— Rendíos, toda resistencia es inútil; yo os haré restituir una parte de vuestras pérdidas de hoy, os doy mi palabra de honor; dentro de cinco minutos os mandaré las provisiones suficientes para que podais llegar á San Francisco.

— Muy largo es eso, dijo Garcí, esos mozos pueden darse por dichosos de tener un plenipotenciario como tú; pero ten cuidado y no nos juegues una mala pasada, porque en ese caso caerás con ellos.

— Despachaos, dijo Eduardo, ese hombre ha bebido y el vino lo hace mas terrible de lo que es; haced lo que os digo sin vacilar.

El anciano fué á consultar con algunos compañeros, los cuales entregaron las armas á Eduardo quien á su vez las presentó á Garcí diciéndole:

— ¿Estais contento de mi embajada?

— Yo te aprecio, jóven, dijo Garcí con la actitud de un predicador, tú llevas contigo el ramo de olivo, signo de la paz, yo te... yo os bendigo á todos, gente inocente, que ha-

beis robado á los Garcí jugando ayer hasta dejarlos sin camisa, continuad vuestro camino y aprended á vivir y á respetar á los soldados de Garcí; pasad y despachaos.

— Partid, dijo Eduardo.

— Dejadnos al menos una parte de las bestias para poder llegar hasta el campo americano, dijo el anciano, vos sabeis muy bien que se mata un buey cada dia porque la carne no se conserva, y además necesitamos algunos sacos de galleta para no morir de hambre en el camino.

— Cuando no se falta á mis gentes, dijo Garcí, yo soy amable; pero se ha faltado, asesino; mi protegido ha propuesto su mediacion y ha pedido el perdon de los culpables, se le acuerda; no se mata, pero se deja morir de hambre; partid.

— ¡Infame! dijo Eduardo en voz baja.

Y levantando la voz añadió:

— Partid, partid al momento.

Todos los mineros pasaron por delante de Garcí desarmados y con la cabeza inclinada.

— Registradles, dijo Garcí.

Dos bandidos registraron uno despues de otro á todos los mineros é hicieron un gran monton de saquitos de oro en polvo, de lingotes, relojes, cadenas y á varios de ellos las levitas y sombreros que parecieron en bastante buen estado para darlos á los seides de Garcí.

— Depositad todo eso en la caja general de depósitos, dijo Garcí.

Los bandidos colocaron todos los objetos robados en las grandes alforjas de cuero que llevaban cuatro hombres de los que acompañaban á Garcí y en los que tenia una gran confianza.

— En órden y adelante, dijo Garcí.

Hicieron dar media vuelta á las mulas y caballos del conoy de los mineros y Garcí colocó una guardia en torno de

aquel material que él llamó inmediatamente su convoy. En aquel momento vió á un enfermo que se disputaba con el mismo bandido que habia desarzonado pocas horas antes.

— ¿Que hacé ese recalcitrante? dijo Garcí.

— Pide su caballo, respondió el bandido, porque ya no puede marchar á pié, y yo le digo que se lo lleve.

— ¡Cómo! ¿tú se lo das sin órden mia?

— Pero si no puede marchar, replicó el bandido, tú mismo no puedes rehusar esto.

— Te equivocas, canalla, dijo Garcí, aquí nadie manda mas que yo, ¡vive Dios! he dicho que se tome todo y á todos sin escepcion, ¿entiendes?

— ¡Yo canalla! replicó el bandido, porque tengo piedad de un hombre que acaba de darnos el último maravedí y que quiero dejarle un mal caballo, ¡vaya una justicia!

Y el bandido se volvió hácia sus compañeros que dejaron escapar un ligero rumor, aunque estaban inmóviles y con la cabeza baja ante la actitud de su camarada, que parecia provocarles á manifestar su descontento.

Con una rápida mirada Garcí se hizo cargo de la situacion, tomó un revolver y se lanzó contra el bandido que al oir el galopar de un caballo volvió la cabeza al mismo tiempo que Garcí lo apuntaba.

— ¡Capitan! esclamó.

Y no pudo decir mas : Garcí le habia atravesado el cráneo..,

El jóven enfermo asustado bajó del caballo y con gran dificultad se dirigió hácia donde estaban sus compañeros.

— Muy bien hecho, dijo uno de los cuatro bandidos que acompañaban á Garcí.

— Registra el muerto y cuanto tenga es para tí, dijo este.

El bandido echó pié á tierra y encontró en los bolsillos del cadáver dos puñados de onzas de oro, dos pistolas, un puñal y dos relojes.

— ¿Y el caballo? preguntó el bandido.

— Pon las pistolas en los arzones con doce onzas de oro y dadlo al enfermo, dijo Garcí.

— ¡Bravo! esclamó un bandido.

— Tú, dijo Garcí, tú comprendes los grandes hombres, tú tomarás una quinta parte de mas de la presa. Adelante, marchen.

— ¡Viva Garcí! gritó el bandido entregando el caballo al enfermo.

— ¡Viva Garcí! respondió toda la chusma.

— Hijos mios, dijo Garcí, la union hace la fuerza, la disciplina en un estado concluye el poder, y el órden la riqueza, vosotros lo habeis comprendido: este es un hermoso dia para la asociacion. Yo os doy una quinta parte mas cuando lleguemos al campo.

— ¡Viva Garcí! repitieron en coro los bandidos.

Cuando hubieron andado unos cien pasos Eduardo se acercó á Garcí y le dijo sonriendo:

— A fé mia que vos sois un grande hombre en vuestro género.

— Ya lo sé, dijo Garcí; ¿creeis que no se necesita un poco de talento para domar á estas bestias feroces, hacerlas obedecer á una señal y decidirlas á que se hagan matar, ¿y para qué? para enciquecerme. ¿Creeis que no se necesita génio para hacer temblar á todo un pais con ochocientos tunos que no saben mas que izar una vela y lavar un puente convirtiéndolos en soldados terribles? ¿Creeis que no se necesita talento para hacer todo esto?

— Convengo en ello, dijo Eduardo; pero vos concluireis con haceros ahorcar.

— Os equivocais, ó yo vuelvo á Europa cargado de millones; ó si me veo bastante fuerte y me quedo aquí, en este caso organizo mi ejército reclutando á los indios, creo una administracion, me apodero del pais y me convierto en un poder.

— ¿Y el Norte?

— ¿El Norte? si se mueve me declaro partidario del Sud, y no me paro hasta Washington. Yo tengo mis inteligencias por todas partes y estoy al corriente de una vasta conspiracion que tarde ó temprano debe hacer tomar las armas á todos los Estados de la América del Norte, y yo os aseguro que un dia vendrá en que la Europa y la América tratarán de potencia á potencia con este bandido llamado Garcí que hoy veis á la cabeza de algunos tunos sin fé ni ley, como no sea la de sus vicios y crímenes.

Eduardo escuchaba á aquel bandido que hablaba con la conviccion de un hombre que llena una mision, y á cada instante se confirmaba mas y mas en la opinion que habia manifestado á Ferrier, de que el bandido hubiera podido, dadas otras circunstancias y colocado en otro centro, llegar á ser alguna cosa.

— Allá veremos, dijo Eduardo, por el momento permitidme que dé una mula cargada de víveres á esos pobres diablos.

— Es verdad, dijo Garcí, id si quereis; pero te aseguro que si tú estuvieras siempre á mi lado concluiriamos por echar á perder el oficio.

Eduardo tomó una mula del convoy é hizo agregar á los sacos de galleta unas cuantas botellas de ron y cajas de conservas, una carabina con municiones, y acompañado de su secretario volvió atrás hasta encontrar á los mineros robados.

— Amigos y compatriotas, dijo, hé aquí con qué poder continuar vuestro camino y defenderos en caso de necesidad contra los animales feroces; esto es un adelanto sobre lo que habeis perdido y que yo os prometo restituir en parte si sois hombres capaces de prestarme auxilio en caso de necesidad.

Y Eduardo les distribuyó, además de los víveres, un saquito de onzas de oro.

— Sí, dijeron varias voces.

Todos los viajeros que antes estaban sentados y tristes se pusieron en pié y rodearon á Eduardo.

— No os pido mas que una cosa, dijo Eduardo.

— Hablad y se os obedecerá, contestó un viajero.

— Encontraos el 28 de Julio á las once de la noche en la casa Osborn de San Francisco y presentad estas líneas.

Eduardo les entregó un papel en que escribió la fórmula que ya conoce el lector.

— Contad con nosotros, dijeron los viajeros tendiéndole las manos.

— Está muy bien, respondió Eduardo.

Eduardo y su secretario volvieron de nuevo á encontrar á Garcí y despues de algunas horas de marcha hicieron su entrada triunfal en el campo francés.

XV

La noche misma de su llegada al campo francés Eduardo recibió la visita de varias personas que iban á informarse de los precios de las mercancías para preparar la lucha comercial que debia comenzar al dia siguiente, entre los cuales habia dos franceses que acudian al saber que un negociante compatriota suyo acababa de llegar despues de haber pasado por el campo americano.

—Vos debeis tener en vuestro poder onzas de oro en moneda acuñada, dijo el llamado P...

—Sí señor, respondió Eduardo.

—Yo os las compro.

—Y yo tambien, dijo el otro francés llamado S...

—¿Por qué razon, señores? preguntó Eduardo.

—Porque voy á partir para San Francisco, dijo P..., y segun me han dicho, en la casa de juego no quieren recibir mas que las onzas de oro acuñadas, y como yo no voy mas que para jugar, vos comprendeis fácilmente que necesito hacer provision.

—Muy bien, dijo Eduardo, yo tengo una buena cantidad; ¿á cómo me las pagais?

—Yo os daré una onza y media de oro en polvo por cada una.

—Y yo dos, dijo S...

—Y yo tres, replicó P...

—Acepto, dijo Eduardo.

El señor S... salió para ir á buscar el oro en polvo y volvió al poco rato con algunos sacos; pesáronse y Ferrier pagó el precio convenido en moneda sonante.

—Buen negocio, dijo Eduardo á su secretario, si esto continúa vamos á poder dejar en San Francisco la friolera de cien mil pesos para que principie á marchar nuestra jóven sucursal.

Al dia siguiente comenzó la venta sobre la plaza pública, Garcí por un lado y Eduardo Mercier. La botella de aguardiente subió hasta veinte pesos cada una, la galleta se vendió á dos pesos como en el campo americano, pero la pólvora subió á un precio fabuloso; el mismo Garcí pujaba y compraba, pues él queria, segun dijo varias veces al señor Ferrier cuando venia á entregarle los cartuchos de onzas de oro, hacer pagar al público las cincuenta libras que Eduardo le regaló en el campo americano.

Garcí y Eduardo realizaron sumas prodigiosas y ambos solo conservaron lo estrictamente necesario, el uno para su regreso á San Francisco y el otro para el tiempo que pensaba pasar en el campo francés.

La venta habia comenzado por la mañana, y al medio dia se habian vendido ya mercancías, carros, mulas, sillas de montar y cuanto hubo que vender.

Eduardo Mercier ganó en pocos dias una fortuna y la poseia en oro en polvo, lingotes y onzas; hizo tres paquetes atados fuertemente, dió uno á Ferrier, otro á Mr. Blatburn y otro para él, encargando que cuando cualquiera de ellos saliera los otros dos debian quedarse armados para custodiar el tesoro.

Eduardo salió á dar una vuelta por el campo para estudiar la vida de los mineros, objeto principal de su viaje; por fin, cansado de ver, correr y observar volvió á su tienda donde encontró á Ferrier muy contento.

— ¿Qué sucede? preguntó.

— He hecho un magnífico negocio.

— ¿Cuál?

— He vendido una botella de aguardiente por dos onzas de oro en polvo; yo la he vendido solo por poder consignar este hecho curioso en mis notas de viaje.

— Mal hecho, dijo Eduardo, pues vos sabeis que no nos queda mas que lo absolutamente necesario para el viaje.

— Qué quereis que hiciera, tanto han insistido que al fin he cedido; hé aquí el oro.

Eduardo examinó el saquito y lo pesó en su mano.

— Aquí no hay dos onzas, dijo Eduardo.

— Sí señor, respondió el secretario, yo mismo lo he pesado con este peso que me ha prestado el señor X...

Eduardo tomó el peso, pesó el oro y quedó admirado al ver que estaba bien el equilibrio; examinó las pesas y dijo :

— Estas pesas son falsas, y vos habeis cometido un robo.

— ¡Cómo! esclamó Ferrier.

— Como lo ois.

— En ese caso quien lo ha cometido es el señor X... al cual he pedido el peso de su establecimiento; en efecto, ahora me acuerdo que me preguntó si era para comprar ó para vender, y yo le he respondido buenamente que era para vender. Examinemos las pesas á ver el excedente.

Pesóse de nuevo, y el señor Ferrier, el hombre mas honrado del mundo, se encontró con que habia vendido una botella de aguardiente del mas inferior por seis onzas de oro.

Eduardo Mercier quedó convencido, como quizá lo estarán la mayor parte de nuestros lectores, que las minas de

California producen poco para el minero y mucho para los negociantes, y que el robo organizado y tomado como sistema es lo que produce muchísimo mas.

Eduardo Mercier habia terminado su empresa comercial, vendido sus mercancías y anunció á los señores Blatburn y Ferrier de que partirian al dia siguiente, pues no le quedaba otra cosa que hacer que dar una vuelta por el campo francés para completar sus estudios, y dió órden á su guia para que hiciera todos los preparativos necesarios á fin de poder partir por la noche, evitando de este modo los calores del primer dia de marcha.

Al amanecer salió Eduardo de su tienda acompañado de su guia y dos indios y recorrió todos los campamentos sondeando los ánimos para realizar su proyecto de órden y de seguridad en California. Solo una asociacion pareció compuesta de partidarios de Garcí, y tomó una actitud amenazadora cuando les preguntó si habian sufrido por causa de los bandidos que recorrian el país; sin cuidarse de este incidente pasó adelante, no sin temor de ser denunciado á Garcí, pues fácilmente conoció que aquellos eran afiliados ó protegidos de Garcí, y aun quizá bandidos que trabajaban por su cuenta. Todos los demás campamentos aceptaron la proposicion y recibieron la palabra de órden que debia reunir algunos miles de hombres resueltos en casa de la señora viuda de Osborn el 28 de Julio á las once de la noche.

Como la sequedad se hacia sentir, Eduardo Mercier resolvió tomar la orilla del San Joaquin para volver á San Francisco á fin de encontrar pasto para los animales. A las tres de la madrugada montaron á caballos, y ya iban á ponerse en marcha cuando apareció Garcí denotando en su aire cierta desconfianza.

—Señor Mercier, dijo, dos palabras, echad pié á tierra.

—¿Qué quereis? dijo Eduardo.

—Bajad, deseo hablaros.

Eduardo echó pié á tierra, Garcí tomó su brazo y llevándoselo aparte para que nadie lo oyera dijo :

—Vos sois un hombre de honor y se puede tener confianza en vos; responded á mi demanda. Ayer vos habeis dado un paseo sospechoso y habeis hablado mal de mí; eso no me parece bien, porque al cabo y al fin yo no os he hecho nada; aun si fuera esto solo se podria perdonar, pues no se puede exigir que un hombre como vos quiera bien á un hombre como yo; pero conspirar, amigo mio, eso es harina de otro costal, y no pasa; yo podria no dejaros partir ó partir con vos; antes de tomar ninguna resolucion quiero que me respondais con la franqueza que os caracteriza. Dícese que vos habeis venido solamente para jugarme una mala pasada y que quereis sublevar contra mí los campos francés y americano para esterminarme aquí, ¿esto es verdad?

—¡Esterminaros aquí! dijo Eduardo.

—Sí, eso es lo que se dice, ¿es verdad esto?

—Os han engañado.

—Y que volveis al campo americano donde habeis conservado inteligencias con los yankes que me detestan.

—Os han mentido, yo no vuelvo al campo americano, porque no tengo nada que hacer allí; además, mis caballos podrian morir de hambre si me separara de las márgenes del San Joaquin, el cual pienso costear hasta llegar á San Francisco, de donde saldré para Panamá algunos dias despues de mi llegada.

—¿Me dais vuestra palabra de honor?

—Os la doy.

—Eso es diferente, dijo Garcí, partid... pero mucha atencion, jóven, no os hagais ilusiones ni conspireis contra Garcí porque os costaria cara la fiesta.

—Os repito que voy directamente á San Francisco.

—Pues bien, dijo Garcí mirándole fijamente, me están dando deseos de acompañaros.

—Venid y me hareis compañía.

—Yo aun tengo que hacer en el campo americano; venid conmigo por ese lado.

—No, respondió Eduardo, yo he tomado una resolucion y no tengo tiempo que perder, pues quiero embarcarme antes del 10 de Agosto para llagar á Panamá antes del 20 de Setiembre y nada me hará cambiar mi itinerario.

—Bien, dijo Garcí murmurando algunas palabras que Eduardo no pudo comprender, bien; sin embargo, podria forzaros, pues no sé por qué principio á dudar de vos, señor hombre honrado.

—Y yo os digo, replicó Eduardo con firmeza, que estoy decidido á hacerme matar antes que ceder.

—Ya sabemos eso, dijo Garcí; ya sabemos que vos sois un valiente testarudo como he visto muy pocos: ¡qué demonios! nadie os quiere matar, esto es un capricho, cada cual tiene los suyos,

—¿Teneis aun algo que decirme?

—No.

—Entonces me voy.

—Dadme vuestra mano y partid; pero juguemos limpio, os lo prevengo.

—Esa es mi costumbre.

—¿Cierto?

—Como lo ois.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—En San Francisco si llegais á tiempo.

—¿Cuándo salís para Panamá?

—Antes del 10 de Agosto.

—¿Pero cuándo?

—Del 5 al 10.

—Entonces os veré, pues yo llegaré antes del 5.

—¿Pero cuándo? preguntó á su vez Eduardo.

—Del primero al 5.

— Os espero, pues, del primero al 5.

— Convenido. ¿Y si por casualidad quisiera embarcarme me tomariais á vuestro bordo?

— Eso dependeria de las circunstancias.

— ¿Cuáles?

— En San Francisco os las diré.

— ¿Luego cabe en lo posible?

— Perfectamente.

— ¿A dónde podré encontraros?

— En la fonda sin duda.

— Hasta la vista, pues.

— Hasta la vista, dijo Eduardo montando á caballo.

Garcí siguió con la vista á la caravana hasta que hubo desaparecido en la oscuridad. Luego con la cabeza inclinada sobre el pecho pareció meditar un rato.

— Vamos, manos á la obra, dijo Garcí en alta voz, y sobre todo tomemos nuestras precauciones. En San Francisco no hay nada que temer, allí no hay mas que mujeres y ricachos que no quieren arriesgar nada. En el campo francés se trabaja y además vamos á examinarlo; sobre todo son los yankes los que se deben visitar antes de partir, y ¡ay de ellos! si se mueven.

Garcí entró en su tienda mandó cuatro espías detrás de Eduardo con órden de no perderlo de vista, cuatro para que inspeccionaran el campo francés y otros cuatro al campo americano, y se quedó aun algunos dias en el campo francés para concluir lo que él llamaba sus negocios, que consistian en apoderarse de grado ó por fuerza de una parte del trabajo de los mineros y en dar ocupacion en las minas á un pequeño número de sus satélites que á falta de buen terreno arrojaban á las asociaciones formadas sobre diferentes puntos y continuaban por su cuenta el trabajo comenzado.

Dejémosle en el campo francés y sigamos á nuestro héroe.

Despues de algunos dias de penosa marcha Eduardo y su

comitiva llegaron á la orilla del San Joaquin, donde encontró una asociacion de mineros que habian encendido el fuego para preparar la comida : pidióles noticias de San Francisco y le respondieron que no teniendo recursos suficientes para comprar los caballos y bueyes que necesitaban, habian comprado una barca y que con ella habian remontado el rio, por consiguiente que habian salido antes que él.

Eduardo les propuso hacer mesa redonda, como suele decirse; los mineros aceptaron, cambiando el producto de la caza por el vino, los licores y la galleta de que principiaban á carecer.

Concluida la comida y cuando ya iban á separse el guia de Eduardo se le acercó diciéndole :

— Mi amo, dentro de poco tiempo estos hombres llegarán al campamento y no pueden perderse, ni correr ningun peligro, pues llevan un guia que ha hecho tres veces el viaje.

— Y bien, ¿ qué quieres? preguntó Eduardo.

— Mi hermana que nos acompaña ha predicho una desgracia y yo veo que cuanto mas avanzamos mas árida es la tierra.

— Pero puede llover, dijo Eduardo.

— No, repuso el guia, no lloverá hasta que lleguemos al mar.

— ¿Cómo lo sabes tú?

— Yo lo veo, dijo el guia estendiendo la mano hácia el horizonte y volviendo la cabeza hácia el Oeste y el Sur, respirando con violencia como si quisiera aspirar todo el aire antes de hablar; no, añadió, no caerá ni una gota de agua antes que lleguemos al mar.

— ¿Y qué quieres hacer? preguntó Eduardo.

— Esos hombres ya no necesitan su barca, dijo el guia, mañana tendrán que abandonarla y no les importará nada hacer algunas leguas á pié; tómasela ó cómprala, si no tú corres peligro de perecer en el camino; tus piernas no son

como las nuestras; nosotros podremos marchar y tú y tus compañeros no.

— ¿Y nuestras mulas y caballos?

— Dádselas pues van á perderse, ó guárdalas y caminarán mientras puedan, quizá la mitad del camino.

Eduardo conocia demasiado bien la sagacidad y la prevision de su guia para no escuchar sus consejos. Hizo proposiciones á los viajeros que parecieron decididos á conservar la barca para volver á San Francisco despues de un mes de trabajo, y discutian entre ellos la conveniencia de dejar dos constantemente guardándola y de trabajar cerca del rio, ó de ir al centro del campamento francés los mas lejanos y mas productivos, segun las noticias que acababan de recibir.

En aquel momento un indio llamó al guia y le habló en voz baja señalando el bosque.

— Mi amo, dijo el guia á Eduardo, ven.

— ¿Qué quieres?

— Es absolutamente necesario que poseas esa barca, pues corres un nuevo peligro.

— ¿Cuál?

— Te siguen.

— ¿Quién?

— Gente armada.

— ¿Cuántos?

— Cuatro.

— ¿Qué importa? nosotros somos doce.

— ¡Quién sabe los que vendrán luego!

— ¿No se puede saber?

— No, se necesitaria volver cerca del campamento; y además, quién sabe si esperan que estemos lejos muertos de hambre y sin caballos...

— Tienes razon, dijo Eduardo.

Y volviéndose á los mineros les dijo:

— ¿Cuánto quereis por la barca?

— A fé mia, ¿cuánto nos dais? dijo uno de ellos.

— Fijad el precio vos mismos, dijo Eduardo, pues yo temeria pensar demasiado en mi favor y muy poco en vos.

— No, decidlo vos mismo.

— Como querais: vuestra barca habrá costado en San Francisco.

— Doscientos pesos, interrumpió uno de los viajeros.

— ¡Doscientos pesos! esclamó Eduardo, yo creia que todo lo mas sesenta... pero en fin, ya que quereis ese precio admito.

— Pero nosotros queremos el doble, dijo otro.

— Lo que hace cuatrocientos pesos, dijo Eduardo.

— Queremos doble y dos mulas para nuestros bagajes, dijo un tercero.

— Está bien, respondió Eduardo.

— No, dijo otro, yo no consentiré que se dé menos de mil pesos.

— Mil pesos eso es, dijeron todos á la vez, ese es el último precio.

— En fin, señores, dijo Eduardo, pónganse ustedes de acuerdo ó continuo mi camino, pues á pesar del deseo que he manifestado, no quiero ni apoderarme de vuestra barca, ni pagarla á un precio exorbitante.

Los mineros temieron se les escapara una buena ocasion de principiar su fortuna y pidieron mil pesos, un caballo, dos mulas, un saco de galleta y una caja de ron.

Eduardo aceptó é inmediatamente hizo cargar la barca y dió la señal de partida.

La caravana de Eduardo costeó las verdes márgenes del San Joaquin dejando la barca abandonada á la corriente.

Los indios se equivocan raramente: Eduardo perdió sucesivamente los caballos y las mulas; al cabo de ochos dias de marcha ya no les quedaban mas víveres que algunos sacos

de galleta, muy pocas conservas y ron, y ni si quiera una gota de vino.

La marcha era mas penosa y lenta; en atencion á los pocos víveres que quedaban se fijó una racion diaria á cada hombre; los que estaban cansados montaban en la barca y los otros seguian á pié. Eduardo, Mr. Blatburn y Ferrier dieron el ejemplo de igualdad ante las privaciones y los sufrimientos, limitándose á su racion y marchando á pié cuando les llegaba el turno.

Faltábanles aun dos dias de marcha para llegar á Venicia y determinaron hacer una parada de una noche; encendieron las hogueras que debian servir para asar los animales que habian cazado y para ahuyentar los tigres y osos que tanto abundaban en aquellas comarcas.

Al amanecer del dia siguiente volvieron á emprender la marcha, á medio dia hicieron alto y un indio apercibió un toro salvaje que erraba por la orilla del rio; organizóse una verdadera caza y lograron matarle al momento en que iba á atravesar los espesos matorrales, verdes durante las lluvias de invierno y secos é inflamables durante los grandes calores.

Antes de embarcarse debian descansar una hora. Eduardo, sentado en la barca, meditaba. Mr. Blatburn, despues de haber almorzado, se acostó á la entrada del bosque. El guia velaba cerca de sus indios dormidos y hacia un momento que parecia inquieto, volviendo con frecuencia la cabeza hácia el sitio en que se habia encendido el fuego para hacer el almuerzo, aspirando con fuerza la débil brisa que venia del bosque. De repente se puso en pié dando un grito para dispertar á dos indios. Eduardo sorprendido le interrogó y el guia no respondió, aspirando de nuevo con inquietud el aire del bosque; dió una órden á los dos indios que habia dispertado, los cuales desaparecieron un momento volviendo en seguida á escape.

— ¿Qué hay? preguntó Eduardo.

— ¡Fuego! respondieron los indios.

— ¿A dónde?

— En el bosque, respondió el guia.

— ¿Qué importa? dijo Ferrier.

— Importa, dijo el guia con terror, que todo el pais en torno nuestro va á arder y el rio se cubrirá de cenizas; todo el mundo á la barca y que se mojen las velas.

Tan rápidos eran los progresos del incendio que apenas tuvieron tiempo para embarcarse y deslizar la barca. En medio del tumulto general causado por el terror y la exasperacion del guia, cuya sangre fria no se habia desmentido nunca y que por primera vez temblaba de miedo, hizo que no se pensara mas que en saltar á borde.

— ¿Y Mr. Blatburn? preguntó Eduardo.

— ¡Mr. Blatburn! gritó Ferrier con aire de duda.

Luego miró hácia el fondo de la barca que se hundia bajo el peso de los indios amontonados unos sobre otros y dijo:

— ¿Mr. Blatburn, estais ahí?

— ¡A tierra! dijo el guia, ¡se le ha olvidado y está perdido!

— ¿Cómo perdido? gritó Eduardo; no, antes perecer todos que abandonar á uno solo.

— Pues bien, pereceremos todos, replicó el guia, si no desaparecemos de aquí antes de cinco minutos; por lo demás, que muramos aquí ó un poco mas lejos viene á ser lo mismo.

Y se sentó con calma como un hombre resignado.

— Ya que estamos perdidos al menos muramos como valientes, dijo Eduardo. Señor Ferrier ayudadme á conducir la barca á tierra y llamemos con todas nuestras fuerzas.

— ¡Mr. Blatburn! ¡Por aquí, Mr. Blatburn! gritaban uno despues de otro Eduardo y su secretario sin que nadie respondiera á su voz.

El guia habia levantado la cabeza y contemplaba con pie-

dad á aquellos dos jóvenes que por salvar la vida de un solo hombre esponian la de doce.

— Heme aquí, gritó Mr. Blatburn, apareciendo en el momento en que la barca tocaba la orilla.

Mr. Blatburn se habia dispertado al oir el terrible chisporroteo del bosque que ardia en torno suyo, y no viendo á nadie echó á correr en la direccion que oia las voces desesperadas que lo llamaban.

Su primera espresion fué una blasfemia contra todo el mundo y la primera de Ferrier fué soltar una carcajada y caer sentado apretándose el estómago. Mr. Blatburn dió un salto peligroso y fué á caer encima del señor Ferrier.

— Poned atencion, dijo este de mal humor á su turno.

— No teneis mas que lo que mereceis, dijo Mr. Blatburn, no se rie cuando se vé á un hombre en peligro.

— Vos no estais en peligro, se os ha salvado y aun no estais contento, nosotros somos quienes hemos corrido peligro, y si no mirad.

Mr. Blatburn volvió la cabeza y vió que el fuego habia llegado hasta la orilla del rio quemando los juncos, una llamarada llegó hasta la barca y sofocó á Mr. Blatburn que se echó atrás y si no hubiera sido por un indio que pudo cojerlo por la corbata hubiera caido al agua.

— Remad hácia el medio, dijo el guia.

— Atencion, Mr. Blatburn, dijo Ferrier riendo, pues hay en el rio cierto tiburon que nosotros conocemos que es mucho mas temible que el fuego.

— Ya lo creo, dijo Mr. Blatburn, llevando toda esta canalla á bordo tenemos noventa y nueve probabilidades contra una de irnos á pique.

— Es muy posible, dijo Ferrier, en este momento estamos colocados entre el agua y el fuego, de modo que podemos elegir entre morir asado ó comido por un tiburon.

— Pues bien, dejadlos en tierra, dijo Mr. Blatburn.

—Aproximaos vos á tierra ya que sois tan valiente.

—Echadlos pues al agua.

—Dadles el ejemplo.

—Id á todos los diablos, dijo Mr. Blatburn.

—Ya veis que vamos al diablo, dijo Ferrier, la ilusion es completa; un fuego infernal, un rio ardiendo, una lluvia de fuego y los demonios en torno nuestro, mirad.

Ferrier se puso sério, la sonrisa espiró en su lábios y el terror sucedió á la alegría. Todos los rostros palidecieron de terror.

El incendio habia cubierto toda la orilla derecha y ganado la izquierda que ardia ya lanzando brasas incandescentes que iban á caer en el rio; las llamas, empujadas por el viento, atravesaban el rio de una á otra orilla cubriendo la barca. Los viajeros hacian grandes esfuerzos para activar la marcha de la barca. Eduardo, que tenia el timon, calmaba el miedo de todos infundiéndoles ánimo para huir de aquel horrible espectáculo que ofrecian catorce hombres amontonados sobre un débil esquife que hacia agua á la menor oscilacion; catorce individuos haciendo esfuerzos sobrehumanos, unos empleando los remos, otros las perchas y otros en fin las culatas de las carabinas.

El humo se hizo mas espeso y principiaban á no distinguir el incendio; los remeros no podian respirar, una tós seca acompañada de ronquera se declaró en algunos indios que dejaron caer los remos; Eduardo quiso cojer uno y el esquife hizo agua.

—Que nadie se mueva, grito Ferrier; don Eduardo tomad el timon y conservad vuestra sangre fria.

Ferrier dió un solemne puñetazo á un indio que queria arrojarse al agua y sacando su revolver dijo:

—Al primero que se mueva le levanto la tapa de los sesos.

Luego con su sombrero principió á vaciar el agua cuanto

pudo y despues se sirvió de los pañuelos como esponja. Cuando concluyó estaba inundado de sudor, pues habia hecho en cinco minutos el trabajo de media hora, y respiraba con dificultad; su rostro se inflamó, las venas de su frente se hincharon y cayó al lado de Eduardo.

—¿Qué teneis? preguntó este asustado.

—Me ahogo, agua, dadme un poco de agua.

Eduardo cogió el sombrero mojado, lo llenó de agua y se lo dió. Ferrier se lavó la cara y la cabeza y pareció volver en sí.

—¡No os movais! fué la primera palabra que pronunció.

Luego fue á colocarse en medio de la barca donde reunió las dos velas.

—¡No se distingue nada! ¡Maldicion! esclamó Ferrier.

En efecto la oscuridad era estrema; una ráfaga de viento hizo elevar de repente la espesa capa de humo, todos aquellos moribundos pudieron reconocerse y dirigieron una mirada escrutadora en torno de ellos, á derecha, á izquierda, delante y detrás, todo ardia. Cincuenta leguas cuadradas de terreno eran devoradas por un incendio formidable, nunca visto, tal que ningun sér humano ha podido y quizá no podrá volver á contemplar.

Ferrier, sin perder un solo instante su sangre fria, volvió á mojar las velas é hizo que todo el mundo se cubriera con ellas. Mr. Blatburn se envolvió en el pedazo que pudo coger, se tendió á lo largo sacando los brazos fuera del esquife para mojarse la cabeza. Eduardo se ahogaba con el humo, pero no por esto dejaba desviar el barquichuelo que al fin fué abandonado á la corriente.

Las velas que abrigaban á los catorce viajeros se cubrian de ceniza; de cuando en cuando una chispa ó un tizon las agujereaba y caia al interior quemando á alguno, quien daba un sobresalto que hacia perder el equilibrio al esquife.

Mr. Blatburn principaba á sentir los primeros síntomas de la asfixia.

Ferrier estaba estendido al lado de Eduardo que en vano habia intentado á continuar manejando el timon, y solo tenia un remo en la mano para alejarse de la orilla si el viento ó la corriente los llevaba hácia el fuego.

Los indios se acurrucaron y el guia continuaba sentado en la proa lavando á la jóven que lo acompañaba y que estaba sentada á sus piés con la cabeza inclinada sobre sus rodillas.

La atmósfera se oscureció completamente y el fuego no volvió á aparecer en los lados del camino infernal que seguia el convoy. No se oia mas que el chisporroteo lejano de los enormes caobas que ardian y se desplomaban, las esplosiones de los tarros porosos, los ahullidos y rugidos de los animales salvajes que gritaban como pidiendo socorro contra el terrible enemigo, produciendo todo un rumor infernal.

Bajo las velas mojadas y casi calcinadas nadie se movia ya.

Al esterior ruido siniestro y desgarrador.

Al interior el silencio.

Por todas partes la muerte.

XVI

Dejamos á Garcí pensativo viendo ausentarse á Eduardo Mercier por el sendero que debia conducirlo á las orillas del San Joaquin y mandar en su seguimiento cuatro espías que debian seguirle hasta Venicia, para el caso en que dejando el rio volviera al campo americano del cual desconfiaba.

El capitan Garcí pasó aun dos dias organizando á sus mineros y dejándoles los víveres y las municiones necesarias, poniendo á rescate algunas asociaciones y equipando lo mejor que pudo á toda su gente.

Cuando todo estuvo concluido salió para el campo americano tomando el mismo camino que habia venido pocos dias antes en compañía de Eduardo Mercier. Al llegar al sitió en que robó á la caravana sonrió de placer, cuando uno de sus hombres le mostró el esqueleto rodeado de algunos pedazos de tela blanca del bandido que habia asesinado.

Garcí no pudo reprimir un sentimiento de horror y dijo :

— Déjame tranquilo, encontrar un muerto es muy mala señal.

— Lo que es mala señal es estar muerto, dijo el bandido.

Garcí rió de la ocurrencia y continuó su camino.

Al llegar á la plaza de la Chilena quedó estupefacto de no ver á nadie. Fué á llamar á la puerta y esta cedió, y Garcí pudo convencerse al momento que la casa estaba abandonada.

— ¡Ni siquiera un gato! dijo Garcí.

Acercóse á las otras tiendas y tampoco vió á nadie.

— No cabe duda, dijo con emocion, la conspiracion; corramos á los campamentos, que se queden doscientos hombres aquí y ciento que me sigan á escape.

Garcí visitó todos los terrenos donde habia visto asociaciones de mineros y sin encontrar alma viviente. Por fin vió una tienda que se levantaba sola sobre una pequeña eminencia, encaminóse hácia ella diciendo:

— Espero que en esta encontraré á alguien.

En efecto, no se equivocaba, al llegar á la puerta vió una docena de hombres súcios y medio ébrios.

— ¿Qué sucede? preguntó Garcí.

— Todo el mundo ha partido, respondió uno de ellos.

— ¡Traicion! gritó Garcí.

— ¡Traicion! ya lo creo, dijo el minero, hace muchos dias que debiais haberos apercibido de ello.

— ¿Cuándo partieron? preguntó Garcí.

— Ayer.

— No hay tiempo que perder, despachemos.

— ¡A donde vamos? preguntó el minero.

— A San Francisco.

— Si hubiéramos sabido no hubiéramos partido con los compañeros, pero hemos querido respetar la consigna y morir en nuestro puesto.

— ¡Morir! esclamó Garcí; cobardes, en vez de levantar la tapa de los sesos á todos esos canallas y de haceros matar hasta el último, los habeis dejado partir.

—¡Doce hombres matar á tres ó cuatrocientos mozos robustos como toros! vaya una ocurrencia, el capitan se vuelve lelo.

—Cállate, dijo Garcí furioso levantando el sable, cállate ó te parto por medio.

—Vamos no hagais el terrible, replicó el bandido.

—Partamos, dijo Garcí.

Diez individuos de los doce que habia por tierra pudieron levantarse, los otros dos estaban tan embriagados que no podian oir ni articular una palabra.

—¿Y estos? preguntó el minero.

—Déjalos aquí y dadles dos sacos de galleta y un barril de ron.

Los diez mineros se juntaron á la banda de Garcí y todos juntos se dirigieron al centro del campo. Al llegar á la plaza de la Chilena volvió la cabeza hácia el camino que conducia al campo francés y dijo :

—Hola, hola, parece que llega gente, esos deben ser mineros del campo francés que vuelven á San Francisco, ¡voto á los mil demonios! estoy de mal humor y van á pagármela por todos; sin duda me esperan para tomar una resolucion, una quinta parte de mas para el escuadron; yo necesito dinero y sangre, sobre todo sangre.

Garcí avanzó apretando los dientes de rabia y con el sable desenvainado.

—¡A ellos y que no se les deje ni una camisa!

Los cien ginetes que tenia lo siguieron.

—¡Esperad! dijo Garcí como para saborear el placer que se le ofrecia, con la posibilidad de descargar su cólera.

—¡Carguen! gritó con voz de trueno.

Todo el escuadron con Garcí á la cabeza cargó sobre un grupo de hombres mal vestidos y estenuados de cansancio sin darles tiempo de echarse á un lado. Los que estaban en primera línea fueron derribados por los caballos, pero afor-

tunadamente para los otros Garcí y su gente se habian parado sorprendidos de encontrarse en medio de sus compañeros que habian dejado en el campo francés.

— ¿Qué quiere decir esto? grito Garcí,

— Esto quiere decir que el campo francés se ha ido en masa, respondió el jefe de la asociacion de mineros que formaban parte de la banda de Garci.

— ¿Cuándo? dijo Garcí con inquietud.

— Dos horas despues de vuestra partida.

— ¡Traicion! gritó de nuevo Garcí.

— Ya lo creo, pues no se han ocultado para decir que iban á haceros ahorcar.

— ¿Y no habeis muerto al que ha dicho eso? dijo Garcí.

— Todos lo han dicho, dijo el bandido, nosotros hemos matado á uno y ellos nos han matado dos, de modo que no hemos podido hacer otra cosa que agachar las orejas y marcharnos. Ya se os habia dicho que se conspiraba y que un *señor* nos habia hecho proposiciones, vos no habeis querido hacernos caso, de modo que cuanto pasa es por culpa vuestra.

— Buscaremos un remedio para ese mal. ¡Ah! señor Mercier, dijo como hablando consigo mismo, vos me la pagareis y os juro que si caeis en mis manos os he de pelar vivo! ¡En pié todo el mundo! gritó á su gente.

Los trescientos ó trescientos cincuenta hombres que Garcí tenia consigo los dividió en porciones desiguales en número y gente á caballo y á pié y para cada uno nombró un jefe.

Al primero confió ciento cincuenta hombres con órden de marchar á marchas forzadas sobre el campo francés, alcanzarle en el camino y derrotarlo completamente, y de marchar en seguida sobre Venicia por las orillas de San Joaquin sin perder un instante.

Al segundo le dió cincuenta hombres con órden de atravesar el bosque por los senderos que le eran conocidos, de bajar por la orilla del rio, de perseguir la caravana de

Eduardo Mercier hasta la ciudad si era necesario y de llevárselo muerto ó vivo por el camino que conduce de Venicia al campo americano; de poner trescientos hombres sobre las armas en San Francisco, de tomar otros doscientos y de volver con ellos á su encuentro; y en fin, que si encontraba á los mineros que los atacara é impidiera el paso, que él no tardaria en llegar con un refuerzo.

Al tercero le dió cien hombres armados y los mineros que debian seguirlos á pequeñas jornadas, pues los unos estaban ya estenuados de cansancio por una marcha forzada y los otros ébrios que no podian tenerse en pié.

Y tomando á parte á este último jefe le dijo :

— El primer cuerpo es de ciento cincuenta hombres, pero como yo no estaré allí necesitará mas gente y necesita los otros cincuenta que voy á dejarle. El segundo cuerpo no es mas que de cincuenta hombres, pero buenos y es mas de lo que se necesita para estrangular á ese mozuelo que va á pagarme caramente sus hermosos proyectos y su aire de importancia. En cuanto á nosotros, no somos mas que ciento, los mineros no se cuentan, y tenemos que atacar al menos trescientos yankes. Escucha bien mi cálculo; yo solo valgo cien yankes, luego quien de tres retira uno quedan dos; nosotros tenemos doscientos hombres contra doscientos yankes, la partida es igual; pero hagamos lo posible para vencer; y sino somos perdidos. Ese lechuguino que has visto vale cuatro hombres como yo por la fuerza.

— ¡Imposible! dijo el bandido.

— Como lo oyes, dijo Garcí meneando la cabeza, cuatro como yo por la fuerza, seis como nosotros por el valor y veinticuatro como inteligencia. El tiene su plan y trabaja, trabajemos nosotros tambien; atencion á la voz de mando. Tú vas á hacer cargar las armas y á examinarlas. Cuando lleguemos cerca de la columna nos dividimos, tú tomas la izquierda con treinta hombres, José la derecha con otros treinta

y yo el centro con mis cuarenta caballos. Al oir el grito de guerra vosotros haceis fuego á derecha é izquierda; yo espero la descarga, ¿oyes? espero un minuto; al segundo grito de guerra nos lanzamos sobre la columna de los yankes, y no se da cuartel á nadie; no se combate, sino se asesina, no se pelea, sino se pasa á cuchillo.

— Está muy bien, dijo el jefe de la tercera columna á cuya cabeza se colocó Garcí.

— Amigos mios, dijo Garcí, ahora adelante y buen ánimo, aun un pequeño esfuerzo y nos apoderamos del país. ¡Adelante!

— ¡Viva Garcí! gritaron los tres jefes.

— ¡Viva! respondieron los bandidos.

Cada cuerpo tomó la direccion que se le habia indicado. Garcí se dirigió sobre Venicia mandando cuatro hombres delante de descubierta con el fin de que lo advirtieran cuando se acercaban á la columna de los yankes.

Garcí encontró uno de los campamentos yankés que siempre habia trabajado aislado y que nunca consintió en pagar la contribucion que él hacia pagar á los mineros. Mandó á su tropa hacer alto y se separó del sendero con cincuenta hombres, dirigiéndose hácia el sitio que pensaba encontrarles y no vió á nadie; ya iba á retirarse cuando oyó una alegre cancion, aproximóse y guiado por la voz llegó á la orilla de una gran apertura. Deslizóse como una serpiente sobre los bordes de la escavacion y al momento en que asomaba su cabeza oyó los aplausos y risas con que fueron acogidas las últimas estrofas del cantor; vió seis hombres sentados formando círculo en el fondo de un ancho pozo bebiendo y fumando; hizo seña á su gente y los cincuenta bandidos rodearon el pozo; consultáronse en voz baja y Garcí se disponia á fusilarlos. Apoyóse sobre una roca suelta que parecia desplomarse sobre la apertura del pozo para examinarlos mejor y sintió como un movimiento del terreno bajo sus piés;

miró con atencion aquel pedazo de granito, lo minó por la base é hizo signo á su gente para que esperara. Una idea infernal acababa de atravesar su espíritu.

— Manos á la obra, dijo dando el ejemplo.

Todo el mundo se puso á sacar tierra de la base del peñasco y en menos de un cuarto de hora se hizo lo bastante para hacerlo desprender empujándolo. Garcí se levantó con aire de triunfo y volvió á asomar la cabeza por la apertura del pozo.

— ¡Buen provecho! dijo Garcí á los mineros que levantaron la cabeza.

— ¡Quién vive! gritó uno de ellos tomando un arma.

— Garcí, respondió el bandido.

El minero apuntó y Garcí retiró la cabeza.

— ¡Apunten! dijo á su gente.

Los bandidos se acercaron y apuntaron contra los mineros que quadaron petrificados sin moverse del sitio.

— Hoy no hay medio de escapar, dijo Garcí, hoy se paga.

— ¿Qué quieres? dijo un yanke.

— Un cigarro, dijo Garcí riendo.

Uno de los yankes le echó un cigarro.

— Ahora cien pesos para poder continuar mi camino.

Los mineros se consultaron un momento y luego le echaron un saquito de oro en polvo.

— Muy bien, dijo Garcí, ahora la contribucion que habeis rehusado á mi gente.

— ¿Cuánto?

— Mil pesos.

— No, dijeron los mineros.

— Apunten, dijo Garcí.

Los mineros le echaron varias pepitas de oro envueltas con un pedazo de tela, examinólas y las dió en depósito á uno de los bandidos.

— Ahora los intereses, dijo Garcí.

Los mineros se pusieron en pié para resistir y vieron las bocas de los fusiles que los apuntaban.

— ¿Cuánto quereis? dijo uno de ellos.

— Cuanto os queda, respondió Garcí.

Los desgraciados reunieron cuanto poseian y se lo echaron á Garcí que reia á carcajadas.

— ¿Ya no queda nada? dijo.

— Nada.

— Favor por favor, ¡José! gritó Garci llamando á uno de los suyos.

El bandido se presentó saludando militarmente.

— Presente, mi comandante, dijo.

— Pongámosles al abrigo de la llúvia y de las balas, dijo Garcí.

— ¿Qué quieres hacer? dijo uno de los mineros.

— Enterraros vivos.

— ¡Imposible!... ¿y por qué?

— Para vengarme de todos vosotros, canallas.

Los mineros quisieron precipitarse sobre los escalones tallados sobre la roca para salir.

— Despachad, pronto, dijo Garcí.

Los cincuenta bandidos empujaron simultáneamente el peñasco que fué á rodar sobre la escavacion, cogiendo debajo los brazos de uno de los mineros que mas listo que sus compañeros habia llegado al orificio. Garcí oyó sus gritos desgaradores, hizo un agujero entre la roca y la tierra y pasó la cabeza para ver lo que pasaba al interior; luego metió el brazo, cogió por el cuello al minero y tomando un cuchillo de su cinto se lo clavó en la garganta.

— ¡Horror! esclamó uno de los mineros sobre el cual caia la sangre de la víctima.

— Se os bautiza y aun no estais contento, dijo Garcí; verdaderamente sois muy difíciles de contentar,

Y soltando una carcajada se fué saltando de gozo[1].

XVII

Dejemos á Garcí y lo que él llamaba sus tres cuerpos de ejército ejecutar sus maniobras y echemos una rápida ojeada á los acontecimientos que tenian lugar en San Francisco, á fin de conservar á todos los personajes históricos de esta novela el interés que deben tener en el drama que escribimos.

La casa Osborn habia vuelto á ser como antiguamente el centro de reunion de cuanto habia de honrado en San Francisco. María y su madre salian raramente y recibian solamente durante el dia, pasando las veladas solas y en su casa como habian prometido á Eduardo. El escribiente del consulado les leia las veladas y el cónsul mismo iba á tomar el té cada dos ó tres dias. María pasaba los dias enteros en el balcon sentada delante de la bahía con la vista y el pensamiento fijos en el camino que habia debido seguir Eduardo para ir á las minas y por el cual debia volver.

El dependiente del consulado habia alquilado una casita situada delante de la de la señora Osborn, y de tres malos cuartos hizo lo que se podia llamar entonces en San Francisco una hermosa habitacion, reservándose un gabinete

donde habia amontonado su modesto mobiliario. La señora Osborn le habia dado una suma bastante considerable con la cual amuebló con elegancia los dos cuartos que daban frente á la casa de la señora Osborn y que estaban destinadas para dar una sorpresa á Eduardo Mercier.

El tiempo señalado por Eduardo mismo para su regreso habia pasado, y el dependiente del consulado, la señora Osborn y María hacian todos los preparativos que les inspiraban la amistad, el reconocimiento y el amor para recibir dignamente al hombre que habia sabido captarse la amistad de todo el mundo.

Pasados algunos dias los tres amigos principiaron á comunicarse primeramente la estrañeza que les causaba el no recibir noticias de las minas, y luego de sus sérias inquietudes, cuando algunas caravanas de mineros, recien llegados y los indios que iban á buscar un refugio en San Francisco llevaron noticias alarmantes del interior. Decíase que un incendio habia devorado una parte del país entre el campo francés y el mar, destruyendo las aldeas de los indios y sin duda tambien los convoyes que volvian á San Francisco; además que Garcí y su banda recorria el país robando y asesinando cuanto encontraba.

La inquietud de los tres amigos llegó á su colmo. ¿Habia tomado Eduardo la orilla del rio? ¿Habia seguido el camino que conduce al campo americano? ¿Estará aun en las minas? ¿Habrá tenido algun encuentro con Garcí? Tales eran las preguntas que se hacian mútuamente los tres amigos de Eduardo.

Por la mañana, antes de ir á su escritorio, el escribiente iba á casa de la señora Osborn á ver si habian recibido noticias.

—No, decia la señora Osborn inquieta; ¿y vos?

—Tampoco.

Y la tristeza se apoderaba de la madre y de la hija.

Cuando el dependiente salia para almorzar volvia á preguntar por Eduardo.

— ¿Qué hay de nuevo? decia.

— Nada, respondia la señora Osborn con desesperacion.

Las noticias del interior eran cada vez mas funestas, pues se decia con certeza que el fuego habia devorado los campos americano y francés y á los viajeros que regresaban por la orilla del San Joaquin, y que los mineros que volvian por las llanuras habian sido asesinados por Garcí que marchaba sobre San Francisco con proyectos siniestros.

La señora Osborn y su hija estaban desconsoladas. Una tarde María estaba en el balcon que daba á la calle con la vista fija en la casa que debia habitar Eduardo y esperimentaba una de esas penibles sensaciones que nos embriagan el corazon cuando vemos un objeto perteneciente al sér amado que acabamos de perder. María no veia ni oia cuanto pasaba en torno suyo.

Varias personas pasaban por la calle y ella las miraba maquinalmente sin verlas.

Un indio cubierto de polvo y con los vestidos desgarrados y sucios pasó delante de ella mirándola fijamente; paróse delante de la puerta y articuló algunas palabras; pero como nadie le respondia volvió la cabeza á derecha é izquierda como buscando con quien hablar.

Hay momentos en que el espíritu se encuentra completamente absorto, en los que la vida está paralizada y el alma concentrada en el interior. María se encontraba en este estado en aquel momento.

El indio se acercó á una mujer vieja que estaba sentada delante de una barraca en que se vendian frutas y licores para los obreros, la cual se puso en pié disponiéndose á servirlo y le indicó una mesa situada en el centro de la barraca sobre la que habia una gran cantidad de frutas de todas clases.

El indio hizo un signo negativo y sacando un papel del bolsillo hizo algunas preguntas en su lengua natal.

A su turno la vieja hizo otro signo que queria decir que no lo comprendia. El indio la examinó un instante y luego le preguntó en mal inglés por la casa Osborn.

— ¿La casa Osborn? dijo la vieja en alta voz señalando el balcon á donde estaba María. Héla ahí.

Al oir su nombre María salió de su pàroxismo, volvió la cabeza y sus ojos se fijaron en el indio que se acercaba pausadamente hácia la puerta. María miró con ojos espantados á aquel hombre, que parecia venir de muy lejos, y su corazon latió con violencia sin saber por qué.

Cuando el indio estuvo debajo del balcon dijo :

— ¿Osborn house?

— ¿Qué quereis? dijo María.

— ¿Osborn house? repitió el indio.

— Aquí es, ¿qué quereis?

El indio le enseñó una carta.

— ¡Él! esclamó María lanzando un grito.

La señora Osborn asustada corrió hácia su hija.

— ¡Él sin duda! dijo María bajando precipitadamente las escaleras.

La señora Osborn salió al balcon y vió que su hija arrancaba mas bien que tomaba la carta de las manos del indio.

— ¿De quién es? decia María.

— Del francés, respondió el indio.

— ¿De cuál?

— El de las minas.

María quiso arrojar un grito que quedó ahogado en su pecho palpitante, leyó el sobre y subió al cuarto en que estaba su madre, le dió la carta y se dejó caer en un sillon sin poder respirar ni pronunciar una palabra, haciendo señas con la mano á su madre para que leyera.

La señora Osborn rompió el sobre, leyó la primera línea y mirando la firma esclamó :

— ¡Eduardo Mercier!

Y se arrojó en los brazos de su hija que prorrumpió en sallozos; la madre y la hija estuvieron abrazadas durante unos minutos.

— Cálmate, hija mia, vamos á ver lo que nos dice.

La ansiedad de las dos mujeres habia llegado á su colmo. La señora Osborn estaba sentada en un sillon con la carta en la mano sin poderla leer por el temblor nervioso que la agitaba. María en pié detrás de ella repetia cada una de sus palabras.

Por fin la señora Osborn pudo dominarse y leyó la carta siguiente escrita con lápiz sobre dos hojitas de un librito de memorias.

« Señora,

« Sin duda habreis oido hablar de un horrible incendio que ha devastado las orillas del San Joaquin y que debe haberse prolongado hasta muy lejos. *Nosotros hemos escapado todos* á un peligro que parecia sério, pues nos encontrábamos en el centro mismo del fuego cuando estalló el incendio. El mismo Mr. Blatburn, cuyo estado me habia causado sérios temores, está completamente restablecido. Sin embargo, nuestros víveres se concluyen, pues á causa del fuego hemos tenido que seguir la corriente del rio sin podernos parar durante cuarenta y ocho horas y no hemos comido en todo este tiempo; esto nos ha debilitado un poco.

« Os mando estas líneas por un indio, al cual hemos tenido que darle la mayor parte de nuestras provisiones para que pudiera llegar hasta vos.

« En este momento nos encontramos en tierra, pero todo

son cenizas en torno nuestro y vamos á continuar á bajar por el rio, pero muy despacio; hasta las gentes del país que nos acompañan no les quedan las fuerzas necesarias para marchar ni para apresurar nuestra penosa navegacion; nosotros seguimos la corriente sin el menor peligro, pero lentamente.

«Si vos podeis, señora, mandarnos gente á nuestro encuentro sin pérdida de tiempo con víveres frescos y sanos, este viaje, un poco difícil, se concluirá como principió, esto es, dichosamente.

« No tengais, señora, ninguna inquietud; yo me tomo la libertad de tranquilizaros, pues como conozco vuestro buen corazon no dudo que ocupo en él el lugar que se destina á los mejores amigos.

« Si la señorita María ha pensado en los pobres mineros y en los imprudentes aventureros y desea volverlos á ver, puedo anunciarle que probablemente antes de tres dias se presentarán ante ella en un triste estado y que hacen cuanto pueden y deben para llegar pronto. El señor Ferrier, Mr. Blatburn y yo sobre todo estamos muy feos y será necesario que no se mire mas que á nuestro corazon.

« Recibid, señora, los sinceros respetos del mejor de vuestros amigos.

« Firmado :

« E. Mercier. »

—Pronto, pronto, madre mia, dijo María, mandad á llamar al señor Alfredo Peret.

El dependiente del consulado vino corriendo, é informado de lo que pasaba reunió sin pérdida de tiempo los hombres y víveres necesarios y partió guiado por el indio en busca de los incendiados.

XVIII

Eduarde Mercier, á quien dejamos sobre el San Joaquin con sus compañeros abandonado á la corriente y casi asfixiado, habia luchado con valor, calma y resignacion contra el peligro que corria y habia escapado á una muerte que parecia cierta, no con la facilidad que parecia decir su carta. Durante doce horas su única ocupacion habia sido levantar las velas estendidas sobre la barca cuando el escesivo calor le anunciaba que se acercaban á la orilla y mantenerse en cuanto le fué posible en el centro del rio.

Despues de doce horas de sufrimientos el calor disminuyó considerablemente, despejóse la atmósfera y el fuego no encontrando alimento se habia estinguido. Eduardo se acercó á la orilla, desembarcó á todo el mundo é hizo todo lo posible para hacerle recobrar los sentidos á Mr. Blatburn que estaba casi ahogado. Organizóse la comida que se compuso de algunos pedazos de galleta negra y mojada y de un vaso de ron; el ron era la vida en aquellos momentos, y así como la galleta, iba á faltar muy pronto. Eduardo se hizo cargo de la situacion, el hambre no debia tardar en ha-

cerse sentir; examinó los víveres, contó la gente é inmediatamente concibió el único plan de salvacion, que era pedir socorro, y para ejecutar este proyecto el mejor medio era dar víveres á un hombre y ponerlo en estado de salvar á los demás.

El guia escogió uno de los indios mas robustos y ágiles, le dieron un saco de galleta y dos botellas de ron y le mandó que fuera corriendo á San Francisco.

Despues de haber espedido al mensajero la caravana se embarcó continuando á bajar el rio, haciendo dos comidas al dia, una por la mañana y otra por la noche. La debilidad no tardó en apoderarse de ellos; al cabo de tres dias la galleta faltó completamente, y aquel dia los indios durmieron todo el dia; Mr. Blatburn se desmayaba todos los cuartos de hora; Ferrier estaba sério y principiaba á sufrir del estómago; Eduardo sentia que la vida se le escapaba, y recostado en el fondo de la barca con la cabeza apoyaba sobre una mano, con la otra continuaba manejando el timon. Cuando se hizo de noche se incorporó y miró entorno suyo, examinó á sus compañeros y meneó la cabeza sonriendo con piedad; dió un puntapié á los tres sacos de cuero que contenian mas de cien mil pesos y se encogió de hombros haciendo un gesto de desprecio. Luego levantó los ojos al cielo, puro y tachonado de estrellas, y viendo que nadie le observaba dos gruesas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

— Señor Ferrier, dijo Eduardo dispertando á su secretario.

— ¿Qué quereis? dijo este abriendo los ojos.

— Ferrier, estamos perdidos si no vienen en nuestro socorro.

— Ya lo sé.

— ¿Os sentís muy mal?

— No, pero siento que me muero lentamente.

—¿Mr. Blatburn? dijo Eduardo.

Mr. Blatburn no respondió.

—Hé aquí uno que está mas enfermo que nosotros, dijo Ferrier.

—Es verdad; escuchadme.

—Qué quereis?

—Uno de nosotros puede perecer si el indio no ha llegado á San Francisco.

—En ese caso pereceremos los dos.

—¡Quién sabe! Escuchad, amigo mio, si yo muero y vos os salvais, confio á vuestro honor y á vuestra afeccion el cuidado de remitir cuanto hay aquí á la señora Osborn, y de decirle al señor Ardou que queda libre de continuar ó no los negocios con ella y de volver á Europa.

—¿Y si yo muero?

—¿Qué quereis que yo haga si vos morís y yo no? ¿cuál es vuestro mayor deseo?

—Dejar á mi madre con que pueda vivir.

—¿Cuánto?

—Tres ó cuatro mil francos de renta.

—Los tendrá, estad tranquilo.

—Mil gracias, don Eduardo.

—Una palabra aun. Si el que quede no puede cumplir él mismo el encargo de remitir á la señora Osborn mi cartera, sobre la cual voy á escribir mi última voluntad, confiará este cuidado á los que vivan.

—Convenido. dijo Ferrier. ¡Adios! el sueño me coje.

—Adios, amigo, dijo Eduardo apretándole la mano.

Y sacando su cartera escribió hasta que dominado por el sueño se dejó caer en el mismo sitio en que estaba.

La noche y el sueño habian dado á los viajeros un último síntoma de fuerza y de bienestar. Cuando se dispertaron la barca estaba parada dentro de una de esas escavaciones tan frecuentes en el San Joaquin producidas por las grandes avenidas,

—Ya no podemos ir mas lejos, dijo Eduardo, pues vamos á estrellarnos contra alguna roca.

—Prosigamos, dijo Ferrier; quedarnos aquí es la muerte, continuar es aun una esperanza.

—¿Cuál es tu opinion? dijo Eduardo al guia, ¿esperamos aquí los socorros de San Francisco ó continuamos?

—Continuar, dijo el guia, es la muerte, quedarnos es prolongar la agonía, y durante la agonía un azar puede salvarnos; una caravana de mineros ó el emisario que hemos mandado pueden encontrarnos aquí; si continuamos llegaremos á las rápidas corrientes y como no tendremos fuerzas para mantener la barca iremos á pique y ni siquiera nos quedará la esperanza para ir á tierra.

—¿Y qué hariamos en tierra? morir de hambre á la orilla ó en medio del rio, ¿qué importa? hagamos el último esfuerzo.

—Te equivocas, respondió el guia, en tierra se puede vivir algunos dias, en medio del rio no hay esperanza.

—Esplícate.

—En tierra, repuso el guia, se encuentran raices y agua, y esto hará vivir al hombre del país muchos dias y al blanco muchas horas.

Eduardo tradujo á su secretario la opinion del guia.

—Es verdad, dijo Ferrier, nosotros no habiamos pensado en ello; pero á pesar de todo yo soy de parecer de que avancemos para salir al encuentro de los socorros que deben llegar; por que si esperamos aun, cuando llegarán los víveres y licores nos encontraremos en tal estado que será imposible salvarnos. Ved como Mr. Blatburn se muere ya.

Eduardo levantó la enorme cabeza de Mr. Blatburn que parecia sumido en un profundo letargo.

—Es verdad, dijo, este hombre se muere y yo quiero salvarlo, ¿qué hacer?... Una idea se me ocurre que podria conciliarlo todo. Ahora que estamos parados tan sólidamente

como si estuviéramos anclados, que el guia salte á tierra y que haga provision de las raices que nos habla y partamos.

— ¡Sublime idea! esclamó Ferrier; vengan víveres frescos y hagámonos á la vela.

Eduardo comunicó su idea al guia que resistió diciendo que habia tres probabilidades contra cuatro de perecer en las rápidas corrientes. Eduardo insistió.

— Tú lo quieres, hágase, dijo el guia; pero tú ofendes á Dios yendo en busca de un peligro que puedes evitar, y evitándolo serias recompensado; en fin, tú mandas y nosotros obedecemos. ¿Qué piensas tú, Marrai? Añadió dirigiéndose á la jóven.

La india, acostada en la barca, habia escuchado la discusion del guia con Eduardo, púsose en pié y observó atentamente al guia, á Mr. Blatburn y á Ferrier; luego estendió su mano hácia el horizonte y se volvió precipitadamente del lado del mar, sus ojos brillaron, dilatóse su nariz y su fisonomía tomó una espansion radiosa; la esperanza iluminaba á aquella débil criatura.

— Partamos, dijo con voz imperiosa.

— ¿Por qué? preguntó el guia.

La jóven levantó los ojos al cielo y estendió de nuevo la mano señalando con el dedo las tierras lejanas que bañan el Océano.

— Mi amo, dijo el guia á Eduardo, tú has sido inspirado por el cielo, tenias razon, partamos.

El guia y algunos indios bajaron á tierra y recogieron una gran cantidad de raices blancas las cuales esprimidas producen una especie de leche alcohólica y nutritiva. Los indios bebieron un poco de este líquido y sus fuerzas se reanimaron lo bastante para poder activar la marcha del esquife y aquel dia se pasó casi alegremente. Llegada la noche continuaron marchando y al amanecer del siguiente se encontra-

ron con que habian pasado la línea devastada por el incendio.

A la vista de la verdura se reanimaron las esperanzas; habian llegado á las rápidas corrientes, y el guia hizo bajar á tierra á algunos indios para aligerar la barca que estaba demasiado cargada, tomando él mismo el timon, pues venia una especie de cascada y se necesitaba una gran destreza para no estrellarse; el guia que todo lo habia previsto y calculado abandonó la barca á la corriente y al llegar al sitio peligroso hizo una maniobra logrando pararla á los cinco ó seis metros de distancia. Cuando hubo reunido á toda su gente el guia dijo á Eduardo que era imposible pasar las vertientes. Este consultó á Ferrier quien dijo que era necesario continuar, porque las pocas fuerzas que sentian era el resultado de los efectos alcohólicos de las raices y que al menos para ellos no podia durar; que una debilidad moral y física sucederia á aquella escitacion artificial.

— Consulta á tu hermana, dijo Eduardo al guia, mas por curiosidad que por conviccion.

La jóven escuchaba sonriendo, y sin esperar la pregunta del guia dijo :

— Prosigue.

Al anochecer llegaron á las vertientes y lo que habia previsto Ferrier sucedió; la debilidad habia reemplazado á la embriaguez de algunas horas : él y Eduardo ya no podian mas, habian comido las raices y bebido su jugo y se sostenian, pero el vigor no volvia.

La barca, arrastrada por la fuerza natural de la corriente, trapezó sin romperse contra una de las rocas de que el rio está lleno, luego con otra y á la tercera vez se oyó un rugido sordo.

— Aun otro tropiezo y la barca se hace pedazos, gritó el guia, ¿Marrai, qué has hecho?

— He hecho bien, respondió la jóven mirando friamente las rocas que iba á encontrar.

La barca dió con la proa contra un peñasco y el hierro se clavó en él quedando un instante como clavado y solo la popa dió una media vuelta poniéndose atravesada; otra roca la mantuvo en esta posicion. El guia hizo un esfuerzo supremo para separarla.

La jóven examinó en torno suyo con inquietud y vió los peñascos que habia un poco mas lejos y dijo al guia:

— Párate aquí, estás en peligro.

— ¿Qué te habia yo dicho? replicó el guia con severidad.

—Nada de cierto, respondió la jóven con orgullo; la verdad está aquí, añadió poniendo la mano sobre su corazon.

— ¿Pero qué hacer?

— Esperar.

El guia bajó la cabeza y no contestó ni una palabra.

— ¿Qué hay que hacer? dijo Eduardo al ver que no se movia.

El guia levantó la mano al cielo y tocando á la india dijo:

— Esperar.

— ¿Pero qué?

— Esperar.

La noche habia estendido su negro manto por todo el espacio. Eduardo vió que todo dormia en torno suyo, juntó las manos y su espíritu le presentó la risueña imágen de María, de su padre ó de su madre quizá, pues un sollozo salió de su pecho y se abandonó al dolor; luego doblando una rodilla rogó con fervor...

Levantóse poco despues y se acercó á Ferrier que parecia dormir profundamente y dijo con melancolía:

— ¡Y tan jóven!

— ¡Pobre mujer y pobres hijos! dijo contemplando á Mr. Blatburn.

— ¡Pobres gentes! añadió al ver á los indios resignados, ¡Qué fatalidad!...

Eduardo tomó su cabeza con ambas manos y se acostó

en el fondo de la barca y se durmió, lanzando un suspiro cual el de un niño que se duerme llorando depues que se le ha reñido.

La india pasó con precaucion por entre la gente dormida y acercándose á Eduardo le dijo al oido :

— ¡Mi amo!...

Eduardo dormia.

— ¡Mi amo! repitió tomándole la mano.

— ¿Quién es? dijo Eduardo con débil voz.

— Yo.

— ¿Y qué quieres?

— ¿Sufres mucho?

— Ya no.

— ¿Has sufrido?

— Sí, como nunca.

— ¿Y ahora?

— Ahora espero.

— ¿Qué?

— La muerte.

— ¡La muerte!... te equivocas.

— ¿Que me equivoco?

— Sí; la vida llega.

— ¡La vida!... esclamó Eduardo que no sabia si soñaba.

— Sí, la vida.

— ¿Y qué se necesita hacer para vivir?

— Nada.

— ¡Ilusion! dijo Eduardo.

— Nada, repitió la jóven alejándose, nada mas que una poca esperanza.

Eduardo creyó que Dios, antes de llamarlo á sí, le enviaba un sueño de esperanza y trató de prolongarlo.

. . . . . .

Hacia algunas horas que todo el mundo dormia y solo la jóven india velaba entreteniéndose en esprimir el jugo de las

raices dentro de dos calabazas que tenia á sus piés, mirando de cuando en cuando hácia las orillas y haciendo un gesto de impaciencia volvia á emprender su trabajo. De repente se interrumpió, prestó oido y apoyándose sobre la baranda de la barca paró atencion. El silencio de la noche le habia llevado un ruido lejano.

Unos minutos se pasaron aun; luego un grito agudo resonó en el espacio.

— ¡Qué! dijo el guia dispertándose y tomando en sus brazos á la jóven; ¿qué tienes?

— ¡Allí, allí, dijo la jóven temblando, por esa orilla!

— ¿Qué?...

— Gente llega, dijo la jóven corriendo hácia donde estaba Eduardo.

— ¿Qué quereis? dijo este.

— Valor, valor, repitió la jóven, gente llega.

— ¿De donde?

— Del mar.

— ¿Como lo sabes tú?

— Yo lo sé, escucha.

En aquel momento se oyó un ruido de voces confusas.

— Toma, dijo la jóven á Eduardo presentándole una calabaza.

Eduardo bebió algunos sorbos y escuchó.

Una palabra en francés y el ruido de unos remos que daban contra el agua llegó distintamente á su oido.

Eduardo se echó sobre Ferrier y Mr. Blatburn que no querian escucharle.

— Os digo que llega gente, gritó Eduardo tomándolos en sus brazos alternativamente para sacudir su entorpecimiento.

— Hacedles beber, dijo la india dejándole la calabaza, nosotros vamos á llamar.

Eduardo hizo beber el licor á sus compañeros y los reanimó.

—Ultimo esfuerzo para prolongar la agonía, dijo Ferrier, mas valia dormir para siempre, este desvelo es horrible.

—Os digo que viene gente, dijo Eduardo; escuchad.

—¿Quién viene?

—No sé, pero vienen, llamemos.

El guia puso ambas manos sobre la boca y lanzó un gritó salvaje como el de los árabes del desierto.

Otro igual le respondió.

—¡Nos hemos salvado! esclamó la india.

—¿A dónde están? preguntó Eduardo.

—Allí, allí, dijo el guia señalando una sombra que habia parada un poco mas abajo.

—¿Quiénes sois? gritó Eduardo con todas las fuerzas que le quedaban.

—¡Señor Mercier! respondió una voz.

—¡Alfredo Peret! esclamó Ferrier.

—¡El socorro! dijo Eduardo.

Oyóse el ruido confuso de un hombre que se echaba á nado.

El guia se acercó á Eduardo y le dijo:

—Calma, mucha calma, nos hemos salvado; que no hagan nada, su barca no puede llegar hasta nosotros sin peligro, espera el dia ó aun podemos perdernos.

—Da tú las órdenes, dijo Eduardo, pues á mí no me quedan fuerzas para ello.

El guia de Eduardo habló en indio al de la barca de Alfredo Peret y aquellos dos hombres no tardaron en ponerse de acuerdo. Llamóse al que atravesaba á nado y los dos convoyes esperaron á que amaneciera.

Dos horas se pasaron de este modo; dos horas de dudas, de angustias, de desfallecimientos físico y de esperanza; dos horas imposibles de describir.

A los primeros rayos del dia el guia de Eduardo mandó la maniobra; Alfredo Peret se quedó en tierra para levantar

una tienda y preparar los víveres y vestidos para Eduardo y sus compañeros. Sus indios se echaron á nado y trasportaron á su barca á los de Eduardo y de allí los conducian á tierra donde recibian los primeros socorros; luego volvieron y la barca de Eduardo se vió en fin montada por hombres robustos y capaces de salvarla. El guia se colocó en el timon y con una destreza admirable la condujo por entre las rocas hasta llegar á una especie de pequeña bahía donde se podia desembarcar sin peligro.

Mr. Blatburn no podia moverse y tuvieron que desembarcarlo entre cuatro indios.

Eduardo y Ferrier, aunque muy débiles, pudieron aun desembarcar sin ayuda de nadie y fueron á echarse en los brazos del señor Peret, quien los miró espantado al considerar los estragos que habian causado las privaciones y un constante tormento moral.

—¿Es verdad que estamos muy cambiados? dijo Eduardo.

—Sí, respondió Peret; pero aquí traigo con qué poderos restablecer.

Los dos convoyes se reunieron en fin pero tuvieron que esperar aun veinticuatro horas antes de continuar aquel viaje, durante el cual todas las vicisitudes y todos los peligros se habian acumulado.

Los indios de la caravana de Eduardo se repartieron entre las dos barcas, pues habian sufrido demasiado para continuar trabajando.

Eduardo y Ferrier dirigieron la alimentacion de los indios; el primer dia les dieron algunas pastillas de caldo disuelta; luego sopa y por último una racion limitada de carne fresca que los reanimó completamente.

Las dos barcas desplegaron sus velas y tres dias despues abordaban el muelle de la bahía de San Francisco.

Al saltar en tierra el jefe indio se disponia á salir inmediatamente de la ciudad para volver á su aldea.

—No, dijo Eduardo; dí á tus hombres que se presenten á la señora Osborn que les dará ocupacion; tú si quieres no te separarás de mí; tú serás mi amigo, y tu sola ocupacion será ser mi mejor amigo.

El guia se apoderó de las manos de Eduardo que cubrió de besos, en prueba de agradecimiento.

Eduardo Mercier, acompañado de toda su comitiva, fué hácia la casa Osborn y cuando llegó frente á ella María estaba triste y pensativa como siempre y rogaba á Dios para que le devolviera sano y salvo al objeto de su amor. De repente oyó un lejano rumor y levantando la cabeza dijo con emocion :

—¡Mama!

—¿Qué? respondió la señora Osborn.

—¿No oyes ese rumor?

—No.

—Sin duda son los indios que llegan.

Las dos mujeres quedaron inmóviles escuchando.

El ruido se hizo mas íntimo, oyéndose unas voces confusas de gente que penetraba en el patio de la casa.

—¡Él, él! esclamó María asomándose al balcon.

En aquel momento tenia su sombrero en la mano y enjugaba su frente con el pañuelo. María al verle lanzó un gritó y corrió hácia la escalera dondo encontró á su madre.

—¿Qué tienes? dijo la señora Osborn.

—¡Él! ¡Eduardo! esclamó la jóven.

—Espera, niña, dijo su madre abrazándola, sobre todo no olvides que eres mujer.

Eduardo habia oido la esclamacion de la jóven y con el corazon palpitante subió las escaleras dos á dos; al verle María no pudo contenerse y lanzando un grito se arrojó en sus brazos prorumpiendo en sollozos. Eduardo la estrechó contra su corazon y sus lágrimas se mezclaron con las de la jóven.

La señora Osborn ocultó su cabeza con ambas manos sin poder ocultar su profunda emocion.

Pasado el primer trasporte de alegría María se arrodilló ante su madre diciendo.

—Perdóname, madre mia, mi corazon no ha podido resistir.

—Perdonadnos, señora, dijo Eduardo; perdonadnos y bendecid á vuestros hijos.

—Venid, querido Eduardo, dijo la señora Osborn, y disfrutemos solos la dicha de volvernos á ver.

Y la señora Osborn tomó á Eduardo por la mano y lo condujo al salon acompañado de su hija.

—¡Tres personas dichosas! esclamó la señora Osborn, esto se ve raramente.

Y soltando una carcajada añadió:

—Vamos, calmémonos un poco, las visitas no tardarán en llegar y nosotros parecemos tres niños.

—Sí señora, dijo Eduardo, tres niños que han vivido diez años en algunos segundos, diez años que yo no cambiaria por una vida entera.

XIX

Era el 26 de Julio.

Eduardo Mercier se instaló en la casita que le habia preparado Alfredo Peret.

Mr. Blatburn, despues de haber dado un abrazo á su mujer é hijos y besado respetuosamente la mano de su suegra, se retiró á sus habitaciones y no salió mas que para sentarse á la mesa. Sabia que la casa Osborn habia hecho un buen negocio asociándose con la de Ardou, que su parte seria buena y esto le bastaba.

Eduardo pasó casi todo el dia al lado de María separándose solamente para ir á comer á su casa.

Al dia siguiente solicitó una entrevista particular con la señora Osborn para arreglar los asuntos comerciales. Sentóse junto á ella y Ferrier entró tres veces llevando cada una de ellas un saco de cuero, depositándolos sobre una mesa.

—Señora, dijo Eduardo, como aun me queda una gran obra que llevar á cabo y en la que puede presentarse algun

peligro, antes de principiarla deseo poner órden á todos mis negocios.

—¿De qué se trata? dijo la señora Osborn.

—De ponerme perfectamente en regla con vos y con nuestro asociado de Panamá, con el que aun tengo que llenar algunas obligaciones. Hé aquí cien mil pesos producto de mis operaciones en las minas, aquí todo lo mas que hubiera podido realizar serian unos treinta mil pesos, de modo que estoy contentísimo que me haya ocurrido la idea de esta espedicion que espero dará los mejores resultados para todos. Esta suma entra desde hoy en la asociacion, y el señor Ferrier, á quien, con vuestro permiso y bajo vuestras órdenes, nombro director de nuestra casa, va á inscribirla en el *Haber*. Estos serán los fondos que servirán de base á nuestras transacciones en esta plaza; si me sucediera alguna desgracia, hé aquí un documento por el cual os encontrareis sola al frente de los negocios con el señor Ardou, y por el cual dispongo de cuanto pueda tocarme despues de la liquidacion en favor de María, si vos me lo permitís, de María que no tiene padre, que no me tendria á mí tampoco para hacerla dichosa y protejerla, que no tendria á nadie si por desgracia faltarais vos; yo quiero que ella sea rica é independiente. De este modo vos os encontrareis libre de asegurar el porvenir de Mr. Blatburn y de sus hijos; él trabajará bajo las órdenes del señor Ferrier sin comprometer los intereses que, segun mi opinion, es incapaz de dirigir. Yo, señora, voy á llenar aquí un deber, luego una mision lejos de vos; pero yo velaré sobre todos y volveré despues de haber llevado á cabo la obligacion que me he impuesto: yo volveré, sí, estoy seguro, y si me encuentro feliz, mas feliz y rico que hoy, no me restará mas que pediros...

Eduardo vaciló y su fisonomía tomó súbitamente un aspecto de profunda tristeza.

—¿Qué teneis? dijo la señora Osborn.

—Nada, señora, nada que pueda comunicaros, al menos hoy; yo no sé si sobreviviré á las luchas que me esperan aun, por consiguiente es inútil prolongar por mas tiempo estas confidencias de mi vida privada. Tal es, señora, la esposicion de mis asuntos actuales, de mis deseos; mis últimas voluntades están escritas en este pliego y no tengo que añadir ni quitar una palabra.

Eduardo le entregó un pliego cerrado y se levantó friamente.

La señora Osborn le tomó afectuosamente la mano y le dijo :

—Sí, Eduardo; sí, amigo mio, vos teneis un pesar, alguna gran afliccion, un pliegue de vuestra existencia que aflije á vuestro buen corazon; yo lo he visto muy bien varias veces. Vos me ocultais algo que sin duda no podeis revelar mas que á una amiga como yo. Sí, Eduardo, vos me habeis dicho que erais mi hijo, pues bien, yo exijo á mi vez que me trateis como á vuestra madre. Vos habeis hecho por mí lo bastante para darme el derecho de pediros cuenta de vuestros pesares para consolaros; hablad, yo lo quiero, os lo suplico.

—¡Imposible! además, si muero, ¡para qué turbar vuestra felicidad!

—¡Vos me asustais! esclamó la señora Qsborn. ¿Cuándo me amareis lo suficiente para hablarme como á vuestra madre?

—Cuando vuelva.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo juro.

—¿Y solo entonces me direis lo que ibais á confiarme cuando las palabras han espirado en vuestro lábios? ¿y solo entonces me pedireis?...

—¡Que yo os pediré!... esclamó Eduardo cayendo de rodillas y ocultando su cabeze entre las manos de la señora

Osborn; no, que yo quisiera pediros á María, María á quien amo mas que nada en el mundo, María sin la cual ya no puedo vivir y que no puedo...

—¿Qué no podeis? dijo la señora Osborn con inquietud.

—¡Que yo no puedo tomar por esposa! gritó Eduardo ocultándose el rostro.

—¡Que vos no podeis tomar por esposa! esclamó la señora Osborn. ¡Que vos no podeis tomar por esposa y que vos engañais, despedazando su corazon para siempre! ¡Vos! ¡vos, Eduardo Mercier, el hombre leal como os llaman por todas partes! ¡Eso es imposible! ¡No os creo, vos mentís, don Eduardo, vos estais loco!

—¡Sí, estoy loco de dolor! dijo Eduardo dejándose caer en un sillon y cubriéndose el rostro para ocultar sus lágrimas.

—Amigo mio, dijo la señora Osborn con dulzura, tened valor y hablad francamente; no temais el pasado, un presente como el vuestro borra muchas cosas, y si una persona en el mundo puede perdonar, esa persona soy yo, Eduardo. ¿Cuál es ese misterio horrible que os hace indigno de María? ¿Cuál es ese secreto implacable que va á causar la desgracia de mi hija, la mia y la vuestra? ¿Cuál es ese crímen que no podemos perdonar ni ella ni yo?

—No, no, yo no soy culpable, os lo juro.

—¿Sois libre?

—Sí, señora, libre de mi vida, libre de dar mi mano á la mujer que amo, de mi fortuna, y no soy culpable : si vos sois la mujer que creo, vos me perdonareis, porque yo soy mas digno de lástima que de castigo, y porque he sufrido mucho; vos me perdonareis cuando....

Eduardo se interrumpió de nuevo.

—¿Cuando?... dijo la señora Osborn.

—Cuando vuelva para pediros gracia para mí y para María.

Eduardo se levantó, besó la mano que le tendia la señora Osborn, y volvió á su casa.

Dos horas despues se le vió salir y dirigirse hácia el cuartel en que se encontraba el regimiento Norte-Americano y preguntar por el coronel.

No sin trabajo pudo Eduardo ser introducido en el cuarto de este jefe superior, que era un hombre jóven todavía, alto y seco, quien lo recibió con un desden supremo.

—Señor mio, dijo Eduardo, hace un mes corristeis un gran peligro y solo dependió de mí el que os quemaran vivo con vuestros hombres y que os robaran treinta millones que teniais en depósito para remitirlos al gobierno americano.

—¿Cómo habeis sabido eso? preguntó el coronel.

—Por un hombre que lo sabe todo, por el capitan Garcí.

—Garcí el bandido; ¿y vos frecuentais ese hombre?

—No, es él quien me frecuenta á mí; yo he viajado con él durante un mes y lo he dejado en el campo francés.

—¿Y vos habeis presenciado friamente sus últimos crímenes?

—Yo le he visto cometer toda clase de infamias y he devorado mi cólera por que era necesario; sí, señor, porque era necesario para llevar á cabo el proyccto que voy á ejecutar pasado mañana.

—¿Cual?

—Destruir y esterminar á Garcí y su banda.

—¡Su banda!... imposible.

—¿Por qué?

—¿Ignorais que se compone de ochocientos hombres terribles?

—Ya lo sé; pero yo soy mas fuerte que él.

—¿Con qué contais?

—Con la justicia de una buena causa.

—Eso no basta.

—Es verdad, pero eso ya es mucho. Además cuento con

mas de quinientos mineros que desean vengarse de los robos y maldades que esos bandidos les han causado. El triunfo de esta empresa no depende mas que de vos; toda la gloria será para vos así como todas las recompensas de vuestro gobierno, pues yo no quiero nada.

— ¿Qué se necesita hacer?

— Salir á la cabeza de vuestro regimiento en nuestra ayuda.

— ¿Nada mas?

— Y darme las armas y municiones necesarias para armar á mi gente.

— Muy bien; ¿luego?

— Luego os presentareis mañana á las diez de la noche con vuestro regimiento bien equipado y dareis el santo y seña.

— ¿Cual?

— Hélo aquí, dijo Eduardo dándole un pedazo de papel en que se leia :

« Orden y California, 28 de Julio á las once. »

— ¿Para cuándo el ataque? dijo el coronel.

— Partiremos por la noche, atravesaremos la bahía y marcharemos un dia; Garcí debe llegar del primero al cinco de Agosto con trescientos hombres al menos, seiscientos lo mas; nosotros podremos disponer de mil á mil doscientos; tenderemos una emboscada que Garcí no podrá evitar; haremos todos los prisioneros posibles y se acuchillará el resto. Ya es tiempo de que un país que no está aun constituido y en el que se vive sin leyes, sin autoridad y sin represion, que las gentes honradas se erijan en tribunal y se hagan justicia.

— Teneis razon, dijo el coronel, contad conmigo.

— Muy bien, hasta mañana.

— Hasta mañana á las once de la noche, respondió el coronel.

Eduardo salió del cuartel y pasó todo el dia recorriendo todos los cafés de San Francisco, alistando á cuantos querian ayudarle en su generosa empresa. Cuando se retiró á su casa era ya muy tarde.

María, que no lo habia visto en todo el dia, estaba poseida de la mayor inquietud, pues no concebia que Eduardo, tan cerca de ella, pasara todo un dia sin ir á verla. Además que ella sabia la entrevista que su madre habia tenido por la mañana con Eduardo, y la encontró si no triste, al menos mas séria. A las doce de la noche oyó unos pasos por la calle, salió al balcon y reconociendo á Eduardo esclamó :

— ¡Dios mio y como habeis tardado!

— Perdonadme, querida María, dijo Eduardo, un asunto urgente me ha privado todo el dia del placer de veros...

— ¿Y mañana?

— Mañana aun estaré ocupado y me será totalmente imposible pasar el dia en vuestra compañía, por la noche partiré para un pequeño viaje.

— ¿Aun? dijo María.

— Sí, pero á mi vuelta no me separaré de vos mas que el tiempo necesario para ir á poner en órden los negocios de mi casa de Panamá, regularizar y asegurar mi posicion y luego...

— ¿Qué? dijo María con ansiedad.

— Despues ya habré trabajado y sufrido lo bastante para creerme con el derecho de ser feliz y volveré á pedirle á la señora Osborn vuestra mano, María, y todo no dependerá mas que de ella y de vos.

— ¡Cuán dichosa soy! dijo Maria; qué contenta estoy de haberos esperado; las horas lejos de vos me parecen siglos y siempre temo os suceda alguna desgracia.

— Tened valor, fé y esperanza en mí.

— Sí, yo seré fuerte y sabré esperar.

— Adios, querida María.

— Adios, Eduardo amado.

En este momento se presentó Ferrier y ambos entraron en la habitacion de Eduardo.

Todo estaba perfectamente preparado. Ferrier habia podido alistar trescientos hombres resueltos que debian acudir á la cita; de modo que Eduardo podia contar con el campo americano, el campo francés, con el regimiento de la guarnicion de San Francisco y con los hombres alistados por Ferrier, total unos mil quinientos hombres y con armas para todo el mundo. Eduardo pasó una gran parte de la noche meditando y escribiendo las medidas de seguridad general que pensaba establecer despues de haber esterminado el salteamiento, echó una última mirada sobre el balcon de María y se durmió.

El dia 28 lo pasó visitando al coronel del regimiento americano y á los principales jefes del acuerdo. Cuando hubo concluido todos los preparativos fué á confiar sus proyectos y esperanzas á la señora Osborn, olvidó al lado de María todos los obstáculos y peligros que aun los separaban, abandonándose á los trasportes de su corazon. Comió con Alfredo Peret y luego volvió á tomar el té con la señora Osborn y su hija, pasando con ellas la velada hasta las nueve de la noche.

Cuando hubo partido la señora Osborn quedó un momento pensativa.

—Es imposible, se decia, que ese hombre no haya sido siempre la virtud y la lealtad personificadas; pero en su existencia pasada hay un misterio terrible que es necesario que yo conozca y lo conoceré.

María siguió con la vista á Eduardo y fué á colocarse en el balcon para verlo aun.

Eduardo levantó la cabeza y le mandó el último beso de amor, entró en su casa y no pensó mas que en el buen éxito de su empresa y en la responsabilidad que pesaba sobre él.

La ciudad estuvo aquel dia mas silenciosa y en calma que de

ordinario; un aviso dado por el coronel del regimiento americano y los vagos rumores que corrian sobre la llegada de Garcí, de conspiracion, revuelta y pillaje, circulando de boca en boca, habian decidido á los tranquilos habitantes de San Francisco á encerrarse en sus casas.

María observaba desde su balcon todo lo que pasaba en casa de Alfredo Peret y en la calle.

A las diez Eduardo salió á la puerta de la calle vestido con un traje que parecia mas bien el de un soldado que el de un minero, llevando en el cinto dos revolvers, un cuchillo de caza enorme y una macana de ballena.

Poco despues llegaron doce hombres cargados de armas de todas clases; á una señal de Eduardo las arrimaron contra las paredes de las casas, colocando al lado de cada fusil un revolver y un puñal. Luego se oyó un tumultuoso ruido de pasos que se acercaban.

Eduardo vió que María aun estaba en el balcon y le dijo:

—Retiraos, María, gente llega y podriais ser vista; yo reclamo de vuestra afeccion este sacrificio, retiraos; adios.

María obedeció, cerró la puerta y apagó la luz; pero inmediatamente entreabrió la puerta que habia cerrado y se puso á escuchar.

Varios grupos de diez y doce hombres llegaron sucesivamente cargados de armas, y detrás de ellos vino el regimiento de la guarnicion. Eduardo le hizo colocar en órden de marcha con el coronel á la cabeza; detrás de ellos iba colocando á los voluntarios que se presentaban y puso centinelas por todas las bocas calles con órden de dejar pasar á cuantos dieran la palabra del órden.

A media noche quedaban armas suficientes para armar á quinientos ó seiscientos hombres. Eduardo inquieto iba visitando todos los puestos avanzados para ver si habian dejado pasar á cuantos se habian presentado y volvió ante la casa Osborn poseido de la mayor ansiedad. No pudiendo resistir

por mas tiempo á las crueles angustias que lo agitaban, mandó á dos hombres á caballo para que recorrieran la ciudad para ver si un error era la causa del retardo de la gente que esperaba, retardo que amenazaba comprometerlo todo.

A la una de la madrugada el coronel vino á preguntarle que cuándo partian, díjole además que aquella inaccion cansaba á su gente y que prolongándose podria tener funestas consecuencias, pues principiaba á murmurarse que todo habia fracasado.

—Nada ha fracasado, coronel, dijo Eduardo; además, para nosotros esto es ahora una cuestion de vida ó muerte; sí Garcí llega aquí estamos perdidos, ese hombre sabrá lo que vos y yo hemos intentado y hará con nosotros lo que debiamos hacer con él, esto es, un castigo ejemplar, solamente que este castigo será en favor de los bandidos que se considerarán como dueños absolutos del país. Coronel, escuchadme bien, retroceder es imposible; yo esperaba seiscientos ó setecientos hombres, trescientos han podido perecer en el incendio que ha debido prolongarse hasta el campo francés, sobre todo si se habian puesto en camino, pero cuatrocientos van á llegar de un momento al otro.

—¿Y si no vienen? preguntó el coronel.

—Si no vienen es que habrán sido perseguidos, atacados ó dispersados por Garcí, y nosotros debemos salirles al encuentro.

—Pero nosotros no tenemos mas que quinientos ó seiscientos hombres, dijo el coronel.

—Tenemos ochocientos, y Garcí no tendrá mas que la mitad, dijo Eduardo.

—Sí, pero el rumor corre de que vamos á atacar á Garcí y si los hombres que hay en la ciudad lo saben marcharán sobre nosotros y nos cojerán entre dos fuegos.

—Coronel, dijo Eduardo, ¿es que vos preferís ser asesinado en vuestra cama á jugar una buena partida en el campo

de batalla para salvar el país y dejar un buen nombre muriendo ó llegar á todo si salimos vencedores?

—¿Creeis que haya solamente cinco probabilidades contra diez de triunfar? dijo el coronel.

—Yo conozco los hombres de que dispongo, dijo Eduardo, y sé lo que valen los otros; con las medidas que he tomado tenemos al menos ocho probabilidades contra diez; además, nosotros no podemos retroceder, eso seria una cobardía y una traicion, pues todas las personas que están aquí y las que sin duda llegarán quedarian, como nosotros, á la merced del bandido que tanto temeis, coronel.

—Yo no temo nada mas que hacer una calaverada ó una locura inútil.

—Yo os digo, replicó Eduardo, que la locura seria quedarnos aquí, y que solo la calaverada puede salvarnos, solo el miedo y la cobardía puede perdernos.

—Os repito, dijo el coronel con tono amenazador, que yo no temo nada ni á nadie, ni al fuego de peloton, ni á la bala de un adversario, ni á Garcí y su banda, ni á vos.

—Probádmelo, dijo Eduardo.

—Cuando querais.

—Al momento.

—¿Cómo?

—Aceptando el duelo que os propongo.

—¿Cuál?

—Marchar en busca de Garcí á la cabeza de nuestra gente y á ver cuál de los dos llega primero sobre su banda.

—Acepto, grito el coronel fuera de sí.

—En marcha, pues; haced avanzar á vuestra gente mientras yo doy mis órdenes á la mia.

El coronel se puso á la cabeza del regimiento y gritó con voz fuerte:

—¡Marchen!

—¡Orden y California! gritó Eduardo á sus voluntarios:

Al oir esta palabra mágica los voluntarios ejecutaron una maniobra combinada la víspera que consistia en dividirse por pelotones de veinte ó veinticinco hombres mandados por jefes elegidos de antemano y entre los cuales se veian en primera línea Ferrier y el dependiente del consulado.

María habia salido al balcon para ver mejor el desfile de aquella tropa nocturna, y cuando hubo pasado el último hombre cayó de rodillas y esclamó sollozando :

— ¡Dios mio! ¡tened piedad de nosotras y salvadle!

XX

Los cincuenta hombres mandados por Garcí para apoderarse de Eduardo ó asesinarlo y el cuerpo destinado á atacar el campo francés fueron cercados por el incendio y cuando se apercibieron de ello era imposible escapar. Amedrentados por el miedo se replegaron sobre las orillas del San Joaquin con la idea de pasarlo á nado y escaparse por la orilla opuesta; pero el fuego, mas veloz que ellos, les tomó la delantera y cuando llegaron casi ahogados por el humo y estenuados de cansancio, unos esperaron la muerte friamente, otros locos de terror se arrojaron al rio y todos perecieron despues de una agonía infernal.

Los mineros del campo francés, que iban infaliblemente á correr el mismo peligro, al ver los primeros resplandores del incendio volvieron átrás con direccion al campo que habian abandonado. Considerando que no podrian llegar á San Francisco el dia fijado se replegaron sobre el campo americano para desde allí bajar por la orilla izquierda del Estanislao y marchar en línea recta hácia Venicia; encontrando el campo desierto pasaron adelante con la esperanza

de llegar bastante á tiempo, si no para la cita, al menos para el combate.

El incendio salvó á Eduardo en vez de perderlo; el incendio le privó de los mas intrépidos defensores. Sin embargo, por una singular casualidad una parte de estos hombres podian prestar un gran servicio cortando la retirada á Garcí, á quien seguian sin saberlo.

Segun sus cálculos, los yankes debian llegar á San Francisco el 28 por la tarde, y á fin de encontrarse en disposicion de entrar en campaña marchaban despacio y se paraban frecuentemente, de modo que cuando llegaron á algunas horas de la bahía estaban tan repuestos como antes de partir.

Garcí, por el contrario, como queria á todo trance derrotar á los yankes é impedir su llegada á San Francisco, los perseguia á marchas forzadas, aunque él esperaba un refuerzo de tropas frescas que debian llegarle de la ciudad.

Los yankes hicieron una parada que debia ser la penúltima y se regocijaban de ver que se acercaban al sitio en que Eduardo les habia prometido mandar embarcaciones para volver á San Francisco.

Los indios colocados á la vanguardia, á la retaguardia y á los flancos de los convoyes hacia una hora que habian abandonado su calma habitual, reuniéndose varias veces para comunicarse sus temores y sospechas. Por fin uno de ellos fué á anunciar á los yankes que los corzas habian pasado espantados y que sin duda hábia gente oculta en el bosque, é inmediatamente mandaron dos de ellos á esplorar el terreno, quienes volvieron corriendo anunciando que eran perseguidos por una banda de gente armada á pié y á caballo. Los yankes se pusieron sobre las armas y continuaron su marcha. Otro indio se presentó pocos momentos despues anunciando que detrás de ellos venian sobre unos doscientos hombres á pié y cien á caballo.

— ¡Garcí! esclamaron por todas partes.

En fin, el bosque se agitó á derecha é izquierda y los guias de los yankes dieron el grito de alarma. El campo americano, sin perder su sangre fria, con el revolver en la mano y hábilmente dirigido por los guias principió su fuga ó mas bien su retirada, al paso de carga, ganando en un instante una gran ventaja sobre los que los atacaban; solo una cosa les estrañaba, y era el ruido de caballos que parecian correr tras ellos y que nunca los alcanzaban.

Un nuevo esfuerzo de los perseguidores los colocó casi al nivel de los yankes, quienes animados por los indios se alejaron aun, dejando una distancia entre ellos y los bandidos. Entonces se oyó una voz á la derecha que gritaba;

— A tí, Garcí, carga con los caballos, nosotros no podemos mas.

Garcí, furioso de ver á su infantería fuera de estado de ejecutar el ataque simultáneo que habia combinado y con el cual contaba hacia algunos dias, se lanzó contra el cuerpo de los yankes. Con una rápida mírada uno de sus guias se hizo cargo de la posicion de los yankes y de la de los que los atacaban. Vió que la infantería estaba cansada y que no podia luchar en velocidad con los yankes, que los caballos eran demasiado temibles para esperarlos y combatirlos á pié firme y rápido como el pensamiento dió una órden que debia salvarlos á todos.

El convoy de los yankes penetró en el bosque y fué serpenteando por entre los matorrales para impedir el paso á los caballos.

— ¡A mí! gritó Garcí.

Su infantería avanzó lentamente. Garcí dividió su banda mandando una parta para cortar la retirada á los yankes, dejó otra en el mismo sitio en que los habia perdido de vista, y él siguió adelante á escape con la caballería. Cuando hubo llegado á una pequeña eminencia hizo alto para ver si des-

cubria á los fugitivos que debian encontrarse detrás de él; luego, tomando un revolver con una mano y con la otra un cuchillo, echó pié á tierra y dijo á su gente.

—Bajad de los caballos y ataquémosles; ¡que no haya cuartel para nadie!

Los bandidos abandonaron sus caballos y se dirigieron á pié en busca de los yankes. Estos continuaron por el bosque y luego quisieron volver á tomar el camino descubierto; pero encontraron al cuerpo que Garcí habia mandado delante dispersado en guerrillas que les impedian el paso; echáronse sobre la izquierda para escapar aun por el bosque y tomar el camino un poco mas arriba de donde estaban las guerrillas, y al llegar á la altura en que habian desaparecido se encontraron con el otro cuerpo de bandidos que estaba escalonado en el sendero; quisieron subir aun mas arriba y se encontraron frente á frente con Garcí, quien exasperado, ávido de sangre y de venganza, mandó hacer una descarga á la cual respondieron los yankes: algunos hombres cayeron de los dos bandos. Un guia de los yankes fué cogido por Garcí que le cortó la cabeza de una cuchillada y avanzó llevando con una mano la cabeza y con la otra el cuchillo. Sus hombres, electrizados con la vista de la sangre, tomaron nuevas fuerzas y corrieron en persecucion de los mineros.

El combate, ó mas bien la caza, habia comenzado el 28 de Julio por la mañana y se prolongó hasta muy entrada la noche.

La gente de Garcí, estenuada de cansancio, pidió á su jefe permiso para descansar algunas horas; por su parte los yankes viendo que ya no los perseguian, determinaron tambien hacer álto, así fué que perseguidos y perseguidores durmieron algunas horas á un tiro de fusil los unos de los otros.

A los primeros rayos de la aurora Garcí distribuyó á su

gente una racion de aguardiente y mandó el ataque. Los yankes, al ver llegar al enemigo, se levantaron como un solo hombre, pero este hombre ya no era el mismo de la víspera; á los bandidos, acostumbrados á las marchas y combates prolongados, habian bastado algunas horas de reposo para recobrar sus fuerzas. Garcí tomó una nueva ventaja sobre los yankes, persiguiéndolos con un encarnecimiento y una energía terribles, llegando á alcanzar la retaguardia y pasándola á cuchillo. Seguro de su victoria se paró un momento para saborear su venganza. La cabeza de la columna de los mineros oyó los gritos de agonía de la retaguardia y se preparó á resistir á todo trance, decididos á perecer todos antes que abandonar á los que no podian seguirles.

—¡Victoria! gritó Garcí de repente, ya los tenemos; hé aquí el refuerzo de San Francisco que llega; ¡adelante, vive Dios! ¡y que no quede uno solo con vida!

—¡Orden y California! gritó un ginete que venia á escape acompañado de un jefe americano y seguido de una tropa de infantería.

Los yankes, estupefactos al ver llegar á aquella gente por la parte de la ciudad, creyeron que era un refuerzo que le llegaba al enemigo y se prepararon la fuga.

—¡Orden y California! repitió el ginete, ¡plaza!

Los yankes lo comprendieron todo; dejaron pasar á los dos ginetes y dando media vuelta se lanzaron á su vez contra los bandidos.

—¡Eduardo Mercier! esclamó Garcí reconociendo al ginete; ¡Maldicion!

Y empuñando su revolver esperó el ataque á pié firme.

Eduardo y el coronel americano que se habian adelantado de su gente no pudieron parar sus caballos y pasaron por el lado de Garcí.

Hé aquí á Garcí detrás de nosotros, díjo Eduardo al coronel, á ver quien lo coje.

Y dando media vuelta lanzó su caballo sobre el bandido que fué á rodar por el suelo despues de habarle disparado un tiro á quema-ropa que afortunadamente no le tocó.

Eduardo saltó del caballo y una lucha cuerpo á cuerpo principió entre él y Garcí.

El combate se hizo general y la confusion de todos aquellos hombres ensangrentados, acometiéndose unos á otros, hiriéndose, matándose, los gritos confusos de todos, las amenazas de todos, las imprecaciones de todos los idiomas, sobre un estrecho sendero y sobre el bosque, daban á aquel duelo múltiple un aspecto y una originalidad siniestra y terrible que espantó por la primera vez á los bandidos de Garcí que principiaban á ceder al número y á la violencia del ataque.

Los soldados americanos desplegaron una energía extraordinaria; los yankes, que á su vez habian tomado la ofensiva y ébrios de furor y de sangre mataban sin piedad; los otros estranjeros mandados por Eduardo que habian llegado los últimos conservaban su sangre fria y apuntaban tranquilamente á los bandidos que se defendian aun.

En medio de aquella horrible refriega Eduardo y Garcí luchaban á brazo partido. Garcí queriendo matar usaba de mil estratagemas para clavarle el cuchillo; Eduardo que queria á todo trance cojerlo vivo lo cogió con su mano de hierro por el cuello y le apoyó la rodilla contra el pecho.

—¡Que me ahogas! esclamó Garcí con el rostro amoratado y los ojos inyectados de sangre.

Eduardo se aprovechó de aquel momento en que la respiracion le faltaba para voverle el rostro contra el suelo. El aire penetró en el pecho del bandido devolviéndole el instinto de la defensa, pero Eduardo le tomó las dos manos.

—¡A mí! gritó Garcí á uno de sus hombres que continuaba derribando á cuantos se le presentaban delante.

El hombre llamado por Garcí apuntó su revolver contra

Eduardo, pero inmediatamente cayó atravesado por una bala.

Por fin, Eduardo pudo volver á Garcí, pero al ejecutar este movimiento el bandido le tomó la mano izquierda con los dientes y los apretó con furor. Eduardo viéndose cercado de combatientes y que el coronel caia con su caballo, pensó que podria hacer falta á su gente y dijo :

— ¡Concluyamos!

Y descargó tan fuerte puñetazo sobre el cráneo del bandido que le obligó á abrir la boca quedando sin sentido.

— ¡A mí, coronel! gritó Eduardo; dadme una cuerda, un pañuelo ó una cadena para atar á este tigre.

— No tengo nada para poderlo atar, dijo el coronel acercándose.

— Sí, sí, esto, dijo Eduardo designando la faja de seda y el cordon de oro que llevaba el coronel.

Eduardo ató fuertemente las manos de Garcí á su espalda mientras que el coronel le sostenia la cabeza.

Garcí recobró sus sentidos y principió á gritar; algunos de sus compañeros hicieron un último esfuerzo para librar á su jefe atacando á los dos hombres que se apoderaban de él. Los americanos y los estranjeros formaron un círculo para defender á sus jefes, y el combate, un momento suspendido, volvió á comenzar con nueva furia; pero el partido ya no era igual : las dos terceras partes de los bandidos se habian replegado y hacian todos los esfuerzos imaginables para reunirse con los dos cuerpos que habian dejado escalonados para cortar la retirada á los yankes. Algunos hombres que querian librar á Garcí se hacian matar sofocados por el número. Durante aquella lucha desesperada un hombre vestido de marinero llegó hasta Garcí y apoyó el cañon de su revolver sobre la cabeza del coronel americano. Eduardo vió el brazo del bandido que avanzaba y gritó :

— ¡Alerta, coronel!

Este volvió la cabeza y el cañon del revolver del bandido

se encontró apoyado sobre su frente. El marinero dejo caer el gatillo y el tiro no salió.

— ¡Mal cartucho! esclamó Garcí en cuya frente habia brillado un rayo de esperanza; ¡despáchate, dijo el bandido.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando el bandido cayó sobre él atravesado por una pistoletazo que Eduardo le habia disparado, salvando de este modo la vida del coronel.

— ¡José! dijo Garcí á uno de sus hombres que se defendia aun; José, sálvese quien pueda, hijo mio, retírate hácia los dos destacamentos que hemos dejado atrás y carga con ellos.

El hombre al cual habia hablado Garcí huyó gritando :

— ¡Sálvese quien pueda!

Y todos los que luchaban aun alrededor de su jefe y en el bosque lo siguieron.

— Tenedle, dijo Eduardo al coronel, y si vienen á salvarlo levantadle la tapa de los sesos, yo voy á concluir con los otros.

Eduardo montó á caballo, reunió á su gente y se lanzó en perseguimiento de los bandidos.

El primer destacamento dejado por Garcí, y que fiel á su consigna no habia abandonado su puesto, no pudo resistir el choque y retrocedió hasta encontrar el segundo, que como el primero no se habia movido.

— ¡En el nombre del Padre! gritó el llamado José despues de haber reunido toda la gente de que aun podia disponer, ¡en el nombre del Padre! ¡adelante y salvemos á Garcí!

Eduardo, sin siquiera darles tiempo de ponerse en línea, los cargó con tal ímpetu que los bandidos sorprendidos se pusieron en derrota huyendo por el estrecho sendero que conducia al campo americano con la esperanza de penetrar en la espesura del bosque y escapar á la persecucion de Eduardo y su gente. De repente los bandidos se pararon

sorprendidos de ver salir por el bosque una nueva columna que les cortaba la retirada. Eduardo mismo, á la cabeza de los voluntarios de San Francisco, no sabiendo lo que aquello queria decir, se paró para reconocer á los que llegaban.

— Estamos cercados, dijo José, no hay mas remedio que rendirnos.

— ¡Por aquí! dijo una voz.

— ¡Es el campo francés! dijo otro.

En efecto, el campo francés que venia por el mismo camino se encontraba en fin con el cuerpo de Garcí en derrota. No sabiendo al primer momento si era que los atacaban, una parte de ellos principiaba á desbandarse y retroceder mientras la otra estaba indecisa. Algunas palabras que llegaron á los oidos de Eduardo le revelaron la situacion, vió á los bandidos abatidos y dispuestos á rendirse á discrecion y gritó :

— ¡Orden y California!

Al oir la palabra de órden pronunciada por Eduardo los mineros del campo francés se replegaron y cargaron con ímpetu á los bandidos que no tuvieron mas remedio que rendirse. Desarmáronlos en el acto y les ataron los manos á la espalda, y colocando cada uno de ellos entre dos voluntarios se dirigieron hácia donde estaba Garcí. Cuando este vió á toda su gente prisionera dijo con tristeza :

— ¡Estoy perdido!

— Sí, dijo Eduardo, tú estás perdido, pero el país se ha salvado.

Al anochecer del mismo dia entraban en San Francisco las tropas y los voluntarios victoriosos conduciendo á los prisioneros.

Cuando llegaron á la plaza Eduardo hizo formar un cuadro con las tropas y los voluntarios, colocó en medio á los prisioneros y acercándose al coronel le dijo :

— Coronel, mi mision ha concluido; á vos os toca ahora obrar y disponer de los prisioneros.

— ¿Y qué hacer, si no hay ni un solo tribunal?

— Erigid al pueblo en tribunal y que pronuncie; hélo aquí que nos rodea, pues bien, que el pueblo sea juez, tribunal y ejecutor; y que corte el mal por las raices y de un solo golpe.

— ¿Pero?... dijo el coronel vacilando.

— Pero, replicó Eduardo, vos no sabeis hacer nada completo, y sin embargo quereis toda la gloria de la jornada; una vacilacion puede comprometerlo todo.

— Mañana... veremos.... dijo el coronel.

— Mañana todo se habrá perdido, mientras que hoy se puede salvar.

Y dirigiéndose al pueblo Eduardo continuó:

— Californianos, la situacion es apurada, nosotros no tenemos aquí ni tribunal, ni policía, ni ningun medio de represion: el país, las minas y los trabajadores estaban en poder de los bandidos. Un militar valiente ha salvado el país, destruido el bandolerismo y se ha apoderado de su jefe.

— ¡Mientes! gritó Garcí; ¡eso hubiera sido una deshonra dejarse cojer por ese aborton!

— Del jefe, continuó Eduardo, que ha sido el terror de las familias, del jefe que ha arruinado á los mineros.

Un sordo rumor se oyó por toda la plaza.

— Este militar os lo trae atado con la faja que llevaba y que el gobierno querrá conservar como un glorioso trofeo, mandando al que la llevaba en el momento del peligro otra de general.

— ¡Viva el coronel! gritaron por todas partes.

— El coronel, continuó Eduardo, apela á todos vosotros, á todos vosotros que habeis temblado al nombre de Garcí, ante Garcí el bandido, ante esa banda de malhechores que os trae aquí cargada aun con los despojos de los mineros.

Un rumor terrible corrió esta vez por toda la plaza.

El coronel apela al pueblo honrado y lo erige en tribunal.

— Sí, sí; ¡viva el coronel! gritó el pueblo.

El coronel viéndose objeto de una ovacion, se pavoneaba sobre su caballo, guardando el mas profundo silencio y dejando hacer á Eduardo.

— Este valiente militar os deja libres de votar.

— ¿Por qué?... dijo una voz.

— Por la muerte ó la libertad de los asesinos.

— ¡La muerte! gritaron por todas partes.

— ¡La muerte! repitieron los voluntarios.

— ¿Y qué hacer ahora? dijo el coronel á Eduardo tendiéndole la mano.

— La soga para Garcí y los jefes y una bala para los otros; despachaos, estamos rodeados por gentes de Garcí; yo los vigilaré, despachaos.

Los bandidos fueron colocados junto á la pared de las casas y detrás de cada uno había un soldado con la boca del fusil apoyada sobre sus cabezas.

— ¡Fuego! dijo el coronel.

Ciento veinte bandidos rodaron por el suelo.

Durante un momento Garcí se creyó salvado; un grupo de doce hombres se le habia acercado y les dijo :

— Sin duda van á dejarme hasta mañana; cuento con vosotros esta noche.

Eduardo, que no los habia perdido de vista, destacó cincuenta voluntarios que á una señal suya se apoderaron del grupo.

— ¿Qué hacemos con estos? preguntó el coronel.

— Fusiladlos al instante.

Los doce hombres fueron ejecutados.

— ¿Y Garcí? preguntó el coronel.

— Ahorcadlo sobre ese balcon, así como á los otros tres jefes.

— ¡Qué traigan cuatro pedazos de soga! dijo el coronel á su gente.

Garcí y sus tres compañeros fueron ahorcados y quedaron espuestos al público hasta el dia siguiente.

Eduardo habia llenado la doble mision que se habia impuesto y confió al coronel el cuidado de llevar á cabo la obra comenzada. Dirigiéronse algunas tropas y voluntarios á los barrios sospechosos de la ciudad y por las cercanías. Al cabo de ocho dias hubo una segunda ejecucion con las mismas formas judiciarias que la primera.

El Herald, periódico de San Francisco, dió cuenta de este gran suceso; Eduardo redactó un artículo que produjo gran sensacion en toda la América, y sobre todo en los Estados-Unidos. Los periódicos oficiales de Washington lo reprodujeron *in extenso* añadiendo: « Que semejantes resultados eran debidos á la inteligencia, bravura, *iniciativa y rápida concepcion* de un distinguido oficial del Nórte, del honorable Mr. John Tomás Mackers, promovido al grado de teniente general y nombrado gobernador general de California. »

El mismo periódico añadia « que el ilustre y honorable géneral John Tomás Mackers se habia dignado, por un raro sentimiento de imparcialidad, llamar la atencion del gobierno sobre un jóven, jefe de una casa de comercio de Panamá, que se habia *distinguido por el concurso que habia prestado á la autoridad*, al cual el general Mackers debia dar las gracias en nombre del gobierno. »

XXI

Despues de haber presenciado los horribles acontecimientos de aquel dia, en los cuales habia desempeñado el primer papel, Eduardo se retiró á su casa, ó por mejor decir, á la de Alfredo Peret, estenuado de cansancio y vivamente impresionado. Todas sus fuerzas físicas y morales se habian agotado y su malestar era tan grande que á pesar del placer que le causaba la vista de María rogó á su secretario Ferrier que fuera á disculparle cerca de la señora Osborn de no poder ir á saludarla.

La fiebre no tardó en declarársele y tras la fiebre el delirio, que le tuvo durante algunos dias, si no en peligro de su vida, al menos bastante enfermo para no poder recibir á nadie. Rodeado constantemente por los cuidados de Ferrier y Peret, pudo en fin entrar en convalescencia y tener el consuelo de ver á la señora Osborn y María que iban á visitarle todos los dias.

En fin, su constitucion y sobre todo su juventud triunfaron de la enfermedad, y pensó sériamente en volver á Panamá, haciendo antes un último viaje á la bahía de

la Perla Negra. Con este propósito principió á preparar todos sus asuntos particulares; dió órden al capitan Noirtier para que aprovisionara el buque para tres meses; hizo repartir entre los mineros el botin que habian tomado á Garcí; instaló á Mr. Blatburn en su despacho bajo las órdenes inmediatas de Ferrier; á fin de que Alfredo Peret pudiera ganarse mejor la vida le propuso una colocacion en las oficinas de la casa Osborn que podria desempeñar en las horas que le quedaban libres, fijándole un sueldo de dos mil pesos al año.

Concluidos todos estos asuntos y esperando el momento de partida, pasaba casi todo el dia al lado de María formando proyectos para el porvenir.

Un dia en que no tenia nada que hacer y que se paseaba por las calles de San Francisco acompañado por Ferrier, se pararon delante de una casa en construccion y vieron á un hombre de maneras distinguidas vestido con frac negro y corbata blanca que hacia el oficio de peon de albañil. No pudiendo resistir á la curiosidad se acercaron al tal sugeto y le preguntaron por las causas que lo habian forzado á desempeñar aquel oficio. El interrogado, sin picarse lo menor del mundo por la curiosidad de aquellos desconocidos, los contestó muy cortesmente que se llamaba Mr. Rodgers, antiguo joyero de los Estados-Unidos, que habia ido á San Francisco como tantos otros con la esperanza de doblar su fortuna en poco tiemqo; que habia emprendido por su cuenta algunas esplotaciones en las minas, donde habia perdido inmensos capitales; que luego pensando desquitarse con el juego, habia concluido por perder lo que le quedaba; que habia abierto una escuela, pero como no ganaba nada habia cambiado las bellas letras por la cal y el yeso, y en fin que trabajaba solo para recojer el dinero necesario para ir á Europa, á donde decia estaba seguro de reparar sus pérdidas.

— ¿Cómo? dijo Eduardo Mercier.

— Sí, señores, respondió Mr. Rodgers, estoy seguro de vender la última joya que me queda y sacar una buena suma.

— ¿Cuánto, si no es indiscrecion? dijo Eduardo.

Mr. Rodgers los miró de arriba á bajo y respondió :

— Sesenta mil pesos.

— ¡Una joya de sesenta mil pesos! dijo Ferrier, ¿y vos declarais poseer esto aquí?

— Yo lo declaro al señor Mercier y á vos, que os reconozco perfectamente; por lo demás yo he estado á punto de jugarlo una noche, y el Conde de M... que lo entiende me daba cuarenta mil pesos.

— ¡El Conde de M...! esclamó Eduardo; ¿el Conde de M... está aquí?

— Sí señor, dijo Mr. Rodgers, tiene una casa de juego en *Eldorado*, donde se juega gordo, pero él solo dirige.

— Como en Panamá, dijo Eduardo.

— Tratad de descubrirle, dijo Ferrier á Eduardo, haced hablar á ese hombre, puede que eso nos sirva.

— ¿Vos decís que poseeis una joya que evaluais en sesenta mil pesos?

— Sí señor, ó al menos cincuenta mil.

— ¿Eso debe ser un soberbio brillante?

— No, es una perla negra digna de la corona de un soberano.

— ¡Una perla negra! dijo Eduardo.

— Sí, señor, una simple perla.

— ¿Pero será enorme?

— Como un huevo de perdiz.

— ¿Y dónde está?

— Aquí, dijo Mr. Rodgers mostrando una cintura que llevaba bajo del chaleco.

— Pero si alguien lo supiera os asesinarian.

— Por esa razon no lo digo á nadie y solo por una casualidad se la he enseñado al Conde de M...

— Veámosla, á ver si es la misma que tuve ocasion de admirar en uno de mis viajes por el Pacífico.

— Venid, dijo Mr. Rodgers conduciendo á Eduardo y Ferrier á un sitio solitario; mirad.

— La misma, dijo Eduardo examinándola; la misma que ví hace algun tiempo; pero despues creo que le han dado un nombre.

— La han llamado la *Estrella del Pacífico* y la *Africana;* este último nombre es el que le ha quedado.

— En efecto, es una joya estraordinaria, dijo Eduardo; pero el precio á que la han elevado es fabuloso y no puede durar: daos prisa á venderla, pues dentro de poco tiempo su valor bajará de treinta ó cuarenta mil pesos á treinta ó cuarenta mil francos.

— Ya lo sé, dijo Mr. Rodgers, por esa misma razon tengo prisa de venderla y ya he estado á punto de ceder á las instancias del Conde de M...

— ¿Cuánto os daba?

— Cuarenta mil pesos; pero como yo me conozco, con cuarenta mil pesos en el bolsillo soy capaz de jugar y dejar en casa del Conde mi única esperanza y mi porvenir, yo he preferido guardarla, ganar de cualquier modo con qué hacer el viaje á Europa y realizar un buen negocio dirigiéndome á los soberanos mas ricos ó á las mejores casas de Lóndres, ó quizá, hé aquí que se me ocurre una idea, hacer un llamamiento á toda la Europa y rifarla.

— ¿Y si no la vendeis?

— Me vuelvo á los Estados-Unidos, donde estoy seguro de sacar los treinta mil pesos que me ha costado.

— Sí, dijo Eduardo, pero considerablemente disminuidos.

— ¿Cómo?

— Por los gastos de viajes, anuncios, etc. : creedme, vendedla aquí si encontrais quien os dé un buen precio, ó id á los Estados-Unidos : allí es donde la joya ha recibido el

bautismo de la moda y solo allí es donde tiene un poco de mas valor, dijo Eduardo devolviéndole la perla.

— Quizá tengais razon, dijo Mr. Rodgers pensativo mirando á su tesoro; ¿qué hariais vos en mi lugar?

— Os repito que es en los Estados-Unidos donde esta joya ha adquirido un valor de convencion que no puede durar.

— ¡Si la cediera al Conde de M...!

— ¿Pero si no teneis la fuerza de voluntad para huir?

— Es verdad.

— Veamos, dijo Eduardo volviendo á tomar la perla; ¿vos decís que el Conde de M... ofrece cuarenta mil pesos?

— Os lo juro, dijo Mr. Rodgers; si quereis iremos á su casa; dentro de un instante la sala del juego estará abierta y vereis cómo me da cuarenta mil pesos ó me deja jugar por esta suma y algo mas.

— ¿Estais cierto que ese Conde de M... ha deseado ardientemente esta joya?

— Ciertísimo; venid conmigo y lo vereis.

— ¿Me jurais, repuso Eduardo, que el Conde de M... tomará esta joya en el juego por cuarenta mil pesos?

— Os aseguro que si la jugais la tomará quizá por cuarenta y cinco mil.

— ¿Estais cierto?

— Sí, sí, dijo Mr. Rodgers en cuyos ojos brilló un rayo de esperanza.

— Si así es, dijo Eduardo, yo voy á hacer vuestra fortuna dándoos cincuenta mil pesos por la *Africana*.

— Mr. Rodgers no pudo contener su emocion á pesar de ser judío, pero pasado el primer momento, al ver la facilidad con que Eduardo Mercier le ofrecia mas del precio pedido, trató de hacer el indeciso para ver si sacaba un poco mas.

— Si no quereis, tomadla, dijo Eduardo, pues no solamente queria satisfacer un capricho, si no haceros un favor;

si vos no estais contento del precio y además reconocido, no hay nada de lo dicho.

— Pero, dijo Mr. Rodgers temblando de miedo que Eduardo retrocediera; yo no he dicho...

— Veamos, dijo Eduardo, quereis, ¿sí ó no? si quereis venid conmigo á tomar al dinero, y sino tomad vuestra joya y no hablemos mas de ello.

— Acepto.

Los tres paseantes llegaron á casa de Alfredo Peret, quien se quedó con la boca abierta al saber la compra que acababa de hacer Eduardo.

— Ferrier, dijo Eduardo, subid á la caja y traed cincuenta mil pesos para el señor.

Ferrier subió á la caja de la casa de la señora Osborn, contó cincuenta mil pesos en oro y billetes de banco.

— ¿Vendreis esta noche? preguntó la señora Osborn á Ferrier cuando salia cargado de sacos y papeles.

— Creo que sí, señora; don Eduardo está en su cuarto y acaba de hacer una compra.

— Algo carilla, dijo María mirando los sacos.

— Efectivamento, dijo la señora Osborn, cuánto dinero, sin duda algun gran negocio.

— Esto puede llamarse mas bien un capricho, dijo Ferrier; trátase de una perla soberbia, es verdad, pero, en fin, cincuenta mil pesos no es una paja.

— ¡Cómo! esclamaron las dos mujeres.

— Como lo ois; pero no os asusteis, si el señor Mercier da por ella cincuenta mil pesos es porque ella vale ó debe venderse por cien mil.

Ferrier entró en el cuarto de Eduardo cargado con el dinero.

— Tomad, dijo Eduardo á Mr. Rodgers, contad vuestro dinero y firmad el recibo.

Mr. Rodgers contó el dinero, firmó el recibo, y cuando iba á salir dijo á Eduardo.

— Quisiera pediros un favor.

— ¿Cuál?

— De guardarme esta suma en depósito hasta mi partida, pues podrian robarme y asesinarme si alguien la supiera en mi poder; además que aun no sé cuándo saldrá un buque para Panamá.

— Aun podré haceros otro, dijo Eduardo.

— ¿Cuál?

— Conduciros á Panamá mas barato que nadie.

— Cuándo partis? dijo Mr. Rodgers.

— Dentro de dos ó tres dias.

— ¿Y cuánto me tomareis?

— Nada, solamente que tendreis que estacionar ocho ó quince dias delante de la costa del Salvador.

— Ese es un favor que no olvidaré nunca, don Eduardo, dijo Mr. Rodgers.

— Sí, pero con una condicion.

— ¿Cuál? hablad.

— Que vayais ahora mismo á la casa de juego del Conde de M... y que digais á todo el mundo, y sobre todo al Conde, que yo os he comprado y pagado al contado la *Africana*.

— Aceptado, dijo Mr. Rodgers saliendo.

Eduardo pasó á tomar el té á casa de la señora Osborn, donde principió á preparar los ánimos de esta señora y su hija á la idea de su partida, diciéndoles que era indispensable, pues tenia necesidad de ver á su asociado señor Ardou para esplicarle las nuevas bases en que reposaban las operaciones, sobre todo despues de fundada la sucursal de San Francisco. Todas estas esplicaciones dadas y comprendidas perfectamente, nada se oponia ya á su partida y quedó convenido que se verificaria dos dias despues.

Al despedirse de la señora Osborn y María Eduardo les dijo que aquella noche iba á pasarla en una casa de juego.

— Vos nos habeis dicho que el juego os causaba horror, y sin embargo, vais á jugar, dijo la señora Osborn.

— Es verdad, dijo Eduardo riendo, detesto el juego y no juego nunca.

— Sin embargo, hoy...

— Hoy es diferente, pues apostaria ciento contra uno que voy á ganar.

— ¡Cuándo os decia que la perla, ó mas bien los cincuenta mil pesos, iban á producir cien mil!... dijo Ferrier á María.

— A propósito, dijo María, ¿y esa famosa perla?

— Vedla aquí, dijo Eduardo mostrando la perla que las señoras Osborn tomaron y admiraron.

— Miradla bien, dijo Eduardo, pues entra en mis cálculos jugarla, y quien sabe si dentro de una hora me pertenecerá.

— Qué lástima, dijo la señora Osborn, si perdeis esta maravilla.

— Estad segura que si la pierdo es que me habrán pagado el doble de su valor.

Eduardo tomó el brazo de Ferrier y ambos se encaminaron hácia la casa de juego dirigida por el Conde de M...

— ¿Qué vamos á hacer? preguntó Ferrier cuando estuvieron á algunos pasos del garito.

— Vais á verlo, no os separeis de mi lado y jugad con moderacion. Sobre todo finjamos estar embriagados.

Ambos entraron en el garito con el chaleco medio desabotonado, el sombrero sobre la oreja y el cigarro en la boca.

Mr. Rodgers estaba hablando con el Conde de M..., Eduardo se le acercó y dándole una palmadita en el hombro le dijo:

— Hola, compadre, confesad que no entendeis ni una

jota en los negocios; la *Africana* vale sesenta mil pesos; el telégrafo me acaba de anunciar que se cotiza en la Bolsa de New-York.

— Cotizada, dijo Ferrier apoyándose contra el Conde.

— Están chispos, dijo Mr. Rodgers al Conde de M...

— Sí, el telégrafo los ha revolucionado.

Y dirigiéndose á Eduardo dijo:

— ¡Calle! si es el señor Mercier de Panamá; ¿no me reconoceis?

Eduardo puso su mano sobre los ojos como para reconcentrar la vista, examinó al Conde y luego dijo á Ferrier:

— Dí, ¿conoces á este pájaro?

— Ya lo creo, dijo Ferrier, eso es un Conde.

— ¡Un Conde! ¡buenas noches, escelencia!

— Sí, dijo Mr. Rodgers, un Conde que me daba tambien cincuenta mil pesos por la *Africana*, y si no preguntádselo.

— Sí, cincuenta mil y quizá mas, dijo el Conde.

— ¡Mas! dijo Eduardo pasándose la mano por la frente y dejando caer el sombrero por el suelo. Cuando yo digo que el telégrafo la ha cotizado. ¿Sesenta mil pesos los dais vos?... No, no la vendo, prefiero jugarla...

— ¿Quereis jugarla? dijo el Conde cuyo rostro se iluminó de repente.

— Sí, dijo Eduardo sacando la cajita en que estaba la perla y mostrándosela al Conde; sí, la juego, y la estrella tambien; ella sola vale sesenta mil pesos...

Eduardo fingió de una manera admirable el hipo é iba entrecortando las palabras.

— Está completamente chispo, dijo el Conde á Mr. Rodgers.

— Sí, respondió Mr. Rodgers, y seria hacerle un favor acompañarlo á su casa; venid, señor Mercier, vos habeis cenado demasiado y vais á hacer una locura.

— Dejadlo, dijo el Conde, si quiere jugar que juegue;

cincuenta ó sesenta mil pesos eso no es nada para la casa Ardou.

— Conde, amigo mio, dijo Eduardo al Conde; tú hablas como si hubieras ganado ya; no olvides que estoy chispo y segun he oido decir, hay un Dios que proteje á los borrachos. Vamos, Ferrier acompañadme á la mesa y juguemos gordo.

Eduardo y Ferrier se cogieron por el brazo y fueron dando traspiés; el Conde hizo desocupar dos sillas é instaló á los dos borrachos cerca del banquero; este miró al Conde quien le hizo un signo afirmativo y continuó tallando.

— Vamos, juguemos la *Africana;* ¿cuánto dais por ella banquero?

— Se os ha dicho que cincuenta mil pesos.

Eduardo vacilaba contemplando la joya: la voz habia circulado en la sala de que el nuevo propietario de la *Africana* estaba allí y varios jugadores rodearon á Eduardo y Ferrier para contemplar aquella maravilla.

— En fin, dijo Eduardo echándola sobre el tapete, por ahora solo juego la mitad, veinticinco mil pesos.

El banquero contaba los veinticinco mil pesos y se preparaba á colocarlos frente de la *Africana*

— No hagamos locuras, dijo Eduardo volviéndola á tomar; no, no juego, me voy, estoy enfermo.

Eduardo se levantó de la mesa dando traspiés como un hombre completamente embriagado; dió dos ó tres vueltas y volvió á sentarse diciendo:

— ¡Ah! esto va mejor.

— Dice que está mejor y no puede tenerse, dijo el Conde á Mr. Rodgers.

— No hagamos ninguna calaverada, dijo Eduardo; yo juego la *Africana*... ¿qué piensas tú, Ferrier, qué debo hacer?

—¿Qué quereis? dijo Ferrier que parecia dormir con la cabeza apoyada sobre la mesa.

—Digo que voy á jugar la perla; si gano continúo y si pierdo me las guillo : este es el secreto del juego.

—Dejadme tranquilo, dijo Ferrier.

—No, yo quiero que me veas ganar; dispierta, mira, yo juego treinta mil pesos, ¿y tú?

—Mil, respondió Ferrier sacando una cartera.

—Bien, yo juego treinta mil pesos; si pierdo, yo me voy, tú te vas, nosotros nos marchamos.

—Sí, dijo Ferrier.

—Si gano, yo me quedo, tú te quedas, nosotros nos quedamos.

—Eso es.

—Entonces juego otros treinta mil pesos, gano, supongamos, y esto me hará sesenta mil pesos, ¿es verdad?

—Muy bien, ¿y despues?

—Despues juego los sesenta mil pesos y la *Africana*, y esto hará sesenta y cincuenta que vale la perla.

—¡Pardiez! no es difícil de contar, dijo Ferrier, ciento diez.

—¿Ciento diez mil? dijo Eduardo; ¡ciento diez mil pesos á una carta, eso es sublime! Dame treinta mil pesos para principiar.

—No tengo mas que mil, respondió Ferrier.

—Se os adelantarán, dijo el Conde.

—Pues bien, dádmelos.

—Haced una letra.

—Es justo, dijo Eduardo sacando su cartera y haciendo una letra de treinta mil pesos.

—¿Está bien? dijo á Ferrier mostrándosela.

—Muy bien, respondió Ferrier.

—Vaya por treinta mil pesos, dijo Eduardo al banquero dejando caer la cabeza y pareciendo dormirse.

El banquero miró al Conde que le hizo un signo negativo, tiró dos cartas y preguntó si el juego estaba abierto.

—Sí, respondió Eduardo poniendo la letra sobre la sota de bastos.

—La sota de bastos para el señor y el rey para la banca, dijo el banquero poniendo treinta mis pesos en oro y billetes de banco al lado de la letra de Eduardo.

—¿Eso es el monte? dijo Ferrier.

—Sí, respondió el Conde.

El banquero volvió los naipes.

—Habeis ganado, dijo Ferrier á Eduardo, jugad la *Africana*.

—Sí, dijo Eduardo tomando la perla y los treinta mil pesos.

El banquero miró al Conde que le hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Ah! no, dijo Eduardo, aun debo ganar otra vez antes de jugar la *Africana*.

Y puso la letra sobre el caballo de oros.

El banquero miró al Conde que le hizo seña que no. Este puso de nuevo otros treinta mil pesos al lado de la letra, volvió los naipes y ganó el caballo.

Eduardo tomó los sesenta mil pesos en billetes de banco y se los puso en el bolsillo.

El Conde de M... palideció como un cadáver, haciendo todos los esfuerzos imaginables para sonreir.

—¿Qué no jugais mas? dijo á Ferrier.

—Eso no me importa, he ganado tres mil pesos y me doy por satisfecho, dijo Ferrier dejando caer la cabeza fingiendo dormir como su jefe.

El Conde de M... dió órden al banquero de continuar el juego y se dirigió hácia un cuarto que daba al salon donde habia dos hombres sentados alrededor de una mesa redonda

fumando y bebiendo; uno de ellos se levantó, se acercó á la puerta y el Conde le señaló á Eduardo y Ferrier.

Eduardo habia seguido todos los movimientos del Conde y apercibió la cabeza del individuo. Levantóse haciendo como quien no puede tenerse y dijo :

—Vuelvo.

—¿No jugais mas? dijo el Conde.

—Sí, amigo mio, ahora la *Africana;* ó todo ó nada.

Eduardo se fué á un rincon é hizo como que le daban ganas de vomitar, y á cada movimiento convulsivo que hacia preparaba el revolver y el puñal que llevaba escondido. Luego se acercó á la mesa, colocó ante sí los sesenta mil pesos y sacó la perla.

—Vayan los sesenta mil pesos; ¿cuánto por la perla?

—Cincuenta mil, dijo el Conde.

—¿Total ciento diez mil?

—Justo.

—¿Es decir que tú me das cincuenta mil pesos por la perla? Eso es muy poco, no juego.

—¿Cuánto quereis? dijo el Conde fuera de sí.

—¿Yo? dijo Eduardo haciendo como quien no veia su agitacion, ¿yo?

—Sí, vos, dijo el Conde, ¿cuánto pedís por ella?

—Sesenta mil.

—Se os dan, dijo el Conde.

—¿Aceptais?

—Sí.

—¿En ese caso son ciento veinte mil pesos:

—Sí, respondió el Conde.

—Pues bien, pagad la perla, yo prefiero el dinero, porque me da pena jugar una joya tan hermosa, pagadla ó no juego.

El Conde hizo un signo al banquero quien contó los sesenta mil pesos y los dió á Eduardo en cambio de la perla.

Eduardo contó ante sí ciento veinte mil pesos; levantóse con rostro sereno y miró al Conde que pareció no comprender nada y le dijo si no jugaba, pues el banquero acababa de tirar dos naipes. Eduardo concluyó de contar el dinero, dió sesenta mil pesos á Ferrier, embolsó los otros sesenta mil é hizo pedazos la letra de treinta mil.

—Señores, dijo con mucha sangre fria y dignidad á todos los asistentes, acabo de ganar sesenta mil pesos y de vender por otros sesenta mil una perla que he comprado hoy mismo por cincuenta mil á Mr. Rodgers aquí presente.

—Es verdad, dijo Mr. Rodgers.

El Conde tuvo necesidad de apoyarse contra una silla para no caer é hizo una seña á los dos hombres que estaban en el cuarto contiguo para que se acercaran.

Los jugadores se pusieron en pié no comprendiendo una palabra de cuanto sucedia y todos tenian la vista fija sobre Eduardo y Ferrier, esperando con impaciencia el desenlace de aquella escena estraña.

Eduardo continuó con calma:

—Señores, acabo de ganar con lealtad, al menos de mi parte, sesenta mil pesos.

—Es verdad, dijeron varias voces.

—Además, diez mil pesos con la venta de una perla que hace una hora que compré, y no es justo que Mr. Rodgers no disfrute de todos los beneficios de este negocio. Tomad los diez mil pesos, Mr. Rodgers.

Los banqueros y el Conde de M... recogieron el dinero que quedaba en la mesa y se aproximaron hácia Eduardo, á cuyas espaldas se encontraban ya los dos hombres que habian salido del cuarto.

—Señores, esto es una revancha que acabo de tomar, continuó Eduardo, pues estos dos hombres cuyos nombres voy á denunciar públicamente robaron una noche ciento veinte mil pesos á la casa Ardou de Panamá. Yo sabia al ve-

nir á este garito que no saldria arruinado, que estaria espuesto al puñal de los asesinos de los cuales se sirven los hombres que hace algunos meses os están robando indignamente, y por esta razon he hecho cercar todas las salidas. Todas las puertas están cerradas y puedo nombraros al infame ladron, á fin de que me ayudeis á dar otro gran ejemplo en San Francisco; á mí, señores, pues es...

Eduardo se volvió y un gran tumulto estalló en el salon; todos los jugadores se pusieron de su parte y sacando su revolver buscó con la vista al Conde, quien acababa de huir precipitadamente con los dos banqueros y los dos asesinos.

—Ya conoceis al culpable, señores, dijo Eduardo, ha huido; sin duda es la primera vez que pierde, pues yo lo he visto una noche en Panamá hacer el mismo oficio que ejercia aquí. Si yo hubiera salido solo con las sumas que ese miserable acaba de restituir, hubiera sido atacado por los hombres que habia detrás de mí y nada me hubiera salvado. Todos estábamos á la merced del Conde de M..., á quien he dejado escapar porque se hubiera necesitado derramar sangre para apoderarse de él y de los bandidos que le acompañan. Ya sabeis á qué ateneros, ahora á vosotros os toca haceros justicia allá donde encontreis al Conde de M... El órden y la seguridad se ha establecido en el campo y en las minas, solo falta espulsar de la ciudad á todos los elementos perniciosos que aun encierra. Adios, señores.

—¡Bravo! dijo una voz.

—¡Que se ponga á precio la cabeza del Conde de M!... dijo otra.

—¿Y si se apoderan de él, para quien será la perla? dijo Mr. Rogers.

—Para el que lo entregue en manos del coronel del regimiento americano, dijo Eduardo.

Los jugadores salieron estrepitosamente corriendo cada uno por donde mejor le parecia en busca del Conde de M...

Eduardo y Ferrier volvieron á su casa acompañados por Mr. Rodgers que no sabia cómo espresar su agradecimiento por los diez mil pesos que acababa de tomar sin saber cómo ni por qué.

Los dias que faltaban para llegar al citado para la salida de San Francisco, Eduardo los empleó totalmente arreglando los negocios de la nueva asociacion, dando instrucciones á Ferrier y tratando de consolar á María prometiéndole volver dentro de poco tiempo para no separarse nunca mas de ellas.

Llegado el momento de partir, Eduardo tomó la mano de la señora Osborn, besóla y balbuceó algunas palabras que nadie comprendió. María lo miraba silenciosa con el rostro inundado de lágrimas.

Una hora despues el brik *Castor* salia de San Francisco con direccion al Centro-América donde debia estacionar algunos dias antes de ir á Panamá.

XXII

El brik *Castor*, capitan Noirtier, con catorce hombres de tripulacion, salió de la bahía de San Francisco impulsado por una fresca brisa de N. E. siguiendo majestuosamente las costas pintorescas del Océano Pacífico.

Eduardo Mercier se encerró en su camarote y no aparecia mas que á la hora de comer en que iba á sentarse á la izquierda del capitan que hacia los honores de la mesa. Generalmente los convidados eran cinco, Eduardo, Mr. Rodgers, el capitan, el segundo, que era un corso llamado Ambrosini, y José, viejo marino que Eduardo apreciaba mucho y era su único confidente.

Mr. Rodgers hacia cuanto podia para captarse la amistad de Eduardo, en el cual encontraba siempre el mismo tono glacial cuando se permitia alguna palabra demasiado familiar.

Este modo de vivir duró hasta una noche en que el capitan Noirtier, al presentarse á Eduardo para darle las buenas noches como tenia costumbre, le anunció que se encontraban frente á las costas de San Salvador á 13° de latitud N. y

98° longitud S., pero que, segun sus cálculos, aun estaban bastante lejos de la costa.

— No andeis hasta el amanecer, dijo Eduardo; que se toque llamada á las cinco de la mañana y que preparen una lancha para mí.

— ¿Quién os acompañará? dijo el capitan.

— José y el grumete.

— ¿Podré ir á tierra?

— No.

— Mr. Rodgers desea seguiros y quisiera cazar.

— Mr. Rodgers quedará á bordo como todo el mundo.

— ¿Durante ocho dias?

— Durante ocho dias.

— Está muy bien, señor Mercier, dijo el capitan bajando la cabeza.

A las cinco de la mañana el tambor tocó llamada; Eduardo hizo un exámen de la posicion exacta del buque, mandó hacer una maniobra é hizo echar anclas despues de haber consultado un mapita hecho á la mano que llevaba en su cartera; luego almorzó, tomó víveres para todo el dia y dijo categóricamente á Mr. Rodgers que no queria que le acompañara recordándole que ya se lo habia prevenido antes de emprender el viaje; y sin esperar ninguna contestacion le volvió la espalda diciendo al capitan que preparara la comida para las seis de la tarde.

Eduardo se dirigió hácia la lancha en la cual se encontraban ya José y el grumete.

José habia trasportado á bordo un gran martillo, unas tenazas enormes y una brújula.

Eduardo y José iban armados con una carabina cada uno, un revólver y un cuchillo, hasta el grumete llevaba su revolver.

Los tres pescadores izaron una vela y se alejaron rápidamente del brik, haciendo curvas y cambiando dos veces de

direccion como si ignoraran el camino que querian seguir.

El capitan Noirtier los siguió con la vista pareciendo considerar con interés la mancha blanca, negra ó amarilla que formaba la vela, segun los rayos de luz; de repente los pescadores plegaron la vela y el capitan tuvo que pedir los gemelos al segundo; despues, no bastando esto, pidió el anteojo de larga vista con el cual miró por espacio de algunos segundos hasta que la barca hubo completamente desaparecido. Luego todo pensativo y con las facciones contraidas se acercó al segundo diciendo:

— Misterio, todo es misterio en ese hombre.

— Lo que yo encuentro menos divertido, dijo Ambrosini, es pasar ocho dias aquí sin bajar á tierra, ni siquiera para hacer provision de agua, á pesar de que el amo ha dicho que habia un manantial á poca distancia de la playa.

— Sí, amigo mio, repuso el capitan acentuando sus palabras, *han*... tomado todas sus precauciones, *han*... cargado el agua necesaria para todo el viaje antes de ponerse en camino, y *saben* muy bien lo que *hacen*.

El capitan Noirtier se paseó todo el dia por el puente maldiciendo el atraso de la ciencia y la miserable organizacion humana que no le permitian ver lo que hacia su misterioso jefe.

A las cinco de la tarde apercibió en el horizonte la vela blanca y esperó con ansiedad la llegada de los viajeros para ver si podia descifrar alguna cosa del enigma; pero sus esperanzas quedaron frustradas, pues no pudo descubrir mas que un poco de cansancio y mal humor en Eduardo, quien despues de comer se retiró á su camarote dando órden al capitan Noirtier, para que hiciera preparar un camarote para el marinero José y el grumete que debian cansarse mucho con las esploraciones científicas.

— ¿Qué camarote? dijo el capitan con un tono de mal humor bastante pronunciado.

— El que está al lado del mio, respondió Eduardo sin parecer fijar su atencion.

— Está bien, dijo el capitan.

Por la noche el capitan llamó á Ambrosini, quien lo escuchó con ese semi-respeto, mezcla de familiaridad y de obediencia pasiva.

Mr. Rodgers, que habia visto partir á Eduardo por la mañana y oido las observaciones que le hizo al capitan el segundo y que veia ahora llamarlo aparte y darle una órden, creyó descubrir las primeras tramas de una intriga que no debia tardar en convertirse en trajedia.

El capitan hizo un signo con la mano al que respondió el segundo con otro con la cabeza que queria decir que sí; por su parte Mr. Rodgers hizo otro que queria decir.

— Aquí va á pasar algo, observemos.

Ambrosini se quitó los zapatos y bajó cautelosamente la escalera que conducia á los camarotes de Eduardo, de José y del capitan y se sentó sobre el último escalon escuchando á ver si sentia algo.

— Esto marcha, dijo Mr. Rodgers restregándose las manos de contento.

Luego se acercó á la escalera y no viendo á Ambrosini bajó un escalon, luego otro, hasta que pudo ver la sombra del espía que estaba acurrucado delante de la puerta del camarote de Eduardo. Como Mr. Rodgers no tuvo la precaucion de descalzarse, al bajar otro escalon la madera crugió bajo sus piés y Ambrosini dió un salto que le hizo dar contra la puerta del camarote.

— ¿Quién está ahí? dijo Eduardo.

— Soy yo, respondió Ambrosini.

Mr. Rodgers subió precipitadamente al puente sonriendo del susto que acababa de dar al espía.

— ¿Qué quieres? dijo Eduardo abriendo la puerta.

— Nada, venia á buscar una cosa.

— ¿A dónde?

— Al camarote del capitan.

— ¿Qué?

— Un...

— ¿Qué? dijo Eduardo mirando de piés á cabeza á Ambrosini.

— Un pañuelo.

— Tómalo, dijo Eduardo entrando en el camarote y cerrando la puerta.

— Ese hombre miente, dijo para sí; atencion.

Eduardo se puso á examinar algunos objetos encerrados dentro de un saquito de cuero que habia escondido cuando oyó el ruido producido por Ambrosini.

— Mal dia, dijo, mañana será mas provechoso.

En efecto, el viaje habia producido poco; á pesar del mapa que llevaba Eduardo se equivocó de sitio y tuvo que esplorar la costa embarcándose y desembarcando á cada momento, viéndose muchas veces obligado, tanto él como José y el grumete, á tomar un baño en el mar para resguardarse del escesivo calor que hacia. Solo al anochecer llegó á un sitio que creyó reconocer, echóse al agua y con las tenazas arrancó algunas ostras que abrió inmediatamente con el martillo.

— Mira, mira, José, dijo Eduardo, aquí es, ya no cabe duda.

Y le hizo ver tres perlas negras del tamaño de una posta.

Al dia siguiente volvió al partir con el mismo órden que la víspera, volviendo á anochecer alegre y contento. Aquel dia Eduardo comió mejor y estuvo mas comunicativo con el capitan y mas amable con Mr. Rodgers, se acostó muy tarde, abrió y cerró varias veces su bufete y no se acostó hasta las dos de la madrugada, es decir, que concluyó de exaltar todas las fibras mentales del capitan y de exasperar su curiosidad.

Tres dias se pasaron de este modo; el cuarto Eduardo se preparaba á ir á tomar el desayuno en compañía del capitan y de Mr. Rodgers cuando entró José en su camarote y le dijo al oido:

— Don Eduardo, Ambrosini me preguntó anoche que que es lo que vamos á hacer todos los dias á la playa.

— ¿Y qué le habeis respondido?

— Nada, y Ambrosini ha interrogado luego al niño.

— ¿Y qué ha respondido el niño?

— Nada, yo le habia prevenido que guardara el secreto.

— Ambrosini es un curioso, dijo Eduardo.

— No, no es Ambrosini.

— ¿Quién pues?

— El capitan.

— ¿Cómo lo sabeis?

— Lo presumo, porque Ambrosini no hace nada sin una órden del capitan Noirtier.

— ¿Estais seguro?

— Segurísimo.

— Está bien, trataremos de poner un remedio.

Eduardo almorzó como de costumbre y al momento de embarcarse dijo:

— Capitan, haced todos los preparativos para partir.

— ¿Cuándo? dijo el capitan.

— Hoy.

— ¡Cómo! ¿por qué? dijo el capitan con estrañeza.

— En primer lugar porque yo os lo mando, dijo Eduardo con severidad, y en segundo porque esa es mi volnntad.

— Está bien, señor Mercier, se os obedecerá.

Eduardo, José y el grumete montaron en la lancha y se alejaron como los dias anteriores.

Cuando la barca hubo desaparecido el capitan llamó aparte á Ambrosini y lo condujo hácia la proa donde le habló con mucha animacion; Ambrosini respondia gesticulando de una

manera afirmativa. Mr. Rodgers se paseaba por el puente observándolos disimuladamente, restregándose las manos de contento al ver que no perdia el hilo de una intriga que aun no podia esplicarse.

Ambrosini bajó al camarote, se desnudó y pasando un salvavidas por su cuerpo subió á donde estaba el capitan.

— ¿Vais á tomar un baño? dijo Mr. Rodgers acercándosele.

— Sí, respondió Ambrosini arrojándose al agua.

El capitan le siguió con los ojos sonriendo y como satisfecho de sí mismo.

Mr. Rodgers volvió á emprender su paseo con aire de triunfo y murmurando :

— Esto marcha, esto marcha.

El capitan miró largo tiempo con su anteojo hasta que Ambrosini hubo desaparecido; luego encendió su pipa y esperó; durante algunas horas su agitacion denotaba una inquietud no acostumbrada en él.

El tiempo, que hasta entonces habia sido magnífico principió á cargarse de nubes y anunciaba la proximidad de una de esas cortas pero violentas tempestades del Pacífico. El capitan bajaba muy á menudo á su camarote para consultar el barómetro y cada vez subia mas preocupado y meneando la cabeza.

— Mal tiempo, dijo á Mr. Rodgers que en aquel momento pasaba por delante de él.

— Sí, muy malo, respondió Mr. Rodgers.

El capitan ya iba á mirar cuando creyó distinguir un objeto que llamó su atencion.

Mr. Rodgers se colocó detrás de él; sobre una de aquellas olas monstruas se veia la cabeza de un hombre. Sin duda aquella cabeza debia ser la de Ambrosini, pues el capitan Noirtier la miraba atentamente y con estrema ansiedad.

Por fin el nadador, con una energía y un valor que entu-

siasmaba á la tripulacion, llegó cerca del buque; el capitan tomó la bocina y le preguntó si necesitaba auxilio.

— ¡Una cuerda! gritó débilmente Ambrosini.

— ¿Qué ha dicho? preguntó el capitan al marinero.

— ¡Pardiez! pide socorro, pues ya no puede mas, dijo Mr. Rodgers.

— ¡Pronto, una lancha al agua! gritó el capitan.

— No, echadle una cuerda, y que se coja á ella, la lancha no llegará á tiempo! dijo Mr. Rodgers.

— Gracias, Mr. Rodgers, dijo el capitan, teneis razon.

El capitan cogió él mismo un cabo y se lo echó á Ambrosini que por fin pudo cojerlo; los marineros tiraron y lo subieron sano y salvo. El capitan lo tomó en sus brazos y lo condujo á su camarote.

Bajo el pretesto de consultar el barómetro Mr. Rodgers metió su nariz en la claraboya que daba á los camarotes.

— ¿Qué hay? dijo Noirtier á Ambrosini cuando principió á volver en sí despues de haber tomado un cordial.

— Somos descubiertos, dijo Ambrosini.

— ¿Por quién?

— Por don Eduardo y José.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Yo queria verlo todo, me aproximé y el niño dió la alarma.

— ¿Despues?...

— Despues los dos pescadores han vuelto á tierra y me han perseguido por el bosque.

El capitan, preocupado como estaba, no puso atencion á la palabra *pescadores* pronunciada por Ambrosini.

— ¿Y despues? dijo el capitan con voz palpitante.

— Despues he podido escapar y echarme al agua cuando he visto que izaban la vela y que los pescadores se preparaban para volver.

— ¡Los pescadores! dijo Noirtier, ¿sin duda quieres decir el señor Mercier y José.

— Los pescadores, repitió Ambrosini.

— ¿Pescadores de qué? dijo el capitan.

— ¡Pardiez! pescadores de perlas gruesas como avellanas, dijo Ambrosini; y estoy seguro que ese camarote debe estar ya lleno, añadió señalando el de Eduardo.

— ¡De perlas! esclamó Noirtier con los cabellos erizados y la frente inundada de sudor. ¿Y dices que vuelven? añadió despues de un momento de reflexion.

— Sin duda detrás de mí: pero como el viento es contrario tendrán que hacer una curva de al menos una legua para poder llegar aquí.

— ¿Es decir que aun tenemos?... dijo Noirtier.

— Al menos dos horas, respondió Ambrosini.

— ¡Pues bien, manos á la obra, la suerte está echada! dijo el capitan.

La nariz de Mr. Rodgers se hundió un poco mas dentro de la claraboya.

— Abre la puerta y los cajones, dijo el capitan.

— Pero si no tengo las llaves.

— Rompe.

— No tengo fuerza, dijo Ambrosini mostrándole sus brazos aun contraidos.

— Espera pues, voy á buscar á nuestros hombres.

La nariz de Mr. Rodgers se retiró vivamente y cuando el capitan llegó á cubierta vió que se paseaba tranquilamente como el hombre mas dichoso del mundo.

El capitan llamó á cuatro hombres y bajó con ellos al camarote.

— Hijos mios, les dijo, el momento de obrar ha llegado, no mas miseria, vamos á ganarnos muchos miles; pero para ello se necesita valor y no dar cuartel al enemigo.

La nariz de Mr. Rodgers volvió á aparecer en la claraboya.

— ¿Para todos? dijo un marinero.

— Sí, para todos, respondió el capitan.

— ¿Y dónde están? dijo otro.

— Allí, dijo Noirtier señalando el camarote de Eduardo.

— ¿Y la llave?

— No hay llaves, romped.

Los cuatro marinoros y Ambrosini se precipitaron sobre la puerta.

La nariz de Mr. Rodgers apareció con toda su longitud proyectando su sombra sobre la mesa que habia en el centro.

Ambrosini tocó con el codo al capitan.

— ¿Qué? dijo este.

— Levantad la vista.

El capitan levàntó la cabeza y se encontró con la nariz de Mr. Rodgers.

— ¿Qué haceis ahí? dijo el capitan.

— Estudiando el tiempo por el barómetro, dijo Mr. Rodgers.

— Pues bien, id á estudiarlo en plena mar.

Mr. Rodgers se retiró y fué á colocarse sobre la obra muerta del buque, y sacando la cabeza hácia el mar vió que á pesar de la tempestad habian abierto la ventana del camarote de Eduardo y que Ambrosini sacaba por ella medio cuerpo como para ver si un hombre podia pasar. Luego oyó la voz de Ambrosini que subia la escalera llamando á dos marineros, siguiólos con la vista cuando bajaban y no volvieron á aparecer.

Ambrosini volvió á salir y llamó á un marinero que estaba al estremo del buque.

Mr. Rodgers no pudo resistir mas tiempo y fué á mirar por la claraboya. La puerta del camarote estaba cerrada y cuando se abrió para dejar pasar á Ambrosini vió á los dos marineros que habian bajado poco antes interrogar á este último con el puñal en la mano.

El rostro de Mr, Rodgers se puso sério y no dijo nada; pero principiaba á creer que la situacion se agravaba y vol-

vió á su puesto de observacion mirando con tristeza al marinero que acudia al llamamiento de Ambrosini.

Luego oyó un grito ahogado y el ruido de un cuerpo que caia al suelo, pusóse en pié y sacó la cabeza para mirar á la ventana del camarote de Eduardo; poco despues un cadáver era echado al mar.

Ambrosini volvió á aparecer en lo alto de la escalera y llamó á otro marinero que le siguió inmediatamente; Ambrosini se apresuró á bajar y cerró la puerta.

Mr. Rodgers se acercó á la escalera y oyó al marinero que llamó dos veces; por fin Ambrosini le dijo que pasara delante y al mismo tiempo se oyó otro grito ahogado.

Pálido como un difunto Mr. Rodgers se retiró de aquel sitio, acercóse á la obra muerta y vió salir por la ventana una cabeza primero, luego los brazos y el cuerpo de un hombre que se agitaba aun, luego las piernas y por último un brazo armado con un puñal que heria aun el pecho del moribundo antes de arrojarlo al mar.

La tripulacion se componia de catorce hombres, comprendidos José y el grumete. Ocho habia en el camarote, y los otros cuatro fueron sucesivamente llamados por Ambrosini y asesinados. Cuando el último marinero hubo desaparecido Mr. Rodgers se paseó convulsivamente por el puente, luego oyó la voz de Ambrosini que dijo :

—¡Mr. Rodgers!

Mr. Rodgers quedó paralizado y temblando como una hoja en el árbol.

— ¡Mr. Rodgers! repitió Ambrosini.

— ¿Qué! respondió Mr. Rodgers sin moverse.

— Bajad.

— ¡Qué ba... je...! dijo Mr. Rodgers estupefacto.

— Sí, bajad, ó vive Dios que voy yo á cojeros.

Mr. Rodgers quiso avanzar, pero le fué imposible : luego volvió la cabeza y estendiendo la mano al horizonte dijo :

— ¡Allí, allí... señor Ambrosini!

— ¿Qué? dijo este con furor.

— ¡Allí! repitió Mr. Rodgers mostrándole el mar.

— ¿Pero qué? dijo Ambrosini dando una patada con impaciencia.

— La lancha.

— ¡El señor Mercier! esclamó Ambrosini espantado mirando á lo lejos, ¡es verdad! añadió precipitándose por la escalera.

Mr. Rodgers tuvo la idea de arrojarse al mar y esperar que llegara la lancha; pero la noche llegaba, el tiempo estaba oscuro y la mar furiosa.

— ¡Mister Rodgers! gritó Ambrosini desde el pié de la escalera.

— ¿Qué quereis? respondió Mr. Rodgers aproximándose á la escalera y mirándolo fijamente.

— Venid, no se os hará ningun mal.

Mr. Rodgers miró al cielo como un hombre que se resigna y bajó.

— Pronto, dijo Noirtier, ¿quereis una parte, sí ó no?

Ambrosini le hizo ver una jofaina llena de perlas.

El primer impulso de Mr. Rodgers fué escaparse; pero la puerta se habia cerrado y no habia otra salida que por la ventana que habian arrojado los cadáveres al mar, pero consideró que antes de que hubiera saltado los marineros lo asesinarian y se quedó.

— Si quieres, dijo Noirtier, te se dará la parte que te corresponda y serás uno de los mios. Tú has ayudado á salvar á Ambrosini, y ahora mismo acabas de prestarnos un gran servicio anunciándonos el regreso de la lancha; si quieres doblar tu fortuna acepta, y luego nos vamos á Europa.

— ¡Acepto! respondió Rodgers impulsado por el temor de la muerte.

— Cuando habremos concluido se harán las partes y tú

tendrás la tuya, dijo Noirtier; ahora, hijos mios, concluyamos la obra y que no se escape.

El capitan Noirtier subió á la cubierta seguido de Mr. Rodgers que llevaba detrás á Ambrosini y volvia la cabeza continuamente para asegurarse de que no le querian hacer ningun mal hasta llegar á cubierta : una vez allí, se decia, será una prueba que estos canallas están decididos á no asesinarme, y despues ya nos veremos.

— ¡Despachaos! gritó el capitan á Ambrosini.

Ambrosini colocó el cañon que llevaban á bordo sobre la escotilla y lo cargó. Los cuatro marineros cogieron cada uno una carabina y una pistola.

— ¡Cuando llegarán será demasiado de noche y no se podrá apuntar! dijo el capitan.

La conciencia de Mr. Rogers sin duda le hizo un reproche al oir estas palabras, y acercándose al capitan le puso una mano sobre el hombro diciéndole:

— ¿Y vais á ase... á matarlos?

— ¡Esto os estraña! dijo el capitan palideciendo y mirando á Mr. Rodgers de arriba á bajo.

— ¡Eso le estraña! dijo Ambrosini levantándose y poniéndose delante de M. Rogers.

— No, dijo este palideciendo á su vez; lo que me estraña es que no hayamos partido ya, por que matarlos á balazos ó dejarlos morir de hambre todo es lo mismo. Además, esos hombres son unos hércules, y si no se les mata á la primera descarga son capaces de subir y hacernos pedazos.

— ¿Cuál es tu opinion, Ambrosini? dijo Noirtier.

— Yo soy de opinion que con una barca y una vela se puede ir lejos, por lo tanto es indispensable echarla á pique con el cañon ó matarlos con las carabinas y las pistolas.

— Vaya por la fusilada, dijo Mr. Rodgers temblando y yendo á sentarse sobre un banco para ocultar su emocion.

—Hélos aquí dijo el capitan; ¡atencion!

En efecto, la lancha se acercaba lentamente; sin duda Eduardo y José estaban estenuados de cansancio, pues aun estaban á unos cien pasos de distancia y principiaron á llamar al capitan.

—¿Qué quereis? dijo el capitan con su bocina.

—Una cuerda para que nos remolqueis, estamos muertos de cansancio y casi hemos naufragado, dijo Eduardo.

—¡Id á la derecha, allí hay una! dijo Noirtier.

Eduardo bajó la vela mientras José y el grumete hacian avanzar la barca á fuerza de remos.

—¿La habeis cogido? preguntó Noirtier.

—Sí, respondió Eduardo.

—Acercaos.

—Hénos aquí, dijo Eduardo que casi tocaba el buque; echadnos la escalera de cuerda para que podamos subir.

—Alla voy, dijo el capitan sacando la cabeza por la aspillera del cañon y principiando á distinguir á Eduardo y á José; ¿qué diablos llevais rodeado por el cuerpo?

—¡Pardiez! nuestros salvavidas, respnodió Eduardo; ¡daos prisa, pues no podemos mas.

El capitan apuntó el cañon y tomó la mecha encendida que Ambrosini tenia en la mano. Eduardo sin duda vió relucir el bronce á la luz de la mecha, soltó la cuerda que tenia en la mano y se echó atrás; José creyó que su amo caia estenuado de cansancio y soltó tambien la cuerda para ir á prestarle ausilio.

—¡Fuego! gritó Noirtier aplicando la mecha al oido del cañon.

Un cañonazo y seis tiros resonaron en el espacio; Noirtier sacó la cabeza y al ver que la lancha zozobraba lanzó un grito de alegría.

Ambrosini le hizo observar que aun se movia algo dentro de la lancha.

—¡Fuego! gritó Noirtier tomando una pistola y descargándola sobre el objeto que le designaba Ambrosini, y que, en efecto, se movia sobre uno de los bancos de la lancha.

Un grito de dolor de un niño respondió á aquella descarga.

. . . . . .

Hácia las cuatro de la mañana la tempestad continuaba, aunque con menos fúria, y Mr. Rodgers, á quien habian ordenado que estuviera al timon con Ambrosini, no pudiendo resistir la fatiga, pidió permiso para reponerse un poco. Ambrosini se lo permitió y le dió un cigarro para que lo fumara mientras se reposaba.

Mr. Rodgers se acercó á la baranda y apoyado sobre ella fumaba tranquilamente un cigarro cuando de repente le pareció que la cuerda que habia quedado colgando se movia y que habia un bulto á flor de agua. Durante unos minutos trató de esplicarse aquel enigma, aunque inútilmente. Volvió al timon é iba á contárselo á Ambrosini, pero temió que lo tratara de visionario y creyó mas prudente callarse y se echó por el suelo á unos pasos de distancia del timon. Un silencio profundo reinaba á bordo.

De repente se oyó un gritó formidable y Ambrosini cayó al pié del timon.

Mr. Rodgers dió un salto y fué á caer á los piés del capitan Noirtier quien se volvió espantado.

—¡Capitan Noirtier, asesino! gritó una sombra que estaba en pié sobre la popa del buque. ¡Temblad si llego á salvarme!

—¡José! esclamó el capitan.

—¡Sí, José, que principia su venganza!

—¡Maldicion! esclamó Noirtier con voz terrible.

Cuando hubo completamente amanecido se pudo ver á un lado del timon el cadáver de Ambrosini que tenia la cabeza abierta por el medio y al otro lado una hacha de abordaje.

XXIII

El brik *Castor*, capitan Noirtier, llegó en fin delante de la bahía de Panamá; Mr. Rodgers vió de lejos durante todo un dia las verdes costas y las blancas casas de la ciudad. Al anochecer el capitan Noirtier mandó que se izaran las velas, y Mr. Rodgers, que hacia mucho tiempo formaba parte de la tripulaion del *Castor*, tuvo por fuerza que conformarse con la voluntad de su jefe. . . . . .

. . . . . .

Dos meses despues del dia en que Mr. Rodgers pasó casi llorando por delante de la ciudad de Panamá la casa de comercio de Cárlos Ardou y Compañía se encontraba en uno de esos momentos de prosperidad comercial y de movimiento de negocios que hacen del jefe de una de estas casas un verdadero potentado del siglo XIX.

El capitan Ardou habia recibido cartas de Eduardo que anunciaban sus convenciones con el nuevo asociado que le habia designado antes de salir de Panamá y algunos informes referentes á la sucursal de San Francisco, así como de las operaciones comerciales. Despues recibió una carta de Ferrier destinada á Eduarde Mercier y Compañía, abrióla y

quedó maravillado de los enormes beneficios realizados en California, é hizo mil comentarios para esplicarse cómo aquella carta llegaba á Panamá antes que el destinatario; pero acostumbrado á lo que él llamaba originalidades de Eduardo, no pasó adelante en sus conjeturas y esperaba siempre muy satisfecho de vivir.

La mañana del dia á que nos referimos el señor Ardou estaba sentado en su despacho firmando cartas, letras de cambio y otros documentos, cuando entró un empleado de la aduana y le dijo que al salir de su oficina habia visto entrar en ella al capitan Noirtier.

El señor Ardou se hizo repetir la cosa dos veces para ver si habia oido bien, y sin mas señas que estas mandó á dos dependientes al puerto, una á la fonda para mandar preparar una comida majestuosa, otro al consulado francés para que despacharan pronto las formalidades que habia que llenar, otro á casa del gobernador anunciándole la llegada del *célebre* Mercier, esta fué la palabra que creyó mas á proposito para esplicar su idea; otro á las agencias de negocios y otro á sus numerosos amigos; de tal modo que se encontró solo con un solo dependiente en medio de sus vastas oficinas, al cual le encargó que cuidara de todo mientras volvian sus compañeros. Luego se fué á su cuarto y se puso á vestirse con el mejor traje que tenia : cuando concluyó vió que su camisa estaba empapada de sudor y principió á consultarse si podria ó no presentarse con una camisa tal, miró el reló para calcular si aun tenia tiempo para ponerse otra, pero inmediatamente oyó un ruido en la calle, asomóse á la ventana y vió llegar al capitan Noirtier seguido de sus marineros; precipitóse por la escalera y fué á arrojarse en los brazos del capitan del *Castor* llamándole su amigo, su hijo, y preguntándole por Eduardo.

Noirtier no respondió á todas aquellas muestras de regocijo y su rostro se contrajo de un modo horrible,

— Subamos arriba, señor Ardou, dijo Noirtier separándose de sus brazos.

El señor Ardou, seguido de Noirtier y de los marineros subió las escaleras preguntando á cada paso.

— ¿Y Eduardo? ¿Eduardo está á bordo? Eso está muy mal hecho, hacerse esperar de este modo.

— Eduardo ha muerto, dijo con cólera Noirtier volviéndose hácia el señor Ardou cuandu estuvo en medio del despacho en que no habia mas que un dependiente.

El buen capitan Ardou quedó petrificado mirando estupefacto á Noirtier.

— ¡Muerto! esclamó, no... eso... no... es verdad.

— Os repito que ha muerto, dijo Noirtier, y yo vengo á hacer mi declaracion al consulado con los seis hombres que me quedan y el pasajero aquí presente.

— ¿Muerto? dijo el señor Ardou dirigiéndose á Mr. Rodgers.

Este miró en torno suyo y quedó inmovil como una estatua sin decir una palabra.

— Responded, dijo Noirtier con rudeza:

— ¡Es verdad! dijo Mr. Rodgers levantando los ojos al cielo.

— ¡Muerto en medio de una tempestad! dijo uno de los marineros.

El capitan Ardou dió un grito formidable y cayó tendido á los piés de Noirtier.

Mr. Rodgers miró aun en torno suyo y no vió mas que al dependiente.

— Un ataque de apoplegía, dijo Noirtier; vámonos al consulado.

— No, dijo el dependiente, esperad, el señor Ardou respira; esto ha sido un vahido.

Y el jóven principió á prodigar los primeroo cuidados á su jefe y quiso mandar á un marinero para que buscara al médico.

Noirtier vió que el capitan Ardou abria los ojos é hizo un gesto de cólera.

El señor Ardou pudo en fin levantarse y ayudado por el dependiente pudo sentarse en un sillon.

— ¡Muerto! esclamó aun.

Mr. Rodgers volvió á tomar su inmovilidad.

— Vámonos al consulado, dijo Noirtier, para hacer constar el fallecimiento y la pérdida del buque, pues estaba asegurado.

— Sí, vamos, respondió el capitan Ardou sollozando.

Cuando estuvieron en la calle el capitan Ardou volvió atrás para hablarle al dependiente que los habia seguido hasta la puerta y que se preparaba á encender un cigarro; hablóle y volvió al lado de Noirtier.

— Esperad, dijo Mr. Rodgers, voy á encender un cigarro.

Y volviendo atrás sacó un cigarro y se acercó al dependiente que le daba el suyo encendido para que encendiera.

— No perdais un momento, haced cercar el consulado, dijo al dependiente.

— ¿Qué no venis? gritó Noirtier, ved que os esperamos.

— ¡Maldito cigarro! dijo Mr. Rodgers arrojando el cigarro y sacando otro de su petaca.

— Despachaos, que venga gente armada, esos hombres son unos asesinos, el buque no se ha perdido, dijo Mr. Rodgers al dependiente.

— Escelente breva, dijo en alta voz dejando estupefacto al dependiente.

Por fin llegaron al consulado de Francia y el canciller preguntó al señor Ardou por el objeto de su visita.

— Declarar algunos fallecimientos y la pérdida de un buque, dijo Noirtier.

— Está bien, dijo el canciller, tomad asiento, señores, vamos á tomaros declaracion.

— Decidle que exigís la presencia del cónsul, dijo Mr. Rod-

gers á Noirtier en voz baja; eso es mas seguro, de otro modo nos volverán á llamar si falta alguna formalidad, y ahora se trata de tomar las de Villadiego lo mas pronto posible.

— Desearia la presencia del señor Cónsul, dijo Noirtier.

— Muy bien, señores, voy á llamarle, dijo el canciller yendo á llamar á su jefe con quien volvió enseguida.

— Escribid, dijo el cónsul al canciller; declarad capitan.

— Nos, dijo Noirtier con voz firme, Cárlos Juan Noirtier, capitan del brik mercante el *Castor*, perteneciente á los señores Cárlos Ardou y Compañía de Panamá, con trece hombres de equipaje, llevando á bordo al señor don Eduardo Mercier, uno de los propietarios del buque, y al señor Rodgers, pasajero, certificamos y declaramos.

El canciller no escribia tan de prisa como el capitan hablaba y tuvo que esperar un poco.

Mr. Rodgers aprovechó este intérvalo para asomar su nariz á la calle y volvió un poco inquieto.

— Certificamos y declaramos, continuó Noirtier, que viniendo con lastre de San Francisco para Panamá hemos hecho una parada de cuatro dias delante de las costas del Salvador, durante los cuales el citado don Eduardo Mercier bajó á tierra acompañado del marinero José y del grumete...

— No vayais tan de prisa, dijo el canciller.

Mr. Rodgers se acercó á la puerta para respirar mejor y se rascó la nariz; este signo denotaba que hacia una observacion deliciosa.

— De José y del grumete, dijo el canciller mirando á Noirtier.

— Que el 25 de Agosto por la tarde se declaró una tempestad que rompió las cadenas que sujetaban el buque, lanzándolo á una gran distancia; que el dicho señor Mercier quiso abordar por la noche, á pesar del mal tiempo; su lancha ha zozobrado y perecido él con el citado José y el grumete.

Mercier y los ladrones del buque, que se les registre y en su poder se encontraran los valores que han robado.

Noirtier sacó su revolver del bolsillo, pero fué desarmado en el acto por el dependiente del señor Ardou. Los marineros quisieron abrirse paso con sus cuchillos, pero tambien fueron desarmados y atados por la tropa que habia hecho venir el dependiente.

Cuando se hubo restablecido la calma el cónsul pidió la declaracion de Mr. Rodgers, quien declaró cuanto conocen nuestros lectores y concluyó diciendo :

— Que el asesino Noirtier vendió el buque á un antiguo negrero que hacia la trata con los chinos, el cual los dejó á la vista de Panamá y partió.

Apenas habia concluido Mr. Rodgers su declaracion el capitan Ardou se arrojó en sus brazos diciendo :

— ¡Con que Eduardo no ha muerto! ¡con que Eduardo vive aun!

— Quizá, dijo friamente Mr. Rodgers, no se puede decir nada.

— ¿Pero al menos se puede esperar? dijo el señor Ardou.

— Sí, esperad, dijo Mr. Rodgers, esperad y sobre todo buscad.

— Partamos pues.

El señor Ardou, acompañado de Mr. Rodgers, se presentó aquel mismo dia al almirante francés, el cual le autorizó á tomar un vapor de guerra quien por su cuenta y riesgos debia llevar á la costa del Salvador á los señores Rodgers y Ardou quienes se embarcaron aquella misma noche.

Un mes despues de la escena que acabamos de referir salió de Panamá para Tolon el capitan Noirtier y sus cómplices.

Todos los valores que se encontraron en su poder fueron restituidos á los señores Cárlos Ardou y Compañía.

XXIV

Dejemos correr á todo vapor por el Océano Pacífico al buque de guerra que llevaba al banquero Cárlos Ardou y al yanke Mr. Rodgers, y volvamos al sitio en que tuvo lugar el sangriento drama que hemos contado en nuestro penúltimo capítulo.

Cuando Eduardo Mercier vió relucir el cañon á la luz de la mecha encendida comprendió la traicion del capitan Noirtier y se echó al agua : este movimiento lo salvó. Arrastrado por las olas volvió á la superficie á algunos pasos de distancia, oyendo el cañonazo y la primera descarga así como los gritos de terror del grumete; acercóse nadando á la lancha, llamando á José que no le respondió; quiso salvar al niño que pedia socorro, estendió la mano para cojerlo y al mismo tiempo se oyó el pistoletazo disparado por Noirtier, y el niño, lanzando un grito de dolor, cayó al fondo de la barca inundado de sangre. La lancha atravesada por las balas zozobraba y Eduardo no tuvo tiempo mas que para coger las grandes tenazas que le habia servido para arrancar las ostras de las peñas; ciego de furor y desesperacion blandiólas cual si fuera una espada, lanzando una imprecacion de cólera contra Noirtier.

Una inmensa ola apagó su voz arrastrándolo á una gran distancia del buque. Eduardo estaba vestido como cuando

salió por la mañana para la pesca, llevando atravesado por el cuerpo el salvavida que tuvo la precaucion de ponerse cuando principió la tempestad; además llevaba el morral que contenia el producto de la pesca de aquel dia y á su cinto el gran cuchillo de caza y el revolver : de modo que aunque diestro nadador no podia moverse fácilmente embarazándole aun mas las tenazas que tenia en la mano, á las que hubiera debido sus tesoros sin la traicion de Noirtier. Durante unos segundos tuvo la idea de abandonarlas, pero un rayo de esperanza iluminó su mente infundiéndole valor en tan apurado trance; pasó las tenazas por debajo del salvavidas y principió á nadar en direccion á la costa.

Despues de cinco cuartos de hora de inauditos esfuerzos, en medio de la oscuridad, su cuerpo dió contra una peña que habia á flor de agua que le hizo dar un grito de dolor. Agarróse á la piedra que lo habia herido y llevando la mano hácia el sitio en que sentia el dolor la retiró bañada por su sangre. Por espacio de unos segundos pensó aun en desembarazarse de sus vestidos y de los pesados objetos que llevaba, pero volviéndose hácia tierra se echó de nuevo á nado con direccion á la línea negra, no cesando de nadar hasta que sus rodillas tocaron la arena; quiso ponerse en pié, imposible; sus miembros estaban yertos; arrastróse por la playa hasta salir completamente del agua.

Despues de algunas horas de reposo pudo en fin levantarse y dar algunos pasos, pero como aun era de noche resolvió esperar sin moverse á que amaneciera.

Sus pupilas principiaban á cerrarse bajo la accion benéfica de las tibias noches de los trópicos y del sueño que lo acosaba, cuando oyó el rugido de un tigre á poca distancia de él. Impulsado por el terror y no sintiéndose con fuerzas para luchar sacó su revolver del cinto y armándolo apoyó la boca del cañon sobre su frente; pero viendo que aun estaba mojado hizo un gesto de desprecio, creyéndolo inútil.

— ¡No, dijo, la lucha, la lucha hasta el fin, y si la muerte llega me encontrará tranquilo y sereno!

Las horas de aquella noche cruel pasaron y el sol apareció en el horizonte trayendo con sus rayos la salud del enfermo, el valor del abatido, la esperanza del moribundo y la fuerza del atleta.

Eduardo pudo levantarse y recorrer á pasos lentos el sitio en que se hallaba, no sabiendo si se encontraba al Norte ó al Sud de la bahía de la perla negra, y apoyándose con sus tenazas se dirigió al Sud marchando todo el dia sin otro alimento que los restos del dia anterior que aun llevaba en el morral.

Llegada la noche se disponia á pasarla en el sitio en que se hallaba cuando tropezó con un objeto blanco y redondo que fué á rodar delante de él; cogiólo y lo dejó caer espantado. ¡Era una calavera humana! Todo un mundo de ideas atravesaron por su mente. ¿A caso aquella parte de la costa era habitada ó visitada por los pescadores y cazadores? ¿Debia temer ó esperar? Luego dándose una palmada en la frente pareció encontrar la llave del enigma, buscó por el suelo y encontó esparcidos los húesos de un esqueleto humano.

— ¡Aquí es donde el capitan Ardou mató á un hombre por salvarme la vida! ¡Ya sé donde está la bahía de la perla negra!

Eduardo siguió el mismo camino que habia pasado un año antes cuando la descubrió por primera vez, marchó toda la noche y á la mañana siguiente llegó al tan deseado manantial de agua dulce y fresca que bañaba la bahía de la perla negra, comió algunas frutas salvajes, bebió de aquella agua pura y cristalina y se quedó dormido. Llegada la noche se subió á un inmenso zapote para librarse de las fieras.

Hácia media noche oyó un grito agudo y el ruido producido por unas uñas que rascaban la corteza del árbol en que estaba y vió un animal que subia hácia él; cogió sus tenazas y cuando estuvo cerca descargó un golpe tal que el bulto fué á rodar por el suelo.

Cuando se hizo de dia bajó del árbol y vió con placer que era una suculenta lotuza, que despedazó y saló al momento con agua del mar.

Eduardo pasó todo un mes viviendo de la caza y frutas salvajes que tanto abundan en aquellos parajes solitarios sin pensar en los millones que tenia delante.

Por fin, cansado de aquella inaccion é impulsado por un secreto presentimiento, dijo un dia:

—Si tarde ó temprano puedo hacerme ver por uno de los buques que pasan por estas costas; si jamás alguno de los mios duda de mi muerte y viene á buscarme, ó si el solo hombre á quien he confiado mi descubrimiento quiere esplotar las riquezas que le he revelado, yo estaré pronto y tendré millones que dar á los que me salven y á los que amo; y si los miserables que han llegado á conocer mi secreto vuelven aquí, quitémosles cuanto pudieran robarme aun.

A partir de este dia el solitario de la bahía de la perla negra se puso á trabajar construyendo una balsa para ir de tierra firme á la roca perlera.

Para poder trabajar de dia y dormir la noche con seguridad, Eduardo construyó una especie de hamaca con toda clase de vejetales sermentosos que habia por allí y la ató á dos ramas de un inmenso caoba, á una altura bastante elevada para que al mismo tiempo le sirviera de vigía.

Durante un mes consecutivo trabajó continuamente aunque sin esfuerzo arrancando perlas de todos los colores y tamaños, las cuales depositó al pié de un árbol en el cual gravó una cruz con su cuchillo para reconocerlo, y las riquezas que habia escondido eran incalculables.

Una noche que estaba en vela acostado sobre su hamaca concibió el proyecto de construir una gran balsa y cargar en ella todos sus tesoros y víveres para dirigirse á cualquiera de los puerto de San Salvador. Absorto con esta idea se levantó al dia siguiente y principió á cortar ramas de árboles

y á trasportarlas á la orilla del mar decidido á llevar á cabo su proyecto.

Al cabo de unos dias la balsa estaba construida y Eduardo principió á hacer los primeros ensayos para ver si podria resistir á una larga navegacion. Satisfecho de su obra decidió partir al dia siguiente, para lo cual se puso á recoger frutas y trasladarlas á bordo.

Llegada la noche se acostó sobre su hamaca y entre sueños le pareció oir la voz de su amigo el capitan Ardou que le decia : « Espera, imprudente, no desconfies de la amistad de tu mejor amigo. »

Eduardo se levantó sobresaltado y miró en derredor suyo para ver si descubria al hombre que le hablaba, y no viendo nada esclamó :

— ¡Ilusion! ¡Vana esperanza! ¡Cómo es posible que nadie se acuerde de mí al cabo de tanto tiempo!

Y volvió á dormirse mas triste que antes y resuelto á emprender su fuga al dia siguiente.

Cuando el sol principió á esparcir sus dorados rayos sobre las cimas de los gigantescos árboles Eduardo se dispertó y oyó un ruido estraño y que no acertaba á esplicarse; trepó por las ramas hasta llegar á la cima, dirigió su mirada hácia el Océano y lanzó un grito de alegría. Eduardo acababa de distinguir el humo espeso de un vapor, luego los palos y por último el buque.

Eduardo, fuera de sí de contento, bajó del árbol precipitadamente, corrió á la playa, quitóse los pedazos de vestido que le quedaban y principió á dar gritos y á agitarlos.

. . . . . .

El capitan Ardou, despues de haber desembarcado varias veces por las costas de San Salvador, siguió hasta la frontera de Guatemala sin haber podido encontrar la bahía de la perla negra, y volviéndose atrás decidió, de acuerdo con el comandante del buque, recorrer lo mas cerca posible de

tierra todas las costas. Cuando pasaba por delante de la bahía el capitan Ardou examinaba atentamente con el comandante del buque un pequeño mapa, y ambos estaban persuadidos que debian estar muy cerca de los paises conocidos por Eduardo; de repente el capitan Ardou levantó la cabeza, dejó caer el anteojo y esclamó:

—¡Miradlo!

En efecto, el capitan Ardou acababa de ver sobre la playa un objeto blanco que se agitaba.

—¡Esta es la segunda vez que lo encuentro! gritó el capitan fuera de sí.

Mr. Rodgers se mordió los labios de cólera al ver que otro que él habia hecho el descubrimiento.

—¿A quién habeis podido ver desde aquí? dijo el comandante.

—¿Quién? ¡pardiez! á Eduardo, nadie puede ser mas que él.

—¡Qué sabeis vos! ¿y si fuera el marinero José?

El capitan Ardou pasó repentinamente de la sublime alegría á la profunda tristeza; él no comprendia que pudiera encontrarse en aquellas playas á otro hombre que á Eduardo; él no queria la muerte de nadie, pero se hubiera desesperado si en vez de encontrar á Eduardo hubiera visto á José.

—¡Imposible! dijo al comandante; es Eduardo, es mi hijo, sí, mi hijo: ¡Ah! comandante vos no sabeis cuánto le quiero, ¡mirad, mirad, como me llama!

—Yo no distingo nada, querido señor Ardou, dijo el comandante; pero vos veis con los ojos del corazon, vamos á ver si ellos os engañan.

El comandante mandó botar al agua dos lanchas y él mismo subió en una de ellas y el capitan Ardou en la otra. Cuanto mas avanzaban las dos lanchas mas el hombre que estaba en la playa repetia las señales, y cuando las vió á unos doscientos metros de distancia quedó inmóvil...

Aun estaba á una distancia de cincunenta metros de la playa y el capitan Ardou reconoció á Eduardo y dió un salto para arrojarse al agua; afortunadamente uno de los marineros pudo retenerle.

Cuando desembarcó se echó en los brazos de Eduardo llorando y riendo á la vez. Eduardo afectado por tan sincera alegría prorrumpió tambien en sollozos apretando contra su pecho al capitan Ardou.

—¡Qué os decia yo! comandante, dijo el señor Ardou, ¡yo estaba seguro que era Eduardo, mi hijo!

Y el capitan cogia con ambas manos la cabeza de Eduardo cubriéndola de besos.

—¿Y el marinero José? dijo el comandante á Eduardo cuando la primera emocion hubo pasado.

—Muerto sin duda, dijo Eduardo.

—Puede ser que no, dijo Mr. Rodgers dándole un apreton de manos.

Eduardo vió con placer á aquel gran original que le habia hecho reir algunas veces á bordo durante las horas de tristeza y le dijo que le esplicara cuanto habia pasado.

Mr. Rodgers contó todos los detalles de la tragedia que ya conocen nuestros lectores, y al final recibió la enhorabuena de Eduardo por su buena conducta y por haber iniciado el primero salir en busca suya.

—¿Y la roca perlera? dijo el capitan Ardou.

—Ya no queda nada ó casi nada, dijo Eduardo.

—Tanto peor, respondió el capitan haciendo una mueca.

—Ya no queda nada, dijo Eduardo tomándole la mano, por que todo está allí añadió señalando el tronco de la caoba marcada con una cruz.

Eduardo condujo al capitan y demás asistentes al árbol que le servia de morada, y tomando el cuchillo hizo un hoyo y sacó el morral lleno de perlas producto de cerca de tres meses de trabajo.

El capitan Ardou lo tomó con una alegría frenética y esclamó:

— ¡Hé aquí una buena entrada para la sociedad Ardou y Compañía!

— Aquí hay para todo el mundo, dijo Eduardo dando su mano á Mr. Rodgers y al comandante, para todos los que han salvado un tercio de la compañía.

— ¡Y un buen tercio! dijo el capitan dando una palmada al morral.

Eduardo hizo recoger sus instrumentos, su cuchillo, su revolver y las tenazas, que quiso conservar como recuerdo.

Por fin el comandante hizo subir á todo el mundo en las lanchas y se dirigieron á bordo de la corbeta, donde el capitan Ardou pidió á los oficiales las ropas necesarias para vestir, á su *salvaje*, como él llamaba á Eduardo.

Levantáronse anclas y con una de esas calmas que solo se encuentran en el Pacífico la corbeta costeó los Estados del Sud del Centro-América, pasando á una distancia bastante grande de las islas Coiwa.

Mr. Rodgers continuaba considerándose rebajado en su amor propio por no haber vigilado lo bastante para descubrir antes que nadie á Eduardo y estaba de un humor insoportable.

Una tarde despues de comer se paseaba por el puente fumando un cigarro, cuando de repente alargó su cuello mirando fijamente en direccion al Norte de las islas, y corrió á pedirle el anteojo al comandante; miró varias veces y principió á pasearse á grandes pasos restregándose las manos.

— El yanke está contento hoy, dijo el capitan Ardou.

Mr. Rodgers lo miró de arriba á bajo y sin responderle una palabra volvió á mirar con el anteojo y á pasear mas de prisa todavía.

El capitan Ardou le preguntó riendo si veia algo de curioso en el horizonte.

— Si miro es porque veo algo que merece mirarse, dijo

Mr. Rodgers apoyando el anteojo sobre uno de los palos y mirando mas atentamente.

El comandante mandó al segundo que hiciera virar de bordo para evitar los bancos que rodean las islas y dirigirse á Nicaragua y Costa-Rica, donde Eduardo queria preguntar á los agentes consulares por el marinero José que habia desaparecido con él, reservándose, caso de no encontrarle, tomar las medidas necesarias en cuanto llegara á Panamá.

Mr. Rodgers se acercó al comandante dándole una palmada en el hombro.

— ¿Qué quereis? dijo picado por aquella familiaridad.

— ¿Vos dejais las islas Coiwa y vais á costear la América del Centro?

— Sí.

— Quedaos aquí, dijo Mr. Rodgers.

— ¿Por qué? dijo el comandante.

— Porque esa es mi voluntad, porque... Mr. Rodgers no concluyó; la alegría desbordaba de su corazon.

El comandante creyó que Mr. Rodgers se volvia loco, y tocó con el codo á Eduardo que hablaba con el capitan, y le contó lo que le acababa de pasar con Mr. Rodgers.

Este vió que era objeto de la atencion de los tres personajes principales, les volvió la espalda y se echó á reir, luego viendo que el capitan no habia hecho caso de sus observaciones, le tomó aparte, le habló al oido y le dió el anteojo designándole las islas. El comandante hizo con la cabeza un signo afirmativo, llamó al segundo y le mandó que cambiara de direccion.

— ¿Qué sucede? dijo el capitan Ardou á Mr. Rodgers.

— ¿Vos quereis saber por qué he hecho hacer esa maniobra?

— Sin duda, dijo el señor Ardou.

— Porque acabo de hacer una observacion.

— ¿Cuál?

— Acabo de descubrir un náufrago.

— ¿A dónde?

— Allá, dijo Mr. Rodgers señalando las islas.

El comandante hizo parar el vapor y mandó una lancha en busca de un hombre que venia nadando hácia ella. Toda la tripulacion se acercó para ver al náufrago que acababan de recojer y que dos hombres ayudaban á subir la escalera. Eduardo se acercó con ansiedad al momento que ponia el pié á bordo.

— ¡José! esclamó Eduardo, ¡querido José!

Y Eduardo se echó en los brazos del náufrago y lo condujo hácia el centro del buque donde estaba todo el estado mayor.

— José, hé aquí el hombre que os ha visto, dijo el capitan Ardou señalando á Mr. Rodgers, quien recibió las felicitaciones de todo el mundo incluso el comandante.

La corbeta de guerra hizo rumbo hacia Panamá sin que le sucediera á ella ni á los viajeros que llevaba ningun accidente que merezca contarse.

Al entrar en el puerto toda la poblacion se puso en pié para ver pasar á los dos náufragos.

Cuando Eduardo Mercier hubo satisfecho las exigencias inevitables de su reputacion de nuevo Robinson, dió encargo á José para que respondiera á la curiosidad de todos los que querian saber cómo habian sido salvados.

Mr. Rodgers quiso en fin volver á los Estados-Unidos y corrió el rumor que en vez de sesenta mil pesos se llevó cien mil despues de haber hecho una visita de despedida á Eduardo.

El señor Ardou espidió por todas partes á sus dependientes para vender bien las perlas llamadas *Perlas Mercier;* Eduardo mismo llevó á cabo importantes operaciones en el litoral del Pacífico y en Europa, donde fué conocido durante mucho tiempo con el nombre de COMERCIANTE DE PERLAS;

puso en órden los negocios de la casa central de Panamá, principió la liquidacion que debia dividir en tres partes los millones que él habia podido adquerir en poco tiempo, y anunció al capitan Ardou que su presencia era necesaria en San Francisco, donde iba á liquidar tambien los negocios. El capitan Ardou quiso acompañarlo, tanto mas cuanto que Eduardo le dijo que una vez hecha la liquidacion pensaba volver á Europa.

La carta que habia determinado la vuelta de Eduardo á San Francisco estaba concebida en estos términos.

« Querido señor Mercier,

« Esta carta será un poco prolija, pues tengo muchas cosas que comunicaros.

« Un hombre, amigo querido, no llega á la reputacion y á la fortuna sin escitar la envidia y los celos, sobre todo si es amado por una mujer hermosa, distinguida y ambicionada por todo el mundo.

« El gran misterio que oscurecia muchas veces vuestra frente, que echó la duda en vuestro espíritu, que os hizo llamar el amigo original, ese gran misterio se ha descubierto y lo saben todo. Creo inútil recordar aqui las circunstancias que acompañaron una de las vivacidades de vuestra primera juventud; pero diciéndoos que lo saben todo y que yo he sido testigo de las revelaciones, es deciros que han sabido que vos habiais querido, con la generosidad de un caballero, evitar las consecuencias de un duelo absurdo; han visto todo lo que vos hicisteis para reparar el mal que habiais causado involuntario; han visto en fin que lejos de ser culpable, vos erais el bienhechor modesto y oculto de una familia y que habeis trabajado para borrar ó reparar lo que, en vuestro generoso y severo juicio, considerabais como una falta.

« Por consiguiente, amigo mio, echad un velo sobre el

pasado que debe ser sin remordimientos, pues las cualidades de vuestro corazon y vuestro talento han borrado el único recuerdo posible que hubiera podido existir aquí y afligiros; este pasado, junto con los últimos acontecimientos que tuvieron lugar durante vuestra permanencia en California, os han realzado en la opinion de los que os conocen.

« Despues de la gran revelacion, pasamos todas las veladas hablando de vos, de vuestra familia, de vuestro buen corazon, de las esperanzas que vos fundais sobre vuestro porvenir comercial y de vuestro deseo de crearos una familia; por lo tanto no temo deciros que aquí os aprecian como antes de vuestra partida y que la afeccion que tenian ha aumentado por la ausencia

« En fin, la señorita María está mas hermosa que nunca, á pesar de su tristeza, siempre buena, dulce é inteligente.

« He conservado la misma casita, vuestro cuarto está aun como vos lo habeis dejado y parece que os espera.

« Presentad mis respetos al señor Ardou, al capitan Noirtier y á Mr. Rodgers.

« Firmado : ALFREDO PERET. »

Eduardo Mercier, contento de haber visto desaparecer el obstáculo que se levantaba entre él y la mujer que amaba, partió de Panamá acompañado de su fiel amigo el capitan Ardou con direccion á California.

Poco tiempo despues de su llegada á San Francisco el COMERCIANTE DE PERLAS daba su mano á la señorita María Osborn, á cuya boda asistió todo el alto comercio y las notabilidades de la jóven ciudad.

FIN

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON Y COMP., CALLE DE ERFURTH, 1.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

MAR 29 1927

50m-8

YB 33309

Cud. T. 468188

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

EDICION

DE

CH. BOURET